GUIA DEL ANTIGUO Y EL NUEVO TESTAMENTO

Por

EUGENIO ZOLLI

Profesor del Instituto Bíblico Pontificio

TRADUCCIÓN AL ESPAÑOL POR EL
Lic. TARSICIO HERRERA

PRIMERA EDICIÓN EN ESPAÑOL



UNION TIPOGRAFICA EDITORIAL HISPANO AMERICANA
Barcelona, Bogotá, Buenos Aires, Caracas, Guatemala, La Habana, Lima, Montevideo, Quito, Río de Janeiro, San José de Costa Rica, San Salvador, Santiago.
MEXICO

Esta obra es la traducción al español debidamente autorizada de la publicada originalmente en italiano por Aldo Garzanti Editore, de Milán, Italia, con el título de

GUIDA ALL' ANTICO
E NUOVO TESTAMENTO

IMPRESO EN MEXICO
PRINTED IN MEXICO

Talleres Gráficos Toledo, S.A., calle Penitenciaría, 37, México, D. F.

INDICE

PARTE PRIMERA

PARTE SEGUNDA

PROLOGO

Es significativo el hecho de que justamente el último trabajo póstumo de Eugenio Zolli, al cual dedicó el insigne investigador las últimas energías de su inteligencia, lleve el nombre de "Guía del Antiguo y el Nuevo Testamento".

El título de este libro parece resumir lapidariamente el significado de la obra y de la vida entera de Eugenio Zolli. Toda su vida la dedicó al estudio y a la meditación de los dos testamentos —y su incansable actividad de investigador queda probada por su riquísima producción científica y literaria—, y este estudio y meditación lo fueron llevando casi insensiblemente a reconocer en el Nuevo Testamento el cumplimiento del Antiguo. Este amanecer del espíritu que da comienzo con los patriarcas y que comienza a iluminarse a través de los profetas, debía ser seguido desde el espléndido mediodía del Evangelio.

Eugenio Zolli, el rabino que, después de *haber* compartido con los de su estirpe los peligros, los sufrimientos y los sacrificios de la última persecución, ha dado cabida en su espíritu a la luz de Cristo, continúa desde estas páginas la labor principal de toda su vida: la de enseñar que del Antiguo al Nuevo Testamento no hay interrupción ni solución de continuidad alguna, sino sólo un lento avance del espíritu hacia metas más elevadas. Significado de su conversión y contenido del presente volumen.

S. C.

Eugenio Zolli ha colaborado en las principales revistas científicas y de espiritualidad en Italia y en otras naciones: *Biblica, Sefarad, Catholic Biblical Quarterly, Rivista di Studi Orientali, Studi e Materiali di Storia delle Religioni, Vetus Testamentum, Lares, Wiener Zeitschrift für die Kunde des Morgenlandes, Responsabilità del Sapere, Humanitas, Vita e Pensiero, Città di Vita, Il Fuoco, L'Ultima,* etc.

Una parte de sus escritos de carácter científico se encuentra reunida en los dos volúmenes: *Israel,* Udine, 1935, y *Il Nazzareno,* Udine, 1938.

De carácter autobiográfico: *Christus,* Ave, Roma, 1945; *Mi encuentro con Cristo,* Madrid, 1952; *Before the Dawn* (Antes del alba), Sheed and Ward, New York, 1954.

También se remonta a la época de su conversión *Antisemitismo,* Ave, Roma, 1945.

Dedicó un entusiasmo particular a su magnífica traducción italiana del *Salterio,* ed. Viola, Milán, 1953, a la que siguió un volumen de introducción: *Los salmos, documentos de una vida,* ed. Viola, Milán, 1953. Y señalaremos, por último, *L'Ebraismo,* Universale Studium, Roma, breve síntesis de la historia y de la espiritualidad del hebraísmo desde sus orígenes hasta nuestros días.

Advertencia

La finalidad de este libro es ofrecer a las personas de una mediana cultura y de modestos conocimientos en el campo bíblico, alguna idea con respecto a la ideología y a la espiritualidad bíblica. El espacio que se nos ha asignado es limitado, y, por tener que escoger entre muchos temas muy abreviados y poco claros, he preferido ser menos completo y más claro. El Antiguo Testamento ha ocupado un número mayor de páginas, a fin de hacer más fácil la comprensión del Nuevo, que no es otra cosa que el desarrollo y la sublimación del primero.

Sería muy deseable que se pudiera hacer seguir al presente volumen otro más: una antología bíblica, que abarque tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento, que se titularía: Lecturas bíblicas.

E. Z.

Roma, 1956.

PARTE PRIMERA

1.—La Biblia. Antiguo Testamento

La Iglesia cristiana se sirve del término "Biblia" para indicar toda la colección de los escritos sagrados del Antiguo y del Nuevo Testamento. Este término se deriva del griego *biblìa,* o sea "libros", plural del sustantivo neutro *biblion,* el cual ha asumido la forma de un sustantivo femenino singular a través del latín vulgar.

Los 24 libros contenidos en la Biblia hebrea llevan el nombre de "Libros del Antiguo Testamento" o "Libros del Antiguo Pacto" en un texto de Melitón, obispo de Sardes en Lidia, que vivió en la segunda mitad del siglo II d. de C. Este obispo habla de *ta tès palaĩas diathékes biblìa,* "Los libros del Antiguo Pacto", definición que se basa en el texto de Jeremías (31, 30-33): "He aquí que están a punto de llegar los días —dice el Señor— en los que Yo haré un *nuevo pacto* con la casa de Israel y con la casa de Judá (reino del Norte y reino del Sur); no como el pacto que he hecho con sus padres, cuando los he tomado de la mano para recogerlos de la tierra de Egipto, el cual pacto ha sido quebrantado por ellos, por lo cual los he desechado, dice el Señor. Sino que éste es el pacto que yo haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor: Colocaré mi *Ley* en su *interior* y la escribiré en su *corazón;* yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo y ya no enseñarán unos a otros: «¡Invocad al Señor!», porque todos Me invocarán, desde el más peque-

ño hasta el más grande de ellos, dice el Señor. Perdonaré entonces sus desviaciones y ya no recordaré sus pecados."

2.—Antiguo Testamento y Antiguo Pacto

El tema tratado en el capítulo 31 de Jeremías reaparece en la *Epístola a los Hebreos* 8, 8-13. En el texto hebreo de Jeremías 31, 30 y ss. tenemos la palabra *bĕrīth* que significa "pacto". La versión griega denominada de los Setenta dice: *diathéke,* y la latina, la Vulgata: *testamentum.* Los traductores prefieren el término "alianza", término cercano a "pacto", más lejano de "testamento", sin que, por lo demás se identifique con *bĕrīth* y *diathéke.* El profeta piensa en la restauración mesiánica, escatológica, idea que se va acentuando en Israel después del regreso de la cautividad de Babilonia. La epístola desarrolla el siguiente razonamiento: el profeta habla de "pacto nuevo" o "alianza nueva"; esto quiere decir que el precedente era menos perfecto, tanto en sí mismo como respecto a quien estaba llamado a observarlo. El nuevo se realiza, o sea, encuentra su "lugar" *(tópos)* en el cristianismo, que es el Testamento Nuevo. La antigua Ley está anticuada, envejecida (por esta razón se prefiere el término "Viejo" al de "Antiguo" Testamento), es un astro que pierde su luz, es una ley que cae en desuso, un concepto éste que es expuesto en términos drásticos, dada la tendencia del autor a dar el mayor relieve posible a la excelencia del Testamento Nuevo. De aquí se deriva el concepto según el cual el Tabernáculo y el culto mosaico no son más que una figura y una preparación del culto nuevo, en espíritu y en verdad. El Tabernáculo de Moisés era obra de mano de los hombres. El sumo sacerdote tenía que renovar cada año en el *sancta sanctorum* el rito de expiación. Cristo, después de haber realizado el sacrificio de sí mismo, ha

obtenido la expiación para siempre, para ser después ministro en el santuario celestial. Flavio Josefo y Filón veían en el Tabernáculo, en sus adornos y en el culto desempeñado por el sumo sacerdote, un reflejo del universo y de la liturgia, del servicio divino, que se realizaba a nombre de todo el mundo. El ministerio sagrado y celestial del sumo sacerdote, Jesucristo, es de carácter cósmico. De esta manera el Nuevo Testamento se halla ligado a un culto nuevo. Cristo ha entrado en el santuario para siempre, pero ya no para ofrecer la sangre de animales y el incienso, sino para ofrecerse a Sí mismo. El Antiguo y el Nuevo Testamento son expresiones de dos economías diversas. Moisés estaba "entre" Dios y el pueblo de Israel; según la nueva *diathéké*, Jesús es el verdadero mediador que reconcilia a los hombres con Dios. El de Jesús es un "Testamento" y un "Pacto" al mismo tiempo; "pacto" en cuanto que reconstruye la alianza entre Dios y el hombre, la cual había sido ya quebrantada; y "testamento" en cuanto que la muerte del "testador", Jesús, permite a los hombres entrar en posesión de los bienes "futuros" dejados por testamento.

Desde este punto de vista sólo los Libros bíblicos aparecidos después del comienzo de la era cristiana serían un "testamento"; ¿pero los Libros del Antiguo Pacto? El término *diathéke*, testamento, se utiliza también para los Libros del Antiguo Pacto, a causa de que *diathéke* significa también "pacto", aunque sólo sea en línea secundaria y raras veces. En realidad, sería de esperar que hubieran usado el término *synthéke*, en vez de *diathéke*, en cuanto que el "pacto" implicaba el proceso de "componer" en vez de "disponer". ¿Y entonces, por qué han preferido traducir *bĕrīth* (pacto) con *diathéke?* A nosotros nos parece que el caso se podría explicar de la siguiente manera: El pacto *(bĕrīth)* en la Biblia, significa que Dios, como

contrayente mayor de la alianza, presenta el Pacto a Israel a quien ama, para inducirlo a seguir sus preceptos y disposiciones. Israel es libre de aceptarlo, pero a mi parecer queda explicado el uso de *diathéke* (disposición) a preferencia de *synthéke* (composición de dos en uno). La alianza está basada no ya en un simple *do ut des* entre dos contrayentes del mismo grado y de igual poder, sino en la obediencia de Israel hacia Dios. El uso de *testamentum* se explica a su vez en cuanto que se refiere a los Evangelios, con el concepto de la última voluntad del testador, Jesús, muerto en la cruz. La obediencia a las enseñanzas en Jesús, implica la *renovación* del Antiguo Pacto entre Dios e Israel en cuanto que la enseñanza y la muerte de Jesús vuelven más imperioso y más eficaz el pacto entre Dios e Israel, entre Dios y cualquiera que se convierte a El por obra de la fe en Jesús, nuevo mediador entre Dios y la humanidad.

Jesús es el "lugar", el *tópos* de la realización del Nuevo Pacto. Jesús, en cuanto mediador, lleva a cabo una obra sin precedentes, por lo cual el *Pacto Nuevo* es un *hecho nuevo*. Moisés es el portavoz de Dios, y Jesús es la manifestación de Dios. "Lugar" *(mâqōm)* aparece en las antiguas fuentes rabínicas como sinónimo de "Cielo" o de "Padre nuestro".

3.—El Canon bíblico

La palabra "canon" es de origen griego; en hebreo *qanéh*, caña, indicaba el tallo de una caña, después cualquier bastón de madera largo y recto, medida, regla, territorio medido, norma; el término pasó a aplicarse a la moral, a la gramática, a la historia, al arte y a la materia de los tributos. A partir del siglo II los escritores eclesiásticos hablan de un "canon", o sea, regla, de la fe. La

legislación eclesiástica es denominada a partir del siglo III "canon de la Iglesia".

El término "canon" (bíblico) para indicar la totalidad de los libros sagrados divinamente inspirados se encuentra en uso ya en el siglo III y se vuelve de uso común desde el siglo IV en adelante.

Los hebreos designaban los Libros bíblicos, que ellos consideraban como "dichos por medio del Espíritu Santo", con el nombre de "Escritos sagrados" *(kitbhè haqòdesh),* denominación que se encuentra en Filón, en Flavio Josefo, en el Códice rabínico, la Mishnáh, y en la literatura del Nuevo Testamento. Otra denominación era: *miqrà,* o sea, "Lectura", "Libros sagrados escritos" (enseñanza escrita, o Ley escrita, a diferencia de la enseñanza rabínica "oral" que, en su origen, estaba destinada para ser transmitida por tradición oral. De los Escritos sagrados (modernamente se diría: canonizados) se decía, remitiéndose a una decisión rabínica, que "volvían impuras las manos" en cuanto que el tocar tales Escritos implicaba el "contagio de sacralidad". La sacralidad, a su vez, era considerada como un fluido invisible y opuesto al contagio de la impureza, o sea, de todo aquello que era considerado levíticamente impuro, v. gr., el cadáver de un hombre. La decisión por la que los Libros bíblicos son denominados "sagrados", o sea, intocables, se debe a razones prácticas: se había introducido la costumbre de colocar los rollos que contenían las Escrituras, en medio de las ofrendas alimenticias destinadas a los sacerdotes —las primicias del trigo, del mosto y del aceite: cfr. Deuteronomio 18, 3-7—, equiparando así la sacralidad de tales dones a la de las Sagradas Escrituras; todo lo que es sagrado es intangible: de este modo también las Sagradas Escrituras se volvían intangibles y se decía que "volvían impuras (= sagradas) las manos". Esto tenía por finalidad quitar la

mala costumbre de colocar las Escrituras junto con el trigo, para salvar así las Escrituras de los ratones que se comían el grano. La ablución ritual anula el estado de impureza de las manos.

El fundamento del concepto de la santidad de las Sagradas Escrituras entre los hebreos está en la idea del Pacto entre Dios e Israel; en el II L. de los Reyes, 22 y s., y en Nehemías 9 s., tenemos la descripción de ceremonias en las que el pueblo renueva su pacto con el Señor, ceremonias que nos recuerdan mucho el Pacto sinaítico descrito en el Exodo, 24.

4.—La teoría canónica en Flavio Josefo, en el IV L. de Esdras, Cap. 14, y en Elías Levita

En su libro *Contra Apionem* (I, 8) el historiador hebreo fariseo Flavio Josefo sostiene que la característica del Canon consiste en lo siguiente: 1) la inspiración divina. Los escritores canónicos pertenecen al período de la Revelación que va desde Moisés hasta Artajeries (465-424); 2) su diferencia de los escritos profanos se manifiesta en el hecho de que "vuelven impuras las manos", cosa que hemos expuesto en el capítulo precedente; 3) el número bien definido de Escritos (Flavio Josefo cuenta 22, los rabinos 24) que componen el canon; 4) la prohibición de introducir cambios en el texto.

Queda siempre en pie el principio de la inspiración divina, pero en Esdras IV, Cap. 14, v. 14-48, encontramos opiniones diversas de las de Josefo (también este escrito fue compuesto hacia el año 100 d. de C.).

Según dice el IV L. de Esdras, el canon no fue el fruto de sucesivas aportaciones, sino una obra de un solo período, o sea, el del mismo Esdras, el cual inició su redacción después de unas visiones que tuvo 30 años después de la caída de Jerusalén, acontecida en el año 587 a. de C. Luego de que él oró mucho, Dios lo llenó del Espíritu Santo, y así pudo dictar a cinco de sus ayudantes, en 40 días, algunos Escritos que fueron destruidos por el fuego, los 24 libros canónicos, y otros 70 que se mantenían escondidos y que estaban destinados sólo a los sabios. Fue ésta una doctrina que siguieron también algunos escritores cristianos.

En el siglo XVI, Elías Levita (hebreo de origen germano, que vivió en Venecia, en Padua y en Roma), siguiendo una idea

que ya había mencionado el gramático y comentador bíblico David Qimhí (m. 1275), sostenía en una obra que publicó en 1538 que los 24 libros canónicos ya existían en tiempos de Esdras y que fueron reunidos por él y por los miembros de la Magna Congregación. Supone que ellos dividieron la Biblia en tres grupos de libros: la Ley (Pentateuco), los Profetas, y los Escritos (sagrados). Se cree que los hombres de la Magna Congregación eran una derivación de una asamblea popular, un colegio cuya existencia histórica no está bien comprobada.

5.—El orden de los libros canónicos en el hebraísmo moderno

Los 24 libros canónicos se hallan divididos en tres grupos: 1) la Ley; 2) los Profetas; 3) los Escritos (sagrados) o hagiógrafos.

1. La Ley (Torah) se divide en 5 libros (Pentateuco): Génesis, Exodo, Levítico, Números y Deuteronomio.

2. Los Profetas (nebhi'im) se dividen en: *a)* profetas antiguos, o sea, libros históricos antiguos; *b)* profetas posteriores. Al grupo *a* pertenecen los libros: de Josué, de los Jueces, de Samuel, I y II, y de los Reyes, I y II (los dos de los Reyes y los dos de Samuel se consideran como un libro cada uno).

3. Hagiógrafos: los Salmos, los Proverbios, Job, el Cantar de los Cantares, Ruth, las Lamentaciones, Ester (los cinco últimos suelen denominarse los "Cinco Rollos"), Daniel, Esdras y Nehemías (que ya en la época del Talmud se consideraban como un solo libro), y los Libros de las Crónicas.

6.—El orden de los libros canónicos del Antiguo Testamento en la tradición hebrea

La obra principal de la literatura tradicional hebrea, el Talmud, en el Tratado Babà Batrà 14b y 15a nos ofrece, siguiendo una tradición palestinense, un orden de los libros canónicos de la Biblia hebrea muy diverso del que hemos dado en el capítulo precedente. Por ejemplo, después de los "Cinco Libros de Moisés" (el Pentateuco) tenemos en el segundo grupo: Josué, los Jueces, Samuel, los Reyes, Jeremías, Ezequiel e Isaías (siguiendo un criterio histórico, se esperaría: Isaías, Jeremías y Ezequiel) y los doce profetas menores. Y esta vez forman parte del tercer grupo: Ruth, los Salmos, Job, los Proverbios, el Eclesiastés, el Cantar de los Cantares, las Lamentaciones, Daniel, Ester, Esdras (y Nehemías) y las Crónicas.

Se coloca el libro de Ruth, un idilio delicioso, antes de los Salmos, que son una colección de cantos religiosos, generalmente de carácter litúrgico, probablemente por el hecho de que Ruth se cuenta entre los antepasados del rey David, a quien se considera autor de la parte principal de los Salmos. La agrupación de los libros en este orden: Job, los Proverbios, Eclesiastés y Cantar de los Cantares, se explicaría, a nuestro parecer —y esto mismo podría ofrecer una guía para la comprensión del significado, siempre discutido, del Cantar— con el carácter filosófico de estos cuatro Libros.

La agrupación de las Lamentaciones, Daniel, Ester, Esdras (y Nehemías) y las Crónicas, la explicaría yo con el interés histórico común a todos estos Escritos.

7.—El canon según Flavio Josefo

Según la tradición talmúdica, el número de los Libros que forman parte del canon del Antiguo Pacto o Antiguo Testamento (término preferible a "Viejo" Testamento) es también de 24, y no de 22, como pretende el historiador Flavio Josefo *(Contra Apionem* I, 8), el cual sigue la tendencia aritmológica por la cual los números contenidos en la Biblia no tienen el valor que asumen en la vida administrativa o comercial, sino que se elevan a un nivel superior, espiritual, casi místico. Las letras del alfabeto hebreo son 22, y las letras que han servido para difundir la verdad de Dios están llenas de un profundo significado religioso. Y, si las letras son 22, ¿acaso el número de los Libros —para quien los sepa contar con un criterio justo— no será también de 22?

Pero también hay que considerar otras circunstancias: Josefo cuenta 5 libros del Pentateuco, 13 de contenido profético, 4 que contienen himnos y advertencias, junta el libro de Ruth al de los Jueces, y las Lamentaciones al Libro de Jeremías. Los libros son considerados como proféticos, porque para el conocimiento de las antiguas tradiciones históricas son una fuente segura los "ancianos", los presbíteros, a los que se considera poseedores de dones carismáticos recibidos de Dios. Así sucedió de la época de Moisés en adelante. Los profetas, su enseñanza y sus obras son a su vez parte integrante de la Historia. Esta es, a mi parecer, la razón por la que los Libros históricos, Josué, Jueces, Samuel y Reyes, llevan el nombre de "profetas antiguos", en tanto que Isaías, Jeremías, Ezequiel y los Doce menores se denominan "profetas posteriores". También a la literatura sapiencial bíblica se la considera animada de espíritu profético, y por consiguiente de carácter sagrado.

8.—Los Cinco Rollos

En la actualidad se encuentran los libros del Cantar de los Cantares, Ruth, las Lamentaciones, el Eclesiastés y Ester inmediatamente después del Libro de Job, y forman parte así del tercer grupo de Libros bíblicos, los que se denominan hagiógrafos, libros sagrados, en tanto que en hebreo llevan simplemente el nombre de "Escritos". El primero que se sirvió del término "hagiógrafos" fue San Jerónimo.

El orden en que los Cinco Rollos se encuentran ahora en la Biblia hebrea se debe a razones de carácter litúrgico. En los oficios se leían en público trozos del Pentateuco, en los días festivos y semifestivos, y más tarde también en los días de mercado, o sea, de afluencia de gente, todos los lunes y jueves. Antiguamente se tenía un ciclo septenal, o sea, una división tal, que la lectura de todo el Pentateuco durante los oficios se llevaba a cabo en siete años. Después se introdujo un ciclo trienal para pasar al fin a un ciclo anual. En los días solemnes, o sea, los sábados y las fiestas, se hacía seguir a la lectura del trozo del Pentateuco otro tomado de los Libros proféticos. El criterio de elección era por lo común alguna afinidad, más o menos pronunciada, entre el pasaje de la Ley y el pasaje profético. En ocasión de los oficios vespertinos se usaba, como continúa usándose todavía hasta la fecha en algunas comunidades, incluso en la de Roma, leer algún versículo tomado de los Hagiógrafos: se trata por lo general de breves textos de contenido mesiánico. ¿Y los Cinco Rollos? Para éstos no había ninguna ocasión particular, y por ello se introdujo la costumbre de leer el Cantar de los Cantares durante la Pascua, fiesta gozosa y primaveral que recuerda la salida de los hebreos de Egipto. Se pasó

así a interpretar el contenido de estos cantos de amor como la primavera de la historia del pueblo elegido. La elección aparecía tanto más obvia, cuanto que la salida de Egipto tuvo lugar justamente en el mes de primavera.

El idílico librito de Ruth refiere un episodio que se desarrolló en el período de la siega, más exactamente, al comienzo del período de la siega. Ahora bien, la Fiesta de las Semanas, Pentecostés, significa exactamente, en su aspecto agrícola, el comienzo del período de la siega. Esta es la razón por la que se introdujo la costumbre de leer dicho Libro con ocasión de la fiesta de Pentecostés.

El Libro de las Lamentaciones fue también separado del Libro de Jeremías, porque se introdujo su lectura anual el IX día del mes de Ab, día de ayuno, dedicado a la dolorosa evocación de la destrucción del Templo por obra de Nabucodonosor, el año 586 a. de C., y por obra de Tito el año 70 d. de C.

El Libro del Eclesiastés es un Libro triste. Su autor es un filósofo ecléctico que conoce las corrientes filosóficas de su tiempo, principalmente de todo el cercano Oriente. Según la tradición, dicho autor es Salomón, pero ya en su vejez. Dicho rey, que es también considerado el autor del Cantar de los Cantares, ve al hombre como un ser cuya vida durante la juventud, que es el período de la floración primaveral, es feliz y despreocupada, en tanto que la vejez es la experiencia de toda una vida asociada a una sensación de decaimiento del cuerpo: esto le da la sensación de que realmente la vida humana queda privada de todo contenido atractivo: todo pasa, todo se desvanece; ¿y la sabiduría? Tampoco ella está en condiciones de llenar el vacío que va dominando el espíritu humano cada vez más. Al final, el hombre se da cuenta de que la muerte asemeja el hombre al animal, y de que todo lo que vive se encamina lentamente a la decadencia; ¿y qué queda

entonces? El temor de Dios y la observancia de sus preceptos. Hacia el final del otoño, el hombre siente que el tiempo de su vida, al igual que la vida de la naturaleza, se encamina hacia el fin, y ésta es la razón por la cual se decidió realizar la lectura pública del Eclesiastés durante la fiesta otoñal de las cabañas.

El Libro de Ester es un recuerdo histórico. Se trata de la persecución, y de la liberación de dicha persecución, de los hebreos que se encontraban en el destierro en Persia. Los acontecimientos llevan al lector al mes de Adar, que es el anterior a la Pascua. Por esta razón se verifica la lectura de este Libro con ocasión de la fiesta de Purim, la fiesta de las suertes, la fiesta de Ester.

Esta es la razón por la que los Cinco Rollos fueron separados del lugar en el que se encontraban en el Canon para ser después colocados en cinco Libros de corta extensión, pero separados.

El nombre de "Rollos" se debe al hecho de que tanto para el estudio como para el uso en la Sinagoga, el Pentateuco era escrito en largas fajas de pergamino cuyo principio y fin eran fijados a dos columnillas de madera alrededor de las cuales se envolvía todo el pergamino. A causa de que los Cinco Rollos eran considerados de importancia inferior al Pentateuco, y quizás también porque eran mucho más breves, se acostumbraba usar para ellos una sola columnilla de madera. Pero con el tiempo, la costumbre de escribir el Libro en un pergamino provisto de una columnilla de madera se conservó sólo para el Libro de Ester y, en casos excepcionales, también para el Eclesiastés.

9.—El canon del Antiguo Testamento en la tradición cristiana

Los más antiguos escritores de la Iglesia, tanto griegos como latinos, agrupan los Escritos sagrados, por lo general, según su contenido. Siguiendo la versión griega del Antiguo Testamento, también llamado los Setenta, estos escritores dividían los Libros canónicos en históricos, proféticos y didácticos, o bien en históricos, proféticos y poéticos. Forman parte del segundo grupo los Libros didácticos o sapienciales: Job, los Proverbios, el Eclesiastés, la Sabiduría y el Eclesiástico. Sin embargo, no existe un orden fijo dentro de cada uno de los grupos. El orden de cada uno de los Libros varía en los manuscritos latinos y en los siriacos.

La Vulgata enumera 46 Escritos canónicos, porque en ellos se encuentran reunidos siete libros deuterocanónicos, o sea, siete libros de carácter sagrado, pero no igual al de los anteriores.

La versión griega contiene los siguientes Libros: Pentateuco, Josué, los Jueces, Ruth, los Reyes, las Crónicas, los Doce Menores, Isaías y Jeremías, la Carta de Jeremías, Ezequiel, Daniel, Ester, Tobías, Judith, Esdras y Nehemías, los Libros de los Macabeos, los Salmos (a los que se han añadido Himnos y Plegarias del Antiguo y del Nuevo Testamento y también la plegaria de Manasés), Job, los Proverbios de Salomón, y la Sabiduría del Siracida. Los Libros sagrados son clasificados en general en históricos, proféticos y poético-didácticos, pero los manuscritos difieren mucho entre sí.

La agrupación de los Libros Sagrados en la Vulgata sigue por lo general la de los Setenta. Los Libros históricos se encuentran agrupados siguiendo un orden cronológico con respecto a los hechos referidos en tales Libros, sólo que los Libros de los Macabeos fueron colocados al final del Antiguo Testamento.

El orden en el que se suceden los escritos proféticos en la Vulgata difiere del que se sigue en los Setenta.

Por lo que hasta aquí hemos brevemente expuesto, resulta que no se tenía una tradición sólida con respecto a la sucesión de los Libros de las Escrituras de la Antigua Alianza.

10.—Subdivisiones de los libros canónicos

Por razones litúrgicas se hicieron con el tiempo otras divisiones. En tiempos de Cristo, se leían en sábado algunos capítulos de la Ley (Pentateuco) y de los Profetas, la cual costumbre se remonta a una fecha más antigua (Hechos de los Apóstoles: 15-21; 13-15). Para esta lectura, los hebreos babilonios, los cua-

les seguían el ciclo anual de lectura del Pentateuco, dividían los Cinco Libros en 54 perícopes, las cuales llevaban el nombre hebreo de *parashà*. Los hebreos de la Palestina seguían el ciclo trienal, o sea, que realizaban las lecturas en tres años y por ello contaban 154 perícopes.

Junto con esta división en perícopes debida a necesidades de carácter litúrgico, existía también una división del texto en perícopes abiertas y cerradas. Las primeras, o sea, las perícopes abiertas, comienzan con un nuevo renglón, en tanto que las cerradas ponen en evidencia la división dentro del mismo renglón, lo que quiere decir que no llevan punto y aparte. En las Biblias impresas se especifica esto poniendo una letra P para indicar las perícopes abiertas, o sea, las que iban escritas en párrafo aparte, señalando por el contrario con una letra S los capítulos cerrados, llamados así porque la división consiste en un espacio libre en el renglón en el que se inicia el capítulo siguiente.

Por los Hechos de los Apóstoles (13, 15) tenemos noticia de la práctica de la lectura de los profetas de que hemos hablado antes. Un ejemplo de analogía en el contenido sería éste: al Génesis I, 6-8, corresponde Isaías 42, 5 hasta 43, II. La lectura profética señalaba el final de las lecturas litúrgicas.

Anotamos también la división de todos los libros del Antiguo Testamento en 446 (ó 447) capítulos, una división que servía probablemente para la lectura privada de los Libros sagrados. El Pentateuco contiene 154 de estos capítulos.

Ya en la llamada Ley rabínica encontramos mencionada una división del texto bíblico en versículos; esto sucede en el códice llamado *mishnah*. Al principio se dividieron en versículos los Libros poéticos y algún otro Libro del canon, y más tarde esta división se extendió también a los textos en prosa. A partir del siglo xii d. de C. el final de los versículos se señala con dos puntos sobrepuestos.

Actualmente todo el texto del Antiguo Testamento se encuentra dividido en capítulos y en versículos. Esta división en capítulos se remonta al Card. Esteban Langton, arzobispo de Canterbury (m. 1228). Al principio esta división en capítulos y en versículos sólo se aplicaba a los manuscritos de la Vulgata, y más tarde también a las ediciones bíblicas en griego y en hebreo. El cardenal dominico Hugo de St. Cher (m. 1260) continuó la obra iniciada por Langton. El Card. Hugo dividió los capítulos de Langton en siete subdivisiones que eran señaladas con las letras del alfabeto.

Tiene particular interés la división del canon público en libros proto- y deuterocanónicos. El primero de estos dos términos indica los escritos que fueron considerados por los hebreos

y por los escritores de la Iglesia como pertenecientes siempre al canon, en tanto que la posición de los libros deuterocanónicos seguía siendo siempre objeto de discusión. Según el concepto católico, ambas especies de los libros mencionados revisten la misma importancia.

Entre los Libros deuterocanónicos, que solamente nos fueron conservados en la versión griega de la Biblia, hay que enumerar siete libros íntegros: Tobías, Judith, la Sabiduría, el Eclesiástico, Baruc, el I y II de los Macabeos, y además algunos capítulos de Ester (en la Vulgata desde 10, 4 hasta 16, 24) y Daniel 3, 24-90 (Oración de Azarías y la de los tres jóvenes), 13 (Historia de Susana), 14 (Engaño de los Sacerdotes de Baal, y el dragón de Babilonia).

11.—El canon del Antiguo Testamento en la enseñanza de la Iglesia católica

La Iglesia católica incluye toda la literatura del Antiguo Testamento entre los Libros sagrados e inspirados. La versión griega del Antiguo Testamento constituye la base de la enseñanza de los Evangelios y de los demás Escritos que componen el canon del Nuevo Testamento. Es fácil notar que en los puntos en los que la versión griega difiere del texto hebreo, la literatura del Nuevo Testamento sigue, casi siempre, la versión griega. Ahora bien, en la versión griega, denominada de los Setenta, están algunos Libros a los que el hebraísmo no ha reconocido un carácter sagrado y que por ello han perdido interés para el hebraísmo. Estos Libros, a diferencia de los que se contienen en el Antiguo Testamento hebreo y que se definen como "protocanónicos", son incluidos con un nombre complementario: deuterocanónicos. La palabra *deùteros,* segundo, no significa empero Libros de secundaria importancia para la Iglesia, puesto que la Iglesia los incluye en su canon bíblico con el mismo derecho que los protocanónicos. El término de "deuterocanónicos" difiere del de "apócrifos", reservado para los libros que no son reconocidos como inspirados por la Iglesia. Los protestantes llaman "apócrifos" a los Libros deuterocanónicos, reservando a los Libros que la Iglesia define "apócrifos" la denominación de "seudoepígrafes", o sea, difundidos con falso nombre.

Por consiguiente, la lista de los Libros que constituyen el Antiguo Testamento y que fue fijada por el Concilio de Trento en 1546 se presenta de la siguiente manera:

Libros históricos

1) Génesis (50 Cap.).
2) Exodo (40 Cap.).
3) Levítico (37 Cap.).
4) Números (36 Cap.).
5) Deuteronomio (34 Cap.). Los Libros de Moisés que en conjunto llevan el nombre de "Pentateuco" (= cinco libros) y que eran denominados "la Ley" por los hebreos.
6) Josué (24 Cap.).
7) Jueces (21 Cap.).
8) Ruth (24 Cap.).
9) I de Samuel y I de los Reyes (24 Cap.).
10) II de Samuel y II de los Reyes (24 Cap.).
11) I de los Reyes o III de los Reyes (22 Cap.).
12) II de los Reyes o IV de los Reyes (25 Cap.).
13) I de los Paralipómenos o de las Crónicas (36 Cap.).
14) II de los Paralipómenos o de las Crónicas (29 Cap.).
15) I de Esdras (10 Cap.).
16) II de Esdras o Nehemías (13 Cap.).
17) Tobías (14 Cap.).
18) Judith (16 Cap.).
19) Ester (16 Cap.).

Libros didácticos o sapienciales o poéticos

20) Job (42 Cap.).
21) Salterio o Libros de los Salmos (150 Salmos).
22) Proverbios (31 Cap.).
23) Eclesiastés (12 Cap.).
24) Cantar de los Cantares (8 Cap.).
25) La Sabiduría (19 Cap.).
26) Eclesiástico (51 Cap.).

Libros proféticos

a) *Profetas mayores*

27) Isaías (66 Cap.).
28) Jeremías (52 Cap.).
29) Lamentaciones (5 Cap.).
30) Baruc (6 Cap.).
31) Ezequiel (48 Cap.).
32) Daniel (14 Cap.).

b) *Profetas menores*

33) Oseas (14 Cap.).
34) Joel (3 Cap.).
35) Amós (9 Cap.).
36) Abdías (I Cap.).
37) Jonás (4 Cap.).
38) Miqueas (7 Cap.).
39) Nahum (3 Cap.).
40) Habacuc (3 Cap.).
41) Sofonías (3 Cap.).
42) Ageo (2 Cap.).
43) Zacarías (2 Cap.).
44) Malaquías (4 Cap.).

Continuación de los libros históricos

45) I de los Macabeos (16 Cap.).
46) II de los Macabeos (15 Cap.).

Basta examinar la lista aquí mencionada para hacer notar algunas diferencias importantes, tanto en el ordenamiento de cada uno de los Libros, como en su denominación. En la lista que tenemos a la vista se nota en los números que van del 6 a 16, el criterio que se escogió para el ordenamiento de cada uno de los escritos. Los números del 6 a 16 contienen escritos de carácter histórico y van después de los Cinco Libros de la Ley. Los números 17 y 18 indican los Libros de Tobías y de Judith, que no forman parte del Antiguo Testamento hebreo. La posición del Libro de Ester nos hace pensar que se trata de un libro que se considera originado en época posterior.

Si se compara el cuadro del canon del Antiguo Testamento según la tradición de la Iglesia, se nota, en el número 19, el libro de Ester, y en el 23 el Eclesiastés, o sea, dos escritos que en el canon hebreo del Antiguo Testamento forman parte de los Cinco Rollos. El Libro de Ruth, que también forma parte de los Cinco Rollos, en el canon de la Iglesia se encuentra con el número 8, porque cronológicamente está próximo al Libro de los Jueces, que constituye el número 7. Del mismo modo el número 29 lleva el nombre de Lamentaciones y sigue al 28 (Libro de Jeremías), porque las Lamentaciones se consideran obra de este profeta. El Cantar de los Cantares, que en el canon hebreo forma parte de los Cinco Rollos, es considerado por la Iglesia como parte del grupo de los Libros de carácter didáctico-sapiencial o poético, si bien la definición "poético" no coincide con la *forma mentis* de los antiguos doctores hebreos. En realidad, en el grupo de los escritos que van del 20 al 26 no se encuentra ningún libro que, según la mentalidad de los antiguos hebreos, pueda definirse como "poético". Por el momento basta esta alusión, si bien nos reservamos para volver sobre la cuestión en el momento oportuno.

Los Libros de Tobías, de Judith, de la Sabiduría, del Eclesiástico, de Baruc, y el I y II de los Macabeos son de un contenido elevado, lleno de una profunda y pura religiosidad, y por ellos se nos presenta espontáneamente una pregunta: ¿por qué el hebraísmo ha renunciado a estos Libros? Entre las diversas respuestas que se pueden dar no hay que olvidar un elemento importante, y es éste: el hebreo es para el pueblo escogido una lengua sagrada. Aunque hay que tener en cuenta que el griego no era menospreciado por los doctores del Talmud, ni mucho menos.

El mismo lenguaje en el que está redactada la literatura talmúdica contiene cientos y cientos de palabras griegas y latinas, si bien a veces en una transcripción más o menos deformada. Los hebreos de entonces, y no sólo los de la diáspora helenística, sino también los doctores palestinos, consideraban el griego como

una lengua altamente poética; no faltaban insignes maestros que hacían aprender a sus hijas el griego junto con el hebreo o el arameo, que era para ellos la lengua usual, pero a pesar de todo —según decían los doctores— fue el hebreo, y sólo el hebreo, el que expresó los conceptos referentes a Dios. Era la lengua del culto en Palestina, y sólo fue la ignorancia del hebreo de parte de los hebreos helenizados, especialmente los de Alejandría, la que indujo a las comunidades israelitas helenistas a introducir en los oficios públicos la lectura de los Libros sagrados en griego. Se seguía el criterio de que es mejor algo que nada. Esta razón por sí sola explica el hecho de que los libros deuterocanónicos fueran excluidos del canon bíblico entre los hebreos, si bien había también otras razones, unas de tiempo y otras de lugar, para determinar si se acogía o no un Libro en el canon; así, por ejemplo, el libro sapiencial del Siracida, si bien se conservaba entonces en hebreo, no fue acogido en el canon. Y también entraba en juego el conjunto de ideas que el fariseísmo, o sea, el partido religioso popular, tenía con respecto al destino del canon bíblico. Así tenemos que Flavio Josefo, en su escrito *Contra Apionem* (I, 8), redactado hacia el año 95 d. de C., sostiene que los hebreos al formar el canon, deseaban hacer una obra armoniosa, sin contradicciones entre unos Libros y otros. Además hay una delimitación de tiempo. Un libro se considera "canónico" si surgió en el tiempo que va desde Moisés hasta Artajerjes I (485-465 a. de C.). De Artajerjes en adelante, así continúa Flavio Josefo, surgen otras obras, pero a tales escritos no se les puede conceder una dignidad semejante a la de los que habían sido acogidos anteriormente, porque en el siglo v a. de C. cesa la continuidad de los profetas, y con esto ha pasado el período en el que un escrito podía considerarse inspirado por Dios.

El Talmud considera a Moisés como autor del Pentateuco, así como del Libro de Job. Basta examinar el contenido de ideas del Libro de Job, libro que se halla colocado en un marco muy antiguo, para comprender que este libro, que nos hace temblar, en el fondo se ocupa del problema de la justicia de Dios, de la teodicea, tal como se presenta al pensamiento indagador de un inocente que sufre. Las desventuras, los sufrimientos y las persecuciones que sobrevienen a un inocente, se oponen al concepto de pecado y castigo consiguiente, de mérito y recompensa. Pero Job debe ser presentado como una idea muy antigua, muy arcaica, y su argumento es real y profundamente humano, y ciertamente muy antiguo. ¿Quién escribió este Libro? Los rabinos responden: ciertamente Moisés. Moisés es, según la palabra del mismo Pentateuco, el hombre que ha conocido a Dios mejor que ningún otro y por esta razón era justamente Moisés el que podía tratar este tema.

Josué escribió el libro que lleva su nombre, así como el Deuteronomio (el último libro del Pentateuco) 24, 5-12. Este último fragmento nos habla de que sobrevino la muerte de Moisés, de que fue sepultado, y del hecho de que el lugar en donde fue sepultado ha permanecido ignorado "hasta hoy", que Moisés murió a la edad de 120 años, conservando una notable agilidad física, que su muerte suscitó un profundo luto y un amargo llanto de parte del pueblo, luto que duró 30 días, que no ha surgido jamás en Israel un profeta semejante a Moisés que haya conocido al Señor cara a cara, un profeta que haya realizado prodigios semejantes a los que realizó Moisés, y que su discípulo, Josué, estaba lleno del espíritu de sabiduría, porque Moisés había colocado las manos sobre su cabeza. Y así es como Josué fue escuchado por el pueblo.

¿Quién es el autor de este fragmento que trata de la muerte y sepultura de Moisés? ¿Moisés mismo? Es muy poética la respuesta que nos dan los doctores palestinos: Moisés dejó escrito todo en fragmentos dispersos y su fiel discípulo, llorando, los reunió, formando con todo un texto perfectamente claro.

Esta explicación era necesaria para sostener la tesis de que todo el Pentateuco, incluso el Deuteronomio, incluso el último fragmento del Deuteronomio que habla de la muerte y sepultura de Moisés, es obra de Moisés mismo. Teniendo presentes estas ideas, ¿cómo podía un escrito redactado en una fecha próxima y en lengua griega formar parte del mismo canon que se basa en el Pentateuco, aquel Pentateuco que contiene los dos Decálogos que el Señor dio a Moisés, más aún, los dos Decálogos escritos por el dedo mismo de Dios? Así es como queda cerrado el camino para la incorporación de los escritos que la Iglesia define como deuterocanónicos, en el canon bíblico hebreo.

Según sostiene la misma fuente talmúdica, Samuel redactó su propio libro, así como el de los Jueces y el de Ruth.

Hacia el fin del período en el que el pueblo estaba bajo el gobierno carismático de los Jueces es cuando se perfila el comienzo de las instituciones monásticas en Israel, y fue justamente Samuel el que, por orden de Dios, ungió rey a Saúl, y después de Saúl a David. ¿Quién podía escribir acerca del período de los Jueces con mayor competencia que el profeta Samuel?

Según la tradición, el autor de los Salmos es el rey David.

Jeremías escribió, además del libro que lleva su nombre, el de los Reyes y el de las Lamentaciones. En el período más trágico de la historia de Israel, vive el profeta del dolor, Jeremías. No lo comprenden ni los reyes de entonces, ni los gobiernos, ni el pueblo.

¿Quién podía escribir con espíritu profundamente religioso la historia de los reyes sino Jeremías?

Ezequías y sus compañeros redactaron el Libro de Isaías, los Proverbios, el Cantar de los Cantares y el Eclesiastés, en tanto que los miembros de la Magna Congregación redactaron el Libro de Ezequiel, los Doce Profetas menores, Daniel y Ester.

El canon se concluye con el Libro de Esdras y Nehemías y con las Crónicas.

Noticias semejantes a las ya citadas se encuentran también al fin del Libro IV de Esdras (14, 18-48). Aquí se dice: el año 557 a. de C., o sea, 30 años después de la caída de Jerusalén, Esdras tuvo una visión. Expresa su pena por el hecho de que la ley haya perecido bajo el fuego, y de que ahora ya nadie conozca la obra de Dios en el pasado y los planes del Señor para el futuro. El Señor le ordena que prepare muchas tablillas para escribir, y que se provea de muchos hombres adecuados para ayudarlo. Después Esdras, a quien Dios ha querido conceder un maravilloso saber, dicta a sus ayudantes en el lapso de 40 dìas noventa y cuatro libros. Los primeros veinticuatro constituyen el canon bíblico del Antiguo Testamento y fueron hechos del dominio público; y los otros setenta fueron destinados sólo a los sabios y por ello no fueron puestos en circulación. Esdras el Escriba nos es presentado así como aquél que crea nuevamente el canon bíblico hebreo.

Ya durante el siglo pasado circularon dudas respecto a la veracidad de esta tradición. Actualmente se cuentan algunos insignes autores católicos entre los que ya no ven en Esdras el redactor de todos los libros que componen el Canon, según el concepto hebreo.

Los críticos consideran hoy día, por lo general, que los Libros de las Crónicas, que concluyen el Canon, fueron redactados el año 400 a. de C. o quizá más tarde, en tanto que, como hemos visto, la tradición más antigua sostiene que todo el canon fue redactado el año 557 a. de C.

Ya hemos referido arriba la narración tradicional según la cual también la conclusión del Deuteronomio en la que se habla de la muerte y sepultura de Moisés y en la que se exaltan sus sublimes virtudes fue, en cierto modo, preparada por Moisés mismo. Pero, para quien no se decidiera a aceptar tal noticia, que en sí es ciertamente muy poética y piadosa, ¿no se podría encontrar una explicación acaso de carácter literario y que justificara la presencia de este trozo al fin del Deuteronomio de una manera quizá menos conmovedora y poética, pero más verosímil desde el punto de vista histórico-literario? Nosotros contestaríamos que se trata del uso casi constante de concluir el libro exaltando la figura de su sagrado Autor.

12.—El canon del Antiguo Testamento en la tradición cristiana antigua

La tradición hebrea según la cual Esdras, después de haber tenido una visión, fue el redactor definitivo del Canon del Antiguo Testamento, no resiste a la crítica.

La versión griega del Antiguo Testamento denominada de los Setenta contiene —como hemos dicho antes— más libros de los que se encuentran en el canon hebreo, y no todos los investigadores admiten la existencia de un doble canon, o sea, uno palestino más conciso, y otro helenista, o sea, alejandrino, y que comprendía más libros de los que se contienen en la Biblia hebrea. Es un hecho que la versión griega contiene cuarenta y cinco Libros del Antiguo Testamento, entre los que se cuentan: Tobías, Judith, la Sabiduría, el Eclesiástico, el Libro de Baruc (las Lamentaciones forman parte del Libro de Jeremías), escritos que excluye el canon hebreo.

La tradición de la Iglesia se basaba en el texto de los Setenta para la enseñanza de los catecúmenos, los cuales frecuentemente desconocían la lengua hebrea. Las citas del Antiguo Testamento que se encuentran a lo largo del Nuevo se basan, como hemos dicho, en la versión griega. Todo esto pone en evidencia que, en la mente de los Autores inspirados de la literatura del Nuevo Testamento, los Libros deuterocanónicos contenidos en la versión griega y no contenidos en el canon hebreo, gozaban de un prestigio igual al de los Libros canónicos.

A pesar de esto, se perfila en la historia de la Iglesia en el s. III una clara tendencia a seguir las opiniones de los hebreos en materia de canonicidad de cada uno de los libros. Así por ejemplo, Melitón, Obispo de Sardes en Lidia (m. antes del 195 d. de C.), Orígenes (m. el 353 ó 354 d. de C.), Eusebio de Cesarea (m. el 339 d. de C.), S. Cirilo de Jerusalén (m. el 386 d. de C.), tienden a seguir, en materia de canonicidad, la Biblia hebrea. La razón de tal actitud asumida por estos Padres se explica por el hecho de que los libros que ellos no reconocen como de autoridad igual a la de los protocanónicos no ofrecían material en las polémicas dogmáticas en contra del hebraísmo. Se trataba, además, de cerrar el camino a la posible aceptación de los libros apócrifos propiamente dichos. San Jerónimo es el más autorizado representante de esta actitud exclusivista. En su "Prólogo galeado" (acorazado) él consideraba los libros que no formaban parte de los que él había traducido del hebreo al latín como "apócrifos", con lo cual incluía bajo este nombre la Sabiduría y el Libro del Siracida (el Eclesiástico) a pesar de que gozaban de gran estimación entre los hebreos; y permanecen

excluidos Judith, Tobías y el Pastor de Hermes. Nótese, sin embargo, que la actitud asumida por S. Jerónimo es prudencial, más teórica que práctica, y se debe a la razón arriba mencionada: la polémica de carácter dogmático y el peligro de los libros apócrifos propiamente dichos.*

Sin embargo, es favorable a los Libros deuterocanónicos toda una serie de Padres insignes. Entre éstos se citan, de los siglos III a V: S. Cipriano (m. el 258 d. de C.); S. Hipólito (m. entre el 258 y el 260 d. de C.); S. Luciano (m. el 312 d. de C.); S. Afraates (m. el 356 d. de C.); S. Efrén (m. el 373 d. de C.); ambos sirios; S. Gregorio Niceno (m. el 395 d. de C.); S. Ambrosio (m. el 396 d. de C.); S. Juan Crisóstomo (m. el 407 d. de C.); S. Agustín (m. el 430 d. de C.) y muchos otros.

De los Padres arriba mencionados, sólo S. Agustín da el catálogo de los Libros Sagrados.

Estas divergencias en los juicios se deben, al menos en parte, al hecho de que los textos del Nuevo Testamento no nos permiten establecer con precisión las opiniones de los Autores inspirados con respecto al canon del Antiguo Testamento. De lo que hemos dicho se deduce, con justa razón a nuestro parecer, que los Autores de los escritos del Nuevo Testamento tenían en alta estima los libros deuterocanónicos contenidos en la versión de los Setenta, pero los Evangelios mismos no nos ofrecen nada preciso al respecto. Las definiciones: la Ley de Moisés, los Profetas y los Salmos (Lucas, 24, 44), la Ley y los Profetas (Mateo, 6, 17), Moisés y los Profetas (Lucas, 16, 29) no nos ofrecen material suficiente para reconstruir las opiniones de entonces respecto al canon del Antiguo Testamento.

13.—Los profetas y el profetismo

El significado fundamental de la palabra hebrea *nabhi*, o sea, profeta, parece que era el siguiente: aquel que en un estado de emoción exclama, anuncia o habla, ya sea a media voz, o con voz clara y a veces quejumbrosa.

El profeta aparece unas veces como un orante y defensor del pueblo y otras como un vidente en trance. En su calidad de vidente, ve lo que se halla espacialmente distante de él, pero puede ver también las cosas distan-

* En el capítulo siguiente nos ocuparemos de los Apócrifos. Los libros apócrifos del Nuevo Testamento se encuentran en una buena y fácil traducción italiana del P. Bonsirven.

tes en el tiempo. Puede ver lo cercano en el campo político, así como los sucesos que pertenecen al "fin de los tiempos". Todas estas cosas puede él ver y anunciar. Puede anunciar también que amenazan como un castigo divino guerras, conquistas, destierro y sufrimientos, pero puede hablar de la aparición de nuevos cielos y del advenimiento de una paz que dará la felicidad y la salud. El profeta puede amenazar, pero también puede consolar; llorar, pero también aliviar el dolor ajeno con palabras suaves semejantes a un canto. Ahora ve en Israel el pueblo escogido por Dios y ahora lo parangona con los negros etíopes, porque Dios es justo; El ve las intenciones del corazón y no el color de la piel.

En tiempos pasados se decía: nuestros padres han comido las frutas maduras y a nosotros nos ha dado la dentera. Nuestros padres han pecado y nosotros soportamos las consecuencias de sus errores. Nosotros estamos llamados a expiar sus culpas. El profeta Ezequiel se levanta en Israel contra semejante razonamiento. No existe ni la culpa colectiva ni el castigo colectivo. Dios castiga y recompensa a cada uno según sus obras, y no sólo, sino según las obras de cada uno en un momento dado. El pasado, aunque fuere sombrío, no pesa sobre la cabeza del hombre, ni las obras buenas de otro tiempo ejercen un poder de justificación.

El hombre es juzgado de hora en hora, el hombre es juzgado por Dios no según lo que hicieron sus padres o según lo que hizo él mismo en otro tiempo, sino sólo con referencia a la manera como él vive y obra en la actualidad.

¿Y el sufrimiento de los inocentes? Este es el punto central del Libro de Job. Dios es omnipotente y por ello su justicia es perfecta. Es diversa la interpretación de los sufrimientos de los inocentes en los cantos del Siervo de

Dios, en la segunda parte del Libro del profeta Isaías. El que sufre es un hombre más puro que ningún otro, un hombre siempre silencioso y siempre lleno de dolores: se diría que el silencio aumenta el peso de sus virtudes que son consideradas como culpas. La multitud siente la ofensa que le es inferida por el candor de este gran doliente. Se diría que el resentimiento por los propios pecados se convierte en resentimiento ante aquel que no ha pecado, ante aquel que no ha apagado nunca una lucecilla que se extingue, ni ha aplastado una caña ya rota. El sufrimiento tiene un valor expiatorio, y la misma multitud que ha condenado al gran Doliente en medio de los delincuentes, después de haber cometido crimen, se da cuenta de que El ha sufrido la pena de muerte, llevando el peso de los pecados de otros. Esta es la manera como el profetismo del Antiguo Testamento abre un resquicio hacia la luz que emanará de Jesucristo en los Evangelios.

En el período de mayor esplendor del profetismo, el profeta dice cosas que valen para todos los tiempos, o sea, verdades eternas. No tiene, pues, nada de extraño si los antiguos Libros históricos de la Biblia son definidos como "proféticos" ni tampoco tiene nada de extraño que los Libros que contienen los discursos de los grandes profetas se hallen a veces interrumpidos por capítulos de historia propiamente dicha. Desde la creación hasta el tiempo de todas las generaciones que se suceden sobre la Tierra, y aun hasta el período escatológico, hasta los tiempos apocalípticos, siempre y dondequiera se revela la voluntad de Dios. La historia no es una mecánica y arbitraria sucesión de hechos, sino que toda ella resiente el paso de Dios en medio del rumor de la historia, toda ella tiende a recordar, a ver, a prever y a comprender; quien recuerda, ve; y quien recuerda y ve puede obtener el don de prever. El mismo hombre a quien es dado remontarse a

los comienzos de la historia, puede entrever el fin y el surgir de cielos nuevos y de una tierra nueva, de un mundo totalmente nuevo. Quien ve de este modo, se halla ya en camino de ser un profeta de Dios, a menos que se vea impulsado por su don de previsión a convertirse en un vidente de los últimos tiempos, o sea, en un apocalíptico.

Hace falta un don particular, una particular sensibilidad para comprender al profeta y para escuchar su palabra. Muy frecuentemente se abre un abismo entre el profeta y aquellos que lo escuchan. Las consecuencias de tal incompatibilidad pueden ser trágicas y llevar hasta la muerte por martirio del profeta. Cuando el profeta anuncia toda clase de desventuras, especialmente en el terreno político, como consecuencia de la desobediencia del pueblo a la voluntad de Dios, el pueblo que todavía goza de bienestar se burla del profeta y de sus amenazas. Isaías oye decir a sus oyentes: "Que el Santo (Dios) de Israel apresure Su castigo: así podremos verlo. Y si es cierto que los enemigos tendrán que destruir realmente nuestras casas, volveremos a hacer otras más hermosas." En tales casos, el profeta dice: "El castigo no viene todavía, pero ciertamente vendrá." El pueblo no cree, porque todavía no ve. El profeta se siente inspirado por Dios, es el portavoz de una palabra que no es suya, sino de Dios, y por ello él es el único que ve en medio de tantos ciegos.

Los profetas saben que Dios no hace nada sin revelar el misterio de Su voluntad a Sus siervos, los profetas. El profeta no tiene dudas, ¿pero el pueblo? El pueblo simplemente no cree. El profeta conoce ya la economía de Dios, el plan de construcción de Dios, para quien querer y poder son una sola cosa. El pueblo y el profeta son dos mundos, dos concepciones filosóficas e históricas no sólo diversas, sino opuestas. En la escena del momento

histórico que pasa, el profeta y el pueblo se encuentran como los dos grandes personajes del drama. Desde lejos el profeta siente aproximarse al enemigo que trae destrucción y desventuras; el pueblo todavía se entrega a la alegría desmedida: el profeta se halla sumergido en un dolor inmenso y, por encima de todo este rumor festivo y de este llanto silencioso, por encima del rumor de los caballos, de los lamentos y las guerras, se cierne el espíritu de Dios.

El profeta vive su mensaje, su alma rebosa de celo sagrado y de infinita tristeza; a veces es definido en la Biblia con un término poco común en el habla actual: es "el que destila"; de su alma rebosante del saber de Dios y del temor por el porvenir de su pueblo, las palabras bajan como una lluvia de lágrimas y de sangre.

Uno de los más elevados exponentes de esta trágica situación es el profeta Jeremías. El rey, la corte y el pueblo quisieran levantarse en contra del dominio de los babilonios confiando, si bien no muy seguros de ello, en que los egipcios les prestarán su ayuda. El profeta sabe que de nada servirán las promesas de la potencia del Nilo. El no ama ni a los egipcios ni a los babilonios; pero su corazón se destroza de dolor bajo el impulso de la visión del terrible porvenir, que muy pronto se convertirá en un presente; pero el pueblo lo acusa de falta de patriotismo. Es arrastrado de prisión en prisión, es sumergido en fosas fangosas en las que espera un poco de pan y de agua que le son brindados por una piadosa mano invisible para él. Y, sin embargo, el rey, en medio de la noche, hace venir a su presencia al profeta de la desventura, con la esperanza de escuchar una palabra más dulce; pero las palabras del profeta bajan al corazón del rey como gotas de metal ardiente. ¡La desventura! La desventura y sólo la desventura. Entre tanto se aproxima la

gran tragedia. Y el fin de Jeremías es de lo más trágico: es asesinado por los suyos en tierra extranjera.

El verbo hebreo que significa "profetizar" se presenta en su forma reflexiva y pasiva para indicar así en cierto modo de qué manera se puede iniciar la comprensión de la psicología del profeta: él sufre algo, se halla bajo el peso de algo que baja hasta el fondo de su alma, que se posa sobre él y que sobre él se detiene. Cuando se levanta, su voz se hace potente, su gesto se vuelve violento, y ésta es la razón por la que el pueblo dice que el profeta es un tonto, que es un loco el hombre del espíritu, el hombre poseído en cierto modo, por un espíritu. El pueblo no sabe que es el espíritu de Dios el que arrebata al profeta, y hace de él Su heraldo, el anunciador de su voluntad omnipotente.

San Pablo sabrá decirnos del Espíritu Santo que nos es donado, pero un milenio antes que él el rey David, pecador y cantor conmovido de la gracia de Dios, en el "Miserere", pide al Señor un corazón puro y un espíritu nuevo, para no quedar privado de su santo espíritu. El pecado extingue la luz de Dios en el hombre, hace al hombre sordo a la voz de Dios y por ello el rey-salmista, en la hora del dolor supremo, sabe que su alma, después de haber asesinado al inocente Urías, es un recipiente roto, es un vaso que ya no puede dar cabida a Dios. David pide por ello a Dios un corazón recto y un espíritu nuevo. No así el profeta: él ha recibido de Dios un alma y un corazón totalmente particulares. El profeta se siente dominado por la voluntad de Dios, se siente inerme ante el atractivo que emana de la santidad y de la voluntad de Dios, se siente "como una mujer seducida", como una mujer que tiene que tomar y recorrer un determinado camino, y que no puede menos que recorrer dicho camino, a pesar de que sabe que le esperan dolores

sin fin y quizás hasta la muerte. "Señor, dice Jeremías, Tú me has seducido y yo me he dejado seducir..." Dolor y amor: el profeta es una víctima del gran amor hacia Dios y hacia el pueblo dos veces infeliz: infeliz por las desventuras que le sobrevendrán, e infeliz porque desconoce el bien, porque no conoce a su Padre que está en los cielos. El amor se convierte en él en una tempestad, en una tempestad de dolor, de palabras candentes, de amenazas, en una tempestad que lo sacude y lo arrastra y que no llega a los corazones de sus oyentes. El profeta percibe la palabra de Dios; él es el campo arado por la mano de Dios; el fondo de su alma son los oscuros terrores que son destrozados, cortados y sacudidos: ¿acaso puede el pueblo comprender un semejante estado de ánimo, semejantes sentimientos y éxtasis? Del suelo arado y trillado brotará un día el trigo nuevo. Del suelo arado por la poderosa mano de Dios y regado por las lágrimas y la sangre del profeta y de su pueblo, brotará lo que los profetas llaman "el residuo de Israel": el tronco de una poderosa encina —es una imagen tomada de Isaías— es cortado, el árbol cae, el tronco es fragmentado, pero de su raíz brotará un pimpollo nuevo, una sagrada simiente, el residuo de Israel, aquel residuo que después de muchas desviaciones volverá a Dios.

¿Cómo podría el pueblo comprender al profeta? El vive en medio del pueblo, es hijo del pueblo, habla al pueblo, llora por el pueblo y se eleva por encima del pueblo para hallarse así cercano a Dios. El profeta se halla cercano a Dios, está ligado con todas las veras de su corazón a su pueblo, del cual, sin embargo, lo separa la mano de Dios; él vive y sufre por su pueblo, sufre con el pueblo, pero se halla fundamentalmente separado del pueblo. Es una tragedia en las almas. Todo aquello que es sagrado y justo para el profeta, es cosa de poco valor para el

pueblo. El pueblo mata al profeta y después... lo llora. En el alma del profeta se renueva siempre, y con vigor siempre creciente, la adhesión a Dios y el ansia de una santidad cada vez mayor. Es muy frecuente el hecho de que mueran en el alma del profeta todas las apariencias, aunque tales apariencias consistan en seguir los antiguos ritos, porque las apariencias engañan y no se puede engañar a Dios. El hombre puede engañarse a sí mismo, y sólo durante un breve tiempo, pero no se puede engañar jamás a Dios. El profeta sólo tiene un rayo de luz en el alma: sabe que está destinado al servicio de Dios. El sabe que de las ruinas que prevé y anuncia surgirá una vida nueva, una vida purificada por el dolor, una vida más digna del pueblo de Dios. Pero el pueblo todavía no sabe nada de todo esto, el pueblo ve en el profeta al gran soñador y no cree en los sueños del profeta. El pueblo considera más bien como un vano sueño la profecía, y no comprende al profeta que sueña en un porvenir iluminado por la fe de Dios y la caridad de Dios.

El profeta del Antiguo Testamento camina en medio de los senderos de una vida difícil, rodeado de incomprensiones y con el incontenible impulso de anunciar la palabra de Dios.

Los profetas sienten su propia palabra como palabra de Dios. Ellos no añaden a la voluntad que anuncian más que el revestimiento sonoro de su palabra, su gesto y su acción simbólica. Toda la vida del profeta se convierte en palabra viviente de Dios, hasta su vida afectiva: Isaías llama profetisa a su mujer, no porque ella lo fuera, sino porque se hallaba a su lado y por ello estaba también ella al servicio de la misión profética. Otro profeta se ve obligado hasta a unirse a una mujer poco honesta, para poner así en evidencia la infidelidad de la nación hacia su Dios.

El profeta vive sólo de la profecía. Todo él se vuelve profecía. Su alma se abre aún a las visiones de un futuro muy lejano. Isaías, con los ojos abiertos, ve a una virgen-madre y a un niño prodigioso sobre el que se posarán todos los dones del espíritu de Dios, un niño sobre el que reposará el Espíritu de la sabiduría y de fortaleza, un niño que, cuando sea conocido, será un juez en el nombre de Dios, un juez que sabrá herir la tierra contaminada con el "látigo de su boca", con el látigo de su palabra, y que con su aliento matará al impío y al malvado. El mismo Isaías tiene una clara visión de Jesucristo sin decir su nombre, y nadie, después de Isaías, comprendió al gran profeta como lo hizo Jesucristo. Los grandes, los hombres que se han consagrado a Dios, viven fuera del tiempo, no conocen los límites de tiempo, y por ello es por lo que Isaías puede ver a Jesús y por ello Isaías puede volver a vivir en Jesús, y no es una casualidad el hecho de que grandes multitudes digan de Jesús: "El es uno de los antiguos profetas resucitados." El pueblo no se ha equivocado: es el espíritu de los antiguos y más grandes profetas de Israel el que resucita y alcanza su plenitud en Jesús.

En las alturas luminosas de Dios, los más grandes espíritus de la humanidad se encuentran, fuera y por encima de los límites de tiempo y de espacio.

Isaías se opone a los conceptos levíticos y culturales. El opone, más aún, contrapone, a la *sacralidad* levítica, la santidad de Dios. No es necesario un culto suntuoso y ruidoso, ni un templo lleno de mármoles y de oro. El Señor mira por el pobre, con tal que éste tema a Dios. El verdadero santuario de Dios es el alma humana. Llegará un día en que Jesús dirá: "El reino de Dios está dentro de vosotros." La majestad y realeza de Dios resplandecen en un corazón destrozado, en el corazón de un

hombre que inclina suavemente la cabeza bajo el peso de los sufrimientos. El santuario de Dios es, según la concepción de los profetas, y después según la de los salmistas, un corazón humano que, con humildad y sencillez, se abre ampliamente a la gran luz de Dios.

Se decía que cada pueblo debía seguir a su dios, en tanto que Israel debe seguir a su Dios. Los profetas dan comienzo a una campaña en contra del concepto de "dios" referido a todo aquello que no es Dios. Todo aquello que no es Dios es cosa vana, totalmente nula. Llegará un día en que el gran filósofo alejandrino, Filón el hebreo, dirá que el politeísmo es en fin de cuentas ateísmo. Aquel que no acoge con todo el corazón a Dios, no tiene Dios alguno.

El profetismo abre el camino al universalismo: no sólo Israel, sino todos los pueblos se hallan bajo la protección de Dios. Para un historiógrafo egipcio los "malditos extranjeros" no son más que un medio para acrecentar el poderío de los faraones. El profeta bíblico desea que Israel se ponga al servicio de la salvación de todos los pueblos, desea que Israel sea una bendición para todas las naciones de la Tierra. El profeta del pueblo se convierte en profeta de los pueblos, de toda la humanidad.

El profetismo lleva consigo una nueva manera de concebir la historia del mundo: todo lo que es expresión de poderío en la Tierra, ya se trate de un individuo o de un Estado, será destrozado. Los opresores son un instrumento de la mano poderosa y justa de Dios; y ellos mismos no lo saben. El profeta lo sabe, lo comprende y lo anuncia.

La riqueza es poder, pero también este poder quedará aniquilado, reducido a polvo. Dios ama a los pobres y a los hombres de corazón contrito. El ruido de los animales degollados y ofrecidos en sacrificio, los cantos litúrgicos, todo es considerado como culto a Dios. Se levantan gritos del cielo, pero Dios escucha el gemido silencioso de quien

sufre y de quien implora su auxilio. A Dios no se le ofrecen sacrificios: el hombre debe sacrificarse a sí mismo. El hombre debe sacrificar su propio corazón, su propia vida, sus obras, su amor y su sufrimiento a fin de hallarse cada vez más cercano a Dios.

El pecado es una desviación, y una desviación no se remedia con actos de culto exterior. El hombre que peca no se halla en la plena posesión de su personalidad; la penitencia es una reintegración de sí mismo, la realización de sí mismo, la curación de sí mismo. El regreso a Dios con todo el corazón significa perfeccionamiento del hombre. Se regresa a Dios, porque nos habíamos separado de El: la penitencia no debe ser un sufrimiento, sino una fuente de dulce retorno, de dulce acercamiento. El pasado tenebroso se desvanece en el acto de volver a Dios al igual que la niebla bajo la acción de los rayos del Sol. También los dones ofrecidos al pobre son un medio de volver a Dios: el hombre ama al hermano que necesita de su ayuda, porque el menesteroso es amado por Dios; quien está cerca del que sufre, a fin de ayudarlo, se encuentra con Dios piadoso. El hombre y Dios se juntan en un dulce encuentro de amor.

El sacrificio ritual puede servir de coartada para quien vive una vida superficial, pero para quien ofrece su propia persona a Dios y al prójimo, el dolor ajeno se vuelve sagrado y santificador; la vida social puede convertirse, para todo hombre recto, en un santuario en el que rinde culto a Dios. El tempestuoso profeta Elías hace descender del cielo un fuego que destruye a los paganos y consume los sacrificios. El mismo profeta puede hacer que se cierna la sequía y que sufra el pueblo, para castigar así a los reyes que han abandonado a Dios: y el Señor mismo dice al profeta que sabe resucitar muertos: "No es en el viento donde se encuentra al Señor, ni en el terremoto,

ni en el fuego, sino en el dulce murmullo es en donde tú encontrarás al Señor."

La profecía como tal no permanece ligada únicamente a la palabra. En lugar de la palabra, el profeta puede ofrecer un acto. El puede fustigar con la palabra a los prevaricadores de la Ley de Dios, pero puede también hacer descender sobre ellos un fuego del cielo que los devore. Tanto la palabra como la obra son expresión del poder profético. Lo que importa es dar al pueblo la infalible convicción de la presencia de Dios en medio de ellos. Este es un concepto dominante en toda la literatura bíblica, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. La presencia del profeta, y del mismo modo la presencia de Jesús, significan la presencia de Dios en medio de los fieles. Las desventuras del 586 a. de C. son fuente de un dolor del cual se hace eco el Libro de las Lamentaciones: ya no hay enseñanza divina y los profetas ya no reciben visiones del Señor. La presencia del profeta significa, pues, la proximidad de Dios. Cuando el profeta no tiene ya visiones, significa que Dios se ha alejado de su pueblo.

En la época posterior al destierro, la palabra escrita de Dios, en particular el Pentateuco, viene significando cada vez más la presencia de Dios. Escuchar la palabra de Dios leída en voz alta al pueblo, escuchar esta palabra traducida al idioma popular, el arameo, escuchar que los doctores discuten a fondo y con ardor tal palabra y saber que el pueblo pone en práctica todos los preceptos, positivos y negativos, preceptos que los doctores deducen de la Sagrada Escritura, todo esto significa, después del destierro, la presencia de Dios en medio del pueblo. Poco a poco, los doctores van ascendiendo cada vez más en la estimación de la multitud, y la interpretación de la palabra de Dios se vuelve cada vez más minuciosa y profun-

da, cuando se trata de la parte preceptiva, y se vuelve cada vez más sentida, y cada vez más conmovedora cuando se trata de la parte parenética, o referente a la moral.

Las condiciones políticas se van agravando, y las líneas divisorias entre una época y otra se hallan frecuentemente constituidas por invasiones, persecuciones o deportaciones, pero el pueblo resiste, porque aun en el destierro y en el aislamiento vuelve a encontrar, en la palabra escrita, su patria, el recuerdo glorioso de los tiempos pasados, el sentido de la filiación de Dios y la esperanza de un futuro mejor. Un gran poeta de origen hebreo llegó a decir, y no sin razón, que la *Torà* (la Ley) se ha convertido en la patria de los hebreos, y los doctores, al igual que el pueblo, defienden valientemente esta su patria, por medio de una indeficiente confianza en la verdad de las Sagradas Escrituras y en la observancia minuciosa y amorosa de todos sus preceptos.

14.—La evolución del profetismo

El profeta orante y orador. La literatura del Antiguo Testamento nos permite reconstruir, aunque sea a grandes rasgos, la evolución de la figura del profeta y del profetismo. En las épocas más lejanas, el ángel de Dios obra como un encargado y mensajero del Señor. No es diversa la misión del profeta en un período muy lejano. Así, por ejemplo, el profeta Samuel es llamado "vidente" porque, superando el espacio, ve todo lo que acontece lejos de él, o sea, que percibe con los ojos del espíritu todo aquello que otro no podría captar más que por medio de los ojos corporales. Pero el mismo Samuel recibe del Señor tareas de grave responsabilidad. La vida asociada del antiguo Israel estaba basada en el concepto teocrático, o sea, el de que Dios gobierna a Su pueblo. Bajo

la influencia de la organización social de los pueblos vecinos, Israel invoca para sí la institución de la monarquía; Samuel quisiera oponerse a tal innovación, pero el Señor quiere condescender con el deseo del pueblo, y es justamente Samuel el que unge rey primero a Saúl y después a David, que estaba destinado a ser un rey insigne en la historia y también en las esperanzas mesiánicas del pueblo escogido.

En un período mucho más lejano, en tiempos pasados, el patriarca Abraham es definido "profeta" *(nabhi)* y por ello mismo, apto para interceder en favor del rey Abimelec, que ha pecado sin darse cuenta de ello. Aarón, que recibe el encargo de ser ante el Faraón el orador de su glorioso hermano Moisés, es definido como el "profeta", en tanto que a Moisés le corresponde el papel de inspirador, o sea, de "Dios". Esta circunstancia nos permite comprender mejor el significado de la misión de los profetas: el profeta es un hombre que escucha la palabra de quien es superior a él, y en particular la palabra de Dios, para transmitirla a los demás. Vemos, pues, que su tarea en aquel lejano período es muy limitada, escuchar para referir en seguida. Esta es la razón por la cual en el período más glorioso de la fe en el profeta todo se desarrolla sin contratiempos, porque todos saben que el profeta no dice nada de sí mismo, sino que es el portavoz fiel y consciente de su Dios. Escuchar y obedecer al profeta es lo mismo que escuchar y obedecer a Dios. El profeta es el hombre a quien Dios encomienda Su secreto; más aún, con el tiempo se dirá que el Señor no hace nada sin revelarlo antes a Sus ministros, los profetas. La palabra del profeta es, pues, palabra de Dios, y por ello un orador profético puede decir: "Así como la lluvia y la nieve bajan del cielo y no vuelven a él sin haber antes abrevado la tierra, ni sin haberla vuelto fértil, así mi palabra", dice

el Señor, "no volverá a Mí en vano, sin haber realizado la tarea que Yo he encomendado a mi mensajero".

En los primeros capítulos del Génesis, la palabra de Dios es creadora. Dios dijo: "Hágase la luz", y la luz se hizo. La palabra de Dios y la creación que de ella resulta se funden y se armonizan. La palabra equivale a la obra, al hecho. De aquí nace la fe en la palabra del profeta; de aquí nace la fe en la enseñanza de Dios; de aquí nace también la fe en Jesús, el *Logos*, el Verbo de Dios.

Si el profeta Elías, en cuanto taumaturgo, lleva a cabo obras prodigiosas, estas obras equivalen a la palabra profética. Del mismo modo el profeta inspirado por Dios, aunque una palabra corresponda al futuro, ya la considera como cosa consumada; de aquí deriva la fe mesiánica, de aquí la fe escatológica. El profeta puede hablar libremente del fin de los tiempos, del nacimiento de nuevos mundos, del juicio final, de la resurrección de huesos muertos que se revestirán de carne y de piel, porque no es palabra del profeta, sino que es el efecto de la inspiración y la inspiración es obra de Dios. En la literatura sapiencial se dirá que la sabiduría ha salido de la boca de Dios, que es espíritu de Dios. Siempre y dondequiera la palabra inspirada significa la presencia de Dios en medio de los hombres. La fórmula usual en la parte preceptiva del Pentateuco es: "Y el Señor dijo a Moisés lo siguiente." Los profetas iniciarán sus alocuciones con la fórmula: "Así dice el Señor."

El perfeccionamiento espiritual, religioso y moral es continuo. Moisés, el legislador, es profeta porque Dios es el que ha dado la Ley por medio de Moisés. En el Pentateuco el Señor se revela a Moisés y le hace escuchar su voz por entre las alas de los querubines colocados sobre el arca de la Ley, en el Santo de los Santos. En otra

ocasión Dios hablará también a un niño consagrado a él por su propia madre, porque Dios lo había solicitado desde antes que naciera. El nombre de este niño es Samuel.

Veamos cómo se ha manifestado la vocación del niño profeta: este niño sirve al señor en el Santuario bajo la mirada del anciano sacerdote Helí. Nos hallamos en un período en el que es raro escuchar la palabra del Señor y no se tienen visiones manifiestas. Los ojos de Helí se habían venido ofuscando y ya no podían ver. El se hallaba reclinado en su puesto habitual, la lámpara del Señor aún no había sido apagada y Samuel dormía en el Santuario del Señor, en donde se hallaba el arca de Dios. Fue entonces cuando el Señor llamó a Samuel. El niño, desconociendo la gravedad de aquel momento, respondió sencillamente: "Aquí estoy." El niño cree haber sido llamado por Helí, y se presenta al anciano sacerdote, pero éste le responde: "Yo no te he llamado, regresa a tu lecho." El jovencito vuelve a dormir. Nuevamente llama el Señor a Samuel, el cual regresa otra vez con el sacerdote. La respuesta es la misma de antes. Samuel todavía no conoce al Señor. Por tercera vez el Señor repite su llamado. El niño vuelve a Helí diciendo: "Heme aquí, puesto que me has llamado." (Nótese la triple repetición de la pregunta y la triple repetición de la respuesta del niño. Esta triple repetición seguirá siendo la característica de toda la literatura bíblica, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. También Jesús resucitado dirigirá tres veces la pregunta a Pedro: "¿Me amas tú más que los demás?" Y también Pedro, al igual que Samuel, quedará sin darse cuenta de la gran importancia de la triple repetición, la cual confiere al episodio fuerza legal e importancia histórica.)

Por consejo de Helí, el niño responde a la siguiente y última llamada: "Habla, Señor, que tu siervo te escu-

cha." Y de nuevo resuena en los oídos del pequeño Samuel la llamada, y éste responde como Helí se lo había enseñado. Y ahora viene la profecía: "He aquí que Yo voy a realizar en Israel una cosa que hará resonar ambos oídos a todo aquel que escuchare. En aquel día suscitaré contra Helí todo aquello que he dicho sobre su casa: Yo comenzaré y terminaré; porque Yo le he predicho que juzgaría a su casa para siempre a causa de sus iniquidades, porque él sabía que sus hijos obraban indignamente y no los ha corregido. Porque Yo he jurado a la casa de Helí que su iniquidad no podrá ser expiada jamás ni con víctimas ni con oblaciones."

El rito de los sacrificios, del que se habla en el Pentateuco, tendía más que nada a purificar de los errores cometidos en la observancia de los ritos mismos, pero cuando se trata de la profanación del Señor y de Su Santuario, el rito del sacrificio pierde toda su eficacia: así lo dirán en seguida los profetas mayores, los que suelen denominarse profetas literarios. Isaías preguntará: "¿Por qué esta multitud de sacrificios? Yo estoy hastiado de holocaustos. No deseo ni sangre ni grasa como ofrenda."

El rito de los sacrificios no es jamás un fin en sí mismo: en fin de cuentas, la Biblia se considera también como una totalidad, como un conjunto de Libros inspirados por el Señor, y los preceptos referentes a los sacrificios son dados en nombre del Señor. Se protesta contra el rito del sacrificio en los casos en los que se sobrepone a los valores morales y religiosos; se protesta contra el citado rito cuando sólo sirve de coartada, de excusa para poder cometer actos nefastos en el terreno de la obediencia a Dios, o injusticias graves en el campo social y moral. El que peca se refugia bajo las alas de sus obras de observancia ritual, y es entonces cuando se va perfilando la necesidad, entre los profetas, de disminuir, conscientemen-

te, la importancia de todas las exterioridades de carácter religioso: la sangre, la grasa, los ayunos, la ceniza sobre la cabeza, el cilicio, que son todos actos de piedad exteriores, manifestaciones todas de carácter *exterior*.

Los profetas, y después el cristianismo todo, tienden vigorosamente a *interiorizar* al hombre. Un culto que sea realizado sin el espíritu de verdad, que no sea expresión de la verdad del espíritu y de la voluntad de Dios, es criticado y ásperamente reprochado. ¿Para qué sirven las manifestaciones de penitencia, de preceptos o de sacrificios, si abandonamos al hermano que sufre? Ya en la literatura profética se siente resplandecer la luminosa palabra de los Evangelios: "¿Si tú no amas a tu hermano que se halla cercano, ¿cómo podrás amar a tu Dios que se halla lejano?" "Si tú ves —dice Isaías— que alguien está desnudo, vístelo; a los que andan fugitivos, perseguidos, dispersos o carentes de casa, a los que son desechos de la sociedad humana, llévalos a tu casa, comparte con ellos tu techo, no consideres tu casa como un bien exclusivo. ¿Cómo puedes descansar en paz, si tu hermano se encuentra en medio de la noche solo, azotado por los vientos, rodeado de tinieblas y temblando de frío?"

Los profetas cortan de raíz la mala hierba de la avaricia, del amor propio, de la sed de lucro. Isaías es el primero que en toda la literatura bíblica se sirve de la expresión: "partir el pan con alguien". Es la expresión *fractio panis,* que se convertirá después en el término técnico por excelencia de la institución eucarística. Isaías desea que el hombre ofrezca a su hermano indigente el pan de Dios, no a través de un resquicio de la puerta, sino invitándolo a su mesa, lo cual es una alusión a los preceptos contenidos en los Libros de Moisés y por los cuales el pobre debe participar en los banquetes sagrados en Jerusalén, donde se come el pan de Dios en la presencia

de Dios. Aquí se encuentra el germen de la futura *Agape* cristiana.

Isaías termina su discurso diciendo: "Entonces (si realizas los actos que la caridad te exige lleves a cabo con tu hermano) brotará como el alba tu luz, y la gloria del Señor resplandecerá sobre ti."

El desequilibrio en la vida económica se manifiesta en todo grupo social un tanto desarrollado, y las leyes del Pentateuco contienen toda una serie de providencias en favor del pobre, prohibiendo la usura y toda forma de explotación de la precaria situación ajena. Ahora que se han encontrado antiguos textos en el Mar Muerto, sabemos que el Códice de la *Sacralidad* o Santidad, del Exodo 19-22, es de fecha antigua. La misma grafía de los fragmentos habla en favor de la antigüedad del texto. De Vaux sostiene que tales fragmentos pertenecen al siglo IV a. de C., otros tratan de asignar al manuscrito una fecha más reciente, pero no hay que olvidar que no se trata de un original, sino de una copia, y si tenemos en cuenta las dificultades que se oponían por entonces a la multiplicación de las copias, resulta absolutamente necesario colocar el original por lo menos un siglo después, de manera que el Código de la Santidad en el Exodo resulta muy antiguo. Ahora bien, la falta de observancia de los preceptos que se refieren a la defensa del pobre se aproxima y se compara, tanto en este texto como en otros, a los más graves pecados, tales como copular con un animal, o el dar culto público a las divinidades paganas. El haber asociado la defensa del pobre a tan graves aberraciones y pecados denota con cuánto ardor se trataba de defender al pobre y con cuánto amor por el pobre se insistía a fin de lograr que los más afortunados lo socorrieran.

Y la actividad de los profetas no permanece extraña a toda esta lucha. Mucho antes que Isaías, Amós, un

hombre rudo, un boyero y talador de sicomoros, en un lenguaje sobremanera robusto, reprobaba el culto de las divinidades paganas, al mismo tiempo que la explotación y la humillación de los necesitados. Amós no tiene empacho en decir con todas sus letras que el padre y el hijo se encuentran en casa de la misma pecadora. Sabe reprochar a los ricos que pasan con sus coches haciendo caer el polvo que levantan sus caballos, sobre las cabezas de los pobres; sabe reprochar a aquellos que esperan las festividades religiosas de la luna nueva y de la luna llena para elevar el precio del ciclo, o sea, de la moneda con la que se paga, y para disminuir la medida (del grano), para así enriquecerse pronto y de la manera más abominable. El mismo Amós hace saber, gritando en las plazas ante la multitud, que llega a haber hombres que se tienden con mujeres perdidas al pie del altar y sobre vestidos quitados a los pobres. La defensa del culto de los antepasados y de la fe en el único Dios y la áspera recriminación en contra de la avaricia y la falta de caridad se juntan, y hacen surgir en el profeta una sagrada indignación, y su palabra cae como fuego ardiente en medio de la multitud. Esta es la obra de un antiguo profeta en Israel, y la semilla esparcida por él será recogida por otros...

La actividad de los profetas no se circunscribe a un solo punto, sino que es una llama viva, devoradora y purificadora que corre, que se difunde, y que a todos los llama al deber de abandonar todos los caminos que conducen al mal y todos los senderos tortuosos y todos los vanos placeres, para retornar todos a la fuente de toda justicia y de toda bondad: el Señor.

Las circunstancias de la vida y los influjos del ambiente son los que obran sobre los profetas. Los profetas, a su vez, están llenos de entusiasmo, y felizmente se encuentran dominados por la voluntad del Señor. Su camino se ha-

llará sembrado de espinas. Desde Jeremías hasta Zacarías, desde Zacarías hasta el Siervo de Dios en Isaías, desde el Siervo de Dios hasta Jesucristo, todos dejarán huellas vivas y ardientes de su sangre en los caminos que recorrerán. Nunca un profeta ha sido víctima del temor, y nunca un apóstol de Cristo ha callado, porque en ellos ardía la llama del amor de Dios. Sus seguidores: los mártires, testigos de la verdad de Dios. Su voz no ha muerto ni morirá.

La espera del profeta. El profeta por excelencia era para el antiguo Israel Moisés, el legislador.

En todo el oriente semítico, el legislador, el rey, recibe la ley, según la tradición, directamente de la mano de la divinidad, de manera que la ley que él quiere que sea observada es realmente la ley de la divinidad nacional. En Israel Dios es concebido como un Dios único y es considerado como Dios creador del mundo, de todo el universo, y por consiguiente es el único Dios. ¿Y después de Moisés qué sucederá? En el acto de la revelación del Decálogo en el Monte Sinaí, el pueblo queda impresionado por el enorme poderío, por el fuego y por los truenos que acompañan la teofanía* y por ello dirige a Moisés la petición: "Habla tú con nosotros", para evitar así el oir directamente la voz de Dios. Moisés es un hombre mortal y el pueblo abriga grandes temores, y por ello se lee en el Deuteronomio 18, 18 ss.: "(Y el Señor me dijo): Haré surgir para ellos de entre sus hermanos, un profeta semejante a ti; pondré en su boca mis palabras, y de esta manera él dirá todo aquello que Yo ordene. Si alguien no quisiera dar oído a las palabras que él dirá en mi nombre, Yo me encargaré de castigarlo. El profeta que se llenare de perversa arrogancia y se atreviere a decir en nombre mío aquello que Yo no le hubiere ordenado decir,

* *Teofanía,* vocablo griego por "Manifestación de Dios". (N. del T.)

será reo de muerte. Y si dentro de ti dijeres: ¿«Cómo puedo yo reconocer que un discurso dado no lo ha pronunciado el Señor?» tendrás esta señal: aquello que un determinado profeta hubiere predicho en el nombre del Señor y no se hubiere verificado después, será cosa que no había dicho el Señor, sino que había inventado el profeta en su soberbia; por lo cual no le habrás de temer."

Hemos llegado, pues, a una época en la que se encuentra ya quebrantada la confianza en la absoluta rectitud y veracidad del profeta. Se prevé ya el caso de que pueda haber un profeta que engañe, un profeta que dé las invenciones de su corazón extraviado como palabras de Dios, y entonces ya no será el profeta el que juzgue al pueblo en nombre de Dios, sino que será el pueblo el que se sienta con derecho a hacer morir al profeta en el nombre de Dios. El ciclo de los profetas, en su desarrollo histórico, se encuentra con un grave escollo: los que son denominados falsos profetas comprometen el prestigio del grupo de los verdaderos profetas. Tenemos a la tragedia humana que destruye algo que debía ser infinitamente grande y eterno, que debía ser una luz que, como dirá el Apóstol Santiago en su Epístola, no conociera el ocaso.

Los falsos profetas señalan la decadencia del ciclo de los profetas, privan al pueblo de la ayuda que había ofrecido el Señor a Su grey con Su infinita sabiduría, con Su infinita bondad y con el poderío de Su brazo.

El ciclo de los profetas está destinado a decaer, y a opacarse. Hay además otro factor: la debilidad humana que sobrepasa a la grandeza de la misión profética. Jonás recibe del Señor la orden de amonestar a los ninivitas para preservarlos así del castigo. El profeta es presa esta vez de una preocupación: si después los ninivitas llegaran a arrepentirse y el castigo amenazado por Dios no llegara a realizarse, ¿qué pasaría con su prestigio? Aquí tenemos

al hombre que antepone y sobrepone su propia persona a la grandeza de su misión.

En realidad, la luz de los profetas se va opacando poco a poco en Israel. Sin embargo, siempre permanece viva en el pueblo la espera del verdadero profeta y del verdadero Mesías. El pueblo asiste, ve, admira y adora a Jesús en su vida, en su palabra, en su obra redentora, en su poder de dar la salud, y en su espíritu de sacrificio, y cuando el Maestro pregunta a sus discípulos qué es lo que se dice de El ora en una, ora en otra de las clases sociales, escucha esta respuesta: "Dicen que tú eres uno de los antiguos profetas resucitados." El pueblo demuestra una sorprendente sensibilidad: después de varios siglos en los que no se oía ya la voz de un grande y verdadero profeta en Israel, el pueblo de Israel busca y encuentra en Jesús el retorno a las antiguas, gloriosas y luminosas fuentes de la profecía.

15.—De Ezequiel a Esdras

El profeta Isaías considera el sacerdocio como expresión de *sacralidad* y a veces opone la santidad a la sacralidad, a causa de que las multitudes consideran el cumplimiento de los ritos penitenciales, las reuniones sagradas y el ofrecimiento de las víctimas sobre los altares como una especie de barrera detrás de la cual se creen autorizadas a realizar actos de injusticia social o a faltar a otros deberes sociales o morales.

Después de la destrucción del Templo de Jerusalén el año 586 a. de C., por obra de Nabucodonosor, la reconstrucción del Templo se convierte para el profeta Ezequiel, descendiente de una familia sacerdotal, en el ideal más elevado, en el objeto de sus esperanzas y de sus visiones. Todo aquello que estuviere muerto resurgirá.

La sensibilidad del sacerdote fiel a Dios agudiza en Ezequiel el ardor profético; cuando es arrebatado y puesto entre el cielo y la Tierra, ve las abominaciones que se van realizando en la esfera del culto, abominaciones que cometen las multitudes al descubierto y los ancianos ocultamente, porque todos se han convencido de que el Señor ha abandonado al país, de que el Señor no existe, o por lo menos, de que no está presente (Cap. 8). Por ello —dice Ezequiel en la primera fase de su actividad— será tremenda la destrucción y tremenda también la desventura, hasta el grado de que los padres devorarán a sus hijos y los hijos se alimentarán con la carne de sus padres (5, 10). A la grandeza de los pecados corresponderá la aterradora grandeza de los castigos, pero al fin el Señor tendrá piedad de su pueblo. Vendrá el Día del perdón escatológico, en el que Dios mismo rociará al pueblo con agua pura, a fin de volverlo puro y libre de todas las abominaciones y de todas las impurezas del pasado.

A diferencia de la purificación ritual, levítica, el Señor llevará a cabo una *catarsis* nueva. El en persona, y conferirá al hombre renovado un corazón íntegro, sin impurezas. El Señor conferirá a los hombres de Israel un espíritu nuevo; el pueblo tendrá así un corazón de carne y no de piedra, un corazón que le permitirá caminar por el sendero de las normas, y observar y practicar los preceptos del Señor. Cesará la actividad de los profetas mentirosos que por unas cuantas monedas han desorientado al pueblo con sus discursos. Todos —los ancianos, los sacerdotes y los profetas— adquirirán el sentido de responsabilidad de sus propias acciones. Para semejante pueblo —dice Ezequiel— se elevará en la cima de un monte sagrado y santo un sagrario nuevo en el que se volverá a ejercer el culto cruento juntamente con obras de piedad y de justicia; se volverá a un culto en espíritu y en ver-

dad. Una vez que hubieren quedado purificados los corazones, el Señor volverá a habitar en medio de Israel y en el corazón de todos los hombres de Israel.

Los castigos anunciados han tenido lugar, lo cual es tan cierto, que Ezequiel es ya el profeta del destierro, vive y desempeña su ministerio en tierra extranjera, en medio de los deportados a Babilonia. La palabra de Ezequiel es la buena semilla que cae en el fondo de todos los corazones y echa raíces en ellos; se abandona la idolatría, se vuelve soberanamente dominante la conciencia monoteísta en Israel —lo cual es, por consiguiente, un triunfo moral sin paralelo— y la más alta expresión de este retorno a Dios será el retorno a la Ley y a la observancia de los preceptos dados por Dios por medio de Moisés.

La meta a la que tenderá la parte mejor del pueblo será la reconstrucción del santuario, la penitencia, una piedad robusta y sincera, la lectura en público de la Ley, y las ardientes plegarias que se elevan de los corazones quebrantados por las desventuras. No volverá a renacer el antiguo esplendor del culto, pero serán sinceras las lágrimas que derrame el pueblo en tiempo de Esdras el escriba en las plazas atestadas de gente, cada vez que escuche, palpitante de vida y de conmoción, la palabra de Dios. A la vista del Sagrado Texto desplegado y mantenido en alto ante el pueblo, las diestras se elevarán como para realizar un acto de reverente saludo, pero más aún para expresar un juramento de perenne fidelidad. En el oriente semítico, y en particular en Israel, la mano derecha elevada significa juramento de fidelidad.

Los legisladores, y después los profetas que se suceden antes de Jesús mismo y sus discípulos, llevan a cabo una labor de interiorización del hombre; la realización de un acto religioso en general, y cultural en particular, las

relaciones entre hombre y hombre, todo se convierte en un homenaje a Dios, y todo se halla empapado de una sincera fe en Dios y de un sincero amor a Dios, y ante Dios no se puede mentir, porque el hombre sólo ve el exterior de su compañero, pero Dios ve los corazones de los hombres. Los profetas son justamente los que insisten en esta labor de interiorización, y si a veces asumen una actitud que podría parecer como contraria a la ley formal, no se debe perder de vista la finalidad que determina tal actitud. Todos estos hombres, genios en el campo de la fe y de la palabra, tienen como finalidad la interiorización del hombre. Las obras de culto y el ejercicio de las virtudes sociales no pueden ni deben llegar a convertirse en una moneda deleznable a la que se le ha caído la cubierta de oro. Todo acto de culto, la realización de cualquier ley, debe encontrar su correspondencia en un movimiento del corazón.

En vísperas de la gran crisis política, el profeta Malaquías (2, 6 s.) dirige a los sacerdotes un llamado claro y preciso, que suena así: el sacerdote no puede considerar su misión como la de un simple maestro de ceremonias. Sus labios deben guardar la más alta ciencia, el conocimiento de Dios. Se solicita de él la enseñanza, y la manera más eficaz de enseñar es aquella en la que el maestro mismo se convierte en un exponente de todo aquello que va enseñando. El camino que conduce al conocimiento del Señor no es, según el concepto bíblico, el de la filosofía, ni tampoco el de la meditación. Hay que abrir los Rollos Sagrados, hay que escuchar una y otra vez la palabra de Dios, para después insertarla en la vida, para convertirla en fuerza pujante de la vida misma. Los preceptos de la Ley, aun los más pequeños, son estudiados, profundizados y puestos en práctica. En el período rabínico quizás se exagera en este aspecto, pero no obstante el punto

de partida de esta manera de enseñar y de vivir sigue siendo siempre digno de elevada consideración. En la palabra de la Ley, que unas veces amonesta y otras da esperanza, se debe escuchar siempre la voz de Dios.

En seguida podremos aludir, en los límites de lo posible, al desarrollo del rabinismo, pero desde ahora es oportuno decir que en el momento de la realización de este programa, la historia bíblica nos presenta a un hombre de nombre Esdras, denominado Esdras el escriba, que sin embargo indica probablemente a Esdras el lector de la Biblia en las reuniones públicas. No es un teórico puro, no es un hombre piadoso pero solitario, sino el hombre que desempeña una actividad valiente y vigorosa, y que tenderá a la realización de la obra regeneradora del culto. Su labor tenderá a hacer renacer el sentimiento de fe en Dios y el amor por la Ley, por la Ley que se hallará en el centro de la vida de todos los que participen en tal movimiento.

En el siguiente período, se hará sentir en muchos ambientes hebraicos un gran deseo de volver a una vida austera, a una vida totalmente dedicada al amor de Dios y a la observancia minuciosa de la Ley. En la actualidad los documentos encontrados en el Mar Muerto nos vienen ofreciendo una visión cada vez más clara de aquellas agrupaciones que reciben la común denominación de "sectas". Sería cosa prematura tratar de emitir un juicio definitivo respecto al valor intrínseco de este extraño movimiento, pero es un hecho que hay hombres que se separan de la manera común de vivir, para buscar con mayor empeño y en un ambiente más cordial y más íntimo el camino del regreso al Señor. Su objetivo es muy difícil, y lo vuelven más difícil aún otros que no los comprenden o que los juzgan mal, pero el hecho mismo de que hayan surgido estos centros espirituales y religiosos indica que algo nue-

vo se está preparando, que ese algo es más elevado, y que se trata de hombres plenamente empapados en un ideal; por ello no es equivocada la opinión de quien sostiene que estos movimientos esporádicos preparan a los hombres que en seguida serán los primeros en seguir a Jesucristo.

La actividad que se inició por el año 460 a. de C. vendrá a desembocar ciertamente en la observancia que suele denominarse farisaica, observancia que es un torrente que lleva a veces, demasiadas veces, muchos granos de arena, pero con mucha frecuencia también, granos de oro puro.

Ezequiel, el profeta del destierro de Babilonia, es al mismo tiempo el maestro en cuyo derredor se reúnen los desterrados en los días de sábado y en las fiestas para escuchar de sus labios la palabra de Dios, y para recobrar esperanzas a su lado. Quien nos ha ofrecido en una vista rápida, un cuadro maravilloso de la psicología del profeta Ezequiel, no es un exégeta: es el inmortal genio de Miguel Angel, quien en la Capilla Sixtina nos presenta un Ezequiel con los ojos ardientes, totalmente orientado hacia el porvenir.

Miguel Angel nos presenta a Ezequiel en pleno contraste con Jeremías. Este, el hombre que ha sufrido terriblemente por el hambre, las cárceles, los golpes, las dolorosas incomprensiones, se halla ahora sentado con los ojos vueltos hacia la Tierra, totalmente alejado del mundo y sólo atento a su dolor.

El Ezequiel de Miguel Angel está atento ahora al porvenir. ¿Qué es lo que ven estos ojos tan llenos de energía y de nostalgia y al mismo tiempo tan llenos de vigor y de poderío? Ezequiel ve a un pueblo que ya ha abandonado completamente los últimos restos de la idolatría y del paganismo, y que se ha entregado completamente a Dios.

Este pueblo volverá de todo corazón a Dios, hallará nueva vida en su suelo natal y su corazón palpitará en un grandioso Templo que se elevará en la cima de un monte sacrosanto. Una vez más resonarán los cantos de los Levitas y se volverán a ofrecer nuevamente sacrificios en el altar del Señor y los sacerdotes se revestirán una vez más y para siempre de sacralidad, de pureza y de justicia.

Isaías, a quien Miguel Angel nos presenta totalmente atento para escuchar, para captar hasta el más leve susurro de la voz de Dios, y para entrever los lejanos tiempos de redención, de paz y de fe, Isaías ve en el porvenir a toda la Tierra llena del conocimiento de Dios, a la manera de un mar rebosante. Una vez más, a la manera del antiguo oriente, el agua se convierte en símbolo de elevada sabiduría, del más alto conocimiento, que es el de Dios.

Ezequiel es de estirpe sacerdotal, y el ideal y la visión de un resurgimiento se asocian en él a la visión de un Templo nuevo colocado en las alturas, suprema expresión de sacralidad. Pasarán muchos siglos más y en Cesarea de Filipos, Jesús definirá el primado de Pedro.

Pedro será la roca inconmovible sobre la que Jesús edificará Su Iglesia.

El santuario que es el objeto de las visiones y del ardiente deseo del profeta Ezequiel es un santuario nacional, hebreo, en el que se ofrecerán sacrificios en espíritu y en verdad al Dios de Israel, Dios de todo el universo. Por estar colocada sobre una roca, la Iglesia de Cristo resistirá a las fuerzas del mal en el mundo. La roca será Pedro, al igual que otros que se hallarán con él, y otros que seguirán después de él; será un santuario construido con piedras vivas: Jesús es la piedra angular y Pedro es la roca y una de las columnas destinadas a sostener el santuario de todas las naciones, la Iglesia de Jesucristo.

16.—De Malaquías a Esdras

Esdras es la encarnación de la nueva espiritualidad de Israel, la cual consiste en el retorno a la palabra del Pentateuco, en el espíritu de todos los profetas, y en especial el de Ezequiel.

El último eco del ciclo profético nos es dado por las palabras del profeta Malaquías (aprox. 450-430 a. de C.), que es el último de los doce menores.

El Libro de Esdras y Nehemías y las Crónicas, cierran el canon del Antiguo Testamento.

Hay que distinguir en la intrincada cuestión cronológica entre contenido y redacción de cada uno de los Libros. Así, por ejemplo, algunos críticos, aun católicos, consideran como la época de la redacción de los Libros de Esdras y Nehemías el año 300 a. de C., pero todos consideran el año 458 (ó 460) a. de C., como el año en que Esdras, de la estirpe de los Saduceos, toma la decisión de volver a Palestina con el intento de llevar a cabo allí una labor de reconstrucción cultual, espiritual y moral.

El profeta que nos es presentado en la Biblia con el nombre un tanto oscuro de Malaquías, nos ofrece un cuadro de la vida del pueblo en su tiempo, vida que él somete a una crítica austera, sirviéndose de una forma de diálogo.

Un breve examen del contenido de ideas del Libro de Malaquías facilita grandemente la comprensión de la crisis que se había suscitado en el período que abarca muchos hechos importantes, tanto desde el punto de vista histórico como literario, o sea, el fin del ciclo de los profetas bíblicos, y el fin de la literatura profética del Antiguo Testamento. ¿De qué manera —éste es en fin de cuentas el significado de la pregunta que plantea el pue-

blo al principio del Libro de Malaquías— se manifiesta la eficacia del Pacto entre Dios e Israel y en qué se manifiesta la obra protectora y caritativa del Señor?

Esta pregunta —aunque expresada en términos menos terminantes que los que hemos usado— no se encuentra fácilmente en los himnos ni en las plegarias bíblicas, insertados en los Libros proféticos e históricos de la Biblia. Semejante pregunta no es necesariamente una expresión de irreligiosidad o de falta de fe, del mismo modo que los diálogos de Job —que reclama un juez árbitro que medie entre Dios y él, a fin de comprender la razón de su sufrimiento— no son falta de fe, sino un vivo deseo de poder llegar, aunque cueste dolor, a la libre aceptación del veredicto de Dios.

La pregunta de las multitudes, que en el tiempo de Malaquías preguntan en qué se manifiesta la elección del pueblo de Israel de parte del Señor, es diversa de las preguntas que hace el pueblo en otros pasajes de la Biblia, y que realmente tienen un tono de ironía amarga y sacrílega. La respuesta que Malaquías ofrece al pueblo dice así: ¿Acaso no se halla desolado y sin esperanzas el país de vuestro secular enemigo Edom? ¿Este Edom (Esaú) a quien el Señor odia, en tanto que a vosotros os ha dado tantas pruebas de amor paternal? Vosotros tenéis un hermoso porvenir ante vuestra vista, con tal de que volváis a ofrecer el culto de los sacrificios con la intención de honrar de esta manera al Señor. En la actualidad vosotros deshonráis la mesa y el altar del Señor ofreciéndole animales defectuosos, que os habríais cuidado muy bien de ofrecer a un alto funcionario del gobierno. ¡Vuestros sacerdotes levitas ofrecen animales destrozados, con lo que quebrantáis el Pacto que hicieron vuestros padres! ¿Acaso no os divorciáis de mujeres israelitas, que fueron vuestras compañeras de la juventud? ¿Y acaso no priváis de su

salario al trabajador desvalido? ¿Acaso no juráis en vano, acaso no oprimís a las viudas y a los huérfanos? ¿Acaso vuestras culpas son inferiores a vuestros sufrimientos? Pero vuestro porvenir será grande y luminoso, si volvéis al Señor.

El "volver al Señor" es una locución que recurre constantemente en la literatura bíblica y posterior a la Biblia. No es sólo una sensación de arrepentimiento, sino un acto de la voluntad por el cual el que se ha alejado del Señor, se detiene en su camino, y vuelve sobre sus pasos para escoger otro sendero, o sea, el que lo conduce al Señor.

La expresión de este retorno es: "Id y entregad los diezmos, a fin de que la casa del Señor no padezca escasez. No volváis a decir que es cosa vana servir al Señor."

"Culto", en fin de cuentas, no es otra cosa que cultivo. Culto significa trabajar en el campo del alma para volverla fértil y cultivar como semilla viviente la palabra de Dios. "Liturgia" es obra realizada por el pueblo en honor del Señor. El retorno al culto es, pues, la liturgia puesta al servicio del honor y del amor de Dios. — Volved al Señor y cesará el azote de la sequía, se alejará el espectro del hambre, se abrirán los cielos, habrá inmensa abundancia y será grande vuestra satisfacción. Recordad la Ley de mi siervo Moisés.

El motivo dominante de la predicación de los profetas es el "retorno" al Señor. ¿Qué se debe hacer para "volver al Señor"? Hay que observar escrupulosa y dignamente los preceptos referentes al culto y las obras de justicia social. Por consiguiente, el culto está en primer lugar.

Amós habría colocado la justicia social en primer lugar. El retorno a la observancia de las leyes del Pentateuco significa el retorno a la primavera de la historia del pueblo escogido. Malaquías ve el estado de abandono, de

descuido y de negligencia en que se encuentra el ejercicio del culto, que se ha convertido en expresión de una fe lánguida y moribunda. De aquí nace la necesidad de volver a la Ley.

Ezequiel ve proféticamente en la restauración del Templo y del culto la gran esperanza de Israel. Esdras y Nehemías son los grandes artífices del retorno al estudio, a la conciencia y a la observancia de la Ley. Quien debe volver, tiene necesidad de un nuevo camino, de una nueva vida, de una nueva luz. A todo esto da satisfacción, en el movimiento religioso de que estamos tratando, la Ley.

Jeremías clama por la obligación de la observancia sabática, aun en medio de la vida trágica de su pueblo.

El profeta Sofonías ve en la escasa solicitud por la obra de reconstrucción del Templo, iniciada por Esdras y por Nehemías, la razón de la carestía y de muchas otras desventuras. También él se lamenta de la falta de observancia de las leyes referentes a la pureza levítica, de la supervivencia de restos del culto al Baal fenicio, y por estas razones anuncia el día de la ira del Señor, aquel día que pasará como un rasero sobre la cabeza de todos los que, una vez extraviados, han realizado obras de perdición. El castigo pasará sobre la cabeza de todos los que han hecho de la riqueza el ídolo al que han sacrificado el culto del Dios eterno y veraz. Al igual que Israel, otros pueblos deberán sufrir el castigo por sus obras. Para Israel no hay más que un camino de retorno al Señor: este camino es el camino de la vida y de la luz.

El puesto que Jesús ocupará en la historia antes del cristianismo corresponderá al que ocupaba la Ley en la enseñanza que, en el período anterior a él, es proporcionada a Israel por sus mandatarios. Llegará el día en que Jesús dirá: "Yo soy el camino, la verdad, la vida y la luz: caminad mientras resplandece la luz sobre vosotros."

17.—Las traducciones del Antiguo Testamento

Las versiones griegas. Hasta un crítico desapasionado se da cuenta fácilmente de que el texto hebreo original ha sufrido aquí y allá algunos ligeros cambios, y esto por razones obvias: unas veces podía ser la incomprensión de parte de un amanuense la que provocara un cambio, otras veces podían ser factores de otra índole los que influyeran, aun sólo levemente, en las formas del texto. Las antiguas versiones —entre las cuales son importantísimas las griegas— se convierten así, a veces en un medio que nos permite reconstruir, al menos hipotéticamente, el texto original. Es de particular interés la versión de los Setenta.

Los orígenes de esta versión son mencionados, a fines del siglo II, por el autor de la "Carta" de Aristea. He aquí sus ideas principales: Tolomeo II, Filadelfo (285-247 a. de C.) cede a la petición del prefecto de su biblioteca, que solicita una traducción de la Ley hebrea, a fin de enriquecer la biblioteca con tan importante obra. Se dice que el rey se dirigió al Sumo Sacerdote Eleazar de Jerusalén y que éste le envió setenta y dos hombres, o sea, seis hombres por cada una de las doce tribus. Estos hombres llevaron consigo de Jerusalén un Rollo de la Ley. Según la narración, cada uno de ellos realizó por su propia cuenta la traducción del texto en setenta y dos días. Por esta razón la versión recibió, en forma abreviada, el nombre de "Setenta". Esta narración fue admitida por los Padres de la Iglesia con la variante de que los Setenta tradujeron, no sólo el Pentateuco, sino todo el Antiguo Testamento. La obra fue realizada en perfecta clausura, cada uno trabajó independientemente de los demás, y no obstante, el resultado fue exactamente el mismo, lo cual se consideraba como una señal de inspiración, que daba así una gran dignidad a la traducción, que con el tiempo fue muy estimada por los investigadores cristianos.

Todo esto es una leyenda. Históricamente hablando se trata de la traducción griega del Pentateuco realizada a mediados del siglo III a. de C. La leyenda vendría a confirmar que la traducción se hizo en Alejandría de Egipto. Pero en realidad la traducción fue realizada sin el aparato escénico antes mencionado, sino a raíz del hecho de que los hebreos helenistas de la Diáspora no comprendían ya el texto hebreo y por ello había la necesidad en las Sinagogas de la Diáspora griega de leer el Pentateuco en griego.

Es probable que ya anteriormente existieran transcripciones del texto hebreo con letras griegas, pero no es probable que la versión de los Setenta haya sido realizada sobre un texto transcrito en griego en vez de un texto genuino.

Después del Pentateuco surgieron probablemente sucesivas traducciones de los demás libros del Antiguo Testamento por obra de otros traductores. El nieto del Siracida conoce, el año 117 a. de C., traducciones griegas del Pentateuco, de los Profetas y de los demás Libros. Queda fuera de duda el hecho de que hubiera varios traductores, y quizá en épocas un tanto diferentes, aun a causa de la diversidad del método. Así, por ejemplo, la versión del Pentateuco es muy exacta, al igual que la de algunos otros Libros, en tanto que la de Isaías y la de los Salmos es más libre, al igual que la de Daniel.

Por consiguiente, los Setenta nos presentan una colección de traducciones de los escritos del Antiguo Testamento, traducciones que no fueron realizadas por los hebreos palestinos, sino por los hebreos de la Diáspora, pertenecientes al judaísmo helenista.

La versión de los Setenta abrió al hebraísmo de la Diáspora el camino hacia un trabajo misionero, cosa que se hizo poco agradable a los hebreos en época posterior, o sea, cuando la versión griega de las Escrituras se convirtió en un medio de apostolado para los misioneros cristianos. Otra razón por la que la traducción de los Setenta no gozaba de las simpatías de los hebreos éra el hecho de que ésta no siempre era literal. Para evitar este último inconveniente, debía utilizarse la versión griega realizada por Aquila, un griego que se convirtió al hebraísmo. Esta versión surgió hacia el año 130 d. de C. De ella no se conservan más que algunos fragmentos. La traducción de Aquila es mecánica, y por ello se halla en disonancia con el espíritu de la lengua griega.

Un mejor estilo griego se encuentra en la versión realizada por Teodoción, contemporáneo de Aquila. Se trata, esta vez, de una corrección de los Setenta según el texto original hebreo. Esta traducción gozaba de gran prestigio aun entre los cristianos, hasta el grado de que la traducción del Libro de Daniel, realizada por Teodoción, llegó a sustituir la antigua versión de los Setenta, probablemente bajo el influjo de Orígenes.

A principios del siglo III surgió otra traducción griega debida a Símaco, traducción realizada y redactada por él en muy buen griego. Tanto de la versión de Teodoción como de la de Símaco, no han llegado hasta nosotros más que fragmentos. Hubo también alguna otra versión griega, pero no tenemos más noticias concretas.

En todas estas versiones, y en especial en la de los Setenta, se notan diferencias con el texto hebreo. Fue Orígenes (185-254 d. de C.) el que realizó una gran obra llamada Héxapla, o sea, Séxtupla. El conocía el trabajo filológico y el método crítico que se usaba entonces en Alejandría, y disponía además de cierto conocimiento de la lengua hebrea. Tuvo además la oportunidad

de servirse de la gran biblioteca de Cesarea. De su gran labor no han llegado hasta nosotros más que fragmentos y glosas que se encuentran en manuscritos separados. La Héxapla presenta en seis columnas colocadas una al lado de otra el texto hebreo en letras hebreas, el mismo texto en una transcripción griega, la traducción de Aquila, la de Símaco, la de los Setenta y la de Teodoción. La quinta columna tenía el fin de poner en evidencia, por medio de signos particulares, las diferencias que se encuentran entre el texto literal griego y el hebreo. El deseo de asegurar el texto auténtico a través de comparaciones con diversas traducciones contribuyó a hacer surgir cierta desconfianza no exenta de confusión.

La redacción que Orígenes hizo de los Setenta no logró suprimir de manera alguna las demás formas textuales de los Setenta. Entre estas varias recensiones asumió una notable importancia la realizada por el presbítero Luciano de Antioquía (m. el año 311 a. de C.). En Egipto surgió y se divulgó otra redacción de los Setenta, o sea, la de Hesiquio.

Para la reconstrucción del antiguo texto de los Setenta son útiles los manuscritos encontrados recientemente: los papiros de Chester Beatty. Estos papiros son del siglo II a. de C.

Los manuscritos de los Setenta se dividen en Mayúsculos, o sea, escritos con letras griegas mayúsculas; pertenecen a los siglos que van de los siglos IV al X. Otros se llaman Minúsculos, y están redactados en la escritura griega habitual; pertenecen a los siglos que van del IX al XVI. Al grupo de los Mayúsculos que contienen el Antiguo y el Nuevo Testamento pertenece el Códice Vaticano del siglo IV, que se conserva en la Biblioteca Vaticana. Otro códice importante es el Sinaítico, que también pertenece al siglo IV. Este era conservado antes en San Petersburgo, y que ahora se encuentra en el Museo Británico de Londres. Este Códice lleva el nombre de Sinaítico porque fue encontrado en un Convento del Monte Sinaí. Por último, hay que recordar el Códice Alejandrino del siglo V, que se conserva también en Londres.

Las versiones arameas. En los últimos siglos antes de Cristo, el arameo, que desde sus lejanos orígenes se halla ligado al idioma hebreo, se convierte en lengua muy difundida entre las masas del pueblo, y de aquí nace la necesidad de traducir los textos hebreos al arameo, durante las funciones públicas. Esta traducción, *targum,* que era realizada por traductores de oficio, *meturgemán* (dragomán, intérprete), se convirtió, por razón natural, en paráfrasis más o menos libre. Pero junto con estas versiones orales libres surgieron, ya en época anterior a Jesucristo, versiones arameas escritas. Estas traducciones surgieron poco a poco, extendiéndose a toda la literatura del Antiguo Testamento, con excepción de los Libros de Daniel y de Esdras y Nehemías,

Entre los más importantes *targum* hay que anotar:

1) El *targum* al Pentateuco, de Onquelós, un prosélito que, según la tradición, redactó su obra en el siglo II.

2) El *targum* a los Profetas, obra de Jonatán hijo de Uciel, surgido también, al igual que el de Onquelós, en Palestina. Ambas obras fueron reconstruidas en el siglo V en Babilonia.

3) Del Pentateuco se hizo una segunda traducción completa que es denominada *Targum Jerushalmi,* la cual, por error muy difundido en la abreviación (T. J.) fue llamada: Targum (Pseudo) Jonatán.

Además existen fragmentos de un *targum* que se refiere sólo a algunos versículos o a parte de ellos: este *targum* es llamado *Jerushalmì* II (Jerosolimitano II).

La antigua versión siriaca: peshitta. *Peshittà* significa en siriaco: la (traducción) sencilla. Se trata de una versión siriaca del Antiguo y del Nuevo Testamento, que surgió a mediados del siglo II d. de C. La aparición de esta versión se debe a la iniciativa de la Iglesia sirio-edesana. Esta versión ha sufrido posteriormente la influencia de la de los Setenta. Al igual que en otros casos semejantes, encontramos en ella Libros enteros redactados de una manera libre y en un buen siriaco, en tanto que otros son reelaboraciones del griego. Así, por ejemplo, Job depende sólo del texto hebreo, en tanto que los Salmos se hallan fuertemente influidos por los Setenta. Por estas razones no se debe dar demasiada importancia a la *peshittà* en la crítica textual del Antiguo Testamento.

Las antiguas versiones latinas. En la antigua Iglesia surgieron dos versiones latinas: una en el Africa preconsular hacia el año 150 d. de C., y otra en una desconocida localidad de la Europa latina a fines del siglo II o principios del III d. de C.

Las fuentes de que se sirvieron los traductores fueron los Setenta para el Antiguo Testamento y un texto más antiguo que la Héxapla de Orígenes. Por la lengua en la que está redactada, tal versión es popular: por otra parte es fidelísima al texto. En la actual versión latina, la Vulgata, se han conservado Libros enteros de las antiguas versiones latinas, o sea, la Sabiduría, el Eclesiástico, Baruc, el I y II de los Macabeos y la síntesis del Salterio.

La Itálica. San Agustín habla incidentalmente, y sólo una vez, de una versión latina denominada "itálica". San Agustín aprecia tal versión, porque es fiel al texto y clara en su expresión.

El término "itálica" en sí mismo no es claro. Las diversas proposiciones y enmiendas sugeridas no han allanado las dificultades: quizás se trata de una versión difundida en Italia en el siglo IV, y que San Agustín conoció allí mismo.

La Vulgata. Se trata de una traducción latina de la Biblia que se usó en la Iglesia latina y que en gran parte es obra de San Jerónimo. El trabajo de San Jerónimo sobre el texto bíblico, trabajo comenzado el año 383 en Roma y terminado el 405 ó 406 en Belén, se compone de dos partes: la revisión y la traducción. En Roma el año 383, por orden del papa Dámaso, San Jerónimo enmendó los cuatro Evangelios basándose en buenos códices griegos. Las correcciones introducidas por él se refieren a los puntos en los que el texto latino alteraba el sentido. Menos cuidadosa es la revisión de otros libros del Nuevo Testamento. El año 384, cuando revisaba el Nuevo Testamento, San Jerónimo revisó también el Salterio basándose en el texto de los Setenta, y precisamente sobre un códice antiguo de la Héxapla. Parece que se trata del "Salterio Romano".

En Belén, entre el año 386 y el 390, enmendó todos los libros protocanónicos del Antiguo Testamento contenidos en la *vetus latina* según el texto ejemplar de Orígenes. De esta obra sólo han llegado a nosotros el Salterio denominado Galicano, el Libro de Job y algunos fragmentos de otros Libros.

Con la primera traducción de la Biblia del hebreo al latín, San Jerónimo tenía la intención de poner en las manos de los cristianos un texto seguro y fiel al original, y esto sobre todo con una finalidad apologética, o sea, para las disputas con los hebreos. Tradujo solamente los Libros protocanónicos, porque están contenidos en la Biblia hebrea, y además, a petición de algunos amigos, también Tobías y Judith: el primero en un día, y el otro en una noche. Al traducir, San Jerónimo daba la precedencia a los Libros que le eran solicitados. Para este trabajo, San Jerónimo empleó quince años (del 390 al 405 ó 6). La traducción realizada por San Jerónimo se distingue por su fidelidad al texto y por cierta elegancia en la forma. Para ejecutar el trabajo, San Jerónimo se servía de versiones griegas, recurriendo a veces a los consejos de doctos rabinos.

El comienzo de la obra fue difícil, pero después la versión se difundió como lo indica justamente la denominación de "vulgata". Los amanuenses se permitieron, como sucede con frecuencia, introducir variantes; por esta razón, a raíz de la decisión del Concilio Tridentino se publicó, durante el gobierno del Papa Sixto V, el año 1590, una nueva edición llamada "sixtina", que el Papa Clemente VIII retiró haciendo imprimir otra edición llamada "clementina", que es considerada como la Biblia auténtica de la Iglesia católica.

La tarea de elaborar una edición crítica de la Vulgata está ahora encomendada al Instituto de San Jerónimo de Roma.

18.—Los libros del Antiguo Testamento, considerados separadamente

1. *El Pentateuco.* Los cinco Libros de Moisés constituyen la parte más importante del canon bíblico hebreo. Israel atribuía un valor preponderante a las leyes y a los preceptos dados por el Señor por medio de Moisés, y por ello el Pentateuco, aunque contiene muchos otros elementos siempre fue denominado el Libro de la Ley (Enseñanza), la Ley de Moisés, el Libro de Moisés, etc.

La denominación de Pentateuco ya era conocida en la época de los Setenta, porque ya entonces la Tora se hallaba dividida en cinco libros. Esta denominación se encuentra ya en Tertuliano.

a) El primer Libro, el *Génesis,* trata en los capítulos del 1 al 11 de la creación del mundo; en los capítulos 12 al 50 de la historia de los patriarcas, y en particular del 12 al 25, de Abraham, en el 25 y 26 de Isaac, del 26 al 36, de Jacob, y del 37 al 50, de José.

b) Exodo. Cap. 1 a 19, la opresión de Israel y el Exodo desde Egipto hasta el Sinaí; del 20 al 24, el Decálogo, el Libro del Pacto, la conclusión del Pacto; del 25 al 31 las Leyes referentes al Tabernáculo y al sacerdocio de los hijos de Aarón; del 32 al 34 la violación del Pacto y la Ley Nueva; del 35 al 40 la ejecución de las Leyes del Tabernáculo.

c) Levítico. Cap. 1 al 7, rito de los sacrificios; 8 a 10 consagración de los sacerdotes y los primeros sacrificios; 11 a 15 las leyes de pureza levítica; el 16 habla del Día de expiación; del 17 al 26 del Código de sacralidad; el 27 de los votos y los diezmos.

d) Números. Cap. 1 a 9, estadística y leyes; del 10 al 20 la peregrinación desde el Sinaí hasta Cadesh; del 20 al 36, la peregrinación subsiguiente hasta Moab.

e) Deuteronomio. Cap. 1 a 4, el primer discurso de Moisés; la evocación del destierro; del 5 al 11, el segundo discurso de Moisés, introducción parenética (exhortación); del 12 al 26, estatutos, derechos y leyes; del 27 al 30, maldiciones y bendiciones; del 31 al 34 (final), Moisés cede su cargo a Josué, el cántico de Moisés (32) y la bendición (33), la muerte de Moisés (34).

El Génesis y el Deuteronomio tienen un carácter propio. Muchas veces se encuentran en el Pentateuco textos legales y preceptivos que interrumpen la parte narrativa.

Ningún libro de la literatura universal ha asumido la importancia ni ha ejercido mayor influjo que el Pentateuco. Esta influencia se extiende sobre religión y cultura del hebraísmo, del cristianismo y de los pueblos islámicos.

19.—La crítica textual del Pentateuco

Un gran investigador extranjero, I. H. Weiss, puso en evidencia la existencia de una tradición, de una praxis religiosa hebrea de carácter popular, que el Pentateuco en su parte preceptiva presupone como ya existente, por lo cual tenemos una tradición de vida y de praxis religiosa que precede al Pentateuco. Estas leyes de carácter popular permanecen durante largo tiempo fluctuantes, aun no estables, y este proceso de evolución ha dejado su huella en la labor de redacción del Pentateuco. Al tratar de separar estos diversos arroyuelos que confluyen para formar el torrente que nosotros presenciamos y que constituyen la base del Pentateuco, nos encontramos ya en un trabajo hipotético, y por ello no hace falta decir que las suposiciones y observaciones que posteriormente se hagan confirmarán que *tot capita tot sententiae** y que por ne-

* Proverbio latino: Hay tantas opiniones cuantas personas. (N. del T.)

cesidad de las cosas estas diversas hipótesis acaban por chocar unas con otras, vienen a sucederse, a influenciarse y a transformarse. Todo este desarrollo, todo este proceso histórico es objeto de la historia de la crítica del Pentateuco, historia complicada como la que más, y que presenta un enorme interés para quien hace de tales problemas el objeto de un estudio profundo y crítico, pero forzosamente nebulosa para el lector que desea formarse una idea de la Biblia sin entrar en estas teorías tan contradictorias entre sí: por esta razón nos evitamos la fatiga de exponer todo esto en el presente libro, lo cual no significará ningún perjuicio, puesto que en cualquier manual algo extenso, o en cualquier introducción al Antiguo Testamento se encuentra ya resumida la historia de la crítica textual.

Tenemos, por ejemplo, la diferencia de fuentes referentes a la variedad de las aplicaciones del nombre divino: se habla de documentos elohístas, o sea, de pasajes del Pentateuco, y aun de algunas partes del Salterio, en los que el nombre divino usado es siempre *Elohīm*, al lado de otros textos en los que aparece el nombre de Dios con el tetragrama: *JHWH*. Hacemos notar que hay también textos en los que se encuentran combinados ambos nombres.

Este fenómeno hizo surgir la teoría de las fuentes según la cual dentro de colecciones de mayor extensión se habían introducido textos anteriores o posteriores que justamente incluían, ora uno ora el otro nombre divino, o bien los dos nombres combinados. Es indudable que se trata de un hecho digno de la mayor atención: hay que notar, sin embargo, que muy frecuentemente el nombre divino de *Elohīm* aparece en los pasajes en que se habla de Dios cercano a la naturaleza, en tanto que el otro nombre, o sea *JHWH*, se usa para indicar al Dios na-

cional de los hebreos, o bien al Dios universal. Así, por ejemplo, en el principio del Pentateuco se lee: "En el principio *Elohīm* (Dios) creó el cielo y la Tierra." Ahora bien, si nosotros quisiéramos, por vía de experimento, decir *JHWH* en lugar de *Elohīm,* resultaría un texto contra el que se rebelaría el lector, ya que Dios creador de la naturaleza trae siempre a nuestra mente el nombre divino de *Elohīm* y no el de cuatro letras. A pesar de todo esto hay que reconocer, en honor a la verdad, que en otros textos este motivo de Dios creador cercano a la creación no justifica ya la presencia de un determinado nombre divino en un determinado texto. Por ejemplo, cuando se ofrece una conversación entre hebreos y paganos, se pone en boca de los paganos el nombre divino de *Elohīm,* en tanto que los personajes hebreos usan la denominación de cuatro consonantes: Jahweh. Véase el libro de Jonás.

Se ha desarrollado un trabajo enorme de crítica textual en el que a veces las hipótesis, más o menos acertadas, son consideradas como datos de hecho y dan después lugar a deducciones que se prestan a construir otras hipótesis. Todo esto nos da la impresión de que no se ha logrado aún hacer suficiente luz, de que todavía se trata de materia en ebullición, en un estado de formación. En otras palabras, los resultados obtenidos hasta el presente no nos dan una sensación suficiente de seguridad. Es innegable que se encuentran en el Pentateuco, y aun fuera de él, confluencias de textos de diverso origen con características propias más o menos bien determinadas, más o menos bien definidas. Por todas estas razones en un libro como el presente, que pretende dar un cuadro general de la Biblia hebrea, el ponernos a desarrollar en gran escala el origen y el desarrollo de determinadas teorías de crítica textual, que después a su vez son corregidas o sustituidas por otras teorías, no podría traernos ventajas.

Entre otros problemas tenemos el del Deuteronomio. Es cierto que en este Libro se encuentra un nivel de vida religiosa y de conceptos religiosos y morales muy frecuentemente superiores a los conceptos semejantes presentados y aun desarrollados en los primeros cuatro Libros del Pentateuco. Ello es tan cierto, que se ha querido definir el Deuteronomio como el "Evangelio" del Pentateuco. Muchos investigadores, aun católicos, reconocen en el Deuteronomio la influencia ejercida por la predicación de los profetas. Entonces se plantea la pregunta: ¿el Deuteronomio es de Moisés o no? La solución que fue propuesta recientemente por un insigne autor católico consiste en considerar el Deuteronomio como un eco posterior de la misma enseñanza de Moisés, pero con alguna aportación de la enseñanza de los profetas. Por consiguiente, en sustancia el Deuteronomio es también enseñanza de Moisés, trasmitida oralmente durante un período determinado y que después, en la labor de redacción, dio cabida en sí mismo también al eco de la enseñanza de los profetas.

20.—El Libro de Josué

El Libro de Josué lleva el nombre de su héroe principal y, según la tradición del Talmud *(Babă batră 14 b)*, su autor fue el mismo Josué.

En cuanto al contenido, se trata de la continuación de la narración contenida en el Pentateuco. Se describe en él la toma de posesión de las provincias colocadas al oeste del Jordán en el período que va de la muerte de Moisés hasta Josué. En el Cap. 5, 10-15, se habla de la Pascua. En seguida se habla de la conquista de toda la tierra de Canaán por obra de Israel, teniendo a Josué como jefe, y de la división del país. El Cap. 23 nos ofrece el discurso de despedida de Josué. El 24, su muerte.

La base del libro es la prueba de la fidelidad con la que Dios cumple sus promesas (véase 1, 2-9 y 21, 43).

21.—El Libro de los Jueces

Trata de la historia de Israel desde la muerte de Josué hasta el comienzo de la monarquía. Los jueces son unos capitanes militares carismáticos. Se los define como los salvadores de la invasión y de la opresión de Israel de parte de los pueblos vecinos. El concepto predominante es el de que la suerte de Israel depende de su actitud frente al Señor y a su Ley. El retorno a Dios determina un mejoramiento en la situación política. El Libro contiene la historia de seis grandes Jueces. Son interesantes los capítulos que hablan de Débora, la cual anima al jefe Barak a llevar a cabo las campañas bélicas en contra del jefe cananeo Sisara. La mujer kenita, Jahel, matará a Sisara. Los Capítulos 4 y 5 nos presentan el canto de victoria entonado por Débora.

La lucha de Sansón contra los filisteos presenta un enorme interés literario. Tales luchas son el puente de paso para tratar del anciano sacerdote Helí y de sus hijos, y para presentarnos al niño Samuel quien en el Santuario, es llamado por el Señor mismo para anunciar al profeta Helí los trágicos sucesos que le amenazan.

Parece que el período de los Jueces duró unos 350 años, pero esta indicación no es del todo segura.

Tanto la tradición hebrea como la de la Iglesia consideran a Samuel como autor del Libro.

El voto expresado por el juez Jefté es considerado por algunos como un sacrificio humano propiamente dicho.

22.—Ruth

Es la historia de una familia del tiempo de los Jueces.

Un hombre llamado Helimelec se dirige, en un período de carestía, junto con su esposa Nohemí y sus dos hijos, desde Belén hasta la tierra de Moab. Allí sus dos hijos se casan con dos mujeres moabitas. Los tres hombres mueren, y de las tres viudas que quedan, una de las jóvenes vuelve a contraer matrimonio, en tanto que la otra no tiene corazón para dejar que la madre de su esposo regrese anciana, abandonada, triste y sola a su tierra natal. Movida de sublime piedad, pide a Nohemí que no la considere como a una joven moabita, porque ella de ahora en adelante se considera hija de Israel y se siente impulsada a adorar al Dios de Israel. Ambas se dirigen a Belén. Allí un lejano pariente rico se casa con Ruth, la cual se convierte en antepasada del rey David.

¿Se trata, en este Libro, de hacer una aportación a la genealogía del rey David, o más bien de presentarnos el ideal del amor llevado hasta un elevado nivel? Quizá el autor trata de lograr ambas finalidades en una sola narración. El autor es desconocido. Los antiguos rabinos atribuyen el gracioso librito a Samuel.

23.—Los dos Libros de Samuel. Los dos Libros de los Reyes

El texto masorético de estos Libros ha sido muy alterado y frecuentemente se separa de la versión de los Setenta. La denominación de "Libros de Samuel" se explica por el hecho de que, al principio de la narración, Samuel figura como personaje principal. Es él quien unge rey primero a Saúl y después a David.

El contenido de los Libros de Samuel comprende el período que va desde el nacimiento de Samuel hasta la

muerte de David, aproximadamente, o sea, que incluye el período que va del 1075 al 975.

El centro lo constituye la institución de la monarquía en Israel.

Del contenido del Libro anotamos: la historia de Helí y de sus hijos, que con su conducta profanan el Santuario; la historia de Saúl; David y su historia, su reinado, su pecado y su castigo. El Señor no quiere que el rey David, el guerrero que se manchó con sangre, construya Su Templo. Esta tarea quedará reservada a su hijo, el rey Salomón.

El período histórico al que se refieren los Libros de Samuel abarca aproximadamente 100 ó 120 años. La redacción del Libro se remonta al tiempo que va del 850 al 750 a. de C. La tradición hebrea ve en Samuel el autor de dichos Libros.

Los Libros de los Reyes aparecen como independientes de los de Samuel. La versión de los Setenta sirve para la reconstrucción del texto que ha sido modificado aquí y allá. El período histórico al que se refieren los Libros de los Reyes va desde el período final del reinado de David hasta la entronización de Salomón, hasta el 561 a. de C. Este período comprende la actividad de los profetas taumaturgos Elías y Eliseo, la actividad del rey David y de sus sucesores, y se llega hasta la cautividad de Babilonia.

También esta vez el contenido de ideas es que el alejarse de Dios y el desobedecer la palabra de los profetas repercute dolorosamente en los acontecimientos políticos. Se ha hecho notar que en los Libros de los Reyes no se hace nunca mención del profeta Jeremías, lo cual, en opinión de algunos, se explica por el hecho de que los Libros de los Reyes han sido redactados en un tiempo no lejano, quizás hasta cercano, a la catástrofe nacional prevista y anunciada por el profeta Jeremías.

24.—Las Crónicas

Ya el título mismo nos anuncia que se trata, también esta vez, de un libro de contenido histórico. El hecho de que haya sido colocado en el canon del Antiguo Testamento como el Libro con el que se concluye el canon, y no ya junto al de los Reyes, denota que fue redactado tardíamente. Por lo que respecta al contenido, los Libros de las Crónicas van desde Adán hasta el Edicto de liberación por parte del rey Ciro (538 a. de C.).

I de las Crónicas 1-9, nos presenta registros genealógicos. El Libro contiene además documentos y decretos. El tratado histórico se detiene en el reino meridional y en la dinastía de David. Trata, además, de la unificación y de la centralización del culto en Jerusalén. Como tendencia general, el autor tiene la finalidad de presentar una historia más bien religiosa que política del reino de Judá. Para redactar las Crónicas se recurrió a escritos fundamentales ya existentes. Se menciona a varios profetas. La obra ha surgido después de la cautividad de Babilonia.

Por lo que respecta a la tendencia general, las Crónicas se apartan notablemente de los Libros de los Reyes: en las Crónicas se nota ya cierta distancia entre el autor y los acontecimientos descritos, a diferencia justamente de los Libros de los Reyes, en los que el interés es más vivo.

25.—Esdras y Nehemías

Originalmente eran dos Libros separados. La división se debe en último análisis a los Setenta. El texto de los Libros ha sufrido modificaciones. Hay ciertas divergencias entre Esdras-Nehemías y las Crónicas, pero no queda excluido que en un período precedente haya habido un nexo más fuerte entre estos Libros.

Esdras habla del regreso de una parte de los hebreos y del propósito de reconstrucción del Templo; del benévolo decreto de Ciro el año 538 a. de C.; de los personajes principales en la vida bíblica de entonces; de la difícil obra de reconstrucción. Nos encontramos con una población que ha regresado a su patria y que, a pesar de hallarse muy debilitada, quisiera reconstruir el Templo y restaurar el culto. Nos encontramos en tiempos del rey Artajerjes. La obra de reconstrucción se ve obstaculizada por varios factores. Pero, por su parte, la reforma religiosa debida a Esdras y a Nehemías es viva e intensa. El factor sagrado que anima a este movimiento de reconstrucción es de carácter más bien religioso que nacional. La posición de cada uno de los personajes varía según la variedad de los textos: por ello no queda excluido que se trate, en Esdras y Nehemías, de un trabajo de compilación.

El autor es desconocido; en cuanto al tiempo, se llega al 300 a. de C. Los profetas Ageo, Zacarías y Malaquías, confirman el carácter canónico de Esdras-Nehemías.

26.—Tobías

El Libro nos narra la suerte de Tobías padre y de Tobías hijo. Ambos soportan las pruebas, para después recibir la abundancia de las bendiciones del Señor.

El texto original, ya fuere hebreo o arameo, se ha perdido, y el Libro nos ha sido conservado en una versión griega que se remonta al texto semítico. El texto arameo, encontrado en 1878, no es, sin embargo, el original, sino una traducción del griego. Otros textos hebreos pertenecen también a un período posterior.

La tendencia del Libro nos recuerda los de Judith y de Ester, o sea, que en la historia de una familia se revela la providencia divina.

¿Es el Libro de Tobías una obra histórica o didáctica? Las respuestas varían según los autores. Según algunos, se trata de una adaptación de cierta tradición antigua, adaptación que pertenece al período de la cautividad, que tiene el fin de dar un aspecto dramático e histórico a la obra de la Providencia divina.

No nos es dado poder determinar la época de la redacción o definir la persona de los autores.

27.—Judith

El Libro de Judith habla de la liberación de la ciudad de Betulia por la valiente intervención de una mujer temerosa de Dios. Ella logra hacer fracasar el propósito de los asirios de atacar la ciudad. Se describe el peligro de la invasión. El jefe del ejército de Nabucodonosor, Holofernes, llega hasta los confines septentrionales de Palestina, lo cual constituye un peligro para Jerusalén y para su Templo. El Sumo Sacerdote Heliacim prepara la defensa. Un príncipe amonita dice a Holofernes que Israel será invencible mientras permanezca fiel a su Dios. Este príncipe es acogido en la fortaleza de Betulia. Síguese el asedio. El comandante de la ciudad decide entregar la fortaleza después de cinco días, si no llega ayuda.

La segunda parte del Libro describe la heroica actitud de la viuda Judith. Ella reanima a la población y se dirige, ricamente ataviada, a ver al jefe de los asirios. Judith recurre a la astucia. Al cuarto día de su llegada, tiene lugar un banquete. Judith mata a Holofernes y regresa a Betulia mostrando la cabeza del enemigo. Los sitiados intentan una salida. El ejército asirio es puesto en fuga y es perseguido hasta la frontera septentrional. Judith entona un canto de alabanza al Señor y se celebra la victoria con una fiesta.

No ha llegado hasta nosotros el texto original del libro, que podía ser hebreo o arameo. Sólo tenemos el texto griego de los Setenta y la traducción de San Jerónimo del arameo, más breve que el texto griego.

Es difícil el problema histórico: ¿se trata de un hecho verdadero, o bien nos encontramos frente a un poema religioso que exalta la fe en Dios a través de un hecho imaginario? Y si se trata de un hecho histórico, ¿debe referirse al período anterior o posterior a la cautividad? Los Padres de la Iglesia son de la opinión de que se trata de un hecho histórico. Los autores no católicos, a partir de Lutero, sostienen la sentencia de que se trata de una narración carente de significado histórico. También algún católico participa de esta opinión. La tentativa de una interpretación alegórica no ha logrado mucha aprobación.

Desde el punto de vista histórico, las dificultades son grandes. Es un hecho que un rey asirio llamado Nabucodonosor, es totalmente desconocido. En tal caso, habría que pensar en algún otro rey asirio. ¿En cuál? No faltan hechos históricos que pueden ser invocados, pero son muchos, y falta un criterio de elección o, en todo caso, de identificación. Con todo esto se vuelve difícil, por no decir imposible, poner una fecha a este suceso: ¿estamos en el 600 o en el 500 a. de C.? Por consiguiente, quedan en la oscuridad el autor y el tiempo. Flavio Josefo no recuerda en ningún lugar el acontecimiento que se refiere en el Libro de Judith. Hasta el siglo I d. de C., la historia de Judith gozaba de gran consideración entre los hebreos, y después se fue olvidando.

28.—Ester

También esta vez la heroína de la narración es una doncella, la cual salva a Israel de la destrucción. El pe-

queño Libro tiende a explicar el origen de la Fiesta de las "Suertes" *Purim*, que cae en los días 14 y 15 del mes de Adar (marzo).

El contenido, en breves palabras, es éste: El rey Asuero da un banquete en el tercer año de su gobierno. La reina Vasti falta al respeto al rey y por ello es rechazada. Su lugar en la corte es ocupado por Ester, una doncella hebrea, sobrina del piadoso Mardoqueo. Ella mantiene en secreto su nacionalidad. Entre tanto, Mardoqueo descubre una conjuración entre los cortesanos que constituye un peligro para el rey. El Gran Visir del reino, llamado Amán, pretende que se le den honores religiosos y que se le salude con genuflexiones. Mardoqueo no se somete. De aquí se origina el proyecto de Amán de destruir a todos los hebreos. Mardoqueo solicita la ayuda de su sobrina, la cual se dirige al rey, que acepta participar en un banquete ofrecido a él y al Gran Visir por Ester. Durante una noche de insomnio, el rey hace que le lean los Anales de la Corte y llega a saber que Mardoqueo lo ha salvado de un gran peligro y no ha recibido por ello ninguna recompensa. Al día siguiente, durante el banquete, la reina Ester interviene en favor de los hebreos y alude a Amán y a sus crueles proyectos. Esta vez, Ester revela su nacionalidad. Se revoca, pues, la orden de destrucción de todos los hebreos de Persia, orden para la que ya había obtenido Amán el permiso del rey. Se decreta que se den grandes honores a Mardoqueo, en tanto que Amán y los suyos son condenados a la horca.

El texto hebreo es más conciso que el griego: faltan en él documentos históricos, o que por lo menos traten de aparecer como tales. El texto griego tiene un carácter más marcadamente religioso.

San Jerónimo tradujo el Libro del texto hebreo y puso al final los capítulos que sólo se encuentran en el texto

griego, o sea, los capítulos que tienen un carácter deuterocanónico. Flavio Josefo y Orígenes conocen estas adiciones. Sin embargo, todavía queda en pie la pregunta de si tales documentos fueron redactados originalmente en hebreo o bien en griego.

Un examen más profundo nos hace pensar que no se trata simplemente de un cuento que trate de explicar el origen de la Fiesta de Purim, sino de algo más, lo cual es, empero, muy difícil de definir; tan cierto es esto, que la mayor parte de los autores católicos admite el carácter histórico del Libro.

Se ve claramente que el autor del Libro conoce muy bien los usos y costumbres persas, pero no menciona ni la Palestina, ni Jerusalén, ni el Templo.

No se excluye que el Libro haya sido compuesto hacia el año 50 a. de C. Parece ser que su autor fue un hebreo que vivió en Persia. Asuero podría no ser otro que el rey Jerjes (486-465 a. de C.).

Desde el siglo I a. de C., los hebreos consideraban el Libro de Ester como canónico, pero el Sínodo de Jamnías, que tuvo lugar hacia el año 100 d. de C., duda del carácter canónico de Ester, puesto que se trata de un libro surgido fuera de Palestina. La Iglesia considera canónico el Libro de Ester.

29.—Los Libros I y II de los Macabeos

En los manuscritos griegos de la Biblia cuatro libros llevan el nombre de Macabeos: pero sólo dos de ellos tienen un carácter rigurosamente histórico, en tanto que el tercero presenta rasgos legendarios y el cuarto presenta un tinte filosófico.

Los dos primeros son considerados por la Iglesia como libros canónicos.

Es dudoso el hecho de que la palabra "macabeo" tome su origen de *maqqab*, en hebreo martillo.

Los Libros de los Macabeos refieren la suerte de los hebreos palestinos, desde principios del reinado de Antíoco IV Epífanes (175) hasta la muerte del Sumo Sacerdote Simón (135). Se habla de las luchas del pueblo entero en defensa de su libertad religiosa y del paso de la dignidad de Sumo Sacerdote de la familia de Matatías, padre de los heroicos defensores, a la familia de los asmoneos.

El primer Libro (175-135) nos habla de la situación política en Oriente, originada a raíz de la conquista por parte de Alejandro Magno. La Palestina se encuentra, a partir del 198, bajo el mando de los seléucidas. Antíoco IV Epífanes (176-164) trata de helenizar a Jerusalén y al pueblo hebreo. El sacerdote Matatías y sus cinco hijos se rebelan contra esta tentativa. Judas Macabeo vence a los generales del rey Antíoco. La reconsagración del Templo tiene lugar el 25 del mes de Kislew del año 165. Un hebreo, Alcimo, capitán del partido de los helenistas, obtiene del rey Demetrio I Soter la dignidad de Sumo Sacerdote, pero el general de Demetrio, Nicanor, es vencido por Judas Macabeo. Los Macabeos firman un pacto de alianza con Roma. Judas Macabeo cae en la batalla contra los sirios (161). Su hermano, Jonatás, firma una paz. Demetrio II Nicator (145-138) concede muchos honores a Jonatás, pero éste comete el error de tomar parte en las luchas dinásticas. Jerusalén es sitiada. Se renueva el pacto con los romanos, pero más tarde (145) Jonatás es tomado prisionero y asesinado.

Simón renueva, por tercera vez, el pacto con los romanos, y el rey Demetrio concede a los hebreos plena libertad religiosa y política (141). Simón se convierte así en Sumo Sacerdote, jefe del ejército y príncipe. Esta dignidad se vuelve hereditaria. Antíoco VII Sidetes confir-

ma la libertad concedida a los hebreos, pero solicita la restitución de las ciudades de Joppe (hoy Jaffa) y de Gezara. Simón es asesinado por su yerno, y Juan Hircano se convierte en Sumo Sacerdote y príncipe (135).

El II Libro de los Macabeos vuelve un paso atrás en los acontecimientos históricos y da como último suceso la victoria de Judas sobre Nicanor (161).

En la introducción al Libro se mencionan dos cartas dirigidas por la comunidad hebrea de Jerusalén a la de Egipto. Los hebreos egipcios reciben la invitación de asociarse a la Fiesta de la Consagración *(encenie)* del Templo y de la renovación del Fuego Sagrado.

El I Libro de los Macabeos ofrece una descripción llana y objetiva de los hechos y se basa en fuentes escritas y en documentos y tradiciones orales. Este libro no reviste un carácter marcadamente religioso; no aparece en él el nombre divino.

En el II Libro prevalece el aspecto religioso-didáctico. Esta vez el estilo es retórico, prevalece el subjetivismo del autor, no faltan tampoco las alusiones a eventos prodigiosos, y aparece frecuentemente el nombre divino.

Ambos Libros presuponen la era de los seléucidas.

El I Libro fue redactado originalmente en hebreo, pero el texto se perdió y fue sustituido por la versión griega de los Setenta. La versión paleo-latina y la siriaca tienen por base el texto griego. El autor, por lo demás desconocido, era de origen palestino. El II Libro fue redactado en griego. Se atribuye valor histórico al I Libro, no así al II.

Flavio Josefo se sirve del I Libro de los Macabeos (Cap. I-13, 2), pero no se refiere nunca al II Libro de los Macabeos, al que aluden en cambio Filón y la Carta a los hebreos (II, 35).

La antigua versión latina, la Itálica, y muchas citas que se encuentran en los Padres de la Iglesia, testifican

el carácter canónico de ambos Libros de los Macabeos. Por el lado dogmático, se hace notar que el II Libro de los Macabeos alude a la fe en la resurrección (7, 9, 11, 12, 43, 14, 46) y a la intercesión de los Santos (15, 12-16).

30.—La poesía del Antiguo Testamento

También el pueblo hebreo tenía su poesía profana, al igual que todos los demás pueblos, por la cual contaba con poesía heroica, con cantos que acompañaban los banquetes, etc., pero de este género de poesía sólo se habla ocasionalmente en la Biblia.

La poesía del Antiguo Testamento conoce canciones, cantos de acción de gracias, plegarias, lamentaciones, cantos de carácter lírico y producciones de carácter sapiencial. Este último género de literatura contiene dichos sapienciales, imágenes, parábolas. El Libro de Job contiene algo profundamente dramático, pero se trata más bien de un drama interior.

El rasgo característico del estilo de la poesía bíblica es el paralelismo de las dos partes que componen el versículo. El segundo hemistiquio es a veces una paráfrasis, una ampliación o una aclaración del primer hemistiquio. En resumen: unas veces se trata de paralelismo sinonímico y otras, de un paralelismo antitético. En muchas composiciones se encuentra el acróstico alfabético, o sea, que todos los versículos comienzan con determinada letra del alfabeto. En el Salmo 119 cada letra del alfabeto constituye el principio de hasta ocho versículos sucesivos. No hay que creer que se trate esta vez de un artificio: también podía tratarse de arte, y los productos poéticos de este género quizás no perdían nada de su espontaneidad. Hasta el presente sigue en discusión la cuestión de las

sílabas breves y largas, acentuadas y no acentuadas, o sea, en síntesis, de metro y de ritmo en la poesía bíblica.

31.—Los Salmos

Son 150 cantos religiosos. En hebreo, la colección lleva el nombre de "Libro de las Laudes" o "Laudes".

El Salterio mismo nos ofrece en los títulos una especie de tipología de estos cantos. Hay composiciones de carácter semejante al de los himnos, otras son plegarias y otras más tienen carácter didáctico. Se encuentra luego un canto en el que el hombre invoca a Dios "desde las profundidades" *(De profundis)*. En este salmo el que ora se siente abandonado en la profundidad de su extravío y, sin embargo, tiene fe en el perdón de Dios y este perdón es el que despierta en su mente el temor de Dios. Si el Señor no perdonase, el hombre aceptaría el castigo, porque, una vez pasada la hora del castigo, se sentiría digno de acercarse ante el trono de Dios, pero ¡cuán difícil es para el pecador a quien Dios perdona, el soportar el peso de tanta magnanimidad, de tanta grandeza, de la majestad de tan sublime amor! Y es por ello por lo que el hombre teme al Dios que perdona, porque este perdón le da la sensación de la infinita grandeza de Dios contrapuesta a su infinita pequeñez. El pecador que invoca el perdón de Dios espera en El, su alma tiende hacia Dios con una fuerza mayor que aquella con la que los guardias nocturnos esperan la primera luz del alba. Al final, el que ora invita a todos a esperar en el Señor, porque del Señor es la caridad y El redimirá a Israel de todas sus iniquidades. El hombre esclavizado al mal podrá elevarse a la más alta libertad gracias a la caridad de Dios, porque ¿qué hombre es más libre que aquel a quien el Señor ha liberado del peso de su pecado?

Hay además algunos Salmos que nos hacen tocar con la mano la nostalgia de Dios, la sed de Dios, que es la suerte de tantos hombres piadosos: "Como el ciervo busca ansioso los torrentes de aguas, así mi alma tiene sed de Dios." "¿Cuándo llegaré a contemplar el rostro de Dios?"

El orante se halla destrozado por la sed de Dios, y sólo Dios, fuente de toda grandeza y de toda caridad, podría apagar esta sed en él.

El orante sufre cuando aquellos que nada saben, porque no conocen a Dios, le preguntan: "¿Dónde está tu Dios?"

En los Salmos, como en ningún otro libro de la literatura universal, se encuentran expresiones tan delicadas, tan profundas y al mismo tiempo tan robustas en que se expresa la sed de Dios. Un salmista dice humildemente: "Mi alma, como tierra agotada, se vuelve a Ti." Hay épocas en las que la tierra reseca emana un olor absolutamente peculiar, bien conocido de los poetas, bien conocido de aquellos que sienten las lágrimas de las cosas. El orante siente su alma como una de aquellas tierras secas que emiten un gemido, que emanan un perfume particular con el que invocan la lluvia. Así el orante del alma cansada invoca la gracia de Dios.

El Salterio, dada su índole, estaba destinado a convertirse en un libro de plegarias y en un documento de la vida misma para todos los hombres del mundo en todas las épocas.* Muchos de estos cantos reflejan estados de ánimo de ciertos hombres en determinadas circunstancias. Es de mayor importancia comprender estos datos psicológicos que insistir en tratar de determinar el período en el que ha surgido un determinado canto. Sin em-

* Véase Eugenio Zolli, *Il Salterio* (traducción y comentario), Milán, ed. Viola (V. Podgora 13), 1951.—Del mismo: *I Salmi, documenti di vita vissuta,* 1954.

bargo, muchos de estos salmos han surgido bajo la influencia del cálido soplo de la vida. Así, por ejemplo, tenemos una serie de salmos que se convierten en un problema para el orante, y aun para el simple lector de hoy día. ¿Qué hemos de decir de una composición de carácter religioso en la que se invoca el castigo de Dios sobre determinados enemigos personales, en los que se desearía que la esposa del enemigo se convirtiera en viuda y sus niños en huérfanos?

Espontáneamente surge la pregunta: pero, ¿es ésta la plegaria de un hombre piadoso?, ¿y cómo se manifiesta aquí la ley del perdón, la ley del amor por el enemigo y el opresor? La respuesta a esta pregunta hay que buscarla en las condiciones de aquellos tiempos. El latifundio es una plaga perniciosa que se encuentra ya en el mundo antiguo. Hasta la parábola, que encontramos en el Evangelio, de los malos viñadores que dan muerte a los enviados de su amo y al mismo hijo de éste, es explicada en la actualidad por grandes exégetas ingleses con la mención de las condiciones sociales de entonces y particularmente en determinadas provincias de Palestina: la plaga del latifundio.

Ya los grandes profetas dicen: ¡Ay de aquellos que unen una tierra a la otra, un campo a otro! ¿Acaso pretendéis ser los únicos habitantes de todo el país?... Un reducido préstamo concedido por el rico a un vecino pobre en un año de carestía, se convierte frecuentemente en un preludio a la completa destrucción del pobre, la destrucción más cruel y más absoluta, porque significaba la confiscación de la casa, de su campo y a veces hasta venta de los hijos. ¡Y quien cometía semejantes atropellos era sin embargo un hombre que creía, al menos en la forma, en el Dios de Israel! De manera que nos encontramos con dos hijos del mismo Padre de los cielos, empeñados en una

lucha desigual que termina con la destrucción del más débil.

¿Pero cómo puede suceder todo esto? En el concepto del Antiguo Testamento, Dios es ante todo un juez justo. ¿Cómo se manifiesta entonces la justicia del Supremo Juez? La profundidad de la fe en la justicia punitiva de Dios (en la literatura del Nuevo Testamento será puesto de relieve el carácter caritativo de la justicia divina, en tanto que aquí nos encontramos en la esfera de la justicia punitiva de Dios) se mide con el inmenso lamento que sale del corazón de un hombre inocente, que ha sido arrastrado hasta semejantes extremos de infelicidad.

Los viñadores, en la parábola arriba mencionada, saben que el propietario vive una vida regalada lejos del país y que sólo se acuerda de sus pobres medieros para pedir, y jamás para ayudarles. ¿Y todo esto puede considerarse como expresión de la voluntad de Dios? En Palestina, la fe iba acompañada de una sensación de seguridad. Se hablaba a Dios como un hombre habla a otro, se dirigían quejas a El como un hijo maltratado se lamenta con su padre o con su madre; se invoca, por ello, y con palabras ardientes, la intervención punitiva de Dios con el fin de reconstruir el equilibrio social quebrantado, y la justicia social pisoteada. Partiendo de este punto de vista, se comienza a comprender el estado de ánimo del orante, aunque no nos asociemos a su plegaria. La grandeza de la fe se mide con el ímpetu incontenible de la ira, con la violenta invocación de la justicia de parte de Dios, que es el único que podrá poner un dique a tamaña inundación de injusticia. El estado de ánimo del orante en los salmos imprecatorios recuerda el del profeta que se levanta contra la injusticia, pero con la diferencia de que el profeta se dirige al pueblo, en tanto que el autor del Salmo imprecatorio se dirige a Dios.

No se olvide, por otra parte, la vivacidad de las expresiones entre los orientales; las palabras sobrepasan muy frecuentemente las intenciones y un desahogo de palabras y de llanto ante Dios proporciona paz al alma, calma la tempestad y abre un resquicio de luz y de esperanza en la bondad de Dios. Hay que hacer saber a Dios todo lo que está ocurriendo, ¿y qué mejor manera hay de hacerlo que una plegaria en la que se dice todo?

Se encuentra a veces un Salmo que encierra todo un drama interior: así es, por ejemplo, el Miserere (Salmo 51). David es el típico impetuoso soberano oriental: grande en los impulsos de piedad, grande en las demostraciones de afecto para con sus conmilitones a quienes aprecia por su sacrificio y por su valor, pero grande también en todos los defectos que son característicos del soberano oriental, que considera a las conciudadanos a quienes gobierna como otros tantos "súbditos"; por ello, si la hermosa Betsabé ha encontrado gracia a los ojos del soberano, hay que quitar de en medio a su esposo, un oficial tan valiente como temeroso de Dios. Sobre las actitudes del soberano vela atentamente el ojo de Natán, el profeta de Dios. Este se dirige al rey y le cuenta la historia de aquel rico que tenía muchas ovejas y que acaba por robar la única ovejuela del pobre. "¡Este hombre merece la muerte!", exclama el soberano. Y el profeta: "Tú eres ese hombre." El profeta se aleja. David, en el fondo, es un hombre de profunda religiosidad y, a su modo, no carece de sensibilidad humana. Sobreviene la crisis. Y del más profundo arrepentimiento, brota uno de los más maravillosos cantos religiosos, el Miserere. El soberano, que había actuado como en un estado de hipnosis, se despierta y en un momento toma contacto con la terrible realidad del acto que ha cometido. Ahora siente que ha sido un pecador desde que nació. Está convencido de haber sido

pecador cuando aún estaba en el seno de su madre, y para él no hay más que un solo remedio: un corazón nuevo, un espíritu renovado, porque el que tiene consigo se halla corrompido, profundamente corrompido. Es todo un terrible drama, contenido en un solo canto. Esta es la potencia de los Salmos.

Muy diverso es el Salmo 23. Es el Salmo del Buen Pastor, Dios. El orante no tiene ninguna preocupación, porque siente que es la ovejuela de Dios, a la que Dios hace pastar en verdes prados surcados por aguas tranquilas. ¿Y en la hora de la muerte? ¡Oh! Aunque yo tuviere que pasar el valle de las tinieblas, no temeré mal alguno, porque Tú, oh dulce Pastor, estarás conmigo. Tú serás mi apoyo aun en medio de las tinieblas que me rodearán. Tú eres el que me preparará una mesa, el que ungirá con aceite perfumado mi cabeza, que llenará de generoso vino mi copa (es el banquete que espera a los hombres rectos después de su muerte, y al que Jesús no deja de referirse en los Evangelios). En la Tierra el orante sólo tiene un deseo: habitar por largo tiempo en el Templo del Señor. Es el más elevado placer de la vida, y no hay vida hermosa ni agradable fuera de la vida pasada dentro del Santuario del Señor.

El más hermoso comentario que haya sido escrito jamás al Salmo 150 lo constituyen los cuadros del Beato Angélico. "¡Alabad al Señor! Alabad a Dios en su Santuario, alabadlo en Su firmamento potente, alabadlo en las obras de Su poder, alabadlo según Su infinita gracia, alabadlo al son de trompetas, alabadlo con timbales y arpas; todo viviente alabe al Señor. Aleluya." Espontáneamente se presentan a los ojos del lector las creaciones del Beato Angélico: sobre un fondo de oro puro, aparece una legión de esbeltas figuras, revestidas de vestiduras tan ligeras como la brisa que las vuelven aún más espirituales:

cada figura apoya sobre sus rosados labios un instrumento vuelto hacia las alturas, que lanza a los aires maravillosos sonidos de nobles alabanzas al Señor.

Dada la gran variedad de colores, de sonidos y de estados de ánimo de cada uno de los Salmos, el conjunto se presenta al lector como una galería de retratos en la que cada quien se encuentra a sí mismo. Quien espera y quien desespera, quien invoca ayuda y quien da gracias por la ayuda recibida, quien está lleno de ira y de dolor y quien se halla pleno de serena paz y de esperanza: todos se encuentran a sí mismos en el Salterio. El Salterio se convierte así en un canto eterno de la vida de todos los tiempos y de todos los hombres.

32.—La literatura sapiencial

El género mismo inducía fácilmente al autor a pasar más allá de las fronteras de su patria, porque el tema es la sabiduría, la cual rebasaba los confines de un país y otro y era bien recibido en todas partes. En los Proverbios de Salomón se habla frecuentemente de la Sabiduría personificada. La Sabiduría es una matrona que invita a todos a participar en el banquete preparado por ella. La Sabiduría es considerada como anterior al mundo: es muy grata al Señor entre otras razones por el hecho de que el Señor es la suma expresión de la Sabiduría, la cual con frecuencia es identificada a secas con la Ley de Dios.

No queda dicho con esto que se deba identificar tal concepto con el del Logos, o sea, la palabra sabia y creadora de Dios, pero es innegable que aun en los capítulos del Génesis, en que se habla de la creación, la palabra de Dios se sostiene por sí misma, y es en sí suficiente para realizar la obra de la creación.

La Sabiduría es en la literatura bíblica sinónima de temor de Dios y de virtud, lo cual no impide que, siguiendo la pauta del pensamiento egipcio, sea considerada también como fuente de longevidad, de riqueza y de honores.

33.—El Libro de Job

El tema del Libro, que tiene la forma de un diálogo, es la teodicea, o sea, el problema de la justicia divina, un tema éste que es tratado también en algunos Salmos y en otros pasajes.

El concepto antiguo de Dios era el del justo, que determina la suerte de cada uno según justicia. El patriarca Abraham en su defensa de la Pentápolis pregunta: "¿Acaso podría el Juez de toda la Tierra no hacer justicia, o no obrar según derecho?"

La vida y sus contingencias a veces no confirman tal concepto; se encuentran impíos que llevan una vida de lo más feliz: sus riquezas, aunque hayan sido conquistadas por medio del abuso y la injusticia, aumentan continuamente, en tanto que no es raro el caso de hombres profundamente piadosos y realmente rectos que se ven agobiados por el peso de toda clase de sufrimientos y de desventuras. ¿Dónde está, pues, el *metron*, la medida de la justicia de Dios?

Job es un hombre muy virtuoso y caritativo. Dios está refiriendo a Satanás las virtudes de Su siervo fiel. Satanás aprovecha la coyuntura: Job se encuentra en posesión de todos los bienes a los que puede aspirar el corazón humano, de manera que ¿por qué no habría de temer a Dios y ser virtuoso y generoso? Se trata, pues, de ponerlo a prueba, de hacerlo sufrir. Comienzan las desventuras de Job, el cual desconoce en absoluto lo que acaba de su-

ceder en los cielos, el diálogo que ha tenido lugar entre Dios y Satanás. Son innumerables los sufrimientos que sobrevienen a Job . Al fin, después de haber perdido todo, hasta sus hijos e hijas, Job es herido por una enfermedad que lo atormenta de día y de noche. Los tres amigos que vienen a consolarlo no hacen otra cosa que añadir más sufrimientos a los que ya padece, porque le repiten la vieja cantilena: Dios es justo y hace sufrir a los pecadores, en tanto que concede toda clase de bienes a los virtuosos; si Job sufre, es evidente que ha pecado. Job, por su parte, se siente libre de toda culpa; pero, de todas maneras, no pide a Dios que cesen sus sufrimientos, sino sólo que le demuestre su culpabilidad: ¿cómo se resolverá el problema? Sus amigos no saben presentarle ninguna prueba de hecho, y Job tiene confianza en Dios, pero solicita de El la ayuda necesaria para poder creer en Su justicia. El desearía que Dios le presentara las pruebas de su culpabilidad y que se entablara un juicio entre Dios y él. De esta manera, el conflicto de ideas alcanza su último límite; no queda, para resolverlo, otro recurso que la intervención de Dios mismo, pero tampoco Dios sabe, o tampoco quiere, presentar a Job la prueba de su culpabilidad, sino que le habla con acentos abrumadores, y artísticamente perfectos, de Su ilimitado poder. El ha creado todo, ha dado vida a todo, y toda lo dirige y gobierna: ¿por qué motivo, pues, podría ser injusto? Tiene lugar algo inesperado y altamente dramático: Dios rechaza a los amigos de Job y se aproxima a Job mismo.

La insistencia con la que Job solicita la prueba de la justicia de Dios demuestra la grandeza de su fe. Job no quiere vencer a Dios en el terreno de la justicia, sino que desea ser vencido por El. Job lucha por hacer salir triunfante de la tragedia de su vida la tesis de la justicia de Dios. Y Dios hace por Job lo que sólo Dios puede hacer:

le devuelve su cabal salud, lo hace recordar su lejana juventud y lo rodea una vez más de estimación y de esplendor.

El lector, cuando llega al final del Libro, fascinante bajo todos los aspectos, se pregunta: ¿no representará quizás el Libro de Job el más gran triunfo de la justicia de Dios? Job ha sufrido más que nadie. El origen de su sufrimiento se encuentra en el diálogo entre Dios y Satanás. El espíritu de sumisión de Job, y más todavía su fe en la justicia de Dios, han obtenido para él nueva vida, salud y bienestar cumplidos. Se puede decir que Job ha resistido todas las pruebas, que ha sufrido todo, y que a pesar de todo, y por encima de todo ha permanecido fiel a su confianza en Dios; ha superado la prueba, y Dios ha premiado a su fiel siervo; pero, ¿se puede decir acaso que la justicia de Dios ha celebrado en el Libro de Job su más elevado triunfo? Job ha sufrido para ofrecer la prueba de su fe invencible en Dios y en Su justicia, pero él ha sufrido sin haber pecado. Los amigos de Job, exponentes de una justicia en cierto modo mecánica, ciertamente quedan derrotados. Luego, la esposa de Job es una mujer insignificante; el único consejo que sabe dar a su consorte es: ofende a Dios y El te hará morir. De esta manera trata ella de sustraerlo a los sufrimientos, pero Job, heroico y realmente grande, quiere ser víctima del problema que pretende resolver. Ni siquiera invoca la muerte para escapar a los sufrimientos, porque él tiene la vista puesta en algo más elevado, o sea, que pide a Dios Su ayuda para poder conservar su confianza en la justicia divina aun en medio de tan gran tragedia. Dios es siempre justo. Los sufrimientos del inocente no empañan el brillo de tal verdad. Dios hace sufrir al inocente, pero lo libra después de los sufrimientos y premia a quien ha tenido fe en El aun en medio del tormento.

Sin embargo, el grandioso Libro de Job no ofrece a la humanidad una respuesta adecuada a la enormidad del problema. Mucho más elevado es el concepto que del dolor, del sufrimiento y de la muerte ignominiosa ofrecerá el Siervo de Dios, el que sufre y calla, en los Cánticos del Siervo de Dios, en la segunda parte de Isaías: el Siervo de Dios ha sobrellevado, en sus débiles espaldas, él que tiene el aspecto de un hombre miserable, el peso de los errores de toda la humanidad, de todos los tiempos, y bajo todos los cielos. Con su dolor, él ha sostenido el peso de los pecados de los demás.

Esta tesis celebrará su más elevado triunfo en el Nuevo Testamento, en la persona de Jesucristo.

Pero ni Job, ni el Siervo de Dios mencionado en Isaías, por sí solos, resuelven el problema de la justicia de Dios frente al hombre que sufre. El sufrimiento, que se padece como castigo del pecado, es objeto de una observación, que hoy llamaríamos crítica, en el Libro mismo de Job: "¡Oh Creador del hombre!, aunque yo haya pecado, ¿qué mal te ha causado a Ti?" Además, si se desea considerar el dolor no sólo en el hombre culpable, sino en particular en el inocente, y el sufrimiento que se presenta como una necesidad para expiar los errores propios o los de los demás, se presenta el problema: el *inocente* sufre para expiar las culpas de *los demás*. Todo esto resulta desagradable al hombre moderno, sobre todo si está dotado de una mentalidad jurídica. ¿Acaso es justo que sufra un inocente únicamente para expiar las culpas de los demás?

Ahora bien, el problema del hombre que sufre debe colocarse en otro terreno que no tenga un carácter estrictamente jurídico. El problema de la justicia de Dios frente al hombre que sufre, sea que haya cometido pecados o que esté exento de ellos, acoge los dolores que le son impuestos por la voluntad de Dios, considerando tal voluntad, no

como opuesta a la suya, sino identificando la suya con la de Dios. Jesús enseña a orar: "Hágase tu voluntad, así en la Tierra como en el cielo." Si el hombre sufre, esto se debe al hecho de que en su sufrimiento se manifiesta la voluntad de Dios. El hombre cristiano elimina su propia voluntad para aceptar totalmente, y de todo corazón, la de Dios, de manera que, en fin de cuentas, él sufre porque *quiere* sufrir, porque tal es su voluntad y tal voluntad es suya porque, evidentemente, es la de Dios. Quien nos da el ejemplo es Jesucristo, el cual, dirigiéndose a su Padre, dice: "Aleja de mí este cáliz, o sea, esta suerte dolorosa, pero hágase *Tú* voluntad y no la mía."

Jesús ha contado con seguidores durante siglos y siglos hasta nuestros días. Las crónicas antiguas nos hablan de mártires cristianos, y también de mártires hebreos, que subían a la hoguera y soportaban todo género de tormentos, invocando gozosamente el nombre de Dios y cantando himnos en Su honor. Testigos presenciales nos aseguran que tales mártires se mostraban insensibles a la tortura de sus carnes, y hubo un insigne médico que confirmó la existencia de tal fenómeno desde el punto de vista de la ciencia.

San Ignacio de Antioquía recorre incansablemente grandes extensiones para llegar a Roma a ser destrozado en la arena del Circo por las bestias enfurecidas. En su célebre carta, dirige a sus hermanos la calurosa súplica de que no se opongan a su designio, sino que acaricien a las fieras que lo destrozarán, porque de esta manera él se convertirá en trigo de Jesús.

Todo esto nos demuestra que la aceptación del dolor de parte de un hijo devoto del Padre que está en los Cielos tiene una lógica totalmente propia, una lógica que queda fuera y muy por encima de toda investigación de carácter jurídico.

Fue ya Job mismo el que dirigió a su esposa la pregunta: "¿Cómo el bien debemos aceptarlo y el mal no debemos aceptarlo de la mano del Señor?"

Esta pregunta que Job, sabio en el conocimiento de Dios, dirige a su esposa, contiene el núcleo de todo el problema. Hay quien pregunta: "¿Pero Job era realmente paciente? Sin embargo, ¡invocaba un juicio entre Dios y él mismo!" Nos encontramos frente a una pregunta que tiene su origen en la incomprensión, porque Job no pretende entablar un proceso contra Dios, a fin de derrocar Su trono, Su majestad y Sus decretos. No, Job es un hijo devoto de su Padre que está en los Cielos. Si él no hubiera querido sufrir, habría seguido el consejo de su esposa, o sea, habría proferido ofensas contra el Señor, a fin de procurarse la muerte; pero Job no quiere morir, no quiere que cesen sus sufrimientos, Job cree y desea que el Señor lo sostenga en su fe, diciéndole: "Mira que has pecado y por ello sufres." Esta sería una manera de salvar la justicia de Dios, y Job desea que Dios sea el justo y no él. Pero en realidad, Job es inocente. Por ello el Señor extiende ante él un cuadro lleno de grandeza y majestad de su propio poder, y Job inclina la frente ante la majestad de Dios y acepta todo su dolor. Entonces el Señor lo libera de su sufrimiento. Por ello Job acepta la voluntad del Señor, si bien invocando de El, en una fase precedente, una ayuda para poder seguir sufriendo, y para no morir antes de haber alcanzado el extremo límite del sufrimiento. Jesús sube aún más arriba, porque únicamente pide: "Hágase Tu voluntad." Jesús nos ofrece una solución perfecta, extrajurídica del problema de la justicia de Dios frente al hombre que sufre. El hombre se ofrece a sí mismo al dolor, al tormento y al martirio mismo porque desea que se haga la voluntad de Dios. El hombre que sufre se *sumerge* en la voluntad de Dios, la acepta y la vuelve

totalmente suya. Dios es justo para aquel que, después de haber alejado de sí mismo su propia voluntad, sólo desea lo que Dios quiere.

El problema de la teodicea encuentra en la Biblia una solución no ya en el terreno jurídico, sino en el afectivo: el hombre, por puro amor, acepta la voluntad de Dios, y si esta voluntad significa sufrimiento para él, la acepta con toda devoción y con infinito amor.

34.—Los Proverbios

Es una colección de sabiduría popular común en el antiguo oriente, y con mucha frecuencia es muy diversa de la sabiduría típicamente bíblica. Fácilmente se nota en ella la influencia del pensamiento egipcio, de aquel pensamiento egipcio propio del maestro que trata de entusiasmar a su discípulo por el aprendizaje del difícil arte de leer y de escribir los jeroglíficos; esto es muy útil, porque abre el camino para un empleo estatal, y se ve que en el antiguo Egipto tales empleos eran muy productivos.

En los Proverbios llamados de Salomón, porque Salomón gozaba de renombre como un rey muy sabio, se dice de la Sabiduría que sostiene la longevidad en la diestra, para proporcionarla a sus fieles, en tanto que con la izquierda proporciona riquezas y honores. Y este pensamiento resulta, para quien esté familiarizado con la Biblia, exótico y extraño a todos los conceptos bíblicos.

Las frecuentes exhortaciones a mantenerse alejados de las mujeres extranjeras, porque ocasionan corrupción y muchos perjuicios, nos hacen pensar más bien en Egipto que en la tierra de Israel.

El sabio llama a sus lectores y discípulos: hijos. Cuán diverso es todo esto del estilo y del sentir del Antiguo Testamento, en el que se dice: vosotros sois hijos del

Señor vuestro Dios. Cuán diverso es todo esto de la dulzura con la que San Pablo habla de un joven convertido por él como de un hijo profundamente amado, como hijo de su "corazón".

La Sabiduría es considerada anterior al mundo (8, 22 ss.): ya existe antes que el universo, y este detalle ciertamente anticipa en cierta manera el concepto de Logos, del Verbo de Dios, que también es anterior al mundo.

Con la ayuda de la Sabiduría reinan los reyes, y los príncipes formulan decretos justos. La Sabiduría es la base de toda justicia; el banquete al que ella invita a todos tiene lugar en un palacio maravilloso de siete columnas. La Sabiduría ofrece su pan y su vino. El principio de la Sabiduría es el temor de Dios.

Al lado de estos cuadros poéticos, encontramos consejos prácticos: hablar poco. El temor de Dios prolonga la vida, en tanto que los años del impío están contados. La Sabiduría se convierte frecuentemente en sinónimo de piedad religiosa. La Sabiduría es identificada con frecuencia y de buena gana con la Ley de Dios.

El arte de la educación en el antiguo oriente no excluye el castigo corporal: si esta intervención es benéfica para la educación, para lo orientación hacia la Sabiduría, ¿por qué se ha de renunciar a ella?

La Sabiduría es sinónimo de Ley de Dios, por lo cual es también la misma cosa con la verdad.

Es mejor no dejarse llevar jamás de la ira: la ira forma parte de la manera de obrar del necio, en tanto que el sabio muestra siempre longanimidad y paciencia.

Un joven sabio es fuente de alegría para su padre, en tanto que el necio hace avergonzarse a su madre.

Es mejor no precipitarse sobre los dones ajenos.

El hombre encuentra fácilmente su propia conducta justificada, o al menos justificable, para poder tener la

convicción de parecer justo delante de Dios, pero no es así, porque Dios conoce los secretos de los corazones; es éste un pensamiento que reaparecerá en la teología paulina.

No trate el hombre de conseguir las comodidades de la vida, sino más bien conquistar una vida adornada de serena paz.

Prefiera el hombre una comida formada por pan simple en vez del banquete de una mesa bien servida, en torno a la cual se fomentan los rencores y las luchas: ¿y cuál de los contendientes es justo? ¿Quién puede decir que se conoce a fondo a sí mismo y a los demás? Sólo uno: Dios, el cual puede escrutar los corazones. Por esta razón el hombre debe andar siempre en busca de la paz.

Absténgase el hombre de ofender al pobre, porque quien ataca al pobre ofende al Señor.

En el terreno de la moralidad social: el hombre debe ante todo ser justo, porque quien vuelve mal por el bien recibido, tendrá siempre el mal en su propia casa.

Evita el comienzo de toda disputa, porque el comenzar una riña es como dar curso al agua contenida dentro de un recipiente: no se puede después contener.

El nombre del Señor es una fortaleza que protege, es el refugio del justo.

El hombre sabio no es orgulloso, porque el orgullo manifestado hoy es anuncio de la desgracia que sobrevendrá mañana.

Yo prefiero, en vez de aquel que hace confuso su lenguaje creyéndose sabio cuando en realidad es necio, el pobre que va por los senderos de la perfecta honestidad y cuya conducta es humilde e íntegra.

El testigo falso no se escapará del justo castigo: éste podrá demorarse, pero jamás se podrá evitar.

No confíe demasiado el hombre en sus propios descubrimientos, en los descubrimientos de su pensamiento.

Muchos son los pensamientos que se albergan en el corazón del hombre, pero sólo tendrá consistencia la voluntad de Dios.

Quien concede un préstamo gratuito al pobre, lo concede al Señor, y será el Señor quien lo recompense.

Bienaventurados los hijos de un hombre íntegro y justo. Dése cuenta el hombre de sus propias acciones e intenciones. ¿Y quién será el que pueda decir: "He purificado mi corazón y estoy libre de todo pecado"?

Los pesos falsos y las falsas medidas son una abominación a los ojos del Señor.

La atención del Señor está siempre alerta: aumenta tus bienes haciendo a un lado la pereza.

El Señor determina los pasos que deberá dar el hombre en la vida, pero el hombre que los va realizando no se comprende a sí mismo.

El alma del hombre es una luz de Dios, que ilumina y vuelve visible todo lo que hay de secreto y de escondido en el corazón de un hombre.

Hasta el corazón de un rey es como un torrente al que la mano del Señor le determina el curso.

El hacer justicia es obra de rectitud y es preferible, a los ojos del Señor, al ofrecimiento de sacrificios.

Es mejor habitar en una tierra desértica, que al lado de una mujer pendenciera, que se convierte en una fuente de ira.

No ose el impío ofrecer sacrificios, porque éstos resultan abominables a los ojos del Señor.

El rico injusto y el pobre inocente se encontrarán un día, porque Dios ha creado tanto al uno como al otro.

No despojes al pobre, aprovechando su miseria.

No oprimas al pobre a las puertas de la ciudad (que es la sede del tribunal), porque el Señor combatirá al lado del pobre.

No te hagas responsables por otros, porque cuando no estés en condiciones de pagar, los acreedores te privarán hasta de tu lecho.

Escucha al padre que te ha engendrado, y no desprecies jamás a tu madre cuando llegue a ser una anciana.

No te jactes del día de mañana, porque no sabes qué te deparará el porvenir.

No seas vanidoso: deja que los demás te alaben, pero tú no te alabes, no te jactes jamás.

El hombre malvado no comprende lo que es justo, pero aquellos que buscan al Señor lo comprenden todo.

El Libro de los Proverbios está compuesto de varias colecciones de sentencias sapienciales, de aquellos dichos de la sabiduría práctica que eran comunes a muchos pueblos.

El Libro se cierra con una alabanza tan maravillosa como sencilla de la mujer que es madre de familia virtuosa, laboriosa, caritativa, silenciosa y pacífica, que va al encuentro de su último día con una sonrisa. En ese día sus hijos la llamarán bienaventurada y su esposo la alabará. Cosa vana es la belleza, cosa vana es la gracia que acompaña a la juventud. Sólo merecerá alabanza la mujer temerosa de Dios.

35.—El Eclesiastés

Este pequeño Libro que sólo consta de 12 capítulos, representa también una aportación a la literatura sapiencial bíblica. Este Libro es atribuido al hijo de David, que fue rey de Jerusalén, o sea, al rey Salomón.

El pensamiento sapiencial contenido en el Eclesiastés es muy diverso del de los Proverbios de Salomón. Por lo demás, también el gracioso Cantar de los Cantares, del que tratamos en seguida, es atribuido al rey Salomón o,

como pretenden algunos investigadores modernos, está dedicado al Rey Sabio.

El autor del Eclesiastés conoce todas las corrientes de pensamiento de entonces, corrientes nacidas y desarrolladas en varios ambientes culturales vecinos, y se pasea libremente por todos ellos. Pero no tiene la intención de darnos a conocer el ambiente filosófico de entonces, en Siria, en Fenicia o en cualquier otro país: él tiene un punto de vista totalmente personal y una tesis filosófica completamente propia.

El autor se detiene a meditar sobre el curso de los acontecimientos de la vida, en el sentido más amplio de la palabra; él considera la vida desde el punto de vista, no ya de una nación o de otra, sino desde el punto de vista humano; ¿y qué es lo que ve? Una generación viene y otra se va, en tanto que la Tierra presencia impasible su interminable sucesión. La vida surge, sigue su curso, y con mucha frecuencia, por no decir que siempre, es una repetición de todo lo que ya ha existido y de todo lo que ya ha sucedido. El olvido cubre todo y a todos. El mismo olvido cubrirá también todo aquello que cae bajo nuestros ojos: también nosotros seremos absorbidos por el eterno flujo del tiempo, también nosotros quedaremos cubiertos por sus olas. Toda labor humana es cosa vana: la sabiduría de los sabios y la necedad de los necios pasan como un soplo de viento. ¿Y las alegrías de la vida? ¿El amor y el vino? Pasan sin dejar huella alguna. También los soberbios parques y los majestuosos palacios que van erigiendo los reyes caerán, y bajo sus ruinas quedará sepultado el nombre de quien ha plantado los unos y construido los otros.

Todo está destinado al olvido. ¿Sería entonces oportuno pensar en consumir buenos manjares y generosas copas de vino?

Las épocas se van alternando, las estaciones también se van alternando, cada una tiene su propio color, pero desaparecen en el eterno repetirse de los tiempos y de las estaciones.

¡Cuántas cosas hay de común entre la existencia del hombre y la de los animales! ¿Y si se dijera: "El alma del animal baja hacia el interior de la Tierra, en tanto que el espíritu del hombre sube hasta el cielo"? Si así se quisiera decir, ¿acaso no se podría objetar: "¿Y estás seguro de ello?"

A la vista de la opresión que ejercen los poderosos en perjuicio de los oprimidos, el autor se pregunta si no tienen mejor suerte los muertos, que ya desde hace tiempo descansan en el polvo.

Esta eterna envidia del uno contra el otro, de parte de quien nada posee hacia quien posee demasiado, ¿no es acaso cosa vana?, ¿tiene acaso una consistencia propia y no pasa acaso sobre todos, como un rasero, la mano poderosa del tiempo?

Es una actitud muy estimable si durante el curso de esta áspera vida el uno tiende la mano al otro, a fin de ayudarse mutuamente.

Dios se halla en el cielo y tú estás sobre la Tierra, y por ello debes ser parco en las palabras y no hacer promesas a la ligera, porque es mejor no hacer votos, que hacerlos y no cumplirlos.

Las jerarquías en la vida social son una sobreposición de los unos sobre los otros, pero, ¿quién se da cuenta de que por encima de todos resplandece la mirada del Señor?

El trabajo trae consigo un dulce sueño, en tanto que el vientre sobrecargado del rico no le permite el sueño.

¡Qué gran vanidad es acumular riquezas! Pasará un lapso de tiempo y tus riquezas irán a caer en manos de desconocidos, que no tendrán ni un recuerdo para ti.

Trata de vivir en perfecta paz, el día que no traiga ninguna desventura ni mal alguno.

¿Quién diría que la suerte del sabio y la suerte del necio son tan semejantes la una a la otra?

Ambos bajan a la misma fosa y ya nadie vuelve a recordarlos.

¿Hay quien pueda decir que la fortuna sonríe al justo y que la desventura persigue al malvado? ¿Cuántas veces no sucede justamente lo contrario?

El amor, el odio, los celos, son todos fuegos fatuos que se extinguen y se pierden en la nada.

Si la suerte te ha concedido una buena compañera, vive tranquilo al lado de ella.

Los hombres viven suspendidos en el tiempo al igual que los peces o que los pájaros presos en la red: no saben cuándo llegará la hora de la desventura.

La sabiduría vale más que el poder, pero la sabiduría del pobre jamás es escuchada; nadie presta atención a sus palabras.

Lanza tu pan sobre la superficie del agua de la vida. Llegará un día en que lo encontrarás de nuevo y gozarás con él.

¿Acaso conoces la dirección que sigue el viento? De igual manera no conoces la obra de Dios que se verifica en todas partes.

Vive feliz en la época de tu juventud y acuérdate de tu Creador cuando todavía eres joven porque, paso a paso y lentamente, se aproxima a ti la vejez, y con ella la decadencia de tu cuerpo. Se irá apagando una luz tras otra, y las tinieblas irán penetrando lentamente en ti. Y aunque te hayas dedicado a la sabiduría y al estudio, ¿de qué te servirá todo esto, cuando la vida se vaya alejando lentamente de ti para dejarte solo, cada vez más solo frente a la muerte?

¿Y entonces cuál es el significado de la vida, qué es lo que debe representar para nosotros el pensamiento-guía, en qué se resume y se concretiza el valor de nuestra existencia sobre la Tierra?

Después de tantas meditaciones, después de tantos pensamientos tristes, ésta es la esencia del pensamiento del autor mismo: Teme a Dios y observa Sus preceptos, porque en esto se revela todo lo humano que hay en el hombre.

El hombre tiene mucho de común con los animales: el nacimiento y la muerte, el hambre y la sed, el amor y el dolor; pero hay una cosa, un solo bien, que eleva la vida del hombre por encima de todos los demás seres vivientes: el hombre tiene la percepción clara de que por encima de toda esta eterna repetición de nacimientos y de muertes, de pasajeras desventuras y de dolorosos infortunios, por encima de este continuo surgir y extinguirse de luces, por encima de todo esto, él se halla en la Tierra en posesión de un bien imperecedero: la conciencia de Dios y la observancia de sus deberes religiosos.

Por encima de la continua fluctuación y repetición de épocas y de acontecimientos, resplandece en lo alto una *luz imperecedera: la luz de Dios.*

36.—El Cantar de los Cantares

El título es interpretado de ordinario como el canto más elevado, o sea, un canto que supera en belleza a todos los demás.

Antiguamente se consideraba al rey Salomón como el autor del poema. Los doctores de la época de Jesucristo, época en la que, por lo demás, se discutía también el carácter sagrado del Libro, se preguntaban: ¿Salomón redactó acaso el Cantar de los Cantares, al igual que el

Libro de los Proverbios y el Eclesiastés? El primero es todo él un himno de amor, es todo un canto a las bellezas de la Naturaleza, a la belleza de jóvenes y doncellas, en él todo respira primavera. En los Proverbios se trata más bien de sabiduría práctica, humana, de consejos que un maestro de sabiduría imparte a su discípulo, a quien él llama "hijo"; se repite la amonestación en contra de las relaciones con mujeres aventureras o extranjeras, y el Libro termina con un himno a las virtudes de una buena madre de familia. ¿En dónde ha quedado el espíritu que animaba el Cantar de los Cantares?

El tercer Libro, el Eclesiastés, es de una entonación más bien melancólica. ¿Cuál es el valor esencial de la vida? Todo pasa, todo es vano. Y entonces, ¿es acaso posible que Salomón sea el autor de las tres composiciones literarias? El asunto parece tanto más dudoso en cuanto el Libro de los Proverbios demuestra claramente que se trata de una fusión de varias composiciones de contenido filosófico. A esta pregunta se respondía: el autor es siempre el rey Salomón, el cual en su juventud cantaba a las hermosas doncellas, en su madurez daba consejos sapienciales de carácter práctico y en su ancianidad se había vuelto triste y se había convencido de que en fin de cuentas los sucesos de la vida no son más que ilusiones seguidas de desilusiones y que el valor esencial de la vida es el temor de Dios y la observancia de sus preceptos.

Se trata de una solución del problema que era suficiente para aquellos tiempos: ¿pero lo sigue siendo hoy día? En la actualidad los críticos reconocen que no se trata, como arriba dijimos, de composiciones literarias de Salomón, sino dedicadas al rey Salomón. ¿Y entonces? Cada uno de los tres Libros es un problema independiente. A nosotros séanos permitido preguntar: en vista de que, aun después de prolongadas discusiones y discordantes opiniones, los

tres escritos fueron acogidos en el canon, ¿queda todavía la posibilidad de preguntar si existe algún nexo íntimo entre las tres composiciones tan diversas entre sí bajo todos los aspectos? Con este fin se hace notar: desde épocas muy lejanas se ha aventurado la hipótesis de que el Cantar sea realmente una colección de cantos de amor, y justamente de amor en el sentido más común de la palabra. ¿Pero, acaso es posible que con tal carácter hubiera sido acogido el Libro en el canon? ¿Y entonces? Se trata de alegorías: sí hay amor, pero es el amor de Dios para con la nación escogida, o bien amor de Jesús para con el alma creyente. ¿Y las marcadas alegorías amorosas? Son el revestimiento de un amor que tiende a representar el amor del hombre para con Dios.

No faltan autores que hablan del amor de los Cantares como deseo amoroso propiamente dicho, o sea, el atractivo que ejerce la belleza sobre dos seres de diverso sexo. Otros dirán que se trata de una alusión al amor alegórico de los Libros proféticos. ¿Y acaso la Pascua, que recuerda la salida de los hebreos de Egipto, no es una fiesta primaveral? ¿Y no es acaso el período en el que la nación siguió al Señor en el desierto por puro amor? ¿Y acaso en la literatura profética no se presenta al Señor como el gran protector de una doncella abandonada, a la que El dispensa beneficios día tras día y hora tras hora, y que, sin embargo, le es infiel, entregándose al culto de divinidades paganas? Y otros más dicen: el Cantar de los Cantares es una exaltación del vínculo conyugal y de la fidelidad conyugal.

Séanos concedido hacer notar: los tan mencionados deseos de carácter erótico no aparecen, según nuestra opinión, en el texto de los Cantares. Y un paso más adelante: no se encuentra ni un rastro de celebración de matrimonio y, por consiguiente, de fidelidad conyugal. ¿Y

entonces? El Cantar de los Cantares es una colección de varios cantos de amor que tienden a darnos a conocer los primeros sueños de amor de las doncellas, "sueños" a veces en el sentido literal de la palabra, o sea, que no son hechos reales, sino hechos de vida interior, a los que falta expresión alguna en la vida exterior.

Hay cantos en los que dos jóvenes, ambos de una belleza excepcional, se cantan uno al otro, con expresiones tan líricas como realistas. Nunca se habla de matrimonio, nunca de consentimiento de los padres, nunca hay alusión alguna a la prole. Pero, ¿acaso en el ambiente al que la Palestina no es extraña, a pesar de que algunos cantos pudieron haber surgido en países vecinos, existía el vínculo matrimonial sin aspiración a la prole?

Según nuestra opinión, estos cantos son una pura exaltación de la belleza y del amor como tales, del amor como fenómeno de vida. Según esta nuestra opinión, el autor no asume ninguna actitud frente al problema de determinar el amor en un vínculo de carácter íntimo, ya fuere conyugal o extraconyugal. En el centro de esta maravillosa e incomparable colección de cantos de amor se encuentra el problema de carácter filosófico: ¿qué es el amor? El autor conoce muy bien los cantos de amor del cercano oriente, de la Palestina y de los países colindantes. Pero él nos ofrece algo más que una antología, nos ofrece una sensibilidad y una riqueza de sentimientos y de pensamientos que rara vez se encuentran en la literatura mundial. El contenido de belleza que encierra alguna de sus más sencillas imágenes nos brinda mucho más de lo que encierran las simples palabras. ¡Qué admirable es la excursión que el joven hace en la fantasía! Extiende ante la mente de su amada el itinerario que ambos deben recorrer, para llegar a la cima de los más elevados montes. Allá serán dos seres solitarios en medio de un paisaje

también solitario. Las cimas nevadas de los montes, el silencio interminable, y no lejos de allí las grutas que dan albergue a las fieras. Allá, en un lugar solitario, se encontrarán ellos dos: él y ella. Allí celebrarán su amor en medio del silencio. Arriba, entre el cielo y la Tierra, sólo se encontrarán ellos dos.

¡Cuántas y cuántas veces se encuentran los dos jóvenes en medio de los prados, en medio de un mar de flores y cantan su amor! Pasan las horas, y a lo lejos se percibe como un tintineo de campanas de plata en medio del silencio de la noche: es que el alba se aproxima, y entonces la doncella pide a su amado que se aleje y que alcance las cimas de los elevados montes, donde él vive en medio de los lirios. Toda la vida está transformada en belleza.

Cada vez que el canto de amor llega a su culminación, el poeta encuentra la manera de interrumpirlo, si bien con suavidad, por medio de un suceso exterior. Cuando, después de un largo y delicioso cántico, se ha llegado a un tono muy elevado, comienza a percibirse a lo lejos el ruido de un grupo de jóvenes que van a cazar las zorras que destruyen sus viñas. Es una señal de descanso. Los dos jóvenes se despiden, se alejan el uno del otro, y la doncella sigue con mirada conmovida cada paso de su amado, que se aleja de ella para alcanzar las floridas cimas de los montes y de los collados. No hay nada fuera del amor puro.

En el Eclesiástico, se encuentra al fin la solución del problema: ¿qué es la vida? Después de haber disertado extensamente sobre la vanidad de la vida y de los sucesos que en ella se verifican, se llega a la conclusión de que lo que distingue la vida humana de la de los demás seres vivientes y que le da valor es el temor de Dios, o sea, el conocimiento religioso, la conciencia de que el principio

de nuestra vida queda ligado al principio de la vida de Dios, al principio de la vida eterna. ¿Y qué es el amor? La solución del problema se encuentra también esta vez al final de la composición: El amor como tal —sea cual fuere la finalidad para la que existe en nuestra vida según la economía cósmica— es una chispa que Dios ha encendido en el alma humana. Al igual que la vida toda, así el gran coeficiente de la vida, el amor, es una llama vivificadora que tiene su origen en la Gran Luz de Dios. Por ello el Libro, que siempre canta el amor de los jóvenes, hombres y mujeres, al fin responde a la pregunta: ¿qué es el amor? Es la belleza, es la juventud, puesta al servicio de una idea grande: se convierte en llama una chispa de luz puesta por Dios en el corazón humano.

37.—El Libro de la Sabiduría

El autor recomienda la búsqueda de la Sabiduría que él glorifica. El texto en el que nos fue conservado el Libro es el griego, pero presupone lectores hebreos, lo cual es tan cierto, que la intención del autor es la de recordar a sus lectores el hecho maravilloso de la salida de los hebreos de Egipto. Aquí, en la historia, se manifiesta el Dios único y eterno de Israel.

El Libro tiende a desvirtuar a los ojos del lector la filosofía pagana y a ir sentando en los ambientes paganos los antecedentes para la comprensión del monoteísmo hebreo.

Ya desde los primeros siglos, los escritores de la Iglesia dudaban de que Salomón fuera el autor del Libro. San Jerónimo no titubea en definir el Libro, desde este punto de vista, como seudoepígrafe. No se equivoca: la visión de conjunto que encontramos en el Libro ahonda sus raíces en el Antiguo Testamento, en tanto que su conocimiento de la filosofía griega es más bien superficial,

y a pesar de todo esto, muchos términos que aparecen en el Libro son un claro indicio de que no podía ser Salomón el autor. Se descubre más bien que el autor conocía bien la vida griega. Se trata de un escrito de un hebreo helenista que a nosotros nos es desconocido, pero que probablemente es de origen egipcio. El escrito fue compuesto, por lo que parece, entre los años 88 y 30 a. de C.

Este escrito ejerció un influjo sobre la terminología del Evangelio de San Juan.

La Iglesia, ya en tiempos muy lejanos, reconoció su carácter canónico.

Se encuentran en él algunas afinidades con ideas desarrolladas en el Nuevo Testamento: así, por ejemplo, el conocimiento natural de Dios (13, 4-9 y Romanos I, 20); la corrupción moral del paganismo (14, 22-31 y Romanos I, 22-32).

38.—El Eclesiástico

El Libro contiene dichos filosóficos y de carácter didáctico. El título griego es: Sabiduría de Jesús, hijo de Sirac, o sea, Sabiduría del Siracida. Los hebreos lo llamaban Proverbios, o bien Sabiduría, sobriedad. El título latino se explica por el hecho de que este libro servía como texto para la enseñanza de los catecúmenos.

El Libro fue redactado originalmente en hebreo. San Jerónimo tenía todavía ante la vista el texto hebreo, que después se ha perdido. En los años 1896-1900, Salomón Schechter y otros investigadores descubrieron en el depósito de la Biblioteca de El Cairo algunos fragmentos del Eclesiástico en su original hebreo.

La finalidad del autor es preservar a los lectores de la Diáspora de la infidelidad a la Ley.

Muchas de las enseñanzas tienden a exaltar la virtud y el cumplimiento del deber, o bien aconsejan mantenerse alejados de los pecados o vicios. La verdadera sabiduría es el temor de Dios. En el texto se hallan insertadas plegarias y reglas de buena conducta. El Libro se cierra con un himno a la gracia de Dios tal como se refleja en las obras de la creación.

El autor, el Siracida, vivió en Jerusalén. El Libro ha sido escrito hacia el 180 ó 170 a. de C. La traducción griega fue realizada por el sobrino del autor.

Es notable el concepto de que la Sabiduría es anterior al mundo. La Sabiduría ha salido de la boca de Dios. El Libro prepara por el aspecto ideológico la doctrina del Logos.

Entre los hebreos, el Libro del Siracida gozaba de gran autoridad.

39.—Los Libros proféticos

Todo aquello que se encuentra expresado en la Biblia con la palabra *nabī,* a la que corresponde en los Setenta y en la Vulgata "profeta", en la antigüedad, o sea, antes de que se afirmara la actividad de los profetas como un factor de la vida nacional, era indicado simplemente con la palabra "vidente". Así, por ejemplo, el futuro rey de Israel, Saúl, se dirige al vidente Samuel para saber de él en dónde están los pollinos perdidos por su padre. Es evidente que Samuel es conocido por su capacidad de ver desde lejos. El está por encima del espacio y, gracias a una facultad viva excepcional, distingue personas y objetos que se encuentran muy lejanos.

En otra ocasión, aquel que después será llamado *nabī* es mencionado con un término que significa más bien "visionario"; o sea, que esta vez la facultad visiva supera

no sólo el espacio concebido en sentido topográfico, sino que llega a tener una visión de las cosas por encima de los límites de tiempo.

La palabra *nabī* en sí misma no significa, en rigor de términos, sino uno que anuncia una verdad en voz alta. Es evidente que se trata ya de un enviado de Dios, en cuanto que el *nabī* no anuncia nada en nombre propio, sino en nombre de Quien lo ha enviado: ello es tan cierto, que el profeta es definido unas veces "hombre del espíritu", otras "hombre de Dios", y otras "ángel", o sea, enviado de Dios.

Por consiguiente, la evolución del concepto es muy natural. La tarea que desempeña el profeta se extiende a la esfera religiosa y social: por ello, él es el maestro del pueblo, llamado a tal tarea por Dios mismo.

Los profetas son, por su tendencia, fautores de la teocracia. La institución monárquica es considerada como una derivación de la vida y de las costumbres de los pueblos vecinos. La finalidad a la que tiende el profeta bíblico es la de combatir el politeísmo y toda forma de sincretismo religioso. De aquí se deriva la necesidad de llamar a la penitencia, la cual, sin embargo, en el lenguaje técnico se llama simplemente "retorno" (a Dios), sin apreciar en lo más mínimo las formas penitenciales exteriores, ni las manifestaciones públicas de duelo o la observancia misma del rito de los sacrificios.

El profeta, ya fuere profeta de corte o profeta dedicado al ambiente del culto, siente siempre en los acontecimientos históricos la huella de la voluntad de Dios. De aquí nacen los conflictos que frecuentemente se plantean entre los profetas de Dios (a diferencia de otros asalariados) y la política de los gobiernos contemporáneos de ellos. La política de corte busca siempre un apoyo de parte de alguno de los vecinos más poderosos (por ejemplo,

Egipto) a fin de encontrar una defensa en contra de algún otro reino poderoso (v. gr.: las potencias mesopotámicas), en tanto que el profeta está convencido de que esta política de la buena vecindad con uno y en contra de otro representa siempre un peligro, y esto por dos razones:

1) porque hace arraigarse en el corazón del pueblo y de sus dirigentes la confianza en la sabiduría humana y en la eficacia de ella sobre el desarrollo de los hechos históricos, en tanto que para él, el profeta, los destinos de los pueblos se hallan en las manos de Dios, frente a cuyo poderío nada valen las amenazas y las intrigas de las políticas humanas;

2) los dirigentes de la política, según su sistema, no saben conservar el equilibrio entre dos poderosos que tratan de ampliar sus dominios. El profeta, aun desde este punto de vista, es más amplio de miras, porque, por hallarse libre de la influencia de las intrigas de la corte, prevé la victoria de aquel poderoso que está a punto de perder las riendas del gobierno.

Todo lo que en su tiempo dirá San Pablo con respecto al martirio, la prisión y los sufrimientos de los apóstoles, ya ha tenido lugar, siglos antes, en la suerte de los profetas de Israel.

Los profetas, como enviados de Dios, y los apóstoles en su tiempo, como enviados de Jesucristo, tienen un enemigo común: la incomprensión. Así vemos que Jeremías en el siglo VI a. de C., y Jesucristo mismo, se encuentran en la misma situación: Jeremías desearía una política neutral a fin de no enemistarse con los babilonios, si bien no desea confiar demasiado en Egipto; desea que se siga el camino intermedio, sin oscilaciones. Jesucristo pedirá una actitud serena, y me atrevería a decir apolítica, frente a los romanos, que por entonces eran los únicos dominadores de la Palestina. Tanto Jeremías como Jesús no sólo no pueden

ser comprendidos; sino, por una ley de la historia y de la psicología de los pueblos, deben ser combatidos sin piedad. El pueblo, tanto en tiempos de Jeremías como en los de Jesús, sigue el principio de que ellos son considerados como enemigos en el terreno político, porque sus invocaciones de neutralidad y de serena confianza en Dios son interpretadas como actos de amistad para con un determinado enemigo poderoso, y ser amigo del enemigo significa ser enemigo.

Si Jeremías y Jesucristo se hubieran declarado partidarios de la política egipcia el uno y de una valiente lucha contra los romanos el otro, el pueblo habría dicho: los amigos de nuestros amigos son nuestros amigos. Por el contrario, Jeremías y Jesús, son enemigos declarados de aquel pueblo, Israel, al que ellos amaban al grado de haber ofrecido de buena gana toda su vida y todas sus obras por salvarlo. Por consiguiente, es ésta una tragedia que pesa sobre los profetas de todos los tiempos.

Los profetas se convierten en objeto de martirio, en víctimas puras del puro amor hacia su Padre que está en los Cielos. El pueblo no los comprende.

También la actividad profética, al igual que toda gran idea, en cualquier campo, tiene sus parásitos, tiene sus explotadores, y éstos son los preferidos del pueblo. El pueblo cree en ellos porque no sabe creer en la verdad, porque no sabe amar la verdad, y para todas las generaciones de toda la Historia es válida la gran plegaria elevada por Jesús en la cruz: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen."

40.—Isaías

La fecha aproximada de la actividad del más grande de los profetas es: 737-693 a. de C.

El Libro, que después fue dividido en 66 capítulos, no es una obra monolítica; se lo considera más bien como una colección de escritos ordenados, ora según un criterio cronológico, ora según el tema.

El texto masorético difiere con frecuencia del de los Setenta.

La sensibilidad mesiánica de Isaías y su riqueza de ideas al respecto son tan grandes que San Jerónimo no titubea en definirlo no tanto como profeta, sino como evangelista del Antiguo Testamento. En efecto, sus vaticinios referentes al niño mesiánico, al vasto cuadro del mesianismo y de la paz mundial que aquél traerá consigo y en particular los cantos del Siervo de Dios, contenidos en la segunda mitad del Libro, son tan ricos en significado que vuelven pensativo a todo lector atento.

Además, los cantos del Siervo de Dios, de aquel gran hombre que sufre y calla y es de una pureza extraordinaria, no encuentran en toda la Historia más que una sola interpretación: Jesucristo. El Siervo de Dios emerge silencioso de la bruma del tiempo; nada se sabe de su pasado, nada de su presente. El es el hombre que todo lo sufre, todo lo soporta y de nada se queja. De él dice el texto que no ha aplastado jamás la caña ya quebrada ni ha apagado nunca la lucecilla que aún humea. Es, evidentemente, el hombre que siente no sólo el llanto de los hombres y de todos los seres vivientes, sino de todas las cosas, aun de las que ya están muertas. Una caña rota es un ser acabado, una llama humeante es un ser vivo que lucha por la existencia, y el Siervo de Dios nunca extiende la mano para aumentar el dolor o para apresurar la muerte de quien está herido o de quien sufre. El ambiente en medio del cual vive el Siervo de Dios, lo odia. ¿Por qué? Nadie lo sabe, ni siquiera la multitud que se ensaña contra él y lo hace morir en medio de malhechores. Acaso

el íntimo móvil que impulsa a la multitud ignorante es la reacción inconsciente de quien está más bajo frente a quien espiritualmente o moralmente ha alcanzado las más elevadas cumbres.

El Siervo de Dios, de miserable apariencia, pasa como un misterio por el escenario de la Historia. El no tiene nombre alguno (si alguna vez aparece un nombre, éste podría interpretarse más bien como una cualidad que como un nombre propio), es desconocido de todos, y, a pesar de ello, es reconocido por todos después de su muerte; de un golpe se rasga el velo, y aquellos que lo han asesinado elevan un doloroso clamor: él ha muerto por nuestros pecados.

El concepto de la justicia de Dios en una buena parte del Antiguo Testamento presupone que quien sufre y muere, evidentemente ha sufrido y ha muerto por expiar sus propios pecados. Esta vez la multitud siente, sabe y comprende que aquel a quien ellos han dado muerte no ha conocido el pecado. Y entonces se pregunta: "¿Y acaso esta muerte y este sufrimiento quedarán sin valor expiatorio?" Y responde a esta pregunta: "El ha muerto por nuestros pecados."

No existe nadie en la Historia que pueda interpretar este episodio más que Jesucristo.

El profeta nos da una primera muestra de su sensibilidad para con los que sufren, cuando en un discurso se opone a las ceremonias penitenciales de carácter exterior y a los abundantes derramamientos de sangre de víctimas. El Señor no agradece esta multitud de sacrificios de animales; el incienso que le es ofrecido en el Templo de Jerusalén es cosa abominable a Sus ojos; todo el fausto del ceremonial es indigno de la mirada del Señor. La mirada del Señor se vuelve hacia quien es humilde, pobre y contrito de corazón, el cual concepto resonará fuerte-

mente en un Salmo. "Si tú encuentras a un hombre errante, dice Isaías, llévalo a tu casa. Si tú ves a un desnudo, cúbrelo. Parte con el hambriento tu pan." Aquí —como hemos dicho— aparece la expresión "fractio panis", expresión que aparecerá después en la literatura del Nuevo Testamento como el término reservado a la Cena Eucarística: Cristo se hará pan, Pan celestial, a fin de ser alimento de quien tiene sed de justicia, de quien tiene sed de Dios. Un invisible rayo dorado une el corazón del evangelista del Antiguo Testamento, Isaías, con la institución eucarística fundada por Jesús. El concepto de "salvador" es el elemento común que se encuentra en los nombres de Isaías y de Jesús.

"Si tu ojo, dice Isaías, al igual que el del Señor, se vuelve hacia quien sufre abandonado y olvidado de todos, entonces, y sólo entonces, brillará como el alba tu luz, y la gloria del Señor resplandecerá sobre ti."

Isaías hace comprender al pueblo que la idea de elección, de pueblo escogido, no es una posesión estable y eterna, si el pueblo mismo no se hace digno de tal elección. La alegoría de la viña que aparece en Isaías, Cap. 5, es de lo más significativo que nos ofrece el Antiguo Testamento. "Mi amigo, dice el profeta, tenía una viña colocada sobre una fértil colina. ¡Cuánto fue lo que hizo por esta viña, a fin de ofrecerle todas las posibilidades de prosperar! Y, sin embargo, la viña no supo dar a su dueño más que agrazones; todos los nobles ramos plantados por la mano de mi amigo perecieron. En el momento de la vendimia, no se encontraron más que agrazones." En este punto, la línea del desarrollo tan altamente artístico de la alegoría se rompe: la grandeza del dolor supera a la del arte, y prorrumpe en la pregunta: "habitantes de Jerusalén, hombres de Judea, venid a juzgar entre mí y mi viña; vosotros mismos haced de jueces. ¿Qué cosa pude

haber hecho por mi viña y no he hecho?" Aquí se tiene la impresión de un sombrío silencio, lleno de desesperación. Los habitantes de Jerusalén y los hombres de Judea —que, por lo demás, representan la viña— no saben decir una sola palabra. El sombrío silencio resuena como una absoluta autocondenación. ¿Y entonces? La viña será quemada en el fuego.

Sigue un lamento en contra de los latifundistas: ¡ay de aquellos que hacen tocarse una casa con la otra, que aproximan un campo con otro, de manera que no quede ya lugar para nadie más! ¿O acaso deseáis habitar vosotros solos todo el país? Isaías vuelve aquí sobre el grave problema de la justicia social, ya tratado por Amós, y al que nos referiremos más adelante. La sed de las riquezas corrompe y destruye lo que hay de divino en el hombre, y le cierra el camino que lo conduciría hasta su Padre que está en los Cielos.

¡Ay de aquellos que desde el amanecer se dedican a buscar bebidas embriagantes, y el vino arde en ellos hasta muy avanzada la noche! Alegres banquetes, sonido de flautas y de timbales, libaciones de vinos... nadie vuelve la mirada hacia la obra del Señor, pero la mano vengadora del Señor ya está tendida.

¡Ay de aquellos que se burlan de la palabra de advertencia, que les es dicha en nombre del Señor! ¡Ay de quien el día de hoy, con burlona sonrisa, exclama: Que el Señor apresure su obra vengadora, de manera que podamos verla y presenciar los hechos... Ellos no saben que son la paja, la estopa seca destinada a ser enteramente destruida por el ardiente fuego de la ira de Dios.

¿Cuántos son los profetas del Antiguo Testamento que se dan cuenta del peso que viene a posarse sobre sus espaldas con la aceptación de la misión profética? El profeta de Dios, con tal de que sea tal es espíritu y en verdad, es

ya en cierto modo el pensamiento de Dios, la voluntad de Dios en medio de los hombres que ya han perdido el sentido de Dios. El profeta, por su calidad de portavoz del Dios de la vida y de la verdad, no puede dejar de ser objeto de las burlas de las multitudes, que nadan en la abundancia de bienes terrenales, y que se ven arrastradas por el ansia de oro y de riquezas. El profeta es aquel que llama en alta voz a la penitencia, a fin de salvar al pueblo de la ira de Dios. El profeta se exalta, se convierte en fuego vivo; su palabra sacude a las masas incultas y sacude también los suntuosos palacios; el profeta está indignado porque su corazón se ve destrozado por un doble amor: amor de Dios y amor a sus hermanos que están extraviados y desconocen las desventuras que les esperan el día de mañana. El profeta querría llevar a cabo una labor de salvación a toda costa. Se desespera y se llena de preocupación. ¿Y las multitudes? —Torpe es el profeta, el hombre del espíritu es un demente—. Se diría que nos encontramos el día de hoy ante el prólogo de la tragedia del mañana. En el anuncio de la catástrofe se siente ya vibrar la catástrofe misma. Pero las multitudes de los acaudalados están ebrias de vino y de alegría, y el aire no difunde los ecos de las palabras del profeta de Dios, sino los de descompasadas músicas y de feroces cantos, y aun esta música y estos cantos suenan trágicamente.

Una de las páginas más conmovedoras es el Cap. 6: la vocación del profeta. Isaías se siente transportado al cielo. El, que se considera a sí mismo un hombre de labios impuros y que habita en la Tierra en medio de un pueblo de labios igualmente impuros, ve ahora al Señor rodeado de Sus Angeles, y el Señor está profundamente triste. Pregunta el Señor: ¿A quién enviaré yo para que anuncie al pueblo las desventuras que le amenazan? Los profetas y los enviados del Señor, en la Biblia, cuando se

encuentran en la circunstancia de recibir su misión tratan de retirarse, porque se dan cuenta de la gravedad de la tarea. Quien dice que no es elocuente, quien dice que es demasiado joven. No así Isaías. Con la voz entrecortada por el sagrado temor y por la grandeza del dolor por su pueblo, Isaías se dirige al Señor diciendo: "Aquí estoy, envíame."

El rey, la corte y el pueblo, todos se sienten inclinados a arrojarse en el turbio mar de las intrigas políticas. Isaías querría que su pueblo viviera recogido, tranquilo y lleno de confianza en el Señor. Aun en medio del tumulto de la vida, aun en medio de sus conversaciones con los reyes, aun en medio de los discursos con los que trata de detener al pueblo, él, el profeta, vive una vida lejana, totalmente alejada de aquella realidad de acciones impetuosas e irreflexivas. El profeta ve a una doncella que pronto será madre. Y éste es el punto de partida para extender ante sus oyentes un cuadro inundado de belleza mesiánica. ¿Pero quién lo comprende?

Otras veces el profeta tiene la clara visión de una espantosa tempestad que baja sobre el mundo, que arrastra en las cumbres de los más elevados montes los árboles más vigorosos: todo es ya un espantoso hacinamiento de ruinas. Y, sin embargo... lejos, lejos, en un punto que es como un oasis de paz ignorada, brota silenciosamente un pimpollo de la estirpe de Jesé, y sobre este pequeño brote de la estirpe de Jesé David se posarán todas las bendiciones del espíritu de Dios: es el niño mesiánico (Cap. 11). Llegará el día en que este niño, ya convertido en adulto, será llamado a ser el juez defensor de los pobres, de los humildes de la Tierra. Se hallará ceñido de la justicia, juzgará no ya según lo que vean Sus ojos, y escuchen Sus oídos, sino según un maravilloso impulso de justicia. El salvará a los humildes de la Tierra y traerá la paz al mun-

do. Se tornará, gracias a su labor, a la divina paz del día de la creación. Los niños al lado de las fieras, y los animales mansos al lado de los feroces. Nadie hará mal sobre la Tierra. El mal será extirpado y la paz del Señor descenderá como un brillante rocío y se posará sobre todo y sobre todos. Aquí tenemos el más elevado sueño mesiánico que brotó del alma del profeta Isaías.

A pesar de hallarse en contacto con tantos errores y con tantos horrores, el profeta sabe elevarse por encima de la hora en que vive, para cantar las divinas bellezas de un día que todavía está lejano, de un día de paz, después de tantas tempestades que se avecinan, un día de alegría divinamente pura y brillante después de tantas lágrimas y tanta sangre, después de tantos sufrimientos y tantos dolores. El profeta nos habla del día en que el pueblo bendecirá los dolores pasados, bendecirá el día de la ira del Señor, porque será elevado hacia una pureza de corazón y de mente jamás soñada. Los hijos que durante tanto tiempo se habían alejado de su Padre, ahora que se han librado de los dolores, bendecirán estos dolores.

El pueblo elevará un himno: "Yo te doy gracias, oh Señor, porque te has inflamado en cólera contra nosotros. He aquí que Dios es mi salvación." (Aquí tenemos mencionado todo lo que después constituirá la idea dominante en la literatura del Nuevo Testamento: la *sotería*, la salvación, la salud del alma). Yo tengo fe y ya no temo, porque mi poderoso protector es el Señor y El me traerá la salvación. Y vosotros, continúa el profeta, tomad con alegría el agua de las fuentes de salvación (no se puede dejar de pensar nuevamente en el pensamiento de San Jerónimo: Isaías, el evangelista del Antiguo Testamento). "En aquel día, dice Isaías, alabad al Señor, invocad Su Nombre, dad a conocer entre las naciones Sus obras; ¡proclamadlas; porque el nombre del Señor es excelso!"

La universalidad se deja escuchar poderosamente en el Libro de Isaías. No sólo para Israel, sino para muchos pueblos hay una palabra de vaticinio, de invitación, de consejo. Israel no se deja influir por vanas esperanzas: el Egipto no será su salvación. Su salvación llegará de Aquél que será la salvación del mundo, la salvación del alma, el pacificador de Israel, de todas las naciones, de toda la naturaleza, y de toda la creación.

Este día se halla lejano. Volveremos a escuchar el eco de estos sublimes pensamientos de Isaías en el Apóstol de las gentes, San Pablo. El sueño de Isaías no se ha convertido aún en realidad, y Pablo de Tarso siente el gemido de la naturaleza corrompida a través de la corrupción de los hombres. Es un concepto antiguo en la literatura bíblica, según el cual toda injusticia que se comete con el prójimo, toda gota de sangre humana vertida tiene una voz que clama al Cielo. La Tierra contaminada sufre, y aspira al retorno a aquella pureza que Dios le donó el día en que la creó.

Aquí se vuelve con el pensamiento al Siervo de Dios, el cual parece que no desea sentir el martirio que sufre, después de haber recogido y acogido en su corazón el dolor de todos, de todos los seres vivientes y hasta de los seres que no tienen vida y, sin embargo, fueron heridos. Se diría que cada herida de cualquier ser que se encuentra bajo el cielo volverá a su primer estado y estará resplandeciente de alegría o, por lo menos rebosará de paz como en el día en que fue creado por el Señor. No deberá quedar una sola lágrima en los ojos de quien sufre. El Señor mismo, dice el profeta, enjugará todas las lágrimas de todos los rostros y enviará una luz de lo alto; en todas partes habrá gozo y salvación.

¡Cuán falso es el concepto de que los hombres han surgido de la historia! Todos los hombres están convenci-

dos de que la *historia* es la de su pueblo. Todos los hombres están convencidos de que la *vida* es la suya. La palabra de Isaías pasa majestuosamente por encima de toda esta pobreza espiritual. El purifica todo, todo lo eleva, y enseña a los hombres de todos los tiempos, de todas las latitudes y de todas las creencias, ya fueran políticas o religiosas, que deben elevar los ojos al cielo, pasar más allá de los estrechos límites de su tiempo, a fin de ascender hasta la eternidad.

Isaías pudo llegar a semejante concepción de la vida y de la historia de los hombres, gracias a su concepto de Dios en la historia. Dios, creador de todo y de todos, en todas las épocas, no abandona jamás las obras de Sus manos.

"Yo, dice Isaías (44), soy el primero y soy el último, y fuera de Mí no hay dios alguno." Para el Señor, los tiempos anteriores al mundo, el pasado más remoto y el futuro más lejano son un eterno presente. Esta es la razón por la que los profetas de Dios pueden evocar los tiempos lejanos y anunciar anticipadamente el fin de los tiempos. Bienaventurados aquellos que los escuchan y que les prestan atención, que leen sus palabras y que las saben meditar para convertirlas en alimento de su espíritu.

El profeta Isaías, como nadie antes de Cristo, enseña a los hombres a elevarse por encima de sí mismos, a fin de contemplar al Eterno y su eterna y misteriosa belleza.

41.—Jeremías
(628-586 a. de C.)

La imagen del Siervo de Dios vuelve cada vez que nos encontramos con algún rasgo autobiográfico de Jeremías, el gran profeta del duelo y de la catástrofe nacional de Israel, en el tiempo del rey babilonio Nabucodonosor.

Cap. 11, 18 ss.: Yo soy como un manso corderillo que es conducido al matadero, y no sabía que hubieran urdido contra mí planes para darme muerte. Señor, de los ejércitos, juez justo, Tú que examinas los [riñones y] los corazones, lleva a cabo Tú la venganza, porque yo he encomendado a Ti mi causa.

Cap. 12, 1 ss.: Jeremías alude a aquel angustioso y terrible problema que después será el objeto de un Salmo y particularmente del Libro de Job: ¿por qué el sol de la prosperidad sonríe a los impíos? Te tienen siempre en los labios, oh Señor, pero estás muy lejos de sus corazones.

Cap. 15, 10 ss.: ¡Ay de mí!, porque mi madre me ha dado a luz para ser un objeto de lucha y de contradicción en mi propio país, objeto de las maldiciones de muchos.

La vida del profeta Jeremías es una tragedia en medio de la gran tragedia de su pueblo. El rey, la corte y toda la muchedumbre del pueblo corren con el pensamiento hacia el falaz Egipto, con la esperanza de verse libres del dominio de los babilonios. Jeremías sabe que apoyarse en Egipto significa apoyarse en la caña, que después se rompe y hiere a quien se había apoyado en ella. Una parte del pueblo busca refugio con los babilonios. El rey y aun algunos miembros de la corte tienen la clara percepción de que Jeremías tiene la razón, pero la apariencia que engaña hace que se sacrifique la verdad y aquel que la anuncia en alta voz: Jeremías. Para él no existen más que prisiones hechas de fosas llenas de fango, para él no existe más que el hambre y la sed, el odio y el desprecio, porque se le considera amigo de los babilonios. Jeremías es una roca poderosa colocada a la orilla de un tempestuoso mar, de un mar de descontentos, de inquietos y de agresivos. La roca todo lo sobrelleva, no se pliega, no se destroza, porque es fuerte como la muerte y porque es

inconmovible como la verdad de Dios. Los sucesos históricos confirman dolorosamente las previsiones de Jeremías. El mismo queda quebrantado, él mismo se pliega bajo el peso de la inmensa desventura de su pueblo, él mismo se lamenta más de una vez en la presencia del Señor e invoca una obra de justicia en contra de sus enemigos; y su dolor es el dolor de un padre que ama a sus hijos que lo ofenden.

La hora de la ira pasa, y Jeremías vuelve a amar a su pueblo, a llorar las desventuras de este pueblo con acentos de inenarrable dolor. La tradición dice que él es el autor del Libro de las Lamentaciones.

Jeremías asume a veces en su dolor la actitud de una mujer seducida. El ha sufrido totalmente la atracción de la voluntad y de la palabra de su Dios, pero las desventuras que caen sobre su pueblo y que lo despedazan son a veces más fuertes que él. Jeremías, que está destinado a vencer con sus opiniones y con sus previsiones en el campo político, es frecuentemente un vencido, ve por el dolor de los demás y por su propio amargo sufrir.

¡Cuántos hombres abusivos hay que se lanzan como portavoces de la palabra del Señor, para aumentar la desorientación del pueblo desventurado!

Y ante los ojos de Jeremías pasan las desventuras que están a punto de caer sobre la Tierra y sobre su gente: él ve los cúmulos de cadáveres que nadie sepulta, ve el hambre que induce a las madres a comer la carne de sus propios hijos pequeñitos. Y Jeremías se pliega bajo el peso de los indecibles sufrimientos que deberán convertirse en una terrible realidad en un mañana cercano, muy cercano. Jeremías, al igual que Job, maldice el día en que nació (20, 14). El maldice al hombre que anunció a su padre: Te ha nacido un hijo. Jeremías se duele del hecho por el cual el vientre de su madre no se ha convertido en su sepulcro, antes de que viera la luz del día.

Muchos falsos profetas anuncian al pueblo sus sueños mentirosos, frustrando así aún más el sobrehumano esfuerzo que Jeremías está realizando con el fin de devolver a la grey del Señor al conocimiento de la verdad. Jeremías, que los ama a todos, que todo lo soporta, que se sacrifica por todos, es despiadadamente odiado por todos.

Después del inmenso desastre, él recoge un pequeño residuo del pueblo, que todavía ha podido permanecer en el suelo natal, después de que muchos otros han sido deportados a tierra enemiga. Y tampoco este pequeño grupo, tampoco este pequeño residuo sabe obedecer a Jeremías; tienen que huir, y tampoco los abandona Jeremías. Se dirige con ellos a la tierra de Egipto, de aquel Egipto en cuya ayuda él no había tenido confianza y donde él, por cumplir la voluntad de Dios y por amor a su pueblo, había sembrado tanto odio contra sí mismo. Jeremías, que habría podido llevar una existencia tranquila y cómoda a la sombra del vencedor babilonio, muere a manos de sus propios connacionales, en una tierra extranjera, en Egipto.

42.—El libro de Baruc

Baruc era un amigo íntimo de Jeremías. El tomó por escrito los discursos del gran profeta y, en la hora más trágica de la historia de Israel, acompañó hasta Egipto al profeta. El año 682, Baruc se encuentra entre los desterrados de Babilonia y participa en una obra de solicitud de fondos para reconstruir la comunidad hebrea de Jerusalén. Además, él logra recuperar algunos vasos sagrados que se habían sacado del Templo de Jerusalén. Baruc y sus compañeros se comprometían a elevar plegarias en Jerusalén por los donantes y por el rey Nabucodonosor.

El Libro de Baruc llegó hasta nosotros sólo en el texto griego, el cual, sin embargo, se remonta al original he-

breo, lo cual puede deducirse de los numerosos hebraísmos contenidos en el texto griego.

En el mundo cristiano, el Libro es elevado a importancia canónica ya entre los antiguos Padres de la Iglesia. Algunos pasajes pasaron a formar parte de la antigua liturgia. Entre los hebreos este Libro era leído todavía en el siglo II d. de. C.

La carta de Jeremías. En el texto de la Vulgata del Libro de Baruc, se añade, como Cap. VI, una carta de Jeremías dirigida a los desterrados de Babilonia. También esta vez nos fue conservado el texto griego proveniente de un original hebreo, lo que nos es atestiguado por numerosos hebraísmos y por la afinidad de su contenido con numerosos textos del Libro de Jeremías. La tradición sostiene que esta carta, en la que se hace guerra al culto pagano de Babilonia, se debe al profeta Jeremías.

43.—Ezequiel
(Aprox. 593-570 a. de C.)

Es de estirpe sacerdotal. Fue llevado prisionero a Babilonia, a la localidad de Tel-Aviv. Allá tuvo una casa que muy pronto se convirtió en centro espiritual para los desterrados. La vocación de Ezequiel tiene lugar en una sublime visión. Su actividad profética duró veintidós años. Ezequiel gozaba de gran prestigio entre sus coterráneos, si bien también tenía muchos adversarios, porque en ocasiones reprochaba los defectos morales de los desterrados. No se sabe nada preciso con respecto a su muerte. La leyenda dice que, al igual que Isaías y Jeremías, también él fue asesinado.

El tema principal del Libro es: amonestaciones de no fiarse de la ayuda de Estados extranjeros. La caída de Jerusalén ya está decidida por Dios. En el período me-

siánico, el Estado hebreo resurgirá iluminado por una nueva luz.

Por lo que respecta a la forma, el Libro se caracteriza por sus cuadros llenos de fantasía, de visiones y acciones simbólicas y por ello se explica la notable influencia que ejerció sobre el Apocalipsis. El estilo es por lo general muy sencillo, pero algunas veces se eleva a una gran riqueza de expresiones poéticas. No faltan los neologismos y la repetición de determinadas fórmulas, como: Como es cierto que yo vivo, o bien: Como yo vivo, dice el Señor.

Una característica singular: aproximadamente un centenar de veces el Señor se dirige al profeta llamándolo: Hijo del hombre, una expresión ésta notoriamente usada por Jesús para designarse a sí mismo.

Siendo de estirpe sacerdotal, Ezequiel es muy sensible por lo que respecta al tema del culto; pero, no obstante tales apariencias, los discursos de Ezequiel referentes al culto no son una repetición del ceremonial contenido en el Levítico. Y quizás sea esta originalidad la que haya hecho surgir dudas con respecto a la canonicidad del Libro. A veces insiste, con referencia sólo a los sacerdotes, en los deberes de pureza levítica, que según el código sacramental antiguo, obligaban a todos los israelitas. Hay que observar además otro hecho: en el Levítico es el sacerdote el que rocía lo impuro con el agua de la purificación para volverlo limpio. Ezequiel, al soñar en el culto renovado y elevado, hace decir al Señor mismo: "Y yo rociaré sobre vosotros el agua purificadora y así seréis limpios; de todas vuestras abominaciones yo os limpiaré, dice el Señor".

Por lo que el profeta nos deja entender tácitamente, en el lejano porvenir de la reconstrucción, el antiguo rito de la catarsis no será ya realizado por un simple hijo de la tribu de Leví, sino por el Señor mismo. De este modo el

rito catártico de carácter sacerdotal se eleva casi a una altura hasta entonces no sospechada por nadie. En aquel día lejano el Señor mismo purificará a Israel, y es obvio que una purificación realizada por el Señor volverá al pueblo puro y santo para siempre.

44.—Daniel

No es fácil indicar, ni siquiera en términos generales, el período al que pertenece el Libro.

Los primeros capítulos nos hablan de la educación de Daniel en la Corte real de Babilonia. El rey Nabucodonosor ve en sueños una estatua con los pies de barro. Daniel, que es sabio, y por consiguiente intérprete feliz de los sueños, sabe que existen cuatro reinos mundiales, que, sin embargo, están destinados a caer uno tras otro antes del triunfo del Reino de Dios. Daniel y sus tres compañeros se rehusan a tributar honores divinos a la estatua de oro erigida por el rey y por ello son arrojados en un horno. Otros sueños del rey y otra interpretación: el rey será presa de la locura y después sanará. Durante un banquete, una mano invisible escribe unas palabras misteriosas que Daniel sabe explicar. Darío, rey de los medos, conquista la Babilonia. Daniel se rehusa a adherirse a la religión del Estado y es arrojado en una fosa de leones, pero por la voluntad de Dios queda incólume.

La historia y sus eventos se convierten en objeto de intuiciones proféticas de parte de Daniel. Cambia el tiempo en las visiones de Daniel. Se crea una nueva cronología: visiones del futuro histórico, de épocas que llegan hasta la caída de Antíoco IV Epífanes, de la dinastía de los seléucidas.

Adiciones deuterocanónicas al libro de Daniel: el canto de los tres jóvenes en el horno encendido; la hebrea

Susana, que vive en Babilonia, es víctima de una acusación de adulterio. Daniel la salva de una injusta condena. Otra adición: la historia de los cultores de Baal y del dragón. Otra más: el profeta Habacuc es el que de un modo milagroso alimenta al profeta Daniel en la fosa de los leones y luego lo libera al séptimo día. Daniel queda incólume.

Es objeto de amplias discusiones entre los críticos la cronología del Libro y el lugar en que surgió. ¿Es exactamente de Daniel? ¿Y el tiempo al que se refiere es justamente el de Nabucodonosor y de Ciro? ¿Y las alusiones y las referencias al tiempo de Antíoco IV Epífanes (175-164 a. de C.) no vienen a indicarnos más bien que se trata de una piadosa tradición religiosa surgida en la época del helenismo y proyectada en la pantalla de un pasado lejano? ¿Acaso la forma que actualmente presenta el Libro no debe referirse a la época de los macabeos? ¿Y no se podría tratar, acaso, de una reelaboración, realizada hacia el 300 a. de C., de fuentes antiguas y que recordaban hechos antiguos? ¿Y, además, cómo se explica el hecho de que los capítulos 1-7 estén redactados en arameo, en tanto que el resto del Libro, o sea, los Capítulos 7-12, están redactados en hebreo? Las hipótesis se hacen aún más complicadas por el hecho de que las adiciones deuterocanónicas a Daniel sólo nos han sido conservadas en griego. No faltan críticos que sostienen que estos textos fueron redactados justamente en griego, o sea, que no se trata de una versión cuyo original se haya perdido. Sea como fuere, el Libro de Daniel fue incluido en el canon bíblico, y siempre se ha concedido gran importancia a las alusiones mesiánicas contenidas en él.

45.—Los doce profetas menores

El orden en el que se suceden los Libros de los doce profetas menores difiere en la Biblia hebrea y en la traducción latina, la Vulgata, del orden conservado en la Biblia griega. Estas variaciones se explican con la diferencia del tiempo en que fueron redactados los Libros.

46.—Oseas
(750-722 a. de C.)

Pertenecía al reino del Norte. Poco es lo que sabemos de su vida. Su enseñanza está dirigida principalmente en contra del culto de los ídolos, la inmoralidad y la injusticia social. Oseas es adversario de la alianza con Asiria.

En los primeros capítulos, el profeta tiende a hacer evidente la infidelidad de Israel para con su Dios. El profeta recibe la orden del Señor de casarse con una mujer liviana, y de engendrar hijos espurios, a fin de representar —¿se tratará de una realidad o sólo de un símbolo?— la infidelidad del pueblo frente al Señor. Los nombres que se dan a los niños están puestos al servicio de la idea de la infidelidad.

La segunda mitad del Libro, que va desde el Cap. 4 hasta el 14, reprocha a los sacerdotes y a los príncipes su conducta, así como el culto pagano, y la alianza con Asiria; todo esto aproxima el castigo de parte del Señor. Pero si la nación se convirtiere, reflorecerá como un lirio y con el esplendor de un olivo vigoroso.

El estilo del Libro es prevalecientemente poético. El lenguaje es abundante en sentencias, imágenes y pensamientos poco comunes, pero los motivos principales en que se inspira el Libro reaparecen con frecuencia.

Parece que el Libro fue escrito hacia el 733.

47.—Joel

(836-797; o quizá después del 538 a. de C.)

No queda excluido que haya sido de estirpe sacerdotal. Las frecuentes alusiones a Jerusalén y a Sión nos hacen pensar que el profeta haya desarrollado su actividad en Judea. Compuesto de sólo tres capítulos, el Libro trata en la primera parte (1-2, 17) de la plaga de langostas, la cual es considerada como un anuncio del castigo divino que se aproxima. La segunda parte (2, 18-4, 21) contiene los oráculos para el futuro cercano y también para el más lejano. La plaga de las langostas pasará y una abundante lluvia traerá refrigerio y fertilidad al país. El Señor infundirá desde lo alto su espíritu en toda carne, juzgará a los paganos y reconstruirá el reino de Sión.

Faltan indicios para determinar la época a la que pertenece el Libro. El texto está bien conservado. El profeta desea que se toque la trompeta en Sión, y que tal sonido resuene por doquier para despertar de su sueño a todos los habitantes del país, porque el Día del Señor se aproxima, un día de oscuridad, de nubes y de llamas devoradoras. El invasor que viene a destruir el país será terrible, y la guerra de exterminio tendrá reflejos hasta en el terreno cósmico; por esta razón hay que promover manifestaciones de luto público y de penitencia, hay que rasgar los corazones y no las vestiduras y volver al Señor que es clemente y misericordioso. Ahora se verá a los sacerdotes llorar y orar: ¡que el Señor no haga que el Santuario se convierta en presa de los bárbaros¡ Y el Señor se conmoverá. Volverán las lluvias primaverales y otoñales, y así el pueblo sabrá que el Señor está en medio de Israel. Un espíritu de lo alto se infundirá sobre todo y sobre todos, y todo el que invocare el nombre del Señor será salvo. Los pueblos enemigos serán destruidos, llegará un

período de paz, los instrumentos de guerra se convertirán en instrumentos de labranza, se iniciará un período de bendiciones del Señor, por doquier correrá leche y vino, y las fuentes brindarán claras y dulces aguas. Mientras el Egipto será destruido y la Idumea se convertirá en un desierto, el Señor protegerá a Su pueblo y su bendición se vertirá sobre la tierra de Su pueblo escogido.

48.—Amós
(760-750)

Amós es el característico hombre del pueblo: boyero y cultivador de sicomoros. Era originario del reino de Judá, y el Señor lo arrebató cuando guiaba su rebaño para lanzarlo, como un tizón encendido, contra Betel, ciudad del Norte, centro de lujo, de lujuria y de culto pagano. Su mensaje es: el juicio de Dios está cercano y se restablecerá el gobierno de la casa de David. La ira de Dios se vertirá sobre los pueblos vecinos: Damasco, Filistea, Tiro, Edom, Amón y Moab. Siguen discursos amenazadores en contra del reino del Norte. Además, invita a sus oyentes a escuchar la palabra que él ha recibido de Dios. Los castigos que se aproximan son de diversos géneros, pero, después de tantas desventuras, volverá el tiempo de la misericordia de Dios y dará comienzo un período feliz. Las expresiones son claras y fuertes. Las frases con las que él describe la destrucción de los países vecinos y enemigos son concisas, pero al mismo tiempo muy eficaces.

En su discurso en contra del reino del Norte están contenidos algunos cuadros que impresionan a cualquier lector en cualquier tiempo. Tenemos a la gente enriquecida y cruel que vende por un poco de dinero a un hombre inocente, y a un miserable por un par de zapatos. Le-

vantan el polvo al pasar, y éste viene a depositarse sobre la cabeza de los pobres y de los humildes. Y se tienden frente al altar sobre las vestiduras que han arrebatado a los pobres como prenda de pago. Así obra el pueblo que Yo, el Señor, he sacado de Egipto y he cuidado durante cuarenta años en sus peregrinaciones por el desierto. He hecho surgir en medio de este pueblo a los nazarenos, hombres que se abstenían del uso del vino y del corte de la cabellera, como una sagrada ofrenda al Señor. Y de en medio de ti, oh reino de Israel, yo he sacado los profetas. ¿Y vosotros? Habéis dado vino a los nazarenos, y a los profetas les habéis dicho: ¡no profeticéis! Y, sin embargo, el Señor revela su secreto a los profetas. Yo quisiera callar, pero, ¿quién podría dejar de profetizar, cuando ha recibido palabra del Señor? Vuestros altares, que habéis dedicado al culto impuro, serán destruidos, y vuestros edificios serán reducidos a montones de escombros. Vuestras mujeres y vuestros hijos serán deportados como botín de guerra. Sufriréis el hambre, os faltará la lluvia, vuestros jóvenes serán exterminados por las espadas, y seréis destruidos como Sodoma y Gomorra. El profeta ve ya, en espíritu, esta destrucción inexorable y eleva su lamento. No habrá salvación para quien no se hubiere convertido. Quien logre escapar a un peligro, caerá en otro. Habrán terminado para vosotros los días en los que os reclinabais sobre lechos de marfil, alimentándoos con la carne de animales escogidos, los días en los que teníais delante de vosotros copas llenas de vino generoso. El azote de la muerte reinará sin compasión. El fin se avecina, el fin ya está llegando. Desde las cimas de las montañas Yo os haré descender para destruiros uno a uno. Sólo después de este inexorable castigo dará principio el período de paz, de reconstrucción y de bendición.

49.—Abdías

También esta vez los datos cronológicos son muy inciertos: ¿850 o bien 540 a. de C.?

Abdías tiene contactos literarios con Joel. Las hipótesis son numerosas, pero la certeza es muy limitada. Es el único Libro profético que contiene un solo capítulo. Da principio con un discurso dirigido contra la provincia de Edom. Yo, dice el profeta en nombre del Señor, te he hecho un pueblo pequeño, pero por estar colocada en lo alto de una montaña, tú te has dicho: ¿quién será capaz de hacerme descender a la llanura? Pues aunque tú pudieras remontarte como el águila, aunque pudiera colocar tu sede entre las estrellas, Yo te haré descender desde allá. Ya te veo destruida, carente de héroes, y ello, oh Edom, porque has sido despiadada y cruel contra Jacob (según la tradición, los edomitas descienden de Esaú, hermano de Jacob, cabeza del pueblo de Israel). Tú, oh Edom, te has vuelto tan perversa que has asaltado a los fugitivos de Israel en una hora de desventura y de derrota y se te corresponderá en la medida proporcionada al mal que has hecho, en tanto que surgirán salvadores en el monte Sión, para juzgar a los soberbios montes de Esaú: Edom. El reino no será tuyo, sino del Señor.

50.—Jonás
(¿Hacia el 760?)

Este pequeño Libro, que sólo cuenta cuatro capítulos, es más bien una narración que una profecía. El libro tiende a defender el concepto de la universalidad de la voluntad salvadora de Dios, que se extiende sobre todos los pueblos, tanto si son hebreos como si son paganos. Cristo (Mateo 12, 40; Lucas, 11, 30) considera el hecho al que

se refiere el Libro de Jonás como un hecho real, en tanto que otros creen que se trata de una creación literaria puesta al servicio de una idea.

Jonás recibe del Señor la orden de amonestar a los habitantes de Nínive advirtiéndoles que el mal cometido por ellos ha ascendido hasta el Señor. Jonás, con el fin de sustraerse a tal misión, sube a una nave que, en vez de partir hacia Nínive, debería llevarlo a Tarsis, un nombre con el que, por lo que parece, se quería aludir a España. Durante el trayecto se desencadena una gran tempestad en el mar y la gente se pregunta: ¿de quién es la culpa? El profeta duerme y no sabe nada de lo que está sucediendo. Una vez echadas las suertes, se viene a saber que la culpa de la tempestad recae sobre este hombre desconocido. Le piden informes sobre su condición y él responde que es hebreo y que rinde culto al Señor Dios del Cielo, al Dios Creador de todas las cosas. Los hombres preguntan entonces a Jonás qué es lo que deben hacer para calmar el mar, y él, con toda rectitud, responde: "Arrojadme al mar." Ellos obedecen y el mar se calma. Una ballena engulle al profeta. Desde el vientre de la ballena el profeta eleva una oración al Señor, el cual lo escucha, y hace que la ballena lo deposite en tierra firme. Jonás se dirige esta vez a Nínive, pronuncia su discurso de amonestación, el pueblo hace gran penitencia y el Señor perdona sus pecados a todos. Entonces Jonás dirige una plegaria al Señor diciendo: "Mi fe en tu misericordia me ha hecho pecar, y me ha inducido a buscar refugio en un país lejano. Yo sé, oh Señor, que Tú perdonas a quien se arrepiente del mal cometido. Yo habría tenido que anunciar tu castigo, y sabía que si ellos se hubieran arrepentido, Tú los habrías perdonado."

Jonás habría preferido, por su estrechez de miras, anunciar un castigo que después se hubiera verificado, porque,

¿acaso un profeta que amenaza y cuyas palabras no son seguidas por castigo alguno es en realidad un profeta? El hecho de que la amonestación fuera dirigida a los paganos, no hace más que "agravar" la situación.

Después, la planta a cuya sombra Jonás busca refugio y refrigerio se seca y muere. Esto desagrada al Profeta, y entonces resuena la palabra del Señor: "Tú lamentas la suerte de una pobre plantita, y ¿acaso Yo no habría tenido que sentir piedad de todo un pueblo y por medio de tu palabra desplegar una obra de salvación y una invitación a la penitencia a favor de muchos?"

51.—Miqueas
(735-690 a. de C.)

Es originario de Judea, y desarrolla su actividad profética bajo el reinado del rey Ezequías. Sus profecías aluden a ambos reinos, o sea, al del Norte, Israel, y a la Judea con Jerusalén y el Templo. El Libro se cierra con la espera del reino mesiánico.

Los primeros discursos son de amonestación, y están dirigidos contra Samaria, la capital del Norte, y contra Jerusalén, la capital de Judea.

Los Cap. 3-5 están dirigidos contra los jefes del pueblo que unirán los dos reinos bajo un gobierno común.

Los Cap. 6 y 7 contienen reproches determinados por detestables condiciones sociales y morales. El pueblo es infiel al Señor, y, sin embargo, el Señor espera su retorno y está dispuesto a perdonar.

Parece ser que el Libro está compuesto por algunos discursos pronunciados en épocas y circunstancias diversas.

La teofanía, que nos presenta a Dios que baja de lo alto de los Cielos, a fin de realizar severa obra de justicia, nos hace ver un cosmos que casi está destruido por

el temor, después de la amenazadora llegada del Señor. Por todas partes resuenan gritos y lamentos. Del mismo modo que en Amós, se levantan con espanto los viciosos. El castigo es tremendo y ejemplar: todos lo ven y todos temen la ira del Señor. ¿Pero cómo habría podido dejar de realizarse este castigo con gente que odia el bien y ama el mal, que devora, como lobos rapaces, a los humildes, a los desheredados y a los dolientes? ¿Cómo podrían quedar libres del castigo del Señor los profetas que, a cambio de brillantes monedas, anuncian un período de gran bienestar? ¿Cómo podría el Señor dejar de castigar una clase de jefes y de príncipes, que en los tribunales emiten juicios a favor de quien los ha pagado, de quien les ha entregado dones de corrupción? Todos son infieles el uno con el otro; falta hasta el respeto debido a sus propios padres. En una misma familia reina el odio de los unos para con los otros. Por esta razón no servirán de nada los carros de guerra, las fortalezas se reducirán a escombros y serán destruidos hasta los árboles sagrados. Pero después sonará la hora de la venganza contra los pueblos enemigos y los crueles destructores.

Este es el porvenir cercano, pero después, muy lejos, se perfila el feliz período mesiánico. Y se harán realidad las promesas hechas por el Señor a los patriarcas: a sus descendientes el Señor concederá perdón, paz y vida serena.

52.—Nahum
(620-612 a. de C.)

Ante la ira del Señor, reina el terror en todo el universo. Pero el mismo Señor es al mismo tiempo bueno y caritativo para con quien busca refugio en El. El mismo Señor reconstruirá la Tierra Santa. En la tierra de Israel reinará la prosperidad, el bienestar y la rectitud.

53.—Habacuc
(605-600 a. de C.)

Parece ser que su nombre coincide con una palabra asiria que indica una planta. Nada sabemos de preciso en torno a la personalidad del autor del Libro. En los manuscritos encontrados recientemente ha salido a la luz un comentario a los dos primeros capítulos del Libro, que, sin embargo, no tiende tanto a ofrecer una exégesis exacta cuanto a presentar las ideas fundamentales de una secta hebrea de entonces, cuyo jefe fue muerto por reaccionario.

El profeta anuncia que el país será destruido por los caldeos. El alude además a aquellos que de una manera injusta y con inusitada rapacidad acumulan riquezas con perjuicio de quien no se puede defender. Las injusticias sociales no tienen fin. Esta inmoralidad de costumbres y esta avaricia son la consecuencia de una corrupción religiosa que las precede. Los ricos se entregan al paganismo, porque sólo el paganismo puede conciliarse con la disolución en la vida social que tanto lamenta el profeta.

El Cap. III y último nos presenta con abundancia de detalles, una teofanía, o sea, la aparición del Señor. Es el Señor Juez justo, que aparece a fin de realizar una austera obra de justicia.

54.—Sofonías
(Hacia el 630 a. de C.)

Este pequeño Libro compuesto de tres capítulos contiene discursos de amonestación en contra de Judá, Jerusalén y los pueblos vecinos.

No se puede determinar con precisión el tiempo en que Sofonías desempeñó su ministerio.

Es interesante la mención de algunos hombres de Jerusalén que dicen en su corazón: el Señor no puede hacer ni el bien ni el mal. Pero se aproxima el día del Señor, el día del castigo, y entonces la sangre de los pecadores será derramada como el polvo, sus riquezas no servirán para salvarlos en el día de la ira del Señor.

El mismo profeta anuncia también el castigo para los pueblos vecinos. Sin embargo, al fin llegará el día en que todos los pueblos invocarán al Señor, aun aquellos que habitan en regiones muy lejanas. Quien sobreviva en Israel no realizará ninguna obra de iniquidad, no dirá ninguna mentira. En aquel día el Señor estará en medio de Jerusalén como Héroe Salvador. El nombre de Israel será entonces glorioso entre todos los pueblos de la Tierra.

55.—Ageo

(Hacia el 520 a. de C.)

Nada sabemos con exactitud con respecto a la personalidad del profeta. El estilo del Libro, que contiene dos capítulos, está muy influido por el arameo. El Libro alude al período del rey persa Darío. Las calamidades y la carestía se deben a la conducta seguida por el pueblo.

Los personajes centrales de los pasajes históricos son Zorobabel, príncipe de Judea, y Josué, sumo sacerdote.

56.—Zacarías

(Aprox. 520 a. de C.)

La primera parte del Libro (Cap. 1-6) es de fácil interpretación, en tanto que la segunda, que comprende los Cap. 6-13, es muy difícil.

El profeta nos presenta ocho visiones nocturnas que, respecto al contenido, significan la realización del reino mesiánico. Al fin encontramos una visión simbólica.

Estas son las visiones: un caballero en un valle lleno de mirtos; cuatro cuernos y cuatro herreros; el ángel que lleva una cuerda para medir; el candelabro de oro en medio de dos ramos de olivo (una imagen que reaparece en el Apocalipsis, 11); el rollo volante que contiene la maldición; una mujer en el ánfora. Al final cuatro carros entre dos montes de bronce. La acción simbólica nos presenta al Sumo Sacerdote Josué con coronas de oro y de plata, a fin de honrar en él el futuro pimpollo mesiánico, destinado a reconstruir el Templo del Señor.

Los Cap. 7 y 8 tratan de los días de ayuno en los meses 4, 5 y 6: siendo así que tales meses recuerdan la caída de Jerusalén, ¿también debe observarse el ayuno en el tiempo mesiánico? Es de notable importancia el 7, 9: El Señor de los ejércitos ha dicho: Practicad la justicia según la verdad, usad de misericordia y tened caridad.

Son de gran importancia también los textos mesiánicos (9, 9): "Regocíjate grandemente, oh hija de Sión, alégrate, oh hija de Jerusalén. He aquí que viene a ti tu Rey justo y salvador. El es pobre y va cabalgando una pollina con su borriquillo."

57.—Malaquías

(Aprox. 450-430 a. de C.)

El Libro se compone de sólo cuatro capítulos. Se habla de la elección de Israel y se le compara con Esaú, que había sido rechazado. Siguen severas amonestaciones en contra de los sacerdotes que infringen los preceptos. En todas partes se deberá ofrecer al Señor un sacrificio puro. El profeta se opone a los matrimonios mixtos y a los divorcios. Llegará el Día del Juicio del Señor en el que deberán desaparecer muchas impiedades a la llegada del ángel del Señor.

Al final, se lee una invitación a la observancia de la ley de los diezmos y el anuncio de la llegada del profeta Elías.

No se sabe nada preciso con respecto a la personalidad del profeta, cuyo nombre podría ser una abreviación de la palabra "ángel del Señor" (enviado del Señor).

58.—Los más importantes apócrifos del Antiguo Testamento

La palabra "apócrifos", de origen griego, significa "escondidos" e indica determinado grupo de libros de carácter bíblico. El término ha sido considerado equivalente del verbo hebreo *ganàz,* sólo que el verbo en cuestión tiene una significación bastante imprecisa y genérica en el hebreo mismo: puede significar también libros dotados de cierta sacralidad y que por ello no son difundidos, o bien escritos sagrados fuera de uso, porque están deteriorados por el tiempo y que son colocados en un lugar aparte. Entrè los escritos más antiguos de la Iglesia, "apócrifos" significaba simplemente "libros secretos". Orígenes trata de designar con ese término los "libros excluidos de la lectura durante las funciones religiosas de carácter público".

San Jerónimo comprende bajo la palabra "Apócrifos" todos los libros que no pertenecen al canon hebreo, y también los seudoepígrafes, los libros heréticos, los de autor desconocido y de origen desconocido. En la actualidad el mundo católico entiende por "Apócrifos" los libros que, a causa de su contenido o de sus presuntos autores, no son considerados "canónicos".

El término hebreo "libros de fuera" podía también servir para indicar libros secretos, cuya difusión no parecía deseable. Este término no significa siempre, como se ha

tratado de afirmar aun en fechas muy recientes, libros prohibidos a los hebreos con respecto a su fe religiosa, o sea, por ejemplo, los Evangelios. No es así, porque en tal caso es más explícito emplear el término: Libros de los Mineos (a veces en forma velada: Libros de los Saduceos).

Y no queda excluido, por otra parte, que cuando los hebreos hablaban de dichos Libros como no recomendables para la lectura, pensaran en libros no admitidos en la lectura de carácter litúrgico. Basta pensar que los hagiógrafos, como una regla, no eran leídos en las reuniones de carácter sagrado, litúrgico. Esta es la razón por la que el tratar de equiparar el término "Apócrifos" con alguno de los términos mencionados representa siempre algo inseguro.

En la actualidad, más que nunca, se debe, si no afirmar, por lo menos plantear la pregunta de si los libros cuya difusión prohibían los rabinos no eran más bien libros sectarios. Los documentos referentes al "Pacto de Damasco" que se han encontrado y publicado hace algunas decenas de años y los documentos que se van descubriendo en una gruta cercana al Mar Muerto a partir de 1947, contienen muchos escritos pertenecientes a sectas hebreas ya existentes, por lo general, en el período en que surgió el cristianismo.

El sectarismo era cosa mal vista por los rabinos, y por ello hay que considerar la posibilidad de que los términos "libros extrínsecos", o bien, "libros escondidos", o, por mejor decir, "por esconder", puedan haber servido quizá para indicar justamente los libros que pertenecían a los sectarios.

Por lo que respecta a los Libros Apócrifos del Antiguo Testamento, prescindiendo del significado del término mismo, que en sí mismo no es suficientemente claro, será

útil aludir al género literario de cada uno. Así, por ejemplo, se puede hablar de un grupo de libros de carácter histórico, narrativo y legendario: algún libro de los que suelen considerarse como de los Macabeos, el sueño de Mardoqueo y el descubrimiento de la conjuración, el edicto del ministro Amán, la plegaria de Ester, la interpretación del sueño y la institución de la Fiesta, las adiciones hechas al Libro de Daniel, la historia de Susana, la historia de Bel, la historia del dragón, el Libro de Adán, el martirio de Isaías, etc. De carácter poético y apocalíptico serían el Libro etíope y el eslavo de Enoc, el Apocalipsis de Abraham, la Asunción de Moisés, el Apocalíptico griego de Baruc, etc. De carácter lírico es el Salmo 151 sólo contenido en los Setenta, los Salmos de Salomón, la plegaria de Manasés y cuatro Salmos que sólo se conservan en lengua siriaca.

Un grupo de libros tiene la forma de testamento: el Testamento de Abraham, el de Isaac y el de Jacob, los Testamentos de los Doce Patriarcas. Se ha discutido mucho con respecto al origen hebreo del Testamento de Salomón y del de Job.

De muchos apócrifos no se ha conservado más que el título, mencionado aquí y allí por los escritores de la Iglesia, de manera que es difícil decidir con respecto a su origen hebreo.

En la literatura narrativa talmúdica, algunos de estos libros son mencionados ocasionalmente; en el caso de muchísimos otros, el original hebreo se ha perdido; muchos Apócrifos fueron traducidos de nuevo al hebreo en época posterior.

Y, por último, es difícil decir si determinados productos literarios pertenecen a los Apócrifos del Antiguo Testamento o corresponden más bien a la literatura apocalíptica hebrea.

59.—La literatura apocalíptica

No hemos añadido en el título el término "del Antiguo Testamento", porque el nexo entre tal literatura y los libros del Antiguo Testamento no es siempre fácil de definir.

La palabra "apocalipsis" significa una revelación posterior a los profetas y que se refiere a los misterios del mundo invisible. Existe una apocalíptica profética, o sea, que anuncia, y otra puramente descriptiva. Alguna vez se puede tratar, en la apocalíptica profética, de algunas alusiones a la historia proyectada en el plano escatológico, o sea, con respecto a los últimos tiempos del futuro histórico, lo cual quiere decir que se trata de una proyección de hechos históricos, ya sean cercanos o lejanos, en un plano que quizás se halle lejano en el porvenir. Los hechos revisten así un carácter altamente religioso. La apocalíptica se convierte en un descubrimiento, en una revelación de los misterios del porvenir.

En los tiempos del profeta Malaquías, se decía, ha cesado la inspiración profética de parte de Dios. Dios no ofrece ya Sus revelaciones e inspiraciones a los profetas, pero puede haber hombres piadosos que tengan visiones que se proyectan sobre un lejano porvenir, y que por su valor intrínseco se aproximan a las visiones e inspiraciones proféticas del período precedente.

La literatura profética no es adivinatoria: los profetas hablan frecuentemente en imágenes, del mismo modo que Jesús hablaba en parábolas, método didáctico de que se servían también los doctores palestinos de entonces. Ahora bien, la parábola en sí misma es atractiva y fácil, pero ello no excluye que pueda contener un sentido mucho más profundo y que aun podría no encontrarse al alcance de todos. En los momentos en que el profeta habla de

los últimos tiempos, o sea, donde el profeta da a sus palabras un carácter apocalíptico, la tensión del espíritu de quien lo escucha o de quien lee tales discursos debe necesariamente aumentar. Cuando el profeta, a partir de Amós, reprocha al pueblo sus injusticias en el campo económico, por las que se vende a un pobre a cambio de un par de sandalias, el asunto es de fácil comprensión, pero cuando el profeta exclama: "Despertad y lanzad gritos de alegría, los que habitáis en el polvo", cuando el mismo profeta habla de un brillante rocío que desciende de lo alto, por el cual la tierra regenera a los muertos, el asunto se vuelve difícil de comprender. En el período que sigue al destierro de los hebreos en Babilonia, comienza a prevalecer el carácter apocalíptico en las profecías. Cuando Jeremías predice que Egipto promete mucho al pueblo hebreo en el terreno político, cuando no cumplirá nada, o cuando anuncia la victoria de los babilonios y la caída del Estado hebreo, resulta comprensible, aunque sea acogido con hostilidad.

Se aprisiona al profeta, pero en medio de la noche el rey pretende escuchar ocultamente el sentir profético del vate de la desventura y del dolor. No sucede así en las visiones del Apocalipsis. La visión del profeta es la realidad del mañana, que fácilmente se puede relacionar con acontecimientos semejantes del pasado; ¿pero con qué pasado se puede relacionar la visión escatológica de una revelación apocalíptica? En la visión apocalíptica el símbolo se sobrepone a la realidad, en tanto que en la literatura profética la realidad se sobrepone al símbolo y el símbolo mismo es la realidad revestida de formas visibles, pero es una realidad comprensible, una realidad que se relaciona con experiencias análogas del pasado. ¿Cuál es la realidad en la que se puede pensar al escuchar o leer la palabra de un apocalíptico?

Los profetas asumen la responsabilidad por todo lo que anuncian, asumen la responsabilidad y se atraen muchos odios y a veces hasta el martirio. También el escritor apocalíptico puede hablar de sus visiones de dolor; pero él debe apelar a una fe que se podía prestar fácilmente a los profetas, pero que no es fácil prestar a él.

En la literatura bíblica, desde el Pentateuco hasta los profetas, los ángeles son los enviados del Señor, son los portavoces del Señor, ejecutan las órdenes del Señor.

El salmista nos podrá decir que los vientos son los enviados o los ministros del Señor, que las hogueras ardientes, o sea, los Angeles del Señor, o bien Satanás, son los enviados del Señor para ejecutar determinada orden, para llevar a cabo una obra determinada (un ángel, asistido por Dios mismo, realiza el exterminio de los primogénitos de Egipto), en tanto que en la literatura apocalíptica, los ángeles son frecuentemente representados como astros, o bien como espíritus que moran en los astros. En la literatura apocalíptica son enumerados muchos ángeles e indicados con su propio nombre, se describe minuciosamente la corte celestial, las desventuras de los hombres son debidas frecuentemente a los demonios, los demonios hacen pecar, hacen enfermar, se habla ya de exorcismos, pero al fin de los tiempos los demonios, los genios del mal, serán exterminados definitivamente, o sea, que el mal será definitivamente vencido entre los hombres.

Bajo la influencia de los trágicos sucesos históricos, se va en busca de visiones que traen a la mente la lucha entre Israel monoteísta y el paganismo. Cada pueblo tiene su ángel tutelar en el cielo y la lucha entre los pueblos será acompañada por la de sus ángeles protectores. Cuando se hayan desarrollado estas luchas, cuando se llegue a la victoria final, surgirá un mundo nuevo, un mundo que está por llegar, y es justamente aquí donde el pensa-

miento apocalíptico se conecta con las esperanzas mesiánicas: el Rey-Mesías no es la esperanza que se verifica de un día a otro y no es ni siquiera un puro recuerdo histórico, como podría serlo un retorno a la figura heroica del rey David; hay algo más: los límites del tiempo son superados, no hay ya una clara distinción entre pasado, presente y futuro, sino que siempre se trata de un "antes", de un "ahora" y de un "después". El Paraíso y la Jerusalén celestial, hasta ahora lejanos en el pasado o en el espacio, retornan, se aproximan entre sí, se aproximan a las mentes y a los corazones de los lectores del "Apocalipsis", en un presente en el que se encuentran y se funden el más lejano pasado con el más remoto futuro.*

* Por razones de espacio, no hemos podido tratar de las antiguas versiones, que, sin embargo, asumen gran importancia para una mejor comprensión de los textos. (N. del A.)

PARTE SEGUNDA

1.—El Nuevo Testamento

Una gran luz. "Mientras la oscuridad cubre la Tierra y densas nubes las naciones — resplandece sobre ti el Señor, y Su gloria se difunde sobre ti" (Is. 60, 2). "No he hablado con vosotros en lugar secreto, en una tierra tenebrosa; no he dicho a los descendientes de Jacob: buscadme en tierras desoladas. Yo soy el Señor, cuanto os digo es justo, os anuncio lo que es recto" *(ibíd.* 45, 19). Y ahora, así dice el Señor que te ha creado, oh Jacob, y que te ha formado, oh Israel: ¡No temáis! ¡Te he redimido, te he llamado por tu nombre, eres mío! Si pasas por las aguas, Yo estoy contigo. Los ríos no te arrollarán. Si caminas en medio del fuego, no sufrirás heridas; las llamas no te quemarán, porque Yo, el Santo de Israel, soy tu salvador... No temas, que Yo estoy contigo... (43, 1 ss.). "Como vierto aguas sobre quien está sediento y aguas corrientes sobre la tierra seca, así vertiré mi Espíritu sobre tu descendencia y mi bendición será tu prole... Este dirá: Yo soy el Señor. El otro se hará llamar con el nombre de Jacob. Uno escribirá sobre su mano: ¡Yo soy el Señor! El otro se hará llamar con el nombre de Israel... Así dice el Rey de Israel y su Redentor, el Señor de los ejércitos: Yo soy el primero y Yo soy el último, y fuera de Mí no hay Dios..." (44, 3 ss.).

Este Dios se revelará Juez justo y severo de todos los habitantes de la Tierra, de todo el mal que como un

monstruo infesta la Tierra (26, 21 y 27, 1; 42, 13). La hora del Señor arrollará a los pueblos culpables. En el cielo aparecerá * la espada del Señor destilando sangre (34, 5) y cubierta con los despojos de los opresores.

El Señor anuncia los grandes acontecimientos históricos y envía un mensajero con buenas nuevas (41, 27). La suerte de Israel sería feliz, si hubiera escuchado la voz (48, 18) del Señor, que gobierna la suerte de los pueblos y que traduce en realidad, viva y palpitante, la palabra de Sus servidores y el consejo de los mensajeros enviados por El (44, 26). El Señor es omnipotente. El cambia los desiertos en fuentes de agua para apacentar a Israel sediento (Salmo 105, 41). El Señor desea borrar los pecados del pueblo. El no quisiera ya recordar los pasados errores de Israel, pero Israel peca incesantemente (43, 25). Y sin embargo...

Y sin embargo hay una hora decisiva en la Historia, una hora en la que se inicia un período nuevo y grande y aparece un hombre nuevo y grande, portador del derecho y de la justicia. Será un rápido paso de la oscuridad a una Gran Luz (9, 1). En otra ocasión el profeta nos hace asistir a la hora de crisis histórica bajo la imagen de una tempestad del Señor que abate los más poderosos y robustos árboles del Líbano (10, 33); pero, al mismo tiempo, lejos del terrible fragor, nace silenciosamente un pequeño brote de la estirpe de Jesé, sobre el que se posa toda la abundancia de los dones del Espíritu del Señor. El será el juez de los miserables, juez por la gracia del Señor, y descenderá una gran paz y un gran amor, sobre toda la Naturaleza, hasta sobre los hombres y las fieras. Y tornarán todos los desterrados hacia la Tierra del Dios de Israel...

* "Aparecerá", será hecha visible, y no "se saciará", según una comprensible proposición hecha por Sofía Cavalletti.

Y la vida y la palabra de Jesús y la palabra de los Evangelios se nos presentan como la repetición y la elevación de estos lejanos pensamientos, de estas lejanas promesas, de estas lejanas esperanzas.

2.—Jesús e Israel

En un mundo sumergido en el politeísmo, en un mundo en el que se rinde culto a divinidades que comen y banquetean del mismo modo que los hombres, y que, sin preocuparse por la suerte de los mortales, se dejan dominar por todas las pasiones humanas —amor, celos y odio—, divinidades entre las que se tiende a destronar al dios viejo para adueñarse del poder, divinidades entre las que impera el deseo y el suicidio, la lujuria y el delito — en un mundo de un politeísmo tan grosero, brota de pronto el conocimiento de Dios uno, único, eterno, libre de pasiones, creador y donador de vida, vida eterna: El mismo es un Juez justo y un Padre piadoso... Los israelitas son aquellos a los que pertenece la adopción a hijos y la gloria y los pactos de alianza y la Ley, y el culto y las promesas, a los que pertenecen los patriarcas... (Rom. 9, 4 ss.). Y, sin embargo, la existencia del pueblo elegido es muy dolorosa. Se encuentran bajo la planta del pagano, despreciador del Dios de Israel. Pero llegará el Mesías, justo y poderoso, aniquilará a los paganos y al paganismo. El hará resplandecer con nueva luz la gloria del reino de David.

Será llamado "Hijo de David". Pero he aquí que el Mesías es hijo de un artesano; este mesías se dice "Hijo del Hombre", expresión que —como comprenden muy bien los hebreos— significa: "Hijo de Dios" (un hombre que se proclama Hijo de Dios), y cuyo "Reino" *no* es de este mundo...

Pero nosotros vivimos y sufrimos en *este* mundo: El "Reino" además, es de Dios, y sólo de El.

El dice que es "pan de vida", y que es portador de una Ley. ¿Después de la de Moisés? ¿Ha descendido del cielo? ¿Pero qué hombre puede descender del cielo? El dice que es "la verdad" y ¿no es, según los profetas, el Señor Dios "la Verdad"?

Jesús sabe que es el enviado de Dios y Jesús sabe que uno solo es el camino que conduce al hombre a El, la fe en El, Jesús. Jesús mismo plantea la pregunta: "Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará aún fe sobre la Tierra?" (Lucas 18, 8). Y, sin embargo, Jesús sabe que ha sido enviado a las ovejuelas de la casa de Israel, sean pocas o muchas las que tengan fe en El. Dios ama a los pocos que tienen fe en Jesús; que creen que Jesús es enviado de Dios (Juan 16, 30). Jesús les asegura: "Pero yo no estoy solo, porque el Padre está conmigo." Tienen fe en Jesús aquellos que el Padre les ha dado y a los que El, Jesús, dará la vida eterna. "Ahora bien, la vida eterna consiste en conocerte a Ti, sólo Dios verdadero, y a aquel a quien has enviado, Jesucristo" (17, 3). "Yo he manifestado Tu nombre a los hombres que (Tú) me has dado en el mundo; eran tuyos y Tú me los has dado, y ellos han conservado Tu palabra. Ahora reconocen que todo cuanto Tú me has dado viene de Ti, y que las palabras que me has comunicado, yo las he participado a ellos, y ellos las han recibido, reconociendo sinceramente que Yo he venido de Ti y han creído que Tú me has mandado" (Juan, 17, 6-8).

Jesús sabe que sólo una exigua minoría de predestinados y *prescitos* del Padre tendrán fe en El, y no podía ser de otro modo. La misión de Jesús no podía ser desarrollada más que en medio de Israel monoteísta. Los politeístas lo habrían considerado uno de tantos dioses en-

carnados. La tierra debía ser lavada con la sangre de Jesús. Los seguidores de Jesús recibirían fuerzas para cumplir su misión a la vista de la Cruz y de la sangre de los primeros mártires. El sacrificio asume, de una manera cada vez más clara, el significado de una lucha incesante contra el Maligno, contra Satanás.

Esta es, en resumen, la base psicológica de los comienzos del cristianismo y el punto de partida para la comprensión de los Evangelios.

3.—Marción

Nació hacia el año 85 en Sínope en el Ponto, y fue excomulgado por hereje en su ciudad natal. El año 139 llegó a Roma como rico propietario de navíos. Se adhirió a la comunidad cristiana, a la que hizo donativos de dinero, pero ya el 144 comenzó a elaborar sus ideas reformadoras, para fundar después una iglesia separada, la cual se desarrolló de un modo particular en Oriente hasta Persia y Armenia.

La base de la doctrina de Marción es un rígido antijudaísmo y una actitud hostil frente al Antiguo Testamento. Partiendo de la oposición paulina entre Ley antigua y Evangelio, entre justicia divina y gracia, llegó, a través de interpretaciones equivocadas, a la persuasión de que entre el Antiguo y el Nuevo Testamento existen contrastes que revelan la existencia de dos seres divinos diversos, un Dios justo e irritable de los hebreos, un Dios que se identifica con el Creador Demiurgo, y el Dios del amor que se revela en los Evangelios. Este último Dios se ha manifestado por primera vez en Cristo. Cristo descendió del cielo a la Tierra, donde tomó un cuerpo aparente. Jesús predicó el Dios de amor, realizó prodigios, pero al fin fue crucificado por los seguidores del Demiurgo, cuyo reino habría debido destruir. Marción deseaba que sus seguidores se abstuvieran de todos los bienes de Dios Creador, en primer lugar del matrimonio, de la carne y del vino.

Marción compuso, entre otras cosas, un especial "Nuevo Testamento" conforme con sus ideas, constituido por el Evangelio de San Lucas (en el que, sin embargo, omite la narración de la infancia de Jesús), y por el "Apostolicon", o sea, las primeras diez epístolas de San Pablo (sin la epístola a los hebreos y las epístolas pastorales). En la Biblia de Marción se omitieron además todas las citas de textos del Antiguo Testamento. Otros detalles fueron considerados como "falsificaciones judaizantes".

La Iglesia rechazó decididamente la herejía de Marción, cuya actividad hizo más palpable la necesidad de la formación del canon del Nuevo Testamento.

4.—El cristianismo y el canon del Antiguo Testamento

Jesús reconoce que el canon del Antiguo Testamento es una colección de Libros sagrados, divinamente inspirados, pero al mismo tiempo se reconoce a sí mismo la autoridad para distinguir entre lo que en la Sagrada Escritura tiene valor temporal, como, por ejemplo, el divorcio (Mc. 10, 2 ss.), entre lo que permanece inmutable y aquello a lo que él, Jesús, opone una enseñanza totalmente Suya. "Habéis oído que se dijo a los antiguos: No matarás, y quien mate será sometido al juicio. Yo en cambio os digo: Todo aquel que se indignare con su hermano, merece ser juzgado." La amargura experimentada por el hermano no reconciliado, vuelve imposible la reconciliación con Dios (Mt. 5, 21 ss.).

Otro precepto, también contenido en el Decálogo: "Habéis oído que se dijo a los antiguos: No cometáis adulterio. Yo en cambio os digo: Todo aquel que mirare a una mujer para desearla, ya cometió adulterio con ella en su corazón."

Jesús lleva al hombre hacia el interior, y considera pecado no sólo lo que se concretiza en un hecho contemplado por la Ley, sino todo lo que se alberga en el corazón del hombre, porque sólo los limpios de corazón verán a Dios. Los rabinos elevaban "barreras" en torno a la observancia de las leyes rituales y de pureza levítica; Jesús se opone a todo cuanto constituya una ocasión para menoscabar la pureza del alma. El no guardar rencor, el no vengarse de las injusticias sufridas no es suficiente. Jesús pide una actitud positiva, o sea, el amor para con el enemigo. Al odio y a la injusticia se le opone el amor. Todo esto es profundizar en la Ley y no renegar de ella.

El Antiguo Testamento es en su esencia una profecía referente a Cristo, y ¿cómo podría el cristianismo negar todo aquello que, en cierto modo, constituye su carta de legitimidad? En Jesús se "realizan" las Escrituras. "Además —se lee en la II Ep. de Pedro, 1, 19, ss.— tenemos la palabra más firme de los profetas, a los cuales hacéis bien en prestar atención como a una luz que brilla en un lugar oscuro, hasta que resplandezca el día y la estrella de la mañana surja en vuestros corazones. Y ante todo es necesario atender a esto, que ninguna profecía de las Escrituras es de interpretación privada; porque la profecía no es pronunciada una vez por voluntad de hombre, sino que los santos hombres de Dios han hablado por inspiración del Espíritu Santo."

5.—Los comienzos del canon del Nuevo Testamento

Al principio de la colección de los 27 Escritos del canon se encuentran los cuatro Evangelios y el *Corpus paulinum* compuesto de 14 escritos.

Los cuatro Evangelios (según San Mateo = Mt., San Marcos = Mc., San Lucas = Lc., y San Juan = J.) han surgido en la segunda mitad del siglo I, y precisamente: Mt. para los judío-cristianos de Palestina, J. para el Asia Menor, Mc. y Lc. para Roma y para Italia en general; cada uno de ellos se difundió por las provincias circunvecinas.

Mt. redactó su Evangelio en el idioma arameo, entonces en uso, y un escritor anónimo lo tradujo al griego. Este, al igual que Lc., conocía el texto de Mc. J. encontró amplia difusión en el Medio Egipto después del año 100. El obispo Papías de Jerápolis en Frigia (aprox. 130) conoce a Mt. y Lc. Se cree que los cuatro Evangelios hayan sido reunidos en una sola unidad en tiempo del emperador Adriano (117-138) en Asia Menor, pero todavía hacia mediados del siglo II los cuatro Evangelios no son considerados canónicos.

Por regla general, los dichos del Señor son referidos en forma genérica, no al pie de la letra. Entre los Padres apostólicos se encuentran a veces dichos del Señor que no están contenidos en los Evangelios; por consiguiente, se remontan a una tradición oral, o bien están tomados de escritos apócrifos. Lo mismo vale para algunas tradiciones evangélicas que se encuentran en San Justino Mártir (m. aprox. el 165) y en el "Diatesseron" de Taciano, surgido hacia el 170.

San Justino refiere (en su Primera Apología) la costumbre constante de leer con ocasión de las reuniones sagradas las "Memorias de los apóstoles", surgidas hacia el 155, denominadas "Evangelios". Sólo una vez se habla de las "Memorias" de San Pedro, término con el que se denomina el Evangelio de Mc.

El discípulo de San Justino, Taciano, de quien hemos tratado aquí arriba, escribió hacia el 170 su "Diatesseron", o sea, Acuerdo o Armonía de los 4 Evangelios, en el que presentan de modo continuo los hechos y las obras del Señor, dejando a un lado los paralelismos y sirviéndose en ciertos puntos de fuentes apócrifas.

El *Corpus paulinum* ya se hallaba difundido hacia fines del siglo I en Grecia, Asia Menor e Italia.

6.—Para la historia de la formación del canon del Nuevo Testamento

San Ireneo, obispo de Lyon, en la Galia meridional, se servirá en su libro "Contra las herejías", compuesto en los años 180-190, de 22 escritos sagrados con carácter canónico.

El "Fragmento Muratori", que tomó el nombre del historiógrafo Muratori, contiene una lista de Escritos sagrados; éste representa el más antiguo documento que se refiere al canon. El autor, desconocido, lo redactó hacia fines del siglo II. Su publicación, por obra de Muratori, tuvo lugar en 1740. El original, a menos que se trate de una traducción del griego, está redactado en un latín bárbaro. El autor habla en esta especie de introducción al Nuevo Testamento, a nombre de una Iglesia católica.

También San Hipólito de Roma (m. hacia el 235) habla de 22 escritos. Reconoce la autoridad, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento.

Tertuliano, n. hacia el 160 en Cartago, m. hacia el 220, distingue, dentro del Nuevo Testamento, entre "instrumento" (término que para él equivale a "Testamento") evangélico y apostólico. El considera como canónicos los Escritos de los primeros cristianos, o sea, compuestos por los Apóstoles o sus discípulos. Según Tertuliano, que representa a la Iglesia de Africa, el Nuevo Testamento contiene 22 libros: los cuatro Evangelios; los Hechos de los Apóstoles; 13 epístolas de San Pablo; entre las epístolas católicas: la I de San Pedro, la I de San Juan, la de San Judas y el Apocalipsis de San Juan.

San Clemente de Alejandría, nacido probablemente en Atenas y muerto el 211, conoce los 27 escritos de nuestro canon. Orígenes (185-255), sucesor de San Clemente en la dirección de la escuela catequística de Alejandría, habla —evidentemente en armonía con la iglesia de Egipto— de 27 escritos del Nuevo Testamento.

Son muchas y muy importantes las noticias referentes a la formación del canon que nos ofrece San Eusebio, obispo de Cesarea en Palestina (m. hacia el 340). El habla de "homologómena", o sea, de Escritos cuya canonicidad es generalmente reconocida, y de "antilogómena", o sea, de Escritos cuya canonicidad está en discusión; suman 27. Otras noticias nos las ofrece San Cirilo de Jerusalén. (315-386).

En el 367, el Patriarca San Atanasio de Alejandría enumera los Libros canónicos del Antiguo Testamento y 27 que constituyen el Nuevo Testamento.

El año 382 el Sínodo de Roma enumera los Libros del Antiguo Testamento y establece que son 27 los que forman parte

del Nuevo Testamento. Tiene una importancia decisiva la carta del papa Inocencio I, dirigida el año 405 al obispo de Tolosa: forman parte del Nuevo Testamento: los 4 Evangelios, 14 Epístolas del Apóstol San Pablo, 3 de San Juan, 2 de San Pedro, 1 de San Judas, 1 de Santiago, los Hechos de los Apóstoles y el Apocalipsis de San Juan.

7.—El canon del Nuevo Testamento

El canon consta de 27 libros divididos en tres categorías.

Libros históricos

1) El Evangelio según San Mateo (28 Cap.).
2) El Evangelio según San Marcos (16 Cap.).
3) El Evangelio según San Lucas (24 Cap.).
4) El Evangelio según San Juan (21 Cap.).
5) Los Hechos de los Apóstoles (28 Cap.).

Libros didácticos

a) Epístolas de San Pablo:

6) A los Romanos (16 Cap.).
7) I a los Corintios (16 capítulos).
8) II a los Corintios (13 capítulos).
9) A los Gálatas (6 Cap.).
10) A los Efesios (6 Cap.).
11) A los Filipenses (4 Cap.).
12) A los Colosenses (4 Cap.).
13) I a los Tesalonicenses (5 Cap.).
14) II a los Tesalonicenses (3 Cap.).
15) I a Timoteo (6 Cap.).
16) II a Timoteo (4 Cap.).
17) A Tito (3 Cap.).
18) A Filemón (1 Cap.).
19) A los Hebreos (13 Cap.).

b) Epístolas de otros Apóstoles o católicas:

20) De Santiago (5 Cap.).
21) I de San Pedro (5 Cap.).
22) II de San Pedro (3 Cap.).
23) I de San Juan (5 Cap.).
24) II de San Juan (1 Cap.).
25) III de San Juan (1 Cap.).
26) De San Judas (1 Cap.).

Libro profético

27) Apocalipsis (22 Cap.).

8.—Texto y traducciones del Nuevo Testamento

Los autógrafos se perdieron bien pronto, porque se hallaban escritos en papiro, que es un material muy frágil. Se hicieron

copias en rollos de piel, a la manera de los que usaban los hebreos para el Antiguo Testamento. La multiplicación del número de copias trajo consigo, inevitablemente, la multiplicación de los errores. El número de los manuscritos del Nuevo Testamento suma aproximadamente 2 500, a los que hay que añadir 1 600 leccionarios, o sea, colecciones de perícopes destinadas al uso litúrgico.

Entre las versiones hay que recordar la Vetus Latina, denominada también Itálica, y que precede a la que realizó San Jerónimo. Junto con la Itálica existía otra denominada "afra" (africana). Los Evangelios fueron traducidos cuatro veces al latín antes de que San Jerónimo redactara su traducción.

El papa San Dámaso (366-384) observó el estado de desorden en que se encontraban las diversas traducciones latinas entonces en uso y encomendó a (Sofronio Eusebio) Jerónimo, el más grande erudito en asuntos bíblicos de la antigua Iglesia latina, la tarea de elaborar una nueva traducción, la "Vulgata". San Jerónimo, originario de Estridón, adquirió una magnífica cultura en Roma, y después se perfeccionó en el griego durante su permanencia en el oriente griego y aprendió el hebreo con un hebreo convertido. El año 382, el papa San Dámaso invitó a San Jerónimo a Roma para participar en un Sínodo en calidad de consultor, y después lo conservó como su secretario. Un año después encomendó a Jerónimo, que entonces tenía 35 años, la tarea de preparar un texto seguro de la Biblia latina. Se trataba de hacer una edición crítica de las traducciones existentes. El año 384 quedaron terminados los cuatro Evangelios.

El papa San Dámaso murió el 11 de diciembre del 384. En agosto del siguiente año San Jerónimo dejó Roma y se estableció en Belén el 386. Allí sometió a revisión los demás Libros del Nuevo Testamento, pero no de una manera tan radical como lo había hecho con los Evangelios. Mucho dependía también de los manuscritos de que disponía. El año 405 estaba terminada la versión latina de ambos Testamentos. Entonces dio principio el movimiento de oposición, que, por lo demás, ya había previsto San Jerónimo, y que estaba destinado a durar siglos enteros. La razón principal para ella fueron las divergencias, especialmente de los Libros traducidos del hebreo, con la Vetus Latina. Hasta San Agustín se limitó a aprobar la versión latina del griego de los Evangelios, pero no admitió las traducciones de los Libros tomados del hebreo; únicamente el venerable Beda (m. el 735) llama la versión de San Jerónimo, por oposición a la Vetus Latina: "nostra editio". Sólo a fines de la Edad Media se dio —de un modo indiscutible— a la Biblia Latina de San Jerónimo el nombre de "editio vulgata". Con el tiempo se presentó otro inconveniente: los amanuenses mezclaban con frecuencia, y de

una manera desordenada, la Vetus y la versión "Vulgata" de San Jerónimo. El papa Sixto V colaboró personalmente en una edición crítica de la "Vulgata", que fue publicada el año 1590. En la que se llama edición Sixtina. Pero esta edición fue retirada, a causa de los errores que contenía, y sustituida por la que ordenó Clemente VIII, la Clementina. Los errores de imprenta fueron parcialmente eliminados por posteriores ediciones en los años 1593 y 1598. Las ediciones recientes son las de A. Grammatica (Milán, 1914 y 1922) y de M. Hetzenhauer (Regensburg y Roma, 1914).

En 1907 San Pío X encomendó a la orden de los Benedictinos, que forman el Instituto de San Jerónimo de Roma, la tarea de reconstruir, luego de profundas investigaciones, el texto auténtico de San Jerónimo. Los trabajos que hasta ahora han sido publicados por el Instituto han merecido el incondicional agradecimiento de la Iglesia y de los que dedican sus afanes al estudio de la Biblia en todo el mundo.

Entre las diversas traducciones hay que mencionar además la "Peshittha", la "Vulgata" siriaca, la versión siriopalestina, o sea, en la lengua de Jesucristo, la gótica, la copta y la armenia.

9.—La palabra "Evangelio"

"Euangelos", en griego, indica aquel que lleva un mensaje. "Euangelion", del que deriva "Evangelio", significa originalmente: la recompensa por un buen mensaje, el buen mensaje en sí mismo, mensaje de una victoria obtenida. El emperador es considerado salvador del mundo y de todos los siglos, por lo que su nacimiento, su coronación y sus decretos son mensajes felices, pero "Evangelio" no se remonta al uso que tal término tenía en griego, sino al que tenía en el Antiguo Testamento y en el hebraísmo posterior. El término hebreo que deriva del verbo "basor" significa: mensaje de victoria, buena noticia, la noticia de la salvación que se aproxima. Con la noticia de la salvación da principio el tiempo de la salvación. El anuncio de la salvación en nombre del Señor crea la nueva realidad. El anuncio reviste un significado escatológico. En Isaías 52, 7-10, se lee: "Qué hermosos son sobre los montes los pasos del portador de la buena nueva, del anunciador de la paz, de aquel que anuncia el bien, que nos hace saber que vendrá la salvación y que dice a Sión: Tu Dios reina." En una visión el profeta ve y siente los pasos del heraldo, que recorriendo las cimas de los collados se apresura a anunciar a los habitantes de Jerusalén el retorno de los desterrados de Babilonia, el retorno del Señor a Sión, a fin de comenzar a reinar en él. El anuncio es al mismo tiempo el principio de la época de la salvación.

Del mismo modo en el Evangelio. Jesús mismo anuncia: "El tiempo ha llegado y el Reino de Dios está cerca" (Mc. 1, 15). San Pablo (Rom. 1, 1 s.), dice: "Pablo, siervo de Dios, apóstol por vocación, separado para (anunciar) el Evangelio de Dios." El mismo Apóstol (I Cor. 15, 1): "Os hago saber, oh hermanos, el Evangelio que os anuncié y que vosotros aceptasteis y en el cual permanecéis, por el cual sois salvos, si lo conserváis tal como yo os lo enseñé... En efecto, en primer lugar yo os trasmití lo que yo también recibí, que Cristo ha muerto por nuestros pecados, según las Escrituras, y que resucitó al tercer día, según las Escrituras..."

Por Evangelio se entiende siempre la palabra viva del predicador, y no un escrito, y es por ello por lo que los anunciadores de la buena nueva son llamados "evangelistas". Y es así como en los Hechos de los Apóstoles (21, 8) se habla de "Felipe el Evangelista". En la Epístola a los Efesios 4, 11, San Pablo habla de: apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros. Sólo hacia la mitad del siglo II es cuando "Evangelio" asume el significado de una reseña escrita en la que se habla de la vida y de la obra de Jesús. Hacia la mitad del siglo II, San Justino mártir habla de las "Memorias" de los Apóstoles como de "Evangelios". Los autores de los Evangelios son llamados "Evangelistas".

10.—La vida de Jesús en los Evangelios y en las Epístolas de San Pablo

El término "Evangelio" aparece 4 veces en San Mateo, 8 veces en San Marcos, ni una sola vez en San Lucas, y aproximadamente 60 veces en San Pablo.

Los Evangelios, en primer lugar, y las Epístolas de San Pablo son las principales fuentes para el conocimiento de la vida, la obra, la Pasión y la muerte de Jesús.

11.—San Mateo

En San Lucas, 5, 27 ss., leemos: "Después de estas cosas, Jesús salió, y viendo a un publicano de nombre Leví, que estaba sentado en un banco, le dijo: «Sígueme.» Y éste, abandonándolo todo, se levantó y lo siguió. Leví le hizo un gran banquete en su casa y había una gran multitud de publicanos y de otros que se hallaban reunidos

a la mesa. Y los fariseos y sus escribas murmuraban y decían a los discípulos de él: «¿Cómo es que coméis y bebéis con los publicanos y con los pecadores?» Jesús les responde: «No son los sanos los que han menester del médico, sino los enfermos. Yo no he venido a llamar a penitencia a los justos, sino a los pecadores.»"

Este Leví se identifica con el evangelista Mateo, nombre con el cual es denominado en el primer Evangelio (según San Mateo). Lucas y Marcos lo llaman "Leví" en el acto de su vocación y "Mateo" en la enumeración de los Apóstoles. Todo nos induce a creer que Leví (hijo de Alfeo) es el primer nombre, y Mateo el que se halla ligado a la dignidad apostólica. Mateo, del hebreo: Mattath-jahu: Don del Señor.

12.—El Evangelio según San Mateo

El más antiguo testimonio referente a este Evangelio es el del Papías de Jerápolis (aprox. 130), en el que se dice: Mateo ha coordinado en hebreo (entiéndase: el arameo palestino del tiempo) los dichos de Jesús y ha interpretado cada uno de ellos tal como estaba a su alcance. El griego "logia" reproduce, mentalmente, el hebreo "debharim" que significa "palabras" y "hechos" al mismo tiempo. Papías se refiere, pues, al Evangelio arameo de San Mateo, que recuerda hechos y dichos del Señor, o sea, todo lo que dijo e hizo.

Orígenes (m. el 254) habla también del Evangelio de San Mateo, que fue primero publicano y después apóstol, diciendo que lo redactó en hebreo, para la predicación entre los hebreos.

En el Evangelio de San Mateo se distinguen seis (o cinco, según otros) grupos de discursos que representan seis temas de la predicación de Jesús. Lucas coloca estos

dichos de Jesús no ya agrupados en orden, sino dispersos y ligados a varios episodios. Tanto San Mateo como San Lucas reproducen el Sermón de la Montaña, pero con diversa amplitud y con tenor diverso. Se cree ordinariamente que el texto de San Lucas es el original, que reaparece en San Mateo en forma amplificada; el que esto escribe es de opinión de que se trata de dos mitades del mismo discurso del cual ambas partes son complementarias. Una mitad fue referida por San Mateo y la otra por San Lucas, lo que no se encuentra en oposición con el principio de la tendencia general en San Mateo de reunir dichos de contenido semejante, a diferencia del método más bien historiográfico seguido por San Lucas. San Mateo agrupa las narraciones, en tanto que San Lucas tiende a presentar un cuadro histórico, si bien según criterios particulares, como veremos en seguida. Sin embargo, San Mateo tiende a conservar las noticias de carácter histórico-geográfico.

Desde el punto de vista teológico, San Mateo ve en Jesús al Mesías, Hijo de David, del Antiguo Testamento, y que, sin embargo, no ha obtenido en Palestina el éxito pleno e inmediato a causa de la incomprensión y de la incredulidad de los jefes del pueblo. En Jesús se han verificado las promesas mesiánicas bíblicas. En ningún otro evangelista son tan abundantes las citas y las referencias al Antiguo Testamento como en el Evangelio de San Mateo. En el texto de San Mateo, Jesús mismo cita el Antiguo Testamento. La genealogía de Jesús, en San Mateo, a diferencia de la de San Lucas, tiende a demostrar que Jesús era "Hijo de David". Jesús es la realización de la Ley y de los profetas del Antiguo Testamento (5, 17-48). Las curaciones obtenidas por Jesús son obra mesiánica.

Los curados se dirigen a Jesús como al "Hijo de David', o sea, al Mesías.

San Mateo hace notar particularmente las polémicas entre Jesús y los Escribas y la hostilidad contra Jesús, actitud ésta debida al deseo que tenía el Apóstol de despertar en sus oyentes una sensación de arrepentimiento, y el deseo de la expiación a través de la conversión. Al presentar sus polémicas, San Mateo recurre a los recursos de la cultura rabínica de que dispone. Con frecuencia alude a las leyes hebreas, lo cual constituye un tema que, por obvias razones, es de menor importancia para San Marcos y para San Lucas. La Ley encuentra su perfecto cumplimiento no ya en la obediencia a la minuciosa preceptiva rabínica, sino en el amor al prójimo que nos es también enseñado por la misma Ley, argumento que vale para los hebreos y no para los gentiles. Del mismo modo: los actos de piedad deben practicarse en secreto y no en las plazas. La salvación traída por Jesús es de carácter universal y no exclusivamente hebrea, lo cual es otro argumento que encuentra su aplicación en la predicación a los hebreos, y no a los gentiles.

13.—El estilo de San Mateo

San Mateo es indudablemente autor de un Evangelio redactado en arameo y que ha llegado hasta nosotros en griego; si bien se basa en el trabajo precedente, es éste un trabajo original, y no una traducción. La presencia de semitismos no constituye un argumento en sentido contrario. Por ejemplo, en San Marcos se encuentran más semitismos que en San Mateo. La presencia de expresiones de carácter semítico en toda la literatura del Nuevo Testamento se explica, según mi parecer, por un factor ideológico más bien que puramente filológico. Determinados conceptos y determinadas ideas encuentran su equivalente en un idioma semítico, más bien que en griego, y

entonces se traducen al pie de la letra, sin tener en cuenta el espíritu de la lengua griega.

Valga como ejemplo el siguiente: Para decir "hombre" encontramos la expresión "carne y sangre", que en griego suena muy extraña. Y entonces surge la pregunta: ¿por qué no han escrito simplemente *ánthropos?* También ellos se daban cuenta de que diciéndolo con palabras griegas, "carne y sangre" suena muy mal. La razón de tal preferencia se explica, según nuestro parecer, por un motivo que tiene mayor peso que el buen gusto en materia lingüística. Esta es la explicación; a nuestro parecer: "hombre" y "carne y sangre" no significan lo mismo, porque, si así fuera, los evangelistas habrían traducido por *ánthropos* (hombre); pero "carne y sangre" (un ejemplo clásico lo constituye el pasaje que se encuentra en Mateo 16, la confesión de San Pedro) significa: hombre, ser caduco y mortal, en contraposición con la eternidad, omnipotencia y sabiduría infinita de Dios. Se escribe, pues, en griego: carne y sangre. ¿Que no suena estilísticamente? No importa. ¿Quién ha dicho que los Evangelistas pretendían crear obras de valor literario griego? El contenido religioso, la intención apostólica es lo que les interesa. A través de "carne y sangre" se adivina muy bien en griego: ser débil y mortal, en tanto que la hermosa palabra griega *ánthropos* habría perjudicado a lo que está por encima del estilo y de la literatura: la fe; ésta es la razón por la cual la presencia de semitismos no debe necesariamente hacernos pensar en traducciones de textos redactados en un idioma semítico. El factor decisivo es de carácter afectivo. Esto es tan cierto que allí donde no está presente el factor religioso, la atención del redactor evangélico disminuye. Valga como ejemplo: la partícula aramea *bĕ* que tiene un doble valor, según los casos: instrumental (por medio de), o bien local o temporal (en). Pues bien, los Evange-

listas, por su formación mental semítica, traducen frecuentemente *bĕ* por "en" cuando deberían decir "por medio de". ¿Y por qué no ponen mayor atención? Porque son cosas que no tienen interés religioso.

Bien se comprende que el Kerygma, el anuncio antiguo, tendía a hacer penetrar en las mentes el interés por la personalidad humana y sobrehumana de Jesús, pero una vez alcanzada esta meta, aunque sólo fuere en lo sustancial, se siente la necesidad de poner de relieve la *espiritualidad* de Jesús y del cristianismo. Un intérprete incomparable de esta tendencia es, por lo demás, en una forma que ya es sintética y profunda, el mismo San Pablo. "En medio de los que ya son perfectos", dice en la I a los Corintios 2, 6-16, "venimos anunciando una sabiduría, pero no es la sabiduría de este mundo, ni de los príncipes de este siglo, que están en vía de destrucción. Nosotros les anunciamos la sabiduría de Dios; esta sabiduría misteriosa y escondida, preparada por Dios antes de los siglos para nuestra gloria. Ninguno de los príncipes de este mundo ha conocido la sabiduría (si ellos la hubieran conocido, no habrían crucificado al Señor de la gloria); pero, como está escrito: «Aquello que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni ha llegado jamás al pensamiento de hombre alguno, Dios lo ha preparado para aquellos que lo aman.»"

Todo esto nos ha revelado Dios mediante Su Espíritu; porque, en efecto, el Espíritu escruta todas las cosas, y hasta las profundidades de Dios. Porque, ¿qué hombre conoce los secretos del hombre fuera del espíritu del hombre que está en él? Del mismo modo nadie conoce los secretos de Dios fuera del Espíritu de Dios. Ahora bien, nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para conocer los dones que Dios nos ha dado. "El apostolado consiste en proporcionar al hombre espiritual las realidades espirituales cuyo cono-

cimiento queda prohibido al hombre carnal, psíquico, que está dotado, sí, de alma racional, pero que no tiene comunicación alguna con el Espíritu de Dios. En cambio, el hombre espiritual —prosigue el Apóstol— juzga todo y no es juzgado por nadie. En efecto, ¿quién conoce el pensamiento del Señor hasta el grado de poder enseñarlo? Pero nosotros tenemos el pensamiento de Cristo."

Estos escritos de San Pablo sobre el pensamiento, y el otro fundamental en el que trata, con incomparable belleza y profundidad, de la potencia invencible de la caridad, forman parte de la mística sembrada por Cristo, que ha brotado en el Evangelio de San Mateo y de los otros dos sinópticos y que se eleva como una marea en el Evangelio de San Juan, para después vertirse como un mar de luz sobre la humanidad de todos los tiempos.

14.—San Marcos

El segundo Evangelio es el de San Marcos, discípulo del Apóstol San Pedro. Marcos, "intérprete" de Pedro —dice Papías de Jerápolis, en Frigia, hacia el 130—, ponía por escrito, ciertamente no de una manera continuada, sus recuerdos concernientes tanto a las palabras como a los hechos del Señor.

San Marcos no era discípulo directo de Jesús, sino de San Pedro. Este tenía en cuenta las necesidades de sus oyentes, sin la intención de presentar los dichos del Señor de modo continuado y completo. San Marcos consideraba su obligación referir con fidelidad lo que había oído de San Pedro. San Marcos ordenó y redactó su escrito después de la muerte de San Pedro, que tuvo lugar el año 64, a fin de satisfacer el deseo de los oyentes del Apóstol.

¿"Qué significado se debe dar al término "hermeneuta", intérprete, dado a San Marcos? No es fácil respon-

der con exactitud. Quizás portavoz. Marcos es mencionado por San Pedro al final de la primera epístola de San Pedro: "Os saluda la Iglesia que está en Babilonia (Roma), con vosotros escogida, y Marcos, mi hijo. Saludaos unos a los otros con ósculo santo. La gracia se encuentre en todos vosotros, que estáis en Cristo. Así sea." Marcos es "hijo" espiritual de San Pedro, o sea, bautizado por el Príncipe de los Apóstoles.

En determinado período, San Marcos acompaña a San Pablo y San Bernabé en sus viajes misioneros. En una segunda época, Marcos se encuentra al lado de San Pablo, prisionero en Roma. Hacia el fin de su epístola a los Colosenses (4, 10 ss.), San Pablo escribe: "Os saluda Aristarco, mi compañero de prisión, y Marcos el sobrino de Bernabé, para el cual habéis recibido recomendaciones —si llega con vosotros, dadle acogida—, y Jesús, a quien llaman el Justo (un detalle del que ninguna otra fuente nos habla), los cuales provienen de los circuncisos; ellos son mis colaboradores para el Reino de Dios, y me han proporcionado gran consuelo."

La noticia según la cual San Marcos fue el primer obispo de Alejandría no encuentra crédito entre los historiadores.

15.—El Evangelio de San Marcos

Este refiere más bien los hechos que los dichos de Jesús. No hace ni siquiera una alusión al Sermón de la Montaña. Las narraciones contenidas en San Marcos son más concretas que las que contiene San Mateo. El hace notar los estados de ánimo de cada uno de sus personajes y hasta de Jesús mismo (1, 41, 1, 43; 3, 5; 7, 34). Bajo el aspecto estilístico, se notan en el griego de San Marcos muchos semitismos y especialmente muchos latinismos. Son

escasos los datos biográficos que se refieren a Jesús. Todo el interés del Evangelista se concentra en todo aquello que constituye el nucleo íntimo de la confesión de San Pedro en Cesarea de Filipos (v. Mt. 16): Jesús, Hijo de David y Mesías.

Marcos se dirige con su Evangelio a los cristianos provenientes del gentilismo y por ello les explica los usos y costumbres hebreos, por ej., las fiestas, y traduce por lo regular al griego las palabras arameas. Muchos investigadores son de opinión que San Marcos haya elaborado su Evangelio en Roma. San Lucas se ha servido, según los críticos, del Evangelio de San Marcos. San Lucas escribió antes del año 63.

La autenticidad de la conclusión del Evangelio de San Marcos —16, 9-20— es muy discutida.

Esta adición interrumpe el curso del pensamiento; estilísticamente se separa del resto del Evangelio, y falta en muchos Manuscritos. ¿Cómo nos explicaremos la presencia del 16, 9-20, que es un texto antiguo, porque ya es conocido a mediados del siglo II? No es probable que San Marcos haya dejado su Evangelio inconcluso. Esta es la razón por la que se supone que la conclusión del Evangelio de San Marcos se ha perdido y ha sido sustituida por una adición debida a alguna otra persona.

16.—San Lucas

San Ireneo (siglo II) dice que San Lucas, compañero de San Pablo, escribió en un libro el Evangelio anunciado por el citado Apóstol. Otros añaden: Lucas era ciudadano de Antioquía (Siria), médico de profesión, discípulo de los Apóstoles y más tarde compañero de San Pablo, hasta el martirio de éste. Después de haber renunciado a fundar una familia, sirvió al Señor, hasta alcanzar

la edad de 84 años, en la que se durmió en el Señor, lleno del Espíritu Santo. Después de que San Mateo había escrito un Evangelio en la Judea y San Marcos en Italia, escribió también él bajo el impulso del Espíritu Santo su Evangelio en Acaya, con el fin de ofrecer a los creyentes provenientes del gentilismo una narración verídica de la obra de la salvación, a fin de preservarlos de la influencia de las mitologías y de las fantasías peligrosas.

Hacia el fin de la Epístola a los Colosenses (4, 14) San Pablo escribe: "Os saluda Lucas, el amable médico."

Según una tradición que se remonta al siglo I, San Lucas es también el autor de los Hechos de los Apóstoles, una tradición que se ve confirmada por consideraciones de carácter estilístico y literario.

San Lucas da principio a su Evangelio con un pensamiento dirigido a Teófilo, un cristiano del Asia Menor, amigo suyo. "En vista de que muchos han tratado de hacer una ordenada narración de los hechos que se han verificado entre nosotros, según nos los han trasmitido aquellos que desde un principio fueron testigos oculares y ministros de la palabra, me ha parecido bien también a mí, después de haber investigado diligentemente cada tema desde un principio, referirte todo ello ordenadamente, oh excelentísimo Teófilo, a fin de que tú reconozcas la verdad de las cosas que te han sido enseñadas" (1, 1-4). Entre las fuentes de que se sirvió San Lucas hay que contar el Evangelio de San Marcos, y una fuente que no fue conocida de San Marcos y que es de origen desconocido.

Es indudable que San Lucas dispone de una profunda cultura griega. Evita vocablos hebreos y arameos y los sustituye con otros griegos. Dígase lo mismo de los vocablos latinos. Y, sin embargo, San Lucas no tiende a crear una "biografía" de Jesús. San Mateo tiende a presentar

a Jesús como Mesías de Israel, San Marcos como Hijo de Dios y San Lucas como Hijo de Dios y Salvador del mundo. El deja a un lado la reseña de las discusiones en torno a lo que es levíticamente "puro e impuro", porque es un asunto que no reviste interés alguno para los gentiles, en tanto que acentúa el carácter universal del mensaje de Jesús. Sólo San Lucas, para citar un ejemplo, trata de la pecadora a la que mucho le fue perdonado (7, 36 s.). El acentúa también el poco valor de los bienes terrenos por oposición a los celestiales. Cristo amó a los pobres. La riqueza constituye un peligro (6, 24 s.).

San Lucas escribió su Evangelio entre el año 70 y el 80.

17.—Sinopsis y "Form Criticism"

El primer término fue creado por Griesbach el año de 1776, a fin de poner en evidencia, a través de una yuxtaposición de los textos de los primeros tres Evangelios, la "concordia discors" que reina en los tres Evangelios: armonía y falta de ella, convergencias y divergencias. La sinopsis hace notar una serie de fenómenos, por ej.: el Evangelio de San Marcos es el más breve. El material de que se sirve se encuentra también en San Mateo y en San Lucas; el material que resulta exclusivamente suyo se reduce aproximadamente a 30 versículos. San Lucas ha tomado la mitad del material contenido en San Marcos. San Lucas, el "historiógrafo", supera a los demás sinópticos por la riqueza de los materiales que ofrece, y que evidentemente ha tomado de una fuente exclusivamente suya. San Mateo y San Lucas tienen materiales en común que no se encuentran en San Marcos. Junto con estas divergencias se encuentra gran abundancia de convergencias: una buena parte de las afirmaciones de Jesús

aparece en los tres sinópticos. Estos tienen mucho en común en el ordenamiento de los materiales. El "Sermón de la Montaña" que se encuentra en San Mateo difiere del de San Lucas. ¿Cómo hemos de explicarnos las discordancias? San Agustín escribió el año 400 su "De consensu evangelistarum" con el fin de aclarar las divergencias y de defenderlo contra los paganos, que las ponían en evidencia. El tema fue tratado por diversos investigadores desde fines del siglo XVIII en adelante; desde entonces se ha tenido toda una serie de teorías y de hipótesis. Las discusiones continúan y comprueban que aún no se ha encontrado una solución. Se trata de reconstruir "las fuentes": los dichos del Señor, el Mateo arameo, una tradición oral. Se afirman y se niegan correspondencias entre cada uno de los sinópticos.

El método de investigación ideado por Martin Dibelius y por Rudolf Bultmann, método que se llama en alemán "Formgeschichte" (historia de las formas) y en inglés "Form Criticism", considera muchos textos del Evangelio como un reflejo de lo que en la época creaban y elaboraban las multitudes.

Pero ¿todas estas teorías, a veces complicadísimas y cuya sucesión demuestra a las claras su insuficiencia, son en realidad indispensables? ¿Acaso no basta la realidad histórica para explicar la armonía que se encuentra en los textos de la Pasión? ¿Acaso las diferencias entre los Sinópticos no se explican con las características de temperamento y de origen de cada uno de los Evangelistas, con la influencia ejercida por San Pedro sobre San Marcos y por San Pablo sobre San Lucas —porque Pedro y Pablo son muy diferentes y a la vez muy semejantes entre sí— con la diversidad de ambiente en el que escriben (Mateo en Palestina, Marcos en Italia) —y además con la diversidad de ambientes a los que los Evangelistas se dirigen

(judío-cristianos, y gentiles), y con las oscilaciones entre las fuentes históricas, y con el testimonio de los testigos oculares, algunos de los cuales conocían *de visu* quién un episodio y quién otro, y las diferencias en las características y en la preparación cultural de cada uno de los Evangelistas—? Hay que tener siempre presente que la intención común a todos no es la de hacer labor de biógrafos o de escribir literatura, sino de ponerse al servicio de un apostolado. ¿Y acaso no aparece en todos los Evangelios la huella de la predicación de viva voz, de la que se han derivado, y que por su naturaleza misma lleva a oscilaciones? ¿Acaso no sucede con frecuencia que la crítica se dedica a desmenuzar y a reconstruir textos orgánicos hipotéticos, en algunos pasajes en los que sería más a propósito reconstruir y comprender mejor las personalidades históricas vivientes y operantes? ¿Y acaso no encontramos con frecuencia un pretendido objetivismo en lugares en donde entra en juego un subjetivismo palpitante de vida y de pasión?

18.—San Juan Evangelista

Según la tadición antigua de la Iglesia, el Apóstol San Juan, hijo de Zebedeo y hermano de Santiago *el Mayor,* escribió el cuarto Evangelio en Efeso, en Asia Menor. Acerca de San Juan escribió hacia el 180 San Ireneo de Lyon: después (o sea, después de los tres primeros Evangelistas) Juan, discípulo del Señor, "aquel a quien Jesús amaba (y que) se apoyaba en el pecho de Jesús" (J. 13, 23) redactó también un Evangelio, cuando habitaba en Efeso, en el Asia. San Juan vivió, probablemente, en la época del emperador Trajano (98-117). San Ireneo dice que se basa en las noticias que refiere, a lo que había sabido por boca del obispo Policarpo de Esmirna (m. el

155) que había conocido a San Juan en vida. También otros escritores antiguos nos confirman que, después de la muerte de Domiciano, San Juan regresó de la isla de Patmos a Efeso. El Evangelio de San Juan estaba destinado a presentarnos a Jesús espiritual (pneumático). Se cree que San Juan escribió su Evangelio después del Apocalipsis, redactado en el destierro de Patmos.

Algunos herejes rechazan tanto el Apocalipsis cuanto el cuarto Evangelio, a pesar de lo cual la Iglesia, a partir del siglo III, ha mantenido firme su fe en el origen apostólico del cuarto Evangelio, y sólo en 1820 comenzó a abrirse paso el escepticismo, representado en la literatura por un investigador alemán, Bretschneider. El autor del cuarto Evangelio sería, según una de las hipótesis que se han presentado, un Juan presbítero de Efeso.

Se hace notar lo siguiente: San Pablo (Hechos de los Apóstoles, 20, 28) llama a los "presbíteros" de Efeso "obispos", hombres ancianos, cuya obligación era "cuidar la grey", "vigilar" y "apacentar la Iglesia del Señor". En la I Ep. de San Pedro (5, 1) el Príncipe de los Apóstoles dice: "yo, que soy anciano como ellos, y he sido testigo de los sufrimientos de Cristo... apacentad la grey de Dios que está entre vosotros..." ¿No será, pues, arriesgado el contraponer el Anciano o Presbítero al Apóstol? O sea, Juan el Presbítero (Anciano) y Juan el Apóstol ¿no podrían ser la misma persona?

Pero, se dice, "el otro" Juan, el Evangelista "verdadero", el Presbítero, era también discípulo de Jesús y testigo de la historia evangélica... y además Juan murió mártir el año 66, o sea, cuatro años después del martirio de Santiago, hermano del Señor (el año 62), en tanto que en el martirologio de Cartago, redactado el año 505, pero basado en fuentes más antiguas, se dice: "El 27 de diciembre (fiesta) de San Juan Bautista y de Santo San-

tiago, a quien Herodes hizo asesinar." Ahora bien, este Juan (Bautista), primero en el tiempo y tercero en aparecer en la discusión, estorba, y no en pequeño grado, al crédito en la teoría que contrapone Juan el Presbítero a Juan el Apóstol, para hacer de Juan el Presbítero el autor del Evangelio, en lugar de Juan el Apóstol, el discípulo predilecto del Señor.

Y si después, por alusiones contenidas en el Evangelio mismo, llegáramos a comprobar que el autor fue el Apóstol y no el Presbítero de Efeso, habría que explicarse por qué el Presbítero hace esfuerzos para hacerse pasar por el otro.

Marcos 1, 19, refiere: "Pasando un poco más adelante (Jesús), vio a Santiago de Zebedeo, y a Juan su hermano, cuando estaban en su barca limpiando las redes; inmediatamente los llamó, y ellos, dejando en la barca a su padre Zebedeo con su ayudante, lo siguieron." El episodio referente a la hija de Jairo (Marcos 5, 37): "Y (Jesús) no permitió que nadie lo acompañase, excepto Pedro, Santiago y Juan, hermano de Santiago." En los Hechos de los Apóstoles 3, 1 ss.; 4, 13; 8, 14 ss., se lee: "Ahora bien, los Apóstoles, que estaban en Jerusalén, habiendo sabido que la Samaria había acogido la palabra de Dios, enviaron a ella a Pedro y a Juan..." En los Gálatas, 2, 9, San Pablo escribe: "Santiago, Cefas (Pedro) y Juan, que son considerados las columnas de la Iglesia, tendieron la diestra a mí y a Bernabé y a mí en señal de unión, a fin de que nos dirigiéramos a los gentiles..." En Juan, 19, 25 s.: "Ahora bien, estaban junto a la Cruz de Jesús su madre y la hermana de su madre... Y Jesús, viendo a Su madre y, junto a ella, al discípulo que le era más querido, dijo a Su madre: «¡Mujer, he aquí a tu hijo!» Después dijo al discípulo: «¡He ahí a tu madre!» Y el discípulo la llevó a su casa consigo."

Jesús, al lado de Su madre, vio "al discípulo que amaba"... después dijo "al discípulo"... "el discípulo la llevó a su casa consigo"... ¡No podía escribir de esta manera más que el *Apóstol* Juan y ningún otro Juan del mundo!

Haciendo a un lado los descubrimientos de documentos, papiros, etc., los fautores de la tesis según la cual el autor del Evangelio es Juan el Presbítero, afirman que Santiago, hermano (primo) del Señor, murió mártir el año 62; Juan el Apóstol y su hermano Santiago sufrieron también ellos la muerte, y exactamente, sea juntos, al mismo que Santiago hermano del Señor (en el 62), o bien en el 66. En tal caso hay que calcular: aproximadamente a la edad de 25 años se convierte Juan en seguidor de Jesús; en el 66 él tiene aproximadamente 58 años...

Ahora bien, en Juan 21, 18 ss., Jesús anuncia a Pedro que habría de morir mártir. En aquel momento "al volverse Pedro, vio que venía cerca de él el discípulo predilecto de Jesús, el mismo que en la Cena se había reclinado sobre el pecho de El y le había preguntado: «Señor, ¿y quién es aquel que te traicionará?»"

De manera que también aquí, para indicar a Juan, encontramos las mismas circunlocuciones que ya hemos notado arriba en J. 19, 25. ¿Y qué necesidad habría de estos matices de exquisita delicadeza en Juan el Presbítero? ¡"Juan" al lado de Pedro no tenía necesidad de este lujo de detalles!

Pero prosigamos con la lectura del último trozo del Evangelio: "Viéndolo, pues, Pedro, dijo a Jesús: «Señor, ¿y qué será de él?» Le respondió Jesús: «Si Yo quiero que permanezca así hasta el día de Mi regreso, ¿qué a ti? Tú sígueme.» Por ello se esparció entre los hermanos el rumor de que aquel discípulo no habría de morir." Es bien sabido que aun en la actualidad se dice de quien alcanza

una longevidad extraordinaria: "Este hombre no va a morir nunca!"

¿Se realizó la profecía de Jesús o no? ¡Si Juan el Apóstol ha muerto a la edad de 58 años, entonces Jesús ha visto bastante mal, y ha sido justamente Juan el Presbítero el que nos ha dado a conocer este error a todas las generaciones futuras!

En suma, que reflexionando un poco sobre la tesis "crítica" de Juan el Presbítero, en lugar de Juan el Apóstol, como autor del cuarto Evangelio, quedamos desconcertados, aun en el caso de que nuestras suposiciones fueran falsas.

19.—El discípulo "al que Jesús amaba"

En Juan 13, Jesús anuncia la traición de parte de Judas. Versículo 23 ss.: "Ahora bien, estaba sentado a la mesa, con la cabeza reclinada sobre el pecho de Jesús, uno de los discípulos, aquel a quien Jesús amaba. Simón Pedro le hizo una indicación y le dijo: «Dime, ¿de quién habla?» Y aquel discípulo, estando reclinado sobre el pecho de Jesús, volvió la cabeza hacia atrás sobre el hombro de El y le preguntó: «Señor, ¿quién es?...»"

J. 18, 15: (Jesús ante Anás y Caifás): "Simón Pedro y otro discípulo seguían a Jesús; y como aquel otro discípulo era conocido del sumo sacerdote, entró con Jesús en el patio del sumo sacerdote, en tanto que Pedro permaneció de pie, fuera, junto a la puerta. Después, el otro discípulo, que era conocido del sumo sacerdote, salió..."

Séanos permitido hacer notar: ¿esta delicada sensibilidad de no decir jamás "Juan" se debe a Juan el Presbítero, el presunto autor del Evangelio? Y el discípulo que participa en la Cena y que está en intimidad con Pedro no es Juan el Apóstol? Y no es él acaso el discípulo "que

reclinó la cabeza sobre el pecho del Señor"? ¿Por qué razón Juan el Presbítero, al referirse al Apóstol, no dice "Juan"?

Juan el Apóstol, "el discípulo" que está a los pies de la Cruz junto a la madre de Jesús, ¿no era más adecuado que Juan el Presbítero para escribir el Evangelio pneumático? Detrás de Marcos está Pedro, detrás de Lucas está Pablo, ¿pero detrás del Presbítero quién está?

La resurrección de Jesús, en Juan 20, 2 ss.: "Entonces (María Magdalena) llegó corriendo a donde estaban Simón Pedro y el otro discípulo al que Jesús amaba... Pedro y el otro discípulo salieron... pero el otro discípulo caminó más de prisa que Pedro y llegó antes al sepulcro... Entonces también el otro discípulo que había llegado antes al sepulcro..." Es evidente que el autor del Evangelio es Juan el Apóstol, el cual por humildad habla de sí en tercera persona y por alusiones, y no Juan el Presbítero que sería humilde por cuenta de otro.

20.—El Evangelio de San Juan

Este se distingue de los Sinópticos sobre todo por los discursos de Jesús, que en San Juan son diferentes de los tres primeros Evangelios: largos, elaborados, mantenidos en un tono elevado. Es diverso también el número de los viajes hechos por Jesús a Jerusalén. El orden cronológico en la sucesión de los hechos narrados es más exacto en San Juan.

Desde el punto de vista teológico: el concepto del "Reino de Dios" que predomina en los Evangelios precedentes es sustituido en San Juan, por lo general, con el de "vida eterna", la cual indica un bien presente, en acto, y no solamente escatológico, el conocimiento de Dios y la fe en Jesús, enviado por Dios. El "Hijo del Hombre"

indica en San Juan el mensajero de Dios que, habiendo venido del cielo, es elevado, al final de su peregrinación por la Tierra, a la gloria celestial. En el cuarto Evangelio el mensaje de salvación vale para toda la humanidad. "Nosotros creemos en El", dicen los habitantes de Samaria a la Samaritana, "no sólo por lo que tú nos has dicho, sino porque nosotros mismos lo hemos oído, y reconocemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo" (4, 42). ¿Y acaso Jesús no ha sido enviado para salvar a las ovejas de la casa de Israel? Sí, pero también a los paganos. "Tengo también otras ovejas que no son de este redil; también es menester que las atraiga; y ellas escucharán mi voz, y se tendrá un solo rebaño y un solo pastor" (10, 16).

En las disputas de Jesús con los escribas, que nos presenta San Juan, no se encuentran ya en primer plano las cuestiones de pureza levítica y la observancia sabática, sino el problema de la fe o la falta de ella. En el prólogo (1, 17) se lee: "Porque la Ley ha sido dada por medio de Moisés; la gracia y la verdad han venido por medio de Jesucristo. Nadie ha visto Jamás a Dios; su unigénito Hijo, que se halla en el seno del Padre, es el que nos Lo ha dado a conocer." En el Cap. I, en donde trata de los primeros discípulos: Filipo encontró a Natanael y le dijo: "Hemos encontrado a aquel de quien han escrito Moisés, en la Ley, y los profetas: Jesús de Nazareth" (1, 45).

21.—El misterio de la persona de Cristo

En lugar prominente del cuarto Evangelio se encuentra el misterio de la persona de Cristo, un tema que inquietó a todos, como se puede observar también en los sinópticos. ¿Quién es Jesús? Su autodefinición de "Hijo del Hombre" —que es muy clara para quien sepa que "Adam"

(hombre) equivale aquí a "Dios"; en la literatura rabínica Dios es a veces indicado con "Adam"—, y que resultaba confusa y comprometedora para los fieles, e irritante para los adversarios. ¿Hijo del hombre? Es un hombre... Es la tesis que sostienen aún en la actualidad muchos exégetas. Y, sin embargo, no es así.

En el Evangelio de San Juan, Jesús habla de sí mismo en primera persona: Yo soy. "Yo soy la luz del mundo" (8, 12). Así habló Jesús: "Yo soy la luz del mundo; quien me sigue no caminará en las tinieblas, sino que tendrá la luz de vida" (8, 17). Nótese ante todo la antítesis tan querida a Juan: luz-tinieblas. Léase J. 1, 4: "En El (el Verbo, Jesús) estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres; y la luz brilla en las tinieblas y las tinieblas no lo han acogido." Y cuando habla de Juan Bautista con respecto a Jesús: Juan "no era la luz, sino que vino para dar testimonio de la luz...". "La verdadera luz, que ilumina a todo hombre, estaba a punto de venir al mundo. El estaba en el mundo, y el mundo fue hecho por medio de El (el Verbo de Dios); pero el mundo no Lo ha conocido." Por consiguiente, está claro el dicho: "Yo soy la luz del mundo", Yo soy la verdadera luz, o sea, la vida de Dios en el hombre. El mundo representa las tinieblas, las cuales no conocen la luz. Jesús es la vida y la resurrección. "Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna; y yo lo resucitaré en el último día... Como el Padre que vive (eternamente) me ha enviado y yo vivo (eternamente), porque el Padre vive, así quien me come, también vive, porque yo vivo" (6, 54 s.). "Vivir", evidentemente, significa: vida eterna.

¿Existe un nexo entre "yo soy" y "yo vivo"? "Yo soy" reaparece con muchísima frecuencia en el Antiguo Testamento como palabra dicha por Dios. "Yo soy" equivale a "Yo existo eternamente"; "Yo vivo", en el Antiguo

Testamento como palabra de Dios, equivale a "Yo vivo eternamente". El mismo significado tienen en boca de Jesús las expresiones: Yo vivo, yo soy. Basta volver a leer, también en Juan (10, 26 s.): "Mis ovejas escuchan mi voz, y yo las conozco, y ellas me siguen. Yo les doy la vida eterna, ellas no perecerán jamás..."

"En verdad, en verdad os digo, que si alguien observa mi palabra, no verá jamás la muerte" (J. 8, 51), porque le habrá tocado en suerte la vida eterna. Los hebreos no comprenden: ¡Pero si todos mueren! ¡Si ha muerto hasta el patriarca Abraham y han muerto todos los profetas! La respuesta: "Antes de que Abraham naciera, yo existo" (8, 58) ocasiona nuevo estupor entre los oyentes: "¿Aun no tienes cincuenta años y ya has visto a Abraham?" "Yo soy", en el sentido del Antiguo Testamento, con respecto a Dios, significa: yo existo eternamente. Quien observa la palabra de Jesús, porque tiene fe en Jesús, entra en posesión de la vida eterna. "En verdad, en verdad os digo que quien escucha mi palabra y cree en Aquel que me ha enviado, tiene vida eterna, y no sufrirá el juicio, sino que ha pasado de la muerte a la vida. En verdad, en verdad os digo que está por llegar la hora, más aún, ya ha llegado, en que los muertos escucharán la voz del Hijo de Dios, y los que la hayan oído, vivirán. Así como el Padre tiene vida en sí mismo, así ha dado también al Hijo el tener vida en sí mismo" (5, 25 s.), o sea, que no a través de un acto de generación, sino de una manera totalmente independiente de todo hecho exterior. Porque el Padre y el Hijo son la vida eterna.

Ahora bien, "si alguien me ama, observa mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos en él nuestra morada" (14, 23), o sea, que existe una relación directa entre el hombre mortal y Dios eterno.

Los prodigios realizados por Jesús asumen en el cuarto Evangelio el carácter de "señales", en cuanto que comprueban que Jesús es el Hijo de Dios. La prodigiosa multiplicación de los panes comprueba lo que Jesús dice en J. 6, 35, 48. En 6, 27, Jesús dice: "Tratad de procuraros no el alimento que perece, sino el alimento que dura para la vida eterna, el cual el Hijo del Hombre os dará, porque el Padre (o sea Dios) ha puesto sobre El su señal." La señal de Dios es "verdad". "Esta es la obra de Dios: que creáis en aquel que ha mandado... No os ha dado Moisés un pan del cielo (el maná no era pan del cielo, en cuanto que no trajo la vida eterna), porque el pan de Dios es aquel que baja del cielo (Jesús mismo) y da vida (eterna) al mundo." Jesús, que existe antes que el mundo fuera creado, es el pan bajado del cielo para apagar los deseos de todos aquellos que tienen hambre y sed de Dios. Continúa el discurso eucarístico: Jesús es alimento celestial y bebida celestial en forma visible.

J. 9, 8 ss. habla de la curación del ciego de nacimiento. A este episodio se asemejan los pasajes: 8, 12; 9, 5. En el 8, 12, Jesús dice: Yo soy la luz del mundo; quien me sigue, no caminará en tinieblas, sino que tendrá "la luz de la vida". Al lado del pan de la vida y del agua de la vida, tenemos aquí la luz de la vida, la luz del mundo. El ciego de nacimiento caminaba en medio de las tinieblas; Jesús le ha conferido el don de la luz. "Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo" (9, 5).

Jesús hace una distinción entre el ciego verdadero que se lamenta porque no ve, y el otro que, aunque sólo ve con los ojos físicos, dice que "ve". "¿Acaso estamos ciegos también nosotros?", preguntan los adversarios. Y Jesús les reprocha: "Si estuvierais ciegos, no tendríais ninguna culpa, pero porque decís: «Nosotros vemos» vuestra culpa es completa." Siempre y dondequiera los prodigios tienen

un valor para interpretar los discursos de Jesús, que aun cuando sean breves, tienen un significado profundo.

Hay además otros discursos en el Evangelio de San Juan, que tienden a aclarar el misterio de la persona de Jesús: "Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie llega al Padre sino por medio de mí. Si me hubierais conocido a mí, habríais conocido también a mi Padre; de ahora en adelante Lo conoceréis; y, en realidad, ya lo habéis visto" (14, 6 s.).

Mateo, 16, contiene la confesión de San Pedro: "Tú eres el Cristo (el Mesías) Hijo de Dios vivo" (Eterno). Es la primera y solemne declaración "oficial", hecha en nombre de todo el Colegio Apostólico. El Evangelio de San Juan nos ofrece una aportación definitiva para el desarrollo de la idea cristológica, una aportación que no podía ser ofrecida autorizadamente más que por Juan el Apóstol.

22.—Hechos de los Apóstoles

Contiene: Introducción. Aparición de Jesús resucitado y la Ascensión. Reintegración (después de la muerte de Judas Iscariote) del Colegio Apostólico. La Iglesia en el período judío-cristiano. El suceso de Pentecostés: la venida del Espíritu Santo. Los conflictos con las autoridades hebreas. El diaconado. San Estaban protomártir. El diácono Felipe como misionero. Conversión de San Pablo.

Principio y desarrollo de la misión entre los gentiles. San Pedro como misionero. Los comienzos de la comunidad cristiana de Antioquía. Las persecuciones de la primitiva comunidad por obra de Herodes Agripa. Los viajes misioneros de San Pablo y San Bernabé.

San Pablo y la misión entre los gentiles. Los viajes misioneros. La vida de San Pablo en Jerusalén. San Pa-

blo prisionero en Roma. (Mayores datos acerca de San Pablo y su obra se encontrarán en los capítulos de introducción a las Epístolas del Apóstol.)

Los "Hechos" tratan de San Pedro, Príncipe de los Apóstoles, y de San Pablo, el Apóstol de los gentiles, pero el libro tiende principalmente a ofrecernos una idea de la marcha triunfal que iba realizando el Evangelio conforme a la predicación de Jesús: "Vosotros recibiréis fuerza cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén y en toda la Judea y la Samaria y hasta los confines de la Tierra" (I, 8). Esta obra se realiza, según pone de relieve en los Hechos, por obra del Espíritu Santo. La conversión de los gentiles forma el centro del interés religioso de San Lucas, y así se explica su interés particular por San Pablo, el Apóstol de los gentiles, en cuya actividad el mismo Lucas participa personalmente durante cierto tiempo.

San Lucas se basa en un documento referente a los itinerarios de San Pablo, un documento de un anónimo compañero de San Pablo cuyo texto se reconoce por el uso del pronombre "nosotros".* Se trata de un testigo ocular, que ha visto y conocido las personas y los lugares de los que habla. El es testigo ocular de los procesos sufridos por San Pablo en Jerusalén y en Cesarea.

23.—San Pablo

"Yo soy un judío, ciudadano de Tarso en Cilicia" (Hechos 21, 39). Desde niño fue iniciado en el estudio de la Biblia. Su padre era, por lo que parece, fabricante de telas y de tiendas, por lo cual de pequeño aprendió en la fábrica de su padre a tejer las pieles de cabra para

* En opinión de otros: Cuando San Lucas dice "nosotros", se refiere a episodios de los que él mismo fue testigo.

hacer las tiendas. En Jerusalén se convirtió en discípulo del insigne maestro Gamaliel, "instruido según la verdad de la Ley paterna, observante de la Ley al igual que todos vosotros" (Hechos 22, 3).

En el discurso de autodefensa pronunciado por San Pablo en presencia de Agripa, el Apóstol dice: "Cuál ha sido la vida que desde la primera juventud he llevado en el seno de mi nación en Jerusalén, todos los judíos lo saben; saben que desde lejanas fechas... he vivido conforme a los principios del partido más rígido de nuestra religión, o sea, como fariseo. Y ahora, he aquí que soy llamado a juicio por razón de las esperanzas que tengo en la promesa de Dios a nuestros padres, promesa que las doce tribus, sirviendo con fervor a Dios de día y de noche, esperan que se cumpla. Por esta esperanza, oh rey, soy acusado por los judíos!... Yo mismo, es cierto, una vez consideré mi deber el oponerme con todas mis fuerzas al nombre de Jesús nazareno; y así lo hice efectivamente en Jerusalén; y, recibiendo para ello los poderes de los jefes sacerdotales, encerré en las prisiones a muchos de los santos; y cuando eran condenados a muerte, di mi voto de aprobación. Y muchas veces, yendo de una sinagoga a otra, a fuerza de castigos los obligué a blasfemar; y, cobrando cada vez mayor saña contra ellos, los perseguí hasta en las ciudades extranjeras. Cuando iba yo con este fin a Damasco con poder y por comisión de los jefes sacerdotales, en el camino, en pleno mediodía, yo vi, oh rey, una gran luz más deslumbrante que la del Sol, que brilló desde el cielo en torno a mí y a los que viajaban conmigo. Caímos todos por tierra, y yo escuché una voz que me decía en hebreo: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?...» Y yo exclamé: «Señor, ¿quién eres?» Y el Señor respondió: «Soy Jesús, a quien tú persigues. Pero levántate, porque me he aparecido a ti para constituirte

en ministro y testigo de las cosas que has visto, y de aquellas para las que te apareceré de nuevo. Yo te protegeré de este pueblo y de los gentiles a los cuales te envío para que les abras los ojos, a fin de que se conviertan de las tinieblas a la luz y de la potestad de Satanás a Dios, y obtengan por la fe en mí, el perdón de los pecados, y una parte de la herencia prometida a aquellos que le están consagrados...» Por la ayuda de Dios, he vivido hasta este día, presentando mi testimonio a grandes y a pequeños, sin añadir una sola palabra a lo que los profetas y Moisés han dicho que debe suceder, o sea: que Cristo tenía que sufrir, y que, siendo El el primero que resucitara de los muertos, anunciaría la luz al pueblo y a los gentiles..." (Hechos 26, 4 ss.)

En la primera Epístola dirigida a Timoteo y que forma parte de las Epístolas Pastorales, escritas entre el 64 y el 67, San Pablo dice así: "Doy gracias a Aquel que me hizo fuerte, a Jesucristo, Señor nuestro, porque me consideró digno de confianza, confiriéndome un ministerio a mí, que antes era un blasfemo, un perseguidor; pero obtuve misericordia, porque había obrado por ignorancia, ya que carecía de la fe. Abundó en mí la gracia de nuestro Señor, con la fe y la caridad que están en Jesucristo. Es digno de fe y de aceptación el dicho de que Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores, el primero de los cuales soy yo. Pero justamente para esto obtuve misericordia, a fin de que en mí, que soy el primero, manifestara toda (Su) longanimidad. ¡Al Rey de los siglos, incorruptible, invisible, único Dios, honor y gloria por los siglos de los siglos! Amén." (1, 12 ss.).

Pablo, que antes "devastaba la Iglesia, entrando por las casas y arrastrando hombres y mujeres, haciéndolos poner prisioneros" (Hechos 8, 3), fue después "asido por Jesucristo" (Filipenses, 3, 12). En el camino de Damasco,

Pablo fue atacado por la ceguera, sus compañeros lo tomaron de la mano y lo condujeron a Damasco, donde permaneció tres días sin tomar alimento. El Presbítero de la Comunidad de Damasco visita a Pablo, por orden de Jesús y, mediante la imposición de las manos, le restituye la vista. Respecto al subsiguiente bautismo, Pablo escribe (Rom. 6, 37): "¿O acaso ignoráis que todos los que fuimos bautizados en Jesucristo, en Su muerte fuimos bautizados? Por consiguiente fuimos sepultados con El por el bautismo en la muerte (el bautismo significa muerte y sepultura mística), a fin de que, como ha resucitado Cristo de la muerte para gloria del Padre, también nosotros caminemos en la nueva vida. En efecto, si nos hemos convertido en un solo renuevo (con El) en la semejanza de Su muerte, lo seremos también en la resurrección, teniendo siempre presente que nuestro hombre viejo fue crucificado con El, a fin de que fuera destruido el cuerpo del pecado, para que no nos sirviera ya para el pecado. En efecto, quien está muerto, ya se ha liberado del pecado."

El sábado siguiente a su bautismo, San Pablo se lanzó a predicar a Cristo en la sinagoga. Amenazado de muerte por parte de los hebreos, Pablo se puso en camino para llegar a Arabia. De allí retornó a Damasco: "Luego, tres años después, subí a Jerusalén a visitar a Cefas (Pedro) y permanecí con él quince días. No vi a otro apóstol que a Santiago, hermano del Señor" (Gálatas, 1, 18 s.). Se trata de Santiago el menor, hijo de Alfeo, pariente de Jesús, que no hay que confundir con Santiago, hijo de Zebedeo y hermano del Apóstol San Juan. Por "Arabia", nombre que entonces abarcaba toda la península arábiga, hay que entender el reino de los nabateos, con su capital, Petra.

Después de un período de recogimiento, San Pablo regresó a Damasco a fin de realizar allí labor de evange-

lización. Ahora bien, dice San Lucas en los "Hechos", 9, 23, pasados muchos días, los judíos se pusieron de acuerdo para darle muerte; pero su conjuración llegó a conocimiento de Saulo. Llegaron hasta hacer guardia en las puertas de la ciudad de día y de noche a fin de darle muerte, pero los discípulos, tomándolo durante la noche, lo descolgaron fuera de la ciudad por una abertura del muro, oculto en una cesta. San Pablo se dirigió a Jerusalén, donde fue acogido con mucha desconfianza, pero fue Bernabé, helenista de Chipre, el que desmintió las sospechas. Un día, cuando estaba orando en el Templo (Lucas nos lo refiere en los Hechos, 22, 17 s.) se le apareció Jesús y le dijo: "Apresúrate, sal de Jerusalén, porque los judíos no aceptarán tu testimonio respecto a mí;... vete, que yo te enviaré a las regiones lejanas." Después de quince días descendió a Cesarea y luego, a través de Tiro y de Sidón, a Tarso.

La Iglesia atraviesa ahora por un período de paz, durante el cual San Pedro desarrolla una provechosa labor misionera. En Cesarea convierte al centurión Cornelio. En Jerusalén Pedro justifica su obra de evangelizador de los gentiles. Los helenistas cristianos iniciaron también la obra de la predicación del Evangelio a los griegos paganos. San Bernabé realizó una labor provechosa en Antioquía. Allí llegó también San Pablo, destinado a ser el Apóstol de las gentes.

24.—Algunos datos referentes a la vida de San Pablo

Datos cronológicos. La conversión tuvo lugar hacia el año 34. Su primer viaje misionero, se desarrolló entre el 46 y el 49. El Concilio de los apóstoles tuvo lugar en Jerusalén el año 49. El segundo viaje, desde la primavera del año 50 hasta el otoño del 53. El tercero, desde la pri-

mavera del 54 hasta la primavera del 58. La prisión en Cesarea, del 58 al 60. El paso a Roma, desde el otoño del 60 hasta la primavera del 61. La primera prisión en Roma, del 61 al 63. Según la opinión de la mayor parte de los investigadores, San Pablo redactó en el período de su primera prisión en Roma, las siguientes cuatro Epístolas: a los Efesios, a los Filipenses, a los Colosenses y a Filemón.

Datos biográficos. En Jerusalén la relación de San Pablo sobre su actividad misionera entre los gentiles fue acogida favorablemente, pero al mismo tiempo el Apóstol recibió noticias del creciente celo de "los judaizantes", enemigos de su misión entre los gentiles. Un voto de abstenerse del corte del pelo (como nazareno) aumentó el resentimiento contra él. Pablo fue acusado de haber introducido a los paganos en el Templo, cosa que sonaba como una grave ofensa para los hebreos y que al mismo tiempo significaba desobediencia a un mandato emanado del gobierno romano. Se concedió a Pablo pronunciar, en hebreo, un discurso de autodefensa ante la multitud excitada. Una alusión que hizo a la misión entre los gentiles fue acogida con gritos de "¡Debe desaparecer de la faz de la Tierra! ¡No debe quedar con vida!" Ante el tribuno romano Lisias, que habría querido hacer torturar al Apóstol, éste aludió a sus derechos de ciudadano romano. Durante la noche que siguió al día en que fue llamado delante del sumo sacerdote Ananías, cuando fue golpeado en la boca, el Señor se presentó a Pablo para decirle: "¡Ten ánimo, así como has dado testimonio de mí en Jerusalén, es necesario que igualmente lo des en Roma!" (Hechos 23, 11). Los "Celantes de la Ley" urdieron una conspiración que tendía a eliminar a San Pablo, enemigo de la Ley de Moisés. La conjuración fue descubierta a tiempo. El tribuno envió ahora a San Pablo, bajo

una buena escolta militar, a Cesarea, a disposición del gobernador Félix. Pasaron así dos años; Félix tuvo como sucesor a Porcio Festo, el cual, queriendo congraciarse con los hebreos, dejó a San Pablo en la prisión (Hechos 24, 27). Festo habría querido hacer conducir a San Pablo a Jerusalén, pero éste, que era ciudadano romano, dijo: "Yo estoy en el tribunal del César... no he hecho mal algunos a los judíos... Apelo al César" (Hechos 25, 10 ss).

El rey Agripa dijo a Festo: "Este hombre podía ser puesto en libertad, si no hubiera apelado al César" (Hechos 26, 32). San Pablo fue enviado a Roma. "Y Pablo permaneció dos años enteros en una casa que él tomó por prisión, en la que recibió a todos los que venían a visitarlo: predicaba el Reino de Dios y, con plena libertad, sin que nadie se lo prohibiera, enseñaba a conocer al Señor Jesucristo" (Hechos 28, 31).

25.—Epístola a los Romanos

a) *La justicia de Dios y la justicia del hombre*

La epístola fue compuesta en Corinto en el invierno del 57-58; la diaconisa Febe, de la Iglesia de Cencres, uno de los puertos de Corinto, la llevó a Roma. El no llegó allí antes del año 61. Las ideas cristianas penetraron en Roma a través de los peregrinos romanos, hebreos o prosélitos, que escucharon en Roma la predicación de San Pedro el día de Pentecostés (Hechos 2, 10) y despertaron gran interés, en particular entre los hebreos residentes en Roma, cuyo número ascendía entonces a más de 40 000. Hacia el año 50, una parte de ellos reconocía a Jesús como Mesías. Bajo el Imperio de Claudio, hacia el año 49 ó 50, muchos hebreos, y entre ellos algunos judío-cristianos, fueron expulsados de Roma a causa de un tumulto ocasionado por un falso mesías, denominado Cristo.

Contenido de la Carta: Después de la introducción se trata el tema de la justicia de Dios. Este término indica la justicia caritativa de Dios, con la cual nos hace justos a nosotros, renovándonos en el Espíritu; es la justicia que El nos comunica para hacernos "santos", para ofrecernos Su gracia mediante la fe. "Porque yo no me avergüenzo del Evangelio, ya que él es la potencia de Dios y la salvación de todos los creyentes, primero de los judíos y después de los griegos. En efecto, la Justicia de Dios se revela en él de la fe a la fe", como está escrito (Habacuc 2, 4): Y el justo vive mediante su "fe" (I, 16 s.).

Del mismo modo que nuestra vida física, así también nuestra vida interior, basada en la fe, es una continua renovación de hechos, que se conjuran y se perpetúan constantemente. La fe (Hebreos 11, 1 ss.) es la constante permanencia en aquello en que se espera, convencimiento de cosas que no se ven — ahora bien, si Dios mismo se nos comunica en espíritu para ofrecernos, como una gracia, la fe, ¿cómo podría Dios complacerse en quien no tiene fe? Los grandes acontecimientos y los grandes hombres de la historia bíblica maduraron bajo el impulso de la fe. El hombre debe, pues, superar el impedimento constituido por el pecado, para seguir al capitán Jesús, cuya vida, obra, enseñanzas y Pasión fueron puestas al servicio del perfeccionamiento de la fe. Todo hombre, ya fuere hebreo o griego, que resiste a la acción de la gracia de Dios para entregarse al pecado, desafía el justo juicio de Dios. Dios dará a cada uno según sus obras. "A los unos, que con constancia en las buenas obras, buscan gloria, honor e inmortalidad, la vida eterna; y a los otros, que son de espíritu rebelde y desobedecen a la verdad para obedecer a la iniquidad, ira e indignación" (Rom. 2, 6-8).

b) *El paganismo*

Aquí nos encontramos ante la justicia punitiva de Dios. La culpa de los paganos provoca la ira de Dios contra ellos. "En efecto, la ira de Dios se vierte desde el cielo en contra de toda iniquidad e injusticia de los hombres que sofocan y aprisionan la verdad con la injusticia; ya que lo que se puede conocer de Dios está patente en medio de ellos, ya que Dios se lo ha manifestado. En efecto, todo lo que es invisible en El, lo descubre la creatura del mundo con la *mente*, a través de las obras, con lo que quiere dar a entender Su potencia y su divinidad, de manera que no tienen excusa, justamente porque, habiendo conocido a Dios, no Lo han glorificado como Dios, sino que se han envanecido en sus pensamientos y fue envuelto en tinieblas su insensato corazón. Jactándose de ser sabios, se convirtieron en necios y cambiaron la gloria del Dios incorruptible por una imagen de hombre corruptible y de pájaros, cuadrúpedos y reptiles" (Rom. 1, 18-23).

El paganismo, en el pensamiento de San Pablo, no es sinónimo de ateísmo, porque las cosas creadas inducen aún a los paganos a concebir mentalmente al Creador, pero a causa del método exclusivamente noético seguido por el pagano, éste le da aquella sensación de autosuficiencia, por la cual, en vez de ser sabio, como habría podido serlo (al menos parcialmente), pasa a ser necio y vanidoso. Su culto de Dios asume formas politeístas y se vuelve hacia simulacros inanimados de hombres y de animales. Su carencia del conocimiento de Dios lo vuelve dos veces injusto, porque en él se manifiesta la "asebia", es decir, falta de piedad religiosa, o sea, lesión del derecho religioso, junto con la "adikia", injusticia con respecto al prójimo, o sea, lesión del derecho social. La conducta personal del pagano lleva la huella de la inmoralidad.

¿Y están acaso los hebreos, el pueblo de la Ley revelada, libres del castigo del Dios Justo? "Tribulación y angustia sobre el alma de todo el que obre el mal; del judío en primer lugar, y del griego en seguida; en cambio, gloria, honor y paz para todo el que obre el bien; judío en primer lugar, y después griego. En efecto, no hay acepción de personas ante Dios". (2, 9-11).

El juicio de Dios se refiere a la conducta de todos, sin distinción de personas, y el conocimiento de la Ley es un agravante para el prevaricador (un principio éste que aparece también en la teología rabínica) y aumenta los méritos y el premio de quien obra bien. La Ley por sí sola no salva: "En efecto, todos los que sin Ley pecaron, sin Ley también perecieron, y cuantos pecaron dentro de la Ley, según esta Ley serán juzgados; porque no estarán junto a Dios aquellos que *escuchan* la Ley, sino los que *observan* la Ley serán reconocidos como justos."

"En efecto, cuando las gentes que no tienen la Ley, hacen por su propia inclinación todo lo que manda la Ley, son Ley en sí mismo... lo cual les atestigua también su conocimiento con sus pensamientos, que unas veces los acusan y otras los defienden... para el día en que Dios juzgará los secretos de los hombres, según mi Evangelio, por Jesucristo" (Rom. 2, 12, 16).

El Apóstol se sirve aquí, para indicar el concepto de "conciencia", del término "kardia", conforme al uso de las lenguas semíticas, que utilizan para "conciencia" el término: "corazón" bajo el aspecto de "centro"; en tanto que otras veces recurre al término preciso tomado de la filosofía griega "synéidesis", que corresponde exactamente al latín "cum-scientia". El conocimiento obra según el impulso de justicia que obra en el hombre, produciendo juicios de asentimiento y de aprobación, o de negación y de desaprobación. La conciencia obra en el hombre como

Ley escrita en el corazón humano. La conciencia recta es una Ley que no está escrita; la Ley revelada apela a la conciencia recta; una y otra se manifiestan en las obras realizadas. La conciencia recta, dirigida a Dios, es música sin palabras. La palabra de Dios, la Ley, cuando es acogida por una conciencia recta, es música celestial que se ha convertido en un sublime canto. La Palabra escuchada y no practicada da muerte a todo lo que hay de divino en el hombre y engendra el pecado, que es muerte. Esta es la enseñanza básica que reaparece en todo el Antiguo Testamento: "la obediencia vale más que el sacrificio" (I Samuel 15, 22 ss.). "Deseo hacer Tu voluntad, oh Dios mío; Tu Ley está colocada en mis entrañas" (Salmo 39, 9). En la enseñanza rabínica (Sentencia de los padres, 3, 17): "¿A quién compararé a aquel cuya sabiduría es superior a sus obras? A un árbol que posee un espléndido ramaje, pero pocas raíces. Llega el viento, — lo arranca y lo derriba. ¿A quién compararé a aquel cuyas obras superan su sabiduría? A un árbol que tiene el ramaje débil, pero muchas raíces. Aunque todos los vientos se abatieran sobre el mundo y sobre ese árbol, no lo moverían de su puesto..." El Apóstol Santiago en su Epístola (2, 14 s.) declara nula la fe, si carece de obras: ¿"De qué sirve, oh hijos míos, si alguien dice que tiene fe, pero no tiene obras? ¿Acaso podrá salvarlo su fe?" Jesús mismo había dicho (Mt. 7, 24): "Quien escucha mis palabras y las pone en práctica, es semejante a un hombre prudente que construye su casa sobre la roca." San Juan 13, 17: "Seréis bienaventurados vosotros si, sabiendo estas cosas, las ponéis en práctica."

c) *La ley y las obras*

La actitud polémica que San Pablo asume frente al judaísmo se basa justamente entre la Ley que proclaman y sus obras. Basta comparar a San Mateo 23, 3 con San Pablo (Romanos 2, 17), para comprender que aquí se recoge el eco de ciertas polémicas entre el hebraísmo tradicional, que se enorgullece de su posesión de la Ley antigua, y los heraldos de la doctrina nueva. Así dice San Mateo (23, 3): "En la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y los fariseos. Todo lo que os digan, observadlo y cumplidlo, pero no obréis según sus obras, porque dicen y no hacen." Semejantes son las palabras de San Pablo (Rom. 2, 17): "Ahora bien, si tú te denominas judío y reposas sobre la Ley... y pretendes ser guía de los ciegos, luz de aquellos que están en las tinieblas... tú, pues, que enseñas a los demás, no te enseñas a ti mismo" (Rom. 2, 17). La Ley debe concretarse en obras buenas, sin las cuales las palabras de la Ley se convierten en vana conversación. El conocimiento de la Ley ofrece el conocimiento del pecado (3, 20), pero no quita de en medio el pecado. Por lo demás, ¿acaso la Ley vale sólo para el pueblo escogido y el Señor no es Dios de todos los hombres?

"Pero ahora, sin la Ley, la justicia (caritativa) de Dios se ha manifestado, testificada por la (misma) Ley y por los profetas (que anunciaron anticipadamente al Mesías-profeta); y digo justicia de Dios por la *fe en Jesucristo* difundida a todos los creyentes, porque no hay distinción: en efecto, todos pecaron y están privados de la gloria de Dios, y están *justificados* gratuitamente por Su *gracia* por la redención en Jesucristo" (3, 21) y es con este medio con el que en el *cristianismo* se realiza, tanto el conocimiento natural de los paganos como el que se ha difundido entre los hebreos por medio de la Ley. El

cristianismo es redentor "por la ley de la Fe" (3, 27). El patriarca Abraham "creyó en Dios y esto le fue tenido en cuenta de justicia". Su fe le fue tenida en cuenta de justicia y Abraham es así el padre de todos nosotros, porque "esperó contra toda esperanza" (4, 18) y "la esperanza no se avergüenza, porque la caridad de Dios se ha vertido en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado" (15, 5).

Nosotros seremos salvados de la ira. "En efecto, si, aun siendo enemigos (en cuanto pecadores), fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, tanto más, ahora que estamos reconciliados, seremos salvos en la vida de El. No sólo esto, sino que continuamos gloriándonos en Dios por nuestro Señor Jesucristo, por el cual hemos recibido, en este tiempo, la *reconciliación*" (5, 10).

El Apóstol pasa a trazar un paralelo entre Adán y Cristo: "Porque, así como por la desobediencia de un solo hombre, muchos fueron convertidos en pecadores, así también por la obediencia de uno solo, muchos serán convertidos en *justos*. Apareció luego la *Ley*, después de que sobreabundó el *pecado*, pero donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia, a fin de que, así como reinó el pecado en la *muerte*, así también la *gracia* reinará por la justicia en la *vida eterna*, por Jesucristo, Señor nuestro" (5, 12 ss.). El bautismo, según la mística paulina, significa estar muertos y sepultados con Cristo y por ello, en cuanto muertos, liberados del pecado. Quien ha muerto con Cristo, y despertado después de la muerte, con Cristo resucita a la vida eterna, porque quien fue despertado de la muerte, no vuelve ya a morir (6, 8). Tal es la vida de quien no está ya bajo la Ley, sino bajo la *gracia*. La gracia de Dios nos salva del pecado, que es muerte. El hombre peca a causa del pecado que habita en él; él quisiera hacer el bien y hace el mal. "¡Infeliz

de mí!", exclama el genial Apóstol, "¿quién me liberará de este cuerpo de muerte (7, 24) (del cuerpo que me impulsa hacia el pecado)?" — "Por la gracia de Jesús, el hombre camina según el Espíritu, y no ya según la aspiración de la carne." "En efecto, todos los que son impulsados por el Espíritu Santo, son hijos de Dios. En efecto, vosotros no recibisteis el espíritu de servidumbre para volver a caer en el temor (de pecar), sino que recibisteis el espíritu de adopción (por la gracia os fue concedido el don de la inhabitación del Espíritu Santo), por el cual gritamos: Abbá, Padre!" (8, 12) porque somos coherederos de Cristo, e hijos adoptivos de Dios. (Nótese que "Abbá, más que "padre", se asemeja a nuestro "papá".) El Espíritu Santo viene ahora a ayudar nuestra debilidad, porque "*nosotros* sabemos lo que debemos decir en nuestras *oraciones,* del modo conveniente, pero el *Espíritu* intercede por nosotros con gemidos inenarrables y quien escruta los corazones sabe cuál es la inspiración del Espíritu, porque según (la voluntad de) Dios implora por los santos (los cristianos)".

d) *La justicia de Dios y la suerte del pueblo escogido*

Jesús era fuerte y, sin embargo, era también dulce y sensible; ¡cuánto amaba a las ovejas de la casa de Israel! El habría querido recoger a los hijos de Israel como otros tantos polluelos bajo sus potentes alas para protegerlos... El dijo un día: "Dejad que los pequeños vengan a Mí..." y acariciaba a los niños del pueblo escogido... Jesús lloró por la ruina de Jerusalén... Israel, Israel, por ti oró Jesús: "Padre, perdónalos, porque no saben..." Del mismo modo Pablo. El robusto misionero, el genial pensador, el gran teólogo y polemista, el futuro mártir Pablo es un sentimental, al igual que otros muchos genios; Pablo com-

prende el odio que alimentan contra él los hebreos. La reacción de los conservadores ante todo lo que es nuevo, inesperado y sorprendente... y quien comprende, perdona. Y también Pablo perdona y... dolorosamente ama. Un gran amor no se halla nunca libre de sufrimientos.

"En Cristo digo la verdad, y no miento, testificándolo conmigo mi conciencia *(syneídesis)* en el Espíritu Santo, que yo experimento un gran dolor y una continua pena en el corazón. En efecto, yo desearía ser anatema (el hebreo *hérem,* todo aquello que está consagrado a Dios y que por ello es destruido) justamente yo (querría hallarme lejos) de Cristo, por mis hermanos, mis consanguíneos según la carne; ellos que son israelitas, a quienes pertenece la adopción (como hijos), la alianza y la legislación, el culto y las promesas, a quienes pertenecen los patriarcas, y de los cuales ha nacido Cristo, por lo que respecta a la carne, el Cual está sobre todas las cosas, Dios bendito por los siglos. Amén" (Rom. 9, 1 ss.).

La justicia (que nos justifica y nos reconcilia con Dios) viene de la fe. "Israel, por el contrario, después de haber corrido tras una ley de justicia, no alcanzó tal ley. ¿Por qué? Porque (perseguía la justicia) no por la fe, sino con las obras" (9, 3 s.). Entonces, ¿acaso Dios ha rechazado a Israel? "¡Jamás! También yo soy israelita, de la descendencia de Abraham, de la tribu de Benjamín. No rechazó Dios a su pueblo, al que había conocido desde tiempos remotos... aun en el momento actual se conserva un residuo (es ésta una idea muy querida de los profetas del Antiguo Testamento) por elección de la gracia. Y si fue por la gracia, ya no fue por las obras, pues de otra manera la gracia ya no es gracia" (11, 1 ss.).

Y ahora viene la amonestación que el Apóstol dirige a los gentiles: ya el hecho de que Israel haya repudiado a Cristo ha servido para la reconciliación del mundo: el

Evangelio fue predicado a los gentiles; cuánto más grande será el beneficio que se les hará con ocasión de su nueva admisión. Si la raíz del pueblo escogido fue santa, también son santas sus ramas. Los gentiles son como una rama silvestre que fue injertada en medio de las ramas de Israel, ramas cortadas por su incredulidad, pero que un día, cuando se hayan convertido, las antiguas ramas podrán ser nuevamente injertadas en su propio olivo (11, 13 ss.). Una vez que haya entrado la multitud de los gentiles, cesará la obcecación de una parte de Israel, gracias a la misericordia de Dios... "¡Oh abismo de la riqueza y de la sabiduría y de la ciencia de Dios, cuán incomprensibles son sus designios e inescrutables sus caminos!... ¡Porque de El derivan, y por medio de El han sido creadas todas las cosas! A El se dé la gloria por los siglos. Amén" (11, 33 ss.).

Con esta doxología se cierra la primera parte de la Epístola a los Romanos.

26.—Epístola a los Romanos. Parte moral

En la segunda parte, el Apóstol trata de los deberes mutuos de los cristianos. La tesis fundamental es: los fieles forman parte de una misma sociedad, son miembros de un mismo cuerpo, y por ello deben tener entre sí relaciones mutuas de unidad. Todos los miembros forman juntamente un solo cuerpo en Cristo, a pesar de la diversidad de los carismas concedidos a cada uno: quién es profeta, quién es ministro del culto, quién está llamado a enseñar. El amor fraterno debe reinar entre todos. "Sed felices en la esperanza, pacientes en la aflicción, perseverantes en la plegaria" (12, 12). "Proveed a las necesidades de los santos, y practicad generosamente la hospitalidad. Bendecid a vuestros perseguidores; ben-

decidlos y no los maldigáis. Alegraos con quien está alegre, y llorad con quien llora... Tened paz con todos" (12, 13 ss.).

En seguida tenemos una exhortación a la sumisión voluntaria a las autoridades, en cuanto que han sido instituidas por Dios, y al espíritu de caridad, porque "quien ama al prójimo, ya ha cumplido la Ley" (13, 6). Todas las prohibiciones, tales como "no matarás", "no hurtarás" están comprendidas en el dicho: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". Así, pues, el amor es el cumplimiento de la Ley. El amor reafirma los vínculos de solidaridad. "Porque ninguno de nosotros vive para sí mismo, y nadie muere para sí mismo, sino que sea que vivamos, vivamos para el Señor, ya sea que muramos, seamos para el Señor" (14, 8). No juzguéis ni despreciéis a vuestro hermano, sino hagamos todo lo que es útil para la paz y la mutua edificación.

27.—La primera Epístola a los Corintios

Esta Epístola fue escrita por San Pablo en Efeso en la primavera, período pascual, del año 57, y nos revela el desagradable estado de cosas que se había ido formando en la comunidad cristiana de Corinto, lugar de encuentro entre varias poblaciones: griegos, orientales y hebreos, lugar de riqueza y de disolución, y de pobreza olvidada. Dentro de la misma comunidad cristiana se habían formado varios grupos que se denominaban, según el criterio de sus preferencias, en favor de Pablo, de Cefas (Pedro), del misionero Apolo, hebreo de origen egipcio, y hasta había un grupo que se denominaba "de Cristo". Se trataba, pues, de preferencias de personas, o, como suponemos nosotros, de interpretación de la Buena Nueva. Queda envuelto en la niebla de las diversas hipótesis el

carácter del grupo que pretendía denominarse "de Cristo". ¿El Evangelio al pie de la letra? La parte de la Epístola que trata la cuestión de los grupos (y no de "partidos"), parece que favorece nuestra hipótesis.

La palabra de la cruz —dice San Pablo— es necedad para los "sabios de este mundo", ¿pero acaso Dios mismo no ha vuelto necia la sabiduría de este mundo y salvifica, para los creyentes, justamente la necedad de la predicación? "Porque los judíos piden portentos, y los griegos piden sabiduría; en cambio, nosotros predicamos a Cristo crucificado, objeto de escándalo para los judíos, de necedad para los gentiles, pero para aquellos que son llamados por Dios, sean ellos judíos o griegos, Cristo, poder de Dios y sabiduría de Dios. Porque la sabiduría de Dios es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad de Dios es más fuerte que la fuerza de los hombres" (Cor. I, 22 ss.).

El Apóstol pasa a hablar de su propia predicación: "Mis conversaciones y mi predicación (en medio de vosotros) no han consistido en los discursos persuasivos de la sabiduría humana, sino en la demostración del Espíritu y de la divina potencia, a fin de que vuestra fe no se apoyara en la sabiduría humana, sino en la potencia divina" (2, 4).

La Sabiduría de Dios es anterior al mundo y está escondida, y si los príncipes de este mundo la hubieran conocido, "ciertamente no habrían crucificado al Señor de la gloria" (2, 8). A nosotros Dios nos ha revelado tal sabiduría por medio del Espíritu de Dios. Nosotros hemos recibido el Espíritu de Dios. "Nosotros tenemos los pensamientos de Cristo" (2, 16). Los predicadores realizan obra complementaria y por ello no deben ser objeto de comparaciones y de preferencias; sólo Dios conoce los designos y los secretos del corazón (3, 5).

Considérese la difícil situación en la que la predicación coloca al predicador del Evangelio: Dios nos ha hecho aparecer a los Apóstoles como los últimos de entre los hombres, como condenados a muerte, porque hemos sido hechos espectáculo ante el mundo, ante los ángeles y ante los hombres. Nosotros somos necios por causa de Cristo, vosotros prudentes en Cristo; nosotros débiles, vosotros fuertes; vosotros estáis en la gloria, nosotros en la deshonra. Y hasta esta misma hora nosotros sufrimos hambre y desnudez, y somos abofeteados, y no tenemos dónde recogernos, y nos fatigamos trabajando con nuestras propias manos; si somos maldecidos, contestamos con dulzura; si se nos persigue, lo soportamos; si se nos injuria, oramos; hasta ahora hemos sido tratados "como el deshecho del mundo, y el desprecio de todos" (4, 9 ss.).

El cristiano que ha cometido incesto (conviviendo en concubinato con su propia madrastra) es abandonado a "Satanás" con el poder del Señor Jesús, para destrucción de su carne, a fin de que sea salvo su espíritu en el día (del juicio) del Señor (5, 5). A propósito de la liviandad de costumbres: "¿Acaso no sabéis que nuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Acaso tomaré yo los miembros de Cristo para convertirlos en los de una meretriz?... ¿O no sabéis que nuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo que está en vosotros, que habéis recibido de Dios y que no os pertenece a vosotros? Porque habéis sido comprados a un elevado precio. *Glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo*" (6, 19). El Apóstol querría que todos viviesen en perfecta continencia, pero admite el matrimonio que vaya alternado, de común acuerdo, con períodos de continencia y de profunda vida de oración, a fin de no exponerse a tentaciones de parte de Satanás. Es mejor casarse que "arder" (7, 9). En seguida el Apóstol condena la separación definitiva de los cónyuges.

Los cristianos son todos llamados por el Señor al estado en que se encuentran. Nada influye la circuncisión o la carencia de ella. Y así también los libres y los esclavos, todos son igualmente libres y esclavos al mismo tiempo, porque el esclavo llamado por el Señor es liberto del Señor, pero como los demás libres, esclavo del Señor. Los siervos del Señor son todos libres en el Señor (7, 18 ss.).

¿Se puede participar en los banquetes de los paganos consumiendo carnes sacrificadas a los ídolos?

A esta pregunta el Apóstol, guiado por su sentido práctico, responde: "Si un alimento causa escándalo a mi hermano, prefiero no comer jamás carne, en vez de ser para él ocasión de escándalo" (8, 13). Por causa del Evangelio, el Apóstol mismo se adapta a las circunstancias, haciéndose siervo de todos. Por lo demás, las víctimas ofrecidas por los gentiles son carnes inmoladas a los demonios y no a Dios, entonces: ¿Cómo podrá participar en la mesa del Señor, en el sacrificio eucarístico, quien participa en la mesa de los demonios? (10, 20).

El ágape, el convite del amor, debe acoger al mismo tiempo a los ricos y a los pobres. Lo que San Pablo nos dice en esta ocasión acerca de la *institución de la Eucaristía* (11, 23 ss.), se considera como uno de los más preciosos documentos referentes a este sublime Misterio. El cristiano debe juzgarse a sí mismo antes de acercase a la Mesa del Señor, porque quien come y bebe indignamente, come y bebe su propia condenación, no teniendo discernimiento del cuerpo (del Señor). Por ello "entre vosotros hay muchos enfermos y débiles y una buena parte están muertos" (11, 30).

Los carismas concedidos por el Espíritu Santo son diversos (sabiduría, ciencia, facultad de obrar curaciones, de profetizar y de obrar milagros), pero todos forman parte de un único cuerpo: *El Cuerpo Místico de Cristo.*

Viene a continuación el sublime Canto de la caridad, uno de los más hermosos fragmentos de poesía en prosa que poseemos: "Aun cuando yo hablase las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo caridad, soy como un bronce que suena o como un timbal que vibra. Y aunque tuviera el don de la profecía, y conociera todos los misterios y toda la ciencia, y si tuviera toda la fe hasta el grado de traspasar las montañas, si no tengo caridad, nada soy. Y si distribuyese a los pobres todos mis haberes, y entregase mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad, todo ello no me sirve de nada. La caridad es paciente, la caridad es benigna; no es envidiosa, no se jacta, no se llena de orgullo, no ofrece nada de inconveniente, no busca su propio interés, no tiene movimientos de ira, no pone atención a las ofensas recibidas, no se goza en la injusticia, sino que se alegra en la verdad; todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera; todo lo soporta..." (13, 1 ss.).

La resurrección de los muertos. Cristo ha resucitado. Si así no fuera, vana sería nuestra fe, y nosotros nos hallaríamos todavía en nuestros pecados. "Si nosotros no tenemos esperanza en Cristo más que para esta vida, somos los más miserables de los hombres" (15, 19). "Así como todos mueren en Adán, así todos serán vivificados en Cristo" (15, 22). "El último enemigo que será destruido es la muerte." "En efecto, es necesario que este cuerpo corruptible se revista de la incorruptibilidad, y que este cuerpo mortal se revista de la inmortalidad" (13, 53).

28.—La segunda Epístola a los Corintios

Los diversos temas tratados por San Pablo en la I Epístola a los Corintios son una respuesta a una serie de preguntas que le fueron presentadas por una delegación de Corintios que había acudido expresamente a Efeso. No

queda excluido que las preguntas presentadas debieran servir para documentar las opiniones del Apóstol que se debían presentar ante algunos que comenzaban a oponerse a él en Corinto. ¿Quiénes eran estos adversarios del Apóstol? ¿Se trataba acaso de judío-cristianos palestinos? ¿De helenistas? ¿O de seguidores de alguna doctrina gnóstica? La I Ep. a los Corintios no quedó sin efecto. San Pablo encontró la oportunidad de dirigirse a los Corintios en una segunda Epístola, después de la cual se encaminó personalmente a Corinto, donde logró reconciliarse con la comunidad.

El adversario de San Pablo —se deduce de la II Ep. a los Corintios 2, 5 ss.— se había arrepentido y el Apóstol lo había perdonado; hagan los Corintios otro tanto y trátenlo con mucha caridad. Se deja ver una nota de autodefensa en las palabras: "Y si quizás nuestro Evangelio sigue siendo confuso, lo será sólo para aquellos que se pierden, para aquellos infieles cuya mente ha cegado el dios de este mundo, a fin de que no vean el esplendor del glorioso Evangelio de Cristo, que es la *imagen de Dios* (II, 4, 4). Nosotros conservamos el tesoro, el Evangelio, en nuestros seres, frágiles vasos de arcilla, a fin de que se vea que la soberana virtud del Evangelio es dada por Dios y no por nosotros" (II, 4, 7).

El Apóstol dirige en seguida a los Corintios un llamado para preparar las colectas para los pobres de Jerusalén. "Vosotros conocéis bien la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, se ha hecho pobre por amor de vosotros, a fin de hacernos ricos con su pobreza" (II, 8, 9). "Dios ama a quien da con alegría" (II, 9, 7).

San Pablo renueva la lucha contra los "superapóstoles", sus adversarios. ¿De qué tienen que jactarse? "¿Son ellos hebreos? También yo lo soy. ¿Israelitas? Yo también. ¿Son de la estirpe de Abraham? Yo también. Son ministros de

Cristo?... Yo lo soy más que ellos. Mucho más que ellos. Mucho más que ellos me he encontrado en trabajos y sufrimientos, en prisiones, en terribles torturas, frecuentemente en peligro de muerte. Cinco veces he recibido de los judíos cuarenta azotes menos uno; tres veces he sido azotado con varas, una vez lapidado, tres veces he naufragado y he pasado un día y una noche en el abismo... y además sufrimientos y adversidades, innumerables noches en vela, he sufrido hambre y sed, frecuentes ayunos, frío y desnudez" (II, 11, 21).

Una visión: "Conozco a un hombre, un cristiano, que hace catorce años —si en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé yo, lo sabe Dios— fue arrebatado hasta el tercer cielo... fue arrebatado al paraíso y escuchó palabras inefables, que no es lícito al hombre proferir" (II, 12, 2). Todo esto lo presenta en contra de los "superapóstoles".

29.—Epístola a los Gálatas

La indicación geográfica es incierta. El Apóstol se dirige a las Iglesias de la parte septentrional o meridional de la Galacia. También se discute la fecha de la redacción de la epístola, la cual asume una importancia histórica excepcional, y ello no tanto por la novedad de las tesis sostenidas —fe más que Ley, circuncisión u otras observancias—, cuanto por el vigor polémico que manifiesta en este documento. Los "judaizantes" habían lanzado un ataque a fondo para reducir el joven cristianismo a un legalismo tradicional hebreo-nacional, con un ligero toque de mesianismo "al modo cristiano". San Pablo se da cuenta inmediatamente de todo esto y se apresta a iniciar una labor de salvamento, con aquel impulso con que una madre se lanza a salvar a su hijo en peligro de muerte...

Ante el ataque de los judaizantes, San Pablo combate y —providencialmente— vence. "A los Gálatas" es la documentación histórica del hecho. El ímpetu del contraataque de San Pablo rompe los diques del estilo y de la forma.

Con la claridad de miras que lo caracteriza, dice San Pablo: "Ahora bien, Cristo nos rescató de la maldición de la Ley, convirtiéndose en maldición por nosotros (porque está escrito: "maldito todo el que pende del madero"), a fin de que llegara hasta los gentiles la bendición de Abraham en Jesucristo y a fin de que nosotros recibiéramos por medio de la fe el Espíritu que nos había sido prometido" (Gálatas 3, 13 ss.). "Así, pues, la Ley fue nuestro pedagogo para conducirnos a Cristo, a fin de que fuéramos justificados por virtud de la fe. Pero una vez que ha llegado la fe, ya no estamos bajo la disciplina de un pedagogo. En efecto, todos vosotros sois hijos de Dios mediante la fe en Jesucristo. Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, os habéis revestido de Cristo" (3, 24 ss.). Quien se hace circuncidar tiene "el deber de observar toda la Ley", y en ese caso, decaéis de la gracia (5, 3 ss.). En verdad, el razonamiento que está desarrollando aquí San Pablo no carece de lógica. La Ley —continúa él— se compendia en esta sola palabra: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo; pero si os mordéis y os devoráis los unos a los otros, guardaos bien de no trabajar en vuestra mutua ruina." La lucha fratricida se debe a la Ley sin amor. Por ello el justo camino no puede ser más que: Amor sin la Ley. Pero "Sin la Ley" no significa libertad carnal, sino obediencia a la voz del Espíritu de Dios en nosotros. Por consiguiente continúan en vigor tanto la caridad como el amor fraterno. Esta es la verdadera elección, la verdadera guía. ¿La Ley? Los mismos circuncidados no la observan. Si alguien renuncia a

la Ley del amor al prójimo, ya sea un hebreo observante o un convertido, ¿se puede hablar de observancia de la Ley de Dios? ¿Acaso la circuncisión o la distinción entre alimentos "puros" e "impuros" —¿ acaso hay algo impuro en lo que Dios ha creado?— constituyen toda la Ley? ¿Acaso la circuncisión o las prescripciones referentes a los alimentos valen más que la cruz de Cristo?

Cuando ha llegado al final de su Epístola, San Pablo nos deja ver un rasgo de su alma luminosa. "En cuanto a mí, no quiero jamás gloriarme más que en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo, mediante la cual el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo. Porque no tiene importancia ni estar circuncidados ni no estarlo, sino que lo que importa es el ser una nueva criatura. Y sobre todos los que sigan esta regla de conducta, y sobre el Israel de Dios, paz y misericordia. De ahora en adelante, nadie me dé más molestias: porque yo llevo en mi cuerpo los estigmas del Señor Jesús" (6, 14 ss.).

¿Cuál es el significado de estos "estigmas"? ¿Cristo me ha sellado con el fuego para ser Suyo, completamente Suyo y ya no del mundo? O bien, ¿yo ardo en fuego por Cristo y llevo las señales de este fuego? ¿Quién, fuera del Apóstol, podría declarármoslo con seguridad? Indudablemente el término "estigmas" esconde un profundo misterio del alma de San Pablo.

30.—La primera Epístola a los Tesalonicenses

San Pablo se dirigió por primera vez a Tesalónica (hoy Salónica), en compañía de sus colaboradores, Silas y Timoteo, el año 50 ó 51. La predicación sabática en la sinagoga no tuvo un gran éxito, pero San Pablo logró ser escuchado por los paganos, "temerosos de Dios". Los hebreos, que eran muy numerosos en Salónica, provocaron

una rebelión del pueblo, que amenazador, rodeó la casa de Jasón, que había acogido al Apóstol, se apoderó de él y de algunos cristianos, para después arrastrarlos ante los politarcos (los jefes de la ciudad). Pablo y Silas dejaron la ciudad. Posteriormente San Pablo se encontró con sus colaboradores en Corinto. Allá llegó al Apóstol la noticia de que los cristianos resistieron el ataque. La primera Epístola a los Tesalonicenses es la más antigua que escribió San Pablo; fue redactada a principios del año 52.

En la Galacia los adversarios de San Pablo eran los judaizantes; en Salónica, los hebreos. El sentimiento del Apóstol con estos últimos encuentra su expresión en la I Ep. a los Tesal. 2, 14 ss.

Después de la exhortación a la caridad y al trabajo, San Pablo trata de la suerte de los que han muerto antes de la parusía. "Porque, si nosotros creemos que Jesús ha muerto y resucitado, debemos también creer que Dios, por medio de Jesús, llevará consigo a aquellos que ya reposan. He aquí lo que os decimos como palabra del Señor: Nosotros, los que vivimos y aun subsistimos, a la venida del Señor (la parusía) no precederemos a los que ya han fallecido.

Porque el Señor mismo, cuando se dé la señal, a la voz del arcángel, al sonar de la trompeta divina, descenderá del Cielo y los muertos serán los primeros que resucitarán, y después nosotros, los vivientes, los que hayamos quedado, seremos arrebatados junto con ellos a las nubes, a lo alto, para ir a encontrar al Señor, y así estaremos siempre con el Señor" (4, 13 ss.).

Los cristianos estamos destinados por Dios, no ya a la ira, sino a obtener la salvación por medio de Nuestro Señor Jesucristo. "El ha muerto por nosotros, a fin de que, ya sea que velemos o descansemos, vivamos unidos con El" (5, 10).

31.—La segunda Epístola a los Tesalonicenses

Hay personas que, refiriéndose a las palabras de los profetas, difunden la voz de que el día del Señor es inminente.

El Apóstol se opone en esta Epístola a tales rumores, a la alarma que de allí se deriva, así como también a la pereza de aquellos que desean tomar pretexto de ello para no trabajar. La venida del Señor no puede ser determinada en cuanto al día en que sobrevendrá. Antes de la segunda venida del Señor tendrá que verificarse una gran defección religiosa, y una rebelión contra Dios y Sus representantes. "Entonces se manifestará aquel malvado a quien el Señor destruirá con el soplo de Su divina boca, y aniquilará con el esplendor de su venida; aquel malvado, cuya venida, merced al influjo de Satanás, se verá acompañada de toda clase de portentos, de prodigios y de fenómenos engañadores y de toda clase de inicuas seducciones, para aquellos que se pierden por no haber acogido el amor de la verdad, que los habría salvado" (II, 2, 8 ss.).

32.—Epístola a los Colosenses

Colosas era una ciudad situada en la parte meridional de la antigua provincia de Frigia, y era sede de una comunidad cristiana. Tanto la comunidad de Colosas, como la de Laodicea y la de Gerápilis fueron fundadas, según todas las probabilidades, por Epafras de Colosas, que había sido convertido anteriormente por San Pablo y fue su compañero voluntario de prisión en Roma. Las tres comunidades estaban compuestas por lo general de gentiles convertidos, pero también se encontraban en ellas algunos judío-cristianos.

Contenido de la Epístola: San Pablo es Apóstol de los gentiles, los cuales están destinados por Dios a participar de los méritos de Cristo. En seguida (2, 6-23) el Apóstol se dirige en contra de los falsos doctores. En la última parte, el Apóstol desarrolla conceptos parenéticos: los fieles constituyen el cuerpo místico, del cual Jesús es la cabeza, y que deben vivir una vida nueva de virtud y santidad. Explica cuáles son los deberes de los cónyuges, de los hijos y de los padres. Exhortación a la oración, a la vigilancia, y a la prudencia frente a los que no son cristianos. Misión encomendada por el Apóstol a Tíquico y a Onésimo.

Acerca de Cristo, San Pablo dice: "El es la imagen de Dios invisible, engendrado antes que ninguna otra criatura, porque en El todo ha sido creado, en los cielos y en la Tierra, las cosas visibles y las invisibles... y El existe antes que todas las cosas y todas las cosas subsisten en El. El es la cabeza del cuerpo, que es la Iglesia, del mismo modo que es el principio, el primogénito de entre los *muertos, a fin de que en todo tenga la primacía. Porque* a Dios le ha agradado hacer habitar en El toda la plenitud, y reconciliar por medio de El todas las cosas, dirigiéndolas hacia El (Cristo)..." (Colosenses, 1, 15 ss.). "Sepultados junto con El en el bautismo, junto con El habéis resucitado (a una nueva vida), mediante la fe en el poder de Dios, que Lo ha resucitado de la muerte" (2, 12).

Contra las falsas doctrinas: "Por ello nadie os condene por razón de alimentos o de bebidas, o en materia de fiestas o de lunas nuevas o de sábados (elementos de observancia religiosa hebrea), cosas todas que son sólo una sombra de las realidades que vendrán y cuya realización pertenece a Cristo. Nadie os arrebate vuestro premio, afectando la humildad o el culto de los ángeles y basándose

en visiones imaginarias... y no adhiriéndose a la cabeza, de la que todo el cuerpo, bien proporcionado y compaginado por medio de junturas y de ligamentos, recibe el desarrollo de parte de Dios" (2, 16 ss.).

Exhortación a la oración: "Perseverad asiduamente en la oración, y velad en ella con acciones de gracias. Orad asimismo por nosotros, a fin de que Dios abra las puertas a nuestra predicación, a fin de que pueda yo anunciar el misterio de Cristo —por causa del cual estoy en cadenas— y pueda darlo a conocer según conviene que yo lo anuncie" (4, 2-4).

33.—Epístola a los Efesios

Efeso era una importante ciudad marítima, y un centro de reunión de varias poblaciones asiáticas. En Efeso desarrolló San Pablo una importante labor misionera, que duró dos años, "de manera que todos los que habitaban en el Asia, judíos y griegos, escucharon la palabra del Señor" (Hechos 19, 10) y "la palabra de Dios crecía poderosamente y se robustecía" (Ib. v. 20) no sin que ocasionara tumultos de parte de los paganos. "Después de hacer esto", leemos en los Hechos 19, 21 s., "Pablo determinó en su espíritu ir a Jerusalén, pero pasando por Macedonia y Acaya. Y cuando me encuentre allá, decía, es necesario que vea también Roma. Y, enviando a Macedonia a dos de sus discípulos, Timoteo y Erasto, todavía permaneció en Asia durante algún tiempo."

Muy pronto inciaron su actividad en Efeso y en Colosas los celosos de la Ley y los sectarios, seguidores de doctrinas gnósticas. De aquí se origina la afinidad de contenido y de forma entre la Epístola a los Colosenses y la enviada a los Efesios; ellas tienden principalmente a ofrecer un profundo conocimiento de Cristo. El contenido

es el siguiente: Antes de la fundación del mundo (el concepto de la elección *ab antiquo* de los cristianos es expresado en otra parte por San Juan y por Santiago con la expresión: "Al principio"), Dios nos ha escogido para ser, según el beneplácito de Su voluntad, hijos adoptivos Suyos por medio de Jesucristo. "También en Cristo vosotros, por haber escuchado la palabra de *Verdad*, o sea, el *Evangelio* que nos salva, y por haber creído en El, habéis recibido la marca del sello del Espíritu Santo prometido (el Espíritu Santo desciende sobre los bautizados), que es la prenda de nuestra herencia, para la plena redención de aquellos a quienes Dios ha adquirido para alabanza de Su gloria" (Efesios 1, 13 s.). "Cristo trajo la paz entre los hebreos convertidos y los gentiles convertidos, ya que a todos los comprende el Cuerpo místico de Jesús, que es Su Iglesia. La fe en El ofrece libre acceso, con plena confianza, a Dios."

La *súplica* del Apóstol (3, 13 ss.): "Y además os ruego que no decaiga vuestro ánimo a causa de las tribulaciones, que yo soporto por vosotros. Ellas son para gloria vuestra, porque hacen de vosotros discípulos de quien sufre en Cristo y con Cristo." La súplica termina con una doxo*logía, con una glorificación de Dios, que derrama sobre* nosotros Sus dones, en una medida superior a lo que nosotros mismos pensamos y creemos.

La segunda parte de la Epístola ofrece abundantes enseñanzas de moral cristiana y se concluye con la presentación de la "armadura" del cristiano (6, 10 ss.): "Por lo demás, fortificaos en el Señor y en Su omnipotente virtud. Revestíos de la armadura de Dios, a fin de poder resistir a los asaltos del demonio... contra los espíritus malignos esparcidos por los aires... Así, pues, estad prontos, ceñidos los costados con la verdad, revestidos con la coraza de la justicia, y calzados vuestros pies con la ale-

gría que da el Evangelio de paz. Además, empuñad el escudo de la fe, con el cual podréis extinguir los dardos encendidos del maligno; tomad el yelmo de la salvación y la espada del espíritu, o sea, la palabra de Dios." Orad por todos los Santos, y también por mí, "embajador encadenado" del Evangelio de Cristo.

34.—Epístola a Filemón

Filemón es un hombre acaudalado, que había sido convertido anteriormente por San Pablo (quizás en Efeso), y que ahora acoge en su casa a los cristianos para la celebración de los sagrados Misterios. Un joven esclavo suyo, Onésimo, después de haber cometido un robo, delito que merecía una pena de crucifixión, huyó a Roma, donde se acercó a San Pablo, quien lo convirtió al cristianismo. El Apóstol no acababa de decidirse a mantenerlo consigo porque, según las prescripciones entonces vigentes, el esclavo permanece siempre como propiedad inalienable de su amo. Por ello San Pablo lo devuelve a Filemón, a quien envía un breve mensaje, con el cual le ruega que dé acogida a Onésimo, no ya como esclavo fugitivo, sino como hermano en Cristo. "Doy gracias a mi Dios, escribe el Apóstol, recordándote siempre en mis oraciones, por que sé cuál es la caridad y la fe que tienes por el Señor Jesús y por todos los santos." El Apóstol tendría pleno derecho de dar órdenes a Filemón con respecto a lo que es su deber, y sin embargo... Y sin embargo, "más bien te suplico en nombre de la caridad, como el anciano que soy, y ahora además como prisionero por Jesucristo, te suplico, digo, por mi hijo Onésimo (hijo en espíritu) a quien engendré en medio de mis cadenas". Acoge a Onésimo, que es "mi corazón". "Lo habías perdido a causa de su huida, durante un corto tiempo, pero ahora él re-

gresa a ti para ser siempre tuyo, no ya esclavo, sino hermano en Jesucristo. Por lo cual, si me consideras tu amigo, acógelo como otro yo mismo. Y si ha cometido alguna falta contra ti, o bien tiene alguna deuda contigo, ponlo en mi cuenta (o sea, haz cuenta como si yo lo hubiera cometido. ¿Me lo perdonarías a mí? Pues perdónaselo a él). Pero si prefieres recibir el pago, pues yo te lo daré (ofreciendo a Dios mis sufrimientos por ti). Yo, Pablo, escribo, de mi propia mano; yo te pagaré (con mis oraciones, con mis cadenas y con beneficios espirituales y de caridad), con tal de no decirte que eres deudor mío de ti mismo (pues que yo te he convertido). Sí, hermano mío, que pueda yo recibir este favor de ti, en el Señor; conforta mi corazón en Cristo. Te escribo confiando en tu obediencia, sabiendo perfectamente que tú harás todavía más de lo que te pido." El Apóstol conoce a fondo la fe viva de Filemón y sabe que sus palabras encontrarán eco en el corazón de aquél.

En San Pablo la bondad del corazón corre parejas con la profundidad de la fe y con la genialidad del pensamiento.

35.—Epístola a los Filipenses

Filipos fue fundada por el rey Filipo II de Macedonia, padre de Alejandro Magno; el emperador Augusto hizo de ella una colonia militar romana y le confirió el *jus italicum*. En tiempo de San Pablo, los habitantes de Filipos eran en su mayoría descendientes de veteranos romanos. Había también una pequeña comunidad hebrea. El año 50 ó 51 llegaron a Filipos Pablo, Sila, Timoteo y Lucas, y fundaron allí una comunidad compuesta en su mayoría de gentiles convertidos. El Apóstol regresó allí en el otoño del 57 y en la primavera del 58. San Pablo tuvo que felicitarse por la bondad de corazón y por la

generosidad de los filipenses, los cuales, apenas supieron que San Pablo se encontraba prisionero, no tardaron en enviarle a Roma a Epafrodito, con algunos auxilios. Al darles las gracias, el Apóstol los exhorta a evitar con todo empeño las discordias internas, con más razón teniendo ante la vista graves peligros: los agitadores hebreos, los antiguos adversarios del Apóstol y los enemigos de la Cruz de Cristo (3, 2 y 3, 18 s.).

Contenido: 1, 16 contiene una alusión a los adversarios personales, si bien el Apóstol espera firmemente que "Cristo será glorificado en mi persona, ya sea con la vida, ya sea con la muerte. Porque para mí el *vivir* es Cristo y el *morir* es una ganancia" (1, 20 s.). El Apóstol vive preocupado por dos deseos contrarios: "Deseo ansiosamente liberarme del cuerpo para estar con Cristo, y ciertamente esto es bastante más cómodo, pero el permanecer en vida es más necesario para vuestro bien" (1, 23).

Los Filipenses viven en perfecta concordia, teniendo ante su memoria a Cristo, el cual "aunque subsiste en la naturaleza de Dios, no consideró un obstáculo el ser igual a Dios, sino que se despojó a sí mismo, tomando la naturaleza de un esclavo, haciéndose semejante a los hombres, y, al ser reconocido como hombre por todo su aspecto exterior, se humilló, haciéndose obediente hasta la muerte, y hasta la muerte de cruz. Y por ello Dios Lo ha exaltado y Le ha dado el Nombre (Dios, Señor), que está por encima de todo otro hombre, a fin de que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo y en la Tierra y en los infiernos, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor en la gloria de Dios Padre" (1, 5 ss.).

La vida interior del Apóstol: "Por amor de El (Cristo) he renunciado a todas las cosas y las considero como basura, a fin de poder ganar a Cristo... no con mi justicia que viene de la Ley, sino con la justicia que se tiene

por la fe en Jesucristo... olvidando lo que dejo tras de mí, siempre tendiendo hacia lo que veo delante..." (3, 9).

El cuerpo glorioso: "En cuanto a nosotros, nuestra patria está en los cielos, de donde esperamos al Salvador, el Señor Jesucristo. Entonces El transformará nuestro miserable cuerpo, en virtud del poder con el que puede sujetar todas las cosas" (3, 21).

Sed alegres en el Señor: "El Señor está cerca. No estéis ansiosos por cosa alguna, sino en toda circunstancia dad a conocer a Dios vuestras necesidades por medio de oraciones y súplicas con acciones de gracias. Y la paz de Dios, que supera todas las inteligencias, guardará vuestros corazones y vuestras mentes en Jesucristo."

"Todo lo puedo." El Apóstol agradece a los Filipenses por los obsequios que le han ofrecido porque aumentan sus méritos delante de Dios. Por lo que respecta a él mismo, el Apóstol añade: "Ya estoy habituado a todo... a estar satisfecho y a soportar el hambre... todo lo puedo en Aquel que me conforta" (4, 13).

36.—Las Epístolas pastorales

Esta denominación originada en la segunda mitad del siglo XVIII, comprende la primera a Timoteo, la de Tito y la segunda a Timoteo. Timoteo y Tito son dos fieles compañeros de misión del Apóstol. A Timoteo, San Pablo le encomienda la dirección pastoral de la comunidad de Efeso, y a Tito la de Creta. Las órdenes que les imparte contienen los comienzos del derecho eclesiástico. Son importantes las partes dogmáticas y cristológicas.

Timoteo es originario de Listras en Licaonia y es hijo de un pagano y de madre judío-cristiana. Desde joven fue colaborador de San Pablo, el cual le encomendaba misiones a veces difíciles, y en particular la defensa de la

Iglesia del Asia Menor de los falsos doctores. La primera Epístola fue compuesta entre el 63 y el 65.

Tito proviene del gentilismo y pertenece a la Iglesia de Antioquía. El logró, entre otras cosas, inducir nuevamente a la comunidad de Corinto a obedecer a San Pablo. También esta epístola fue compuesta no antes del año 63. La segunda a Timoteo fue escrita en Roma. La segunda prisión se vuelve más rigurosa y el Apóstol prevé que será condenado a muerte. La segunda Epístola a Timoteo (como las Pastorales en general), junto con la que dirigió a los hebreos, de la que trataremos en seguida, y alguna otra, han hecho surgir muchas dudas de parte de los críticos por lo que se refiere a su autenticidad. Pero aun en los casos en los que tales dudas pudieran ser justificadas, se trataría siempre de documentos preciosos para el conocimiento de la historia y de la vida del cristianismo antiguo.

37.—La primera Epístola a Timoteo

Timoteo, "mi verdadero hijo en la fe" (1, 1), tiene que combatir las falsas doctrinas basadas en fábulas y genealogías interminables (contenidas en algunos libros apócrifos). Ahora bien, la Ley debe servir para los desobedientes y los depravados y para quien es ignorante en materia de fe (como lo era, por lo demás, antes de su conversión, el mismo San Pablo). "Es verdad digna de fe que Cristo vino a este mundo a salvar a los pecadores, el primero de los cuales soy yo mismo" (1, 14). Se debe orar por todos los hombres, incluso por los reyes, elevando hacia el cielo las manos puras. Sea modesto el traje de las mujeres, excluyendo para ello el oro, las joyas y las vestiduras preciosas. Las mujeres deben ser modestas y silenciosas (2, 11 s.).

Los obispos no deben casarse más que una vez, sean de buenas costumbres, prudentes y no afectos al vino, hagan honorables sus familias. Las mismas prescripciones valen también para los diáconos (3, 1 ss.), todo ello en oposición a los falsos doctores, que proscriben el matrimonio y el uso de determinados alimentos, que, sin embargo, fueron creados por Dios. El combatir los errores y las supercherías es cosa propia de Timoteo, que fue consagrado obispo por San Pablo mismo con la imposición de las manos. Pablo mismo le confirió el poder de consagrar a otros y de elevarlos a la dignidad episcopal (4, 14 s.).

Los ancianos sean tratados con el respeto debido a los padres de familia. Las viudas jóvenes vuelvan a tomar marido; y las ancianas sean ayudadas. Los presbíteros (ancianos), término que con frecuencia indica a los obispos, deben recibir una recompensa.

38.—Epístola a Tito

Por lo que respecta al contenido moral, la Epístola a Tito no es diversa de la precedente. El Apóstol recuerda la labor desarrollada por Tito entre los cretenses, los cuales son vigilados hasta la fecha, a fin de que "se mantengan sanos en la fe, y no hagan caso de fábulas judaicas o de prescripciones de hombres que repudian la verdad" (1, 14). "Todo es puro para los que son puros", porque todo fue creado por Dios; para los corrompidos y para los incrédulos nada es puro.

39.—La segunda Epístola a Timoteo

Al escribir a su "muy querido hijo Timoteo", San Pablo dice que recuerda sus lágrimas (en el momento de la despedida, cuando fue hecho prisionero en Efeso para

ser conducido a Roma) y lo exhorta a sobrellevar también él los sufrimientos por el Evangelio, confiando en la virtud de Dios (1, 8). "Por consiguiente, hijo mío, toma fuerza en la gracia, que está en Cristo Jesús" (2, 1). En los últimos tiempos se aumentará el número de los corrompidos y orgullosos, los cuales al igual que Jana y Mambres (dos magos egipcios que, según la tradición, se opusieron a Moisés) se opondrán a la verdad, pero serán conocidos y abandonados por todos, a causa de su necedad que se hará patente a todos.

El anuncio de su condenación a muerte: "En cuanto a mí, mi sangre está a punto de ser esparcida como libación, y se aproxima el momento de mi partida. He combatido la buena batalla, he llegado al término de la carrera, he guardado la fe. Y ya me está preparada la corona de justicia, que me dará en premio el Señor, que es Juez Justo; y no sólo a mí, sino también a todos aquellos que han esperado con amor su venida gloriosa" (4, 7). "En mi primera defensa nadie me ha asistido, todos me han abandonado —que esto no les sea imputado—. Sin embargo, me ha asistido el Señor y me ha dado valor, a fin de que la predicación por mi medio fuera llevada a su realización y todas las gentes la pudieran escuchar; y yo fui entregado a las fauces del león. El Señor me liberará de toda obra de maldad y me salvará haciéndome entrar en Su Reino Celestial" (4, 16-18).

El último saludo: "El Señor Jesucristo sea con tu espíritu. La gracia con vosotros" (4, 22).

40.—Epístola a los Hebreos

Según la antigua tradición de la Iglesia, también ésta forma parte de las catorce Epístolas paulinas, a pesar de que difiere de las demás en la forma y en el estilo. Se duda

también de las pastorales a causa de su sencillez, pero, por lo que a ellas respecta, se siente viva la huella del noble sentir de San Pablo. En la Epístola a los hebreos las dificultades son notables, las diferencias en la forma son de mayor relieve y —se dice— no aparece muy claro a qué persona está dirigida. Se supone que se trata de los judío-cristianos que viven en Jerusalén. La tesis principal es la superioridad del cristianismo sobre la religión mosaica. El cristianismo es superior al culto de los ángeles. Aquellos que no obedecieron a Moisés no entraron en la tierra prometida; los que no escuchan la palabra de Jesús, no entrarán en el eterno reposo. Jesucristo, sumo sacerdote, es superior a la tribu de Leví. El es sacerdote según el orden de Melquisedec, el cual bendice al patriarce Abraham que le paga los diezmos, por lo cual es superior a la tribu de Leví. El culto basado en los sacrificios, el ofrecimiento de animales, personificado en el sumo sacerdote Aarón, representa un acto iterativo, y se repite periódicamente. El sacrificio de Jesús es único y asegura la salvación de todos los fieles.

El Cap. 7, versículo 13 y ss. de la Epístola a los Hebreos, contiene un pasaje bíblico, el Salmo 95 (94, v. 7 s.), interpretado con un método exquisitamente rabínico: Ya que El es nuestro Dios y nosotros somos el pueblo de Sus pastos y las ovejas de Su mano, *hoy*, oh, si quisierais escuchar su voz que dice: "Guardaos bien, oh hermanos, de que haya en alguno de vosotros un corazón perverso e infiel, que os aleje del Dios vivo; por el contrario, exhortaos los unos a los otros día tras día, mientras se pueda decir *hoy*, a fin de que ninguno de vosotros, seducido por la culpa, permanezca impenitente." Desde el punto de vista científico la exégesis de la Epístola no supera las dificultades que el texto ofrece a los modernos. La interpretación que nos es ofrecida es acaso más hermosa que

verdadera, pero lo que nos interesa es que encontramos varios sentimientos de verdadera piedad cristiana expuestos a través de un método típicamente rabínico; los exégetas palestinos de tiempos de Cristo, en los siglos inmediatamente anteriores y posteriores a El, prefieren referirse a un texto un tanto confuso para interpretarlo con un método exhortativo, parenético, lo cual, dada la sutileza del razonamiento, nos hace pensar que la Epístola está dirigida a los cristianos provenientes del hebraísmo y no de la gentilidad. A estos últimos les habría resultado demasiado difícil comprenderla. El texto "hoy, si escucháis Su voz" es explicado así: "si hoy escuchasteis Su voz". Son éstas, sutilezas que podrían ser comprendidas por un hebreo convertido, pero no por un pagano convertido. Del mismo modo la continuación de la Epístola, que crea un paralelismo entre el texto del Génesis: "Y Dios descansó el séptimo día", y: "descansó" al final del Salmo 95, forma parte del método seguido por los rabinos de entonces, y se encuentra en la literatura parenética hebrea.

No podía estar dirigido sino a los hebreos lo que leemos en la Epístola en el 6, 13: "Porque Dios, cuando hizo su promesa a Abraham, no pudiendo jurar por nadie superior a Sí mismo, juró por Sí mismo... y así él (Abraham), habiendo esperado pacientemente, obtuvo el cumplimiento de la promesa."

¿Quién fue el autor de la Epístola? Según la antigua tradición de la Iglesia, la Epístola a los hebreos es de San Pablo. Hacia el final se encuentra la noticia (13, 23) que dice: "Sabed que vuestro hermano Timoteo ha sido puesto en libertad... saludad a todos vuestros guías y a todos los santos." ¿Por qué no habría de ser de San Pablo la Epístola?

Vosotros, dice la Epístola (5, 12), dado el tiempo que ha transcurrido desde vuestra conversión, deberíais ser ya

maestros, y, sin embargo, aún tenéis necesidad de ser alimentados "con leche" en vez de alimento sólido. Aún os resulta difícil comprender que Jesús fue proclamado Sumo Sacerdote por Dios según el orden de Malquisedec (5, 10). La expresión figurada "leche" en el sentido arriba indicado, recurre también en la I a los Corintios 3, 1 ss.: "Y yo, hermanos míos, no os pude hablar como a personas espirituales, sino que os hablé como a gente carnal, como a niños en Cristo. Os he dado a beber *leche,* y no *alimento sólido;* todavía no estabais en condiciones de soportarlo." En la misma Epístola a los hebreos (5, 13), continúa: "Quien todavía toma *leche,* no tiene experiencia en los razonamientos de la Justicia; puesto que todavía es un niño; el *alimento sólido* es para los hombres mayores, para aquellos que, por la experiencia, tienen los sentidos ejercitados para discernir el bien del mal." La contraposición "leche-alimento sólido" forma parte de la ideología paulina. En la I Ep. de San Pedro, 2, 2, se lee la invitación: "Como niños recién nacidos, debéis estar deseosos de la *leche* espiritual purísima, a fin de que con ella podáis crecer en buena salud", y se explica como un reflejo de las Epístolas "del querido hermano Pablo" en el Príncipe de los Apóstoles.

Esta expresión figurada, que nos parece característica de San Pablo, ¿no había de ser un claro indicio de que la Epístola es de San Pablo? y ciertas particularidades estilísticas diferentes del modo de escribir del Apóstol de las gentes, ¿no se podrían explicar como debidas al "secretario" encargado de la redacción de la Epístola?

Y la falta de la habitual introducción: "Pablo Apóstol", etc., ¿acaso no podría explicarse con el hecho de que la Epístola en cuestión fue la única dirigida a los hebreos por San Pablo, que era muy hostilizado en el ambiente hebreo, y aun en el de los judaizantes?

Y entonces, ¿por qué la Epístola a los Hebreos no podría ser de San Pablo, al menos en cuanto al contenido, si bien sólo parcialmente en cuanto al estilo? Y la expresión "alimento sólido" ¿no podría significar el plan de la salvación del mundo, efectuado mediante Cristo, revelado sólo hasta el presente?

41.—Las Epístolas católicas

En la edición que se encuentra actualmente en uso del *Corpus paulinum,* las 14 Epístolas de San Pablo van seguidas de las siete católicas: una de Santiago, dos de San Pedro, tres de San Juan y una de San Judas. "Católicas", o sea, universales, nos indica que, en su mayor parte, están dirigidas a un más amplio círculo de fieles, y no ya, como en otros casos, a una sola Iglesia o a un solo individuo.

42.—La Epístola de Santiago Apóstol

El autor, la Epístola, la época en que fue redactada, el significado íntimo del importante documento, todo es objeto de encendidas discusiones. Lutero consideró que esta Epístola era "de paja" e indigna del espíritu apostólico, porque —en aparente oposición con el pensamiento de San Pablo— afirma la necesidad de hacer concreta la fe por medio de obras buenas: "La fe, que no tiene buenas obras, está muerta en sí misma" (Ep. de S. Ap., 2, 17).

"Abraham, nuestro padre, ¿acaso no fue justificado mediante las obras, porque ofreció a Isaac, su hijo, sobre el altar? Ved, pues, que la fe obraba juntamente con las obras de él, y que mediante las obras fue perfecta aquella fe... Ved, pues, que el hombre es justificado mediante las obras y no sólo mediante la fe" (2, 21-24).

¿Acaso esta enseñanza es digna de un Apóstol? ¡Jamás!, responde Lutero, ya que el sacrificio se presenta como una *obra* y no como fe pura.

¡Pero es que en este caso la obra es acto de fe! San Pablo antepone la fe a las obras de la Ley en cuanto que es una preceptiva, ¡pero ese aspecto no tiene nada que ver aquí!

Santiago dice claramente: Si tú observas la Ley según el principio: "Amarás al prójimo como a ti mismo", haces bien, pero si haces acepción indebida de personas (en vez de servir a Dios y al prójimo sin diferencia alguna), pecas! Si tú no cometes adulterio, pero asesinas, te conviertes en transgresor de la Ley (o sea, que ofendes la Ley del amor al prójimo, que es básica). ¿Acaso semejante enseñanza —dice la crítica protestante— es digna de un Apóstol, del "hermano" del Señor? ¡Ciertamente que no!...

"La práctica religiosa pura y sin mancha ante *Dios,* que también es *Padre,* consiste en esto: en visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones" (1, 27). ¡Y Lutero está indignado porque esta "paja" fue utilizada por la Iglesia hasta en la misma Liturgia!

"Porque será sin misericordia el juicio entablado contra quien no haya tenido misericordia. La *misericordia* (con buenas razones) está a salvo del juicio." Quien no comprende el espíritu de la Epístola de Santiago se pregunta maravillado: ¿acaso un documento semejante puede hallarse, en orden de tiempo, al principio de la literatura del Nuevo Testamento? Y, sin embargo, el estimadísimo maestro Don Pietro de Ambroggi, se atrevió a escribir en 1947, pocos años antes de su prematura desaparición, que la Epístola "fue escrita para el ambiente judío-cristiano-helenista, antes de que surgieran las controversias de los judaizantes entre el año 45 y el 49". Se puede,

pues, considerar la Epístola de Santiago Apóstol como el más antiguo escrito del Nuevo Testamento, anterior a los mismos Evangelios si, como concluye la mayor parte de los críticos modernos, el Evangelio más antiguo está fechado entre el año 50 y el 55.

La Epístola comienza con las palabras "Santiago, siervo de Dios y del Señor... Jesucristo a las doce tribus (que viven) en la diáspora (les augura) felicidad" y "considerad como perfecta alegría (un día el Santo de Asís hablará de la perfecta alegría), oh hermanos míos, el *sufrir pruebas* de todos géneros (a causa de vuestra fe en Cristo)..." Y en el interior de la Epístola leemos: "La sabiduría que viene de lo alto es ante todo pura, y por consiguiente pacífica... *llena de misericordia*... Un fruto de justicia es sembrado en la paz, para aquellos que difunden la paz" (3, 17 s.). "Humillaos ante Dios y El os elevará" (4, 10). A los ricos les dice: "Atesorad riquezas para los últimos días" (5, 3), una enseñanza que concuerda plenamente con la de Jesús y la de San Pablo (Mateo, 6, 20; hasta "la polilla" aparece en Santiago, 5, 2, al igual que en Mateo, 6, 20; en Lc. 16, 9; I a Timoteo, 6, 17-19; Mt. 13, 22, etc.).

"¿Sufre alguno de vosotros? ¡Ore! ¿Está alegre? ¡Cante salmos!" (5, 3; o sea: en el bien y en el mal alábese siempre al Señor, una enseñanza que aparece también en la literatura rabínica y que nos recuerda a Job, 2, 10) y prosigue: "¿Enferma alguno de vosotros? Llame a los presbíteros (ancianos ordenados) de la Iglesia, y oren sobre él (semitismo para decir: por él, en su favor) ungiéndolo con óleo, en el nombre del Señor. Y la oración de la fe salvará al enfermo y lo curará, y si ha cometido pecados, les serán perdonados."

El autor de la Epístola es —según la opinión más general, si bien es discutida— Santiago de Alfeo, hermano

(o sea, primo) del Señor, Apóstol. Otros sostienen que no formaba parte del Colegio Apostólico, pero todas las fuentes y todas las opiniones están de acuerdo en considerarlo jefe de la Iglesia de Jerusalén, la más elevada autoridad después de San Pedro.

43.—San Pedro

San Pedro y San Pablo son los más grandes continuadores de la obra de Jesucristo. Son dos temperamentos diferentes y dos vidas diversas; recorren dos caminos diversos, pero permanecen siempre unidos en el amor por Cristo. Por encima de toda diversidad de opinión en determinados momentos, siempre se consideran hermanos: en su obra apostólica de una magnitud incomparable, en el sufrir y en el morir. La diversidad del pasado de cada uno de ellos, los diversos grados de su preparación cultural, la diversidad de los tremendos obstáculos que cada uno de ellos tuvo que superar en su ascensión hacia el Cristo vivo y operante en la historia y en la gloria de todos los tiempos, hacen sus vidas, y a veces también sus maneras de obrar, aparentemente diversas, pero invariablemente cada diferencia entre ellos no es más que la preparación para un encuentro más cordial y más fraterno. Pedro y Pablo son dos mentes, pero un solo corazón y una sola obra y una sola muerte: por Cristo y en Cristo. Pedro asciende por grados y, a veces, su voluntad buena y santa es superior a sus fuerzas. Pedro, como hombre, arrastra el peso de un mesianismo nacional, de una observancia preceptiva de muchos siglos, del que se va liberando con gran dificultad, para ir comprendiendo mejor y seguir más de cerca a Jesús. Pedro, el hombre, al lado de Jesús, el Hombre-Dios. En Pedro el sentido de las cosas divinas va madurando: germen, flor, fruto. Pablo es una

llama que asciende casi en un momento. Los dos Grandes deben llegar a encontrarse. Se encontrarán y ambos resplandecerán con igual luz. Sus actividades se irán volviendo cada vez más complementarias entre sí. La intensidad e ideas de Pablo y la difícil labor de Pedro se fundirán en una totalidad armoniosa. ¡Cuán diferente es el *corpus* de las Epístolas Paulinas de las dos Epístolas de San Pedro! Y, sin embargo, todas se hallan animadas de un solo intento, todas reflejan una sola luz, la de Jesucristo.

44.—La primera Epístola de San Pedro

Los destinatarios son los cristianos oriundos del gentilismo y que forman parte de las Iglesias del Ponto, de la Galacia, de la Capadocia, del Asia y de Bitinia. En las regiones habitadas por ellos debían encontrase también hebreos convertidos al cristianismo. Por lo que parece, los destinatarios provenientes del gentilismo eran, por lo general, de muy humilde condición social, quizás esclavos. La Epístola fue redactada en "Babilonia", nombre simbólico de Roma, en la primavera —en la Epístola flota el idealismo de la Pascua de Resurrección— del año 64, según se supone.

La teología de San Pedro se manifiesta en la Epístola al presentar a Dios como sabio, misericordioso, santo, padre, fiel, poderoso, creador, juez justo, salvador: el concepto trinitario está comprendido en las expresiones: "Pedro, Apóstol de Jesucristo, a los elegidos según la *presciencia* de Dios Padre, mediante la santificación del Espíritu Santo." — "Sea bendito el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo." — "Si sufrís ultrajes por el nombre de Cristo, bienaventurados vosotros, porque el espíritu de la gloria, que es el Espíritu de Dios, reposa sobre vosotros."

—"Sea bendito Dios, y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, el cual (Dios) nos regeneró a una esperanza viva, mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos."

El universalismo cristiano celebra un gran triunfo en el pensamiento del Príncipe de los Apóstoles: no sólo a todos los vivientes, hebreos y gentiles, sino también a los muertos de la época anterior a Jesucristo, se les abren las puertas de la salud en virtud de la fe que justifica, o en la espera contrita de la redención.

Contenido: Después de la introducción y los saludos, el sagrado autor alaba a Dios por la esperanza en la salvación y por la Pasión y la Sangre de Cristo. — Sed santos, porque así lo quiere Dios Santo. — Amor fraterno, amor de la caridad y de la verdad. Los fieles den buen ejemplo a los paganos, y sean obedientes para con las autoridades constituidas. Los siervos sean fieles a sus amos, aunque éstos sean injustos, imitando en la obediencia a Jesucristo. — El respeto y el amor entre los cónyuges; bienaventurados los que sufren, imitando a Cristo, que sufriendo en su carne rompió los vínculos con el pacado. — Es conmovedora la exhortación dirigida a los "ancianos", los presbíteros: "Exhorto en seguida a los presbíteros que se hallan en medio de vosotros, yo que también soy presbítero y testigo de los sufrimientos de Cristo y partícipe de la gloria que deberá manifestarse. Apacentad a la grey de Dios que se halla en medio de vosotros, vigilándolos no por la fuerza... no por mezquino interés, sino por amoroso celo...

Cuando aparezca el Supremo Pastor (Cristo), recibiréis la incorruptible corona de la gloria" (5, 1 ss.). Los presbíteros son "inspectores", los cuales a veces son identificados con los *episcopi* (obispos), una denominación que, sin embargo, no debe identificarse a secas con la dignidad episcopal tal como se la concibe modernamente.

Al fin de la Epístola, San Pedro transmite los saludos de la comunidad de Roma y de "Marco, mi hijo" (el Evangelista). "Saludaos unos a otros con el beso de la caridad *(in osculo sancto),*" con el beso de la paz mesiánica.

45.—La Segunda Epístola de San Pedro

Escribir una Epístola, ya por el simple hecho de que estaba destinada —a menos que se tratara de una misiva personal y privada— a ser leída en una determinada Iglesia o en varias Iglesias, significaba para los Apóstoles redactar un documento público, de carácter, como se diría actualmente, "oficial". Escribir una Epístola era también, con respecto a la técnica, una cosa complicada. De ordinario el Apóstol daba las ideas; y el estilo era del secretario, con lo cual tenemos un hecho que vuelve muy difícil el examen crítico. Las falsas doctrinas acechaban por todas partes. Con mucha frecuencia las doctrinas y las ideas mismas de los mismos Apóstoles estaban en vías de perfeccionarse. Aquel que tiene tras de sí una prolongada actividad científica, aun en nuestros tiempos, sabe que la lectura de los trabajos que ha publicado veinte años antes, no lo dejan satisfecho hoy. Cambian los tiempos, cambian las ideas generales aun bajo la influencia de contactos espirituales con otras personas, cambian los estados de ánimo, las experiencias personales, las circunstancias históricas y ambientales, y así cambiamos también nosotros. Cambia nuestro aspecto exterior, y ¿acaso no habrían de poder cambiar los fenómenos y el contenido de nuestra vida interior, anuque sea sólo parcialmente? El paso de un estado de ánimo a otro es frecuentemente lento y los eslabones de conjunción escapan al crítico de las ideas y del lenguaje, y de esta manera lo que es una

derivación natural en la vida que se va desarrollando, sorprende grandemente en ocasiones al crítico que no tiene el conocimiento y, en consecuencia, la comprensión de los cambios que han tenido lugar. De aquí nacen las divergencias y las discusiones, a veces acaloradas, que se suscitan entre los investigadores que se ocupan de un mismo tema. Cambian también los medios y los métodos de investigación, razón por la cual el terreno de la investigación resulta esquivo. El subjetivismo es enemigo del objetivismo, pero quien piensa, escribe y enseña, es un sujeto, y fácilmente confunde el elemento subjetivo con el objetivo. Así, por ejemplo, San Jerónimo (m. en 420) dice: "(Pedro) escribió dos Epístolas denominadas católicas, la segunda de las cuales es negada como suya por muchos a causa de las diferencias de estilo que presenta con la primera"; ¿y si en este caso las dos Epístolas hubieran sido entregadas, para la labor de redacción, a dos secretarios de índole, de cultura y de ideas muy diversas? El secretario es frecuentemente intérprete del pensamiento y no traductor —aunque, por lo demás, la traducción indica con frecuencia y aun involuntariamente, alteración, interpretación— del pensamiento del Apóstol. ¿Qué diremos, luego, del calor, del sentimiento que, sin embargo, es parte integrante del pensamiento? ¿Y qué hemos de decir luego de la compenetración de dos formas mentales y de dos lenguas tan diversas como el arameo y el griego de entonces? Nótese que el tema tratado en todas partes en las Epístolas de San Pedro se refiere a la fe, que es considerada por él, y también por otros, como una conjunción íntima y perfecta, como la epignosis de Dios y de Jesús. Y luego, ¿sienten siempre de manera semejante el secretario, primero, y el lector después? Nótese además que en el ambiente palestino —teniendo presentes los temas tratados que conciernen a la fe y al derecho, siempre consi-

derado como parte de la esfera religiosa: Dios mismo es juez justo— se tenía la tendencia muy frecuente, a conectar la enseñanza propia a un nombre que indicara excelencia en la virtud, en la piedad o en el conocimiento. El presentar el producto del pensamiento y de la piedad propia como debidos a un personaje importante significaba con frecuencia un homenaje tributado al eximio valer de éste. Muy frecuentemente el que escribe y el personaje al que atribuye su obra viven en la misma época y tienen los mismos pensamientos y la misma fe; ¿será acaso fácil distinguirlos? Quien se enfrasca en los escritos de otra persona, a la que admira, acaba por apropiarse hasta su estilo. Así puede verse cuántas dificultades acechan a la crítica, la cual, no obstante, o quizás justamente por esto, debe continuar ejerciéndose.

Contenido de la segunda Epístola de San Pedro: "Simón-Pedro, siervo y Apóstol de Jesucristo, a aquellos a quienes tocó en suerte una fe tan preciosa como lo es la nuestra, por la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo." El Apóstol presenta una cadena de virtudes que preparan el camino para el perfecto conocimiento de Cristo (1, 5). Los detractores nos preguntan: ¿dónde y cómo se verifica la promesa de la venida del Señor? ¿Y acaso para el Señor —pregunta el Apóstol— no son "mil años un solo día?" (Salmo 89, 4). "Pero vendrá el día del Señor como un ladrón: Entonces los cielos pasarán con gran fragor, los elementos se verán disueltos por el viento ardiente."

"Esperamos nuevos cielos y nueva Tierra, en los que habite la justicia, según nos lo ha prometido El mismo" (Cfr. Isaías, 65, 17; 66, 22). "Y considerad como vuestra salvación la longanimidad de Nuestro Señor, tal como también nuestro dilectísimo hermano Pablo os escribió, según la sabiduría que le fue dada («Sabiduría»: conoci-

miento carismático de los misterios revelados y que es propia de los profetas y de los Apóstoles), como (escribió) en todas las Epístolas en las que trata de estos temas. En estas Epístolas se encuentran algunos puntos difíciles de entender, que son mal interpretados por las personas sin instrucción y sin fe, tal como hacen con las otras Escrituras (las Epístolas de los Apóstoles eran coleccionadas como Escritos Sagrados) del mismo género..." (II de S. Pedro, Cap. 3, 8-16).

46.—Las tres Epístolas de San Juan

Se trata de San Juan el Apóstol y Evangelista, autor del Apocalipsis. San Juan compuso sus escritos en el Asia Menor. En las Epístolas de San Juan se pone más de relieve la trascendencia de Jesús.

Al igual que el cuarto Evangelio, la primera Epístola de San Juan fue compuesta en Efeso para los fieles de la ciudad y de la región, la provincia romana en Asia. Por el Apocalipsis, que es obra de San Juan, sabemos de manera segura que él mantenía relaciones epistolares con las Iglesias de Asiá. Los fieles se obtenían de entre los gentiles, y los "lobos rapaces" más de una vez lograban provocar apostasías. Los "lobos", o sea, los adversarios, pretenden que están sin pecado, que habitan en Dios, del cual se jactan de tener un conocimiento particular, de estar en el mundo y de amar al mundo, de amar a Dios y de odiar a sus hermanos. Niegan que Jesús es el Hijo de Dios. El sagrado autor los llama seductores, hijos del diablo, profetas falsos y mentirosos. El verdadero conocimiento de Dios, dice el Apóstol, impulsa a la imitación de Cristo, y por consiguiente al amor del prójimo, y de Cristo que fue proclamado Hijo de Dios en el momento del bautismo y que, como Hijo de Dios, vertió Su sangre,

la cual nos purificó de todo pecado. Jesús constituye nuestra propiciación.

La I Ep. de San Juan fue redactada en el período que va de la fecha del Apocalipsis (90-96) a la muerte del Apóstol, que tuvo lugar hacia el año 100.

En la I Ep. de San Juan se distinguen las siguientes partes: prólogo; I parte (1, 5-2, 27), II, (3, 1-24), III, (cap. 4 y 5), epílogo v. 21.

1, 1 ss.: "Lo que existía desde el principio (la Sabiduría de Dios que es anterior al mundo, y se hizo sensible en el Verbo), lo que hemos escuchado — lo que hemos visto con nuestros propios ojos — lo que hemos contemplado, — y lo que han tocado nuestras manos... lo anunciamos también a vosotros..."

Sí, nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo.

"Y estas cosas las escribimos a fin de que nuestra satisfacción sea completa."

...Dios es la Luz y en El no hay oscuridad alguna... Si caminamos en la Luz de Dios, somos purificados de nuestros pecados mediante la Sangre de Jesús, que murió por nuestros pecados y por los del mundo entero. Quien odia está en la oscuridad (I, 2, 9). Pasa el mundo y la concupiscencia del mundo, pero quien hace la voluntad de Dios dura eternamente (I, 2, 17). Quien practica la justicia *(dikaiosyne)* —en el sentido que la palabra asume en el helenismo judaico: conjunto de todas las virtudes—, es justo como El (Jesús) es justo (I de S. Juan I, 3, 7). Quien peca, proviene del diablo, y quien es engendrado por Dios no peca. Nosotros hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a nuestros hermanos. Quien no ama, permanece en la muerte.

Todo el que odia a su hermano es un homicida (I, 3, 13 s.). No amemos con palabras, o con la lengua, sino

con hechos y en verdad. El que niega la divinidad de Jesús, no es de Dios; es del anticristo. El que no ama, no ha conocido a Dios, porque Dios es Amor (I, 4, 7). Nosotros no hemos amado a Dios, pero El *(ipse)* nos amó antes a nosotros y envió a Su Hijo como propiciación por nuestros pecados. Por ello, Dios es amor, y nosotros debemos amarnos recíprocamente. "Dios es amor, y quien permanece en el amor, mora en Dios y Dios mora en él" (I, 4, 16).

"No existe temor en el amor", sino que el perfecto amor excluye el temor, porque el temor implica un castigo; quien teme, no es perfecto en el amor. El nos amó antes a nosotros (v. 18 s.).

La II y III Epístola forman una sola unidad con el cuarto Evangelio. La II está dirigida por el Apóstol, que se denomina presbítero, "a una estimada señora"; se trata probablemente de una determinada Iglesia considerada como esposa de Cristo. A esta explicación corresponde el fin del escrito: "Te saludan los hijos de tu estimada hermana", que implica una alusión a la Iglesia de Efeso. La Epístola menciona muchos engañadores.

"Tengo muchas cosas que querría escribiros, pero decidí no hacerlo con papel y tinta; espero trasladarme junto a vosotros y allí hablaros de viva voz, a fin de que nuestro gozo sea completo" (II, 1, 12).

De un modo totalmente similar termina la II Ep. de San Juan, dirigida a "Cayo, a quien amo en la verdad" (1, 1). No sabemos quién haya sido este Cayo. El Apóstol lo alaba por las obras de caridad que ha llevado a cabo en favor de los hermanos forasteros (1, 5). Se encuentra después una alusión a un sujeto llamado Diotrefes, ambicioso, que ocasionaba graves perjuicios morales a la Iglesia (v. 9 ss.).

47.—Epístola de San Judas

Al igual que Santiago, también San Judas es hermano (primo) de Jesús. Judas lleva también el nombre de Tadeo, o sea, Magnánimo. La Epístola, que abunda en semitismos, comienza: "Judas, siervo de Jesucristo y hermano de Santiago, a los llamados escogidos por Dios Padre, y guardados por Jesucristo. Que la misericordia, la paz y la caridad abunden en vosotros." En seguida pasa a tratar de ciertos impíos, que "arrastran en la lujuria la gracia de nuestro Dios renegando de nuestro único Amo y Señor Jesucristo" (v. 4). Siguen ejemplos de pecadores y castigos tomados del Antiguo Testamento. Es de particular interés la mención que hace del Arcángel Miguel (v. 9): "Mientras peleaba con el diablo (Satanás) por el cuerpo de Moisés, no osó pronunciar ningún juicio injurioso, sino que dijo sencillamente: "¡Reprímate el Señor!" (Cfr. Zacarías, 3, 1-3).

Los intentos de explicar el significado de la narración de la disputa entre el Arcángel y el diablo, narración que está influida por la literatura narrativa hebrea, sin por ello pertenecer directamente a ella, son numerosos. No se puede decir que se hayan alcanzado resultados claros. Permítasenos aludir a un conjunto de ideas características de la literatura rabínica, que se basan en el concepto dualista del hombre: elemento terrestre, el cuerpo, y celeste, el espíritu. Los elementos terrestres tienden a posesionarse del hombre muerto en su totalidad; de aquí se deriva una lucha. La muerte de un insigne doctor es anunciada a sus admiradores, que están en espera de noticias, con estas palabras: Se ha desarrollado una encarnizada lucha por la posesión del Arca de la Ley (el maestro muerto) entre los superiores y los inferiores, y vencieron los superiores, con lo que se indica que su

alma subió al cielo. La mujer que servía en casa de Rabbì (Rabbì Jehudah, m. el 210 d. de C.) exclamó durante la enfermedad del ilustre doctor: los superiores y los inferiores luchan por la posesión del maestro, ojalá que puedan vencer los superiores (para que el Maestro permanezca con nosotros). La enfermedad se agravó y el paciente sufría, por lo que la mujer dijo: ojalá que venzan los superiores (para poner fin a los sufrimientos del Maestro). La agonía que precede a la muerte es una lucha que se desarrolla, en el caso en cuestión, entre el arcángel Gabriel y Samael, uno de los peores demonios. Miguel invoca sobre el adversario la condonación de parte del Señor. En las leyendas rabínicas se combate por la posesión del alma; en la versión que conoce San Judas se trata del cuerpo de Moisés. Sea como fuere, se trata de la asunción de Moisés, un concepto que coincide con el título de un escrito que forma parte de la literatura profética hebrea extrabíblica.

48.—El Apocalipsis

El Apocalipsis, la Revelación, es el único libro del Nuevo Testamento con *carácter profético y escatológico*, o sea, referente a la parusía, la gloriosa venida de Jesús al fin del mundo. El autor sagrado, que es el Apóstol San Juan, ha recibido revelaciones de Jesús. El revestimiento literario difiere, dado el carácter particular del Libro, de los demás Libros del Nuevo Testamento, en cuanto que, a pesar de ser un libro estrictamente cristiano, está relacionado, por lo que respecta a la forma, con la literatura apocalíptica hebrea, que contiene abundancia de visiones, de imágenes, símbolos y números misteriosos. Para la comprensión del Apocalipsis es importante conocer no sólo los profetas bíblicos, incluso Daniel, sino tam-

bién la literatura apócrifa judía, que comprende el período que va del siglo I d. de C. hasta fines del siglo II. Todos estos apócrifos apocalípticos aparecieron bajo seudónimos; como autores figuran hombres célebres del pasado, tales como Enoc en muchos textos, el más antiguo de los cuales es el etíope. Están los Testamentos de los Doce Patriarcas, la Ascensión de Moisés, el Apocalipsis de Esdras y otro de Baruc. En la opinión de los doctores, la profecía ya había terminado su ciclo, en tanto que los apocalipsis revisten un carácter profético. Tratan del fin de los tiempos y del principio del período de la salvación. Algunos de los Apocalípticos ofrecen un cuadro del pasado hasta su propia época; después pasan a las profecías generales y vagas para terminar con la descripción del Juicio final y del principio de la época de la salvación. El primer libro de Enoc (cap. 85-90) presenta un cuadro que va desde los tiempos de Adán hasta el nacimiento del reino mesiánico, todo ello en la forma de un sueño. El futuro es comunicado al escritor apocalíptico, no ya en cuanto profeta, por medio de la palabra, sino a través de visiones extáticas o bien oníricas (sueños). En el mundo antiguo los sueños representan algo profético. El decurso de los hechos históricos es presentado en cuadros, símbolos y alegorías. Así en Daniel (7, 1 ss.), las cuatro fieras representan los cuatro imperios enemigos de Dios. En el apócrifo Esdras, el águila representa el Imperio romano, y los tres cuernos y las muchas alas son una alusión a los diversos dominadores (11, 1 ss.). En Baruc, las aguas negras y las claras que bajan, ora las unas, ora las otras, de una nube para verterse sobre la Tierra, representan en forma alegórica los diversos períodos de la historia del mundo desde Adán hasta la cautividad de Babilonia (53 ss.). Un ángel explica las alegorías, pero no siempre el misterio es revelado del todo.

A este género de literatura pertenece el Apocalipsis de San Juan. Ya se encuentran rasgos escatológico-apocalípticos en los Evangelios sinópticos (Mc., 13; Lc., 17, 20-37), en S. Pablo (I Tesal., 4, 15-17; II Tesal., 2, 1-12; I Cor., 15, 20-28 y II de S. Pedro, 3, 10-13), pero el Apocalipsis de San Juan se considera no sólo el más extenso, sino el más hermoso de todos los Apocalipsis. Es una extensa serie de visiones simbólico-alegóricas, fruto de visiones y de raptos místicos. La finalidad principal de la obra es la de reforzar en los lectores la fe en Dios y en Jesucristo, y de llenarlos de ardor para resistir a las persecuciones y para soportar el martirio. Semejantes amonestaciones recurren principalmente en las siete Cartas dirigidas a las Comunidades del Asia Menor, y también en la parte apocalíptica propiamente dicha.

Al igual que los profetas del Antiguo Testamento, también San Juan vive su vocación y recibe de Cristo la orden de redactar por escrito sus visiones referentes a las siete Iglesias. Aun en los lugares en que el simbolismo de la forma es tradicional, la llama es viva y la palabra está profundamente sentida. En el antiguo oriente, las cifras tienen a veces un valor simbólico, poético y misterioso. La aritmología, que probablemente surgió en época posterior, trata de penetrar en el misterio de las cifras. Así, por ejemplo, en Cap. I del Génesis, que trata de la creación, se repite diez veces la palabra "Y dijo" (Dios); es difícil sustraerse al deseo de crear un paralelismo entre las diez palabras creadoras del cosmos y las diez palabras del Decálogo, creadoras del cosmos religioso-moral. Otras veces el número se queda en el ámbito de la poesía pura. Por esta razón no hace falta insistir en la imagen del Cordero de los siete cuernos y de los siete ojos (5, 6), en la fiera de las siete cabezas y de los diez cuernos (13, 1). El número siete se usa para

indicar un número sagrado y completo, por lo que siete cuernos y siete ojos significan que el Cordero está en posesión de la plenitud del poder y del conocimiento (los ojos son fuente de conocimiento). La fiera representa al Imperio romano con siete emperadores y diez vasallos.

Es típicamente cristiana en el Apocalipsis de San Juan la visión de Cristo, el cual, por medio de la rotura de los sellos del libro, que contiene el plan de Dios referente a la humanidad, da comienzo a la realización de los acontecimientos finales. Con Su muerte, Cristo ha redimido a los hombres del pecado, haciéndose así digno de abrir el libro sellado. Ahora se encuentra a la diestra de Dios y da a los fieles alabanza, entusiasmo y consuelo, pero también amenaza a aquellos que serán condenados. Al fin de los tiempos, Cristo se erigirá en juez de todos y se manifestará como Hijo de Dios, dominador de los pueblos conforme al espíritu del Salmo mesiánico (Salmo 2). En la nueva Jerusalén El, al lado de Dios, es para los elegidos fuente de vida y de eterna bienaventuranza.

¿Quién es el autor del Apocalipsis? En cuatro lugares dice el autor que él es Juan. En 1, 1, él dice de sí mismo que es Juan, siervo de Jesucristo, y llama profecía a su propia obra (Apocal. 1, 4). En la dedicatoria: "Juan a las Siete Iglesias que están en Asia: Gracia a vosotros y paz de parte de Aquel que es, que era y que será (Dios superior al tiempo, Dios del presente, del pasado y del futuro) y de los siete espíritus que están delante de Su trono (probablemente los siete arcángeles, según se lee en Tobías 12, 15) y de Jesucristo, el testigo fiel, el primogénito de los muertos, y el príncipe de los reyes de la Tierra." En 1, 9, leemos: "Yo, Juan, vuestro hermano, y partícipe con vosotros en las tribulaciones, en el reinado y en la expectación en Jesús, me encontré (desterrado) en la isla llamada Patmos (en la costa occidental

del Asia Menor) por causa de la palabra de Dios (como seguidor de Cristo) y del testimonio de Jesús." En el último capítulo del Apocalipsis (22, 8) se lee: "Y yo, Juan (soy) el que ha oído y visto estas cosas. Y una vez que las hube oído y visto (fenomenología profética asociada a la apocalíptica), caí en actitud de adoración a los pies del ángel que me las mostraba."

Así, pues, a diferencia de los muchos Apocalipsis que se conocen, en los que el autor se sirve de un seudónimo, atribuyendo su propia obra a un personaje lejano en el tiempo, aquí el autor se presenta como contemporáneo de los lectores; por consiguiente, éste no puede ser sino un hombre muy anciano y de una autoridad grande y reconocida por todos; y a pesar de ello agunos críticos sostienen que no puede tratarse del Apóstol San Juan, sino de un presbítero de tal nombre. Por la I Ep. de San Pedro sabemos que "presbítero" no indica tanto el hombre anciano, venerable a causa de su edad o de su autoridad moral —al menos en el período histórico en el que nos encontramos— cuanto quien está en posesión de un cargo social: un superior. Frente a tales presbíteros están los jóvenes, o sea, los que no tienen un cargo público. El término "presbítero" originalmente significaba indudablemente hombre anciano; pero sucede que ya a los 40 años se puede ser senador. ¿Y acaso Jesús iba a conceder sus visiones a un presbítero en vez de Su Apóstol Juan? En su Epístola a la Iglesia de Efeso (Apocal. 2, 1 s.) escribe: "Aquel que tiene las siete estrellas en su diestra (Jesús que sostiene la imagen de la Iglesia terrestre). Aquel que camina en medio de siete candelabros de oro (símbolo de la Iglesia universal), dice así: yo conozco tus obras, tus fatigas y tu paciencia y has puesto a prueba a aquellos que dicen ser apóstoles y no lo son, y los has convencido de mentira" (2, 1-2).

¿Pero acaso Juan no es un enviado de Jesús con el encargo de presentar a las siete Iglesias palabras de alabanza o de amonestación, como, por ejemplo, el reproche dirigido a los efesios por haber abandonado su anterior caridad? ¿Y acaso no se presenta el autor del Apocalipsis como enviado por orden de Jesús? ¿Y acaso la palabra de Juan sería acogida si no fuera la del Apóstol? El autor del Apocalipsis está completamente seguro de ello y, más aún, alaba a los efesios porque han declarado mentirosos a aquellos que "se presentaban" como Apóstoles, cuando en realidad no lo eran. Ahora bien, ¿todo esto no nos indica que las siete Iglesias conocían y reconocían con anterioridad al autor del Apocalipsis como Apóstol de Jesús? El Apocalipsis de Juan no es en su primera parte una obra impersonal que se atribuye a un personaje que vivió en épocas lejanas. ¿Y entonces? ¿No se debe acaso admitir que Juan era conocidísimo desde mucho tiempo antes como Apóstol? Y si lo era ante sus contemporáneos —y los efesios habían sido más bien desconfiados y cautos— ¿por qué habríamos de degradar en la actualidad al Apóstol San Juan, autor del Apocalipsis, haciendo de él un Juan Presbítero, un discípulo suyo, a quien él había preconizado obispo de Efeso?

Esta es la razón: una comparación entre el estilo del Apocalipsis y los escritos que con toda seguridad son de San Juan demuestra, al lado de numerosas correspondencias, también numerosas divergencias; y entonces, dadas las divergencias, cuya existencia no se puede explicar satisfactoriamente (tal dice el autor alemán de la mejor introducción católica al Nuevo Testamento que existe en la actualidad, la identidad del autor del cuarto Evangelio, de sus Epístolas y del Apocalipsis no puede ser fácilmente sostenida. Las divergencias estilísticas no se explican. Un docto eclesiástico francés contemporáneo observa: la

cuestión del autor del Apocalipsis no recae sobre la fe, y hemos de alabar por ello al Señor. Pero siempre permanece la *cuestión literaria.* Ante las exigencias de la crítica, que pretende sustituir al Apóstol San Juan con el imprecisable presbítero homónimo, ¿no nos queda más que rendirnos a discreción? Citemos un ejemplo cercano en el tiempo, aunque de un ambiente lejano: Del más grande pensador medieval hebreo, el cual ejercitó también una cierta influencia sobre la filosofía cristiana de su tiempo, Maimónides, (1135-1204), han llegado hasta nosotros dos grandes obras: la primera se llama "Mano Fuerte", y es una codificación sistemática, clara y concisa de todo el derecho hebreo bíblico-rabínico; la otra, la "*Guía de los extraviados*" es *una obra filosófica,* un lugar de convergencias y de divergencias entre el pensamiento hebreo, aristotélico y el platónico. Y no se puede negar que es suficiente un ligero conocimiento del hebreo bíblico, aun del solo Pentateuco, y algunas nociones de la colección de leyes que constituye la base del derecho talmúdico, la Mishnãh, para poder leer y comprender el Códice de Maimónides. ¿Y la "Guía de los extraviados"? Es una obra de las más difíciles de comprender: difícil por su estilo, difícil por su contenido, y difícil para ser seguida en el desarrollo de su pensamiento. Entonces se recurre a la buena traducción francesa realizada por un insigne semitista hebreo que vivió en París. Se ha hecho también la traducción al alemán. Maroni intentó en Florencia una versión italiana, de la que sólo se ha impreso una exigua parte. ¿Cuál es la relación estilística entre el Códice y la Guía? Con sobrada razón, nadie se ha enfrentado con el problema del estudio de este fenómeno. ¿Quién duda de que el autor de ambas obras es el mismo? ¡Nadie! Ahora bien, ¿cuál es el intervalo que en la actividad del Apóstol San Juan separa la conclusión

del cuarto Evangelio del período en que escribió el Apocalipsis? Confieso que yo no sé responder. Supongo que se trata de un intervalo más bien largo. ¿Cuáles y cuántas obras apocalípticas, comenzando por Daniel, leyó San Juan antes de redactar su obra? ¿Qué es lo que podemos decir de las experiencias personales, visiones y audiciones interiores, raptos místicos, vividos por San Juan en el período anterior a la redacción y durante la redacción misma del Apocalipsis? ¿Quién pudo escribir el Apocalipsis con la majestad y la autoridad que se reflejan en el Apocalipsis? Sólo el Apóstol San Juan. Las convergencias de estilo entre el Apocalipsis y las obras precedentes se tienen en cuenta; se comprenden las divergencias. Al igual que el organismo físico, así también la espiritualidad del hombre se desarrolla y modifica a través del tiempo. El aspecto físico puede hasta decaer, en tanto que la espiritualidad se aumenta y enriquece.

Para nosotros, el autor del Apocalipsis es, sin lugar a dudas, San Juan, el Apóstol de Jesucristo. La fecha de la redacción: la obra, fue escrita el año 14 del emperador Domiciano, o sea, el 94-95.

Otros sostienen la de 93 al 96. Parece que es más precisa la primera fecha, que, por lo demás, está contenida en la segunda.

49.—Composición y comentario del Apocalipsis

Los Capítulos 1 a 3 constituyen el prólogo. El título y el epígrafe están contenidos en el Cap. 1, 1-3, y dice así: "Revelación de Jesucristo, que Dios le ha dado para dar a conocer a sus siervos aquello que debe suceder en breve y que Jesús ha comunicado, enviando a Su Angel ("Angel" es un mensajero de Dios enviado a los hombres. Para el Apocalipsis, "ángel" es uno de los siete es-

píritus que están delante del trono de Dios, 21, 9; 22, 6) a su siervo Juan..."

La dedicatoria (1, 4-8): "Juan a las siete Iglesias del Asia (Menor). Gracia y paz a vosotros de parte de Aquel que es, que era y que viene (será) y de parte de los siete Espíritus que están delante de Su Trono, y de parte de Jesucristo, el fiel testigo, el primogénito de entre los muertos, el príncipe de los reyes de la Tierra... He aquí que viene entre las nubes; y todos los ojos Lo verán; y Lo verán aquellos mismos que lo han crucificado..."

La escena preparatoria va desde el 1, 9 al 20: "Yo, Juan, hermano vuestro que con vosotros comparto la tribulación, el Reino de Dios, y la paciente espera de Jesús, me encontré en la isla llamada Patmos, a causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesús. Fui arrebatado en éxtasis en el día del Señor (Domingo) y escuché detrás de mí una voz potente como sonido de trompeta, que decía: todo lo que vas a ver lo has de escribir en un libro y enviarlo a las siete Iglesias: a Efeso, a Esmirna, a Pérgamo, a Tiatira, a Sardes, a Filadelfia y a Laodicea." A continuación se encuentra la visión de siete candelabros de oro y en medio de ellos una persona semejante al Hijo del Hombre, con una vestidura larga y ceñida por una faja de oro. Es Jesús que, por medio del Apóstol, dirige alabanzas y amonestaciones a las siete Iglesias.

El Apocalipsis propiamente dicho da principio con el Cap. IV. El Apóstol está en éxtasis. Vislumbra el Trono del Altísimo y en torno al Trono veinticuatro ancianos, vestidos de blanco, con coronas de oro en la cabeza.

La descripción recuerda la del profeta Ezequiel. A la diestra de Dios se encuentra el libro del porvenir. El Angel toma el libro de la diestra de Dios. Todas las cria-

turas celestiales entonan un himno en honor del Cordero (Cap. 5). La rotura de los siete sellos de parte del Cordero tiene como consecuencia la realización de una serie de calamidades que preceden al establecimiento definitivo del reino mesiánico. Todo ello va acompañado por visiones simbólicas; un caballo blanco, uno rojo, uno negro y uno amarillento. Aparecen los que sufrieron martirio a causa de la palabra de Dios; a cada uno se le da una vestidura blanca. Llegan al cielo los demás mártires de la fe. La apertura del sexto sello se ve acompañada por un terremoto (Cap. 6). El Cap. 7 ss. anuncia: 144 000, o sea, 12 veces 12 000 será el número de los justos que serán salvos de las doce tribus. Sigue un canto litúrgico. El Cap. 8 prepara el paso a otras imágenes: las siete trompetas del juicio y las calamidades subsiguientes: granizo y fuego, el mar convertido en sangre, el eclipse de Sol, las langostas, etc. Cap. 10: el librito que contiene las nuevas profecías. Cap. 11: los dos testigos, Moisés y Elías. Liturgia celeste. Cap. 12: la mujer sublime, revestida del Sol y de la Luna. La lucha entre el arcángel Miguel y el diablo. Cap. 13: la bestia que sale del mar (el Imperio romano). La bestia que sale de la tierra (el espíritu de mentira). Cap. 14: se anuncia el juicio del mundo anticristiano. El juicio bajo la imagen de la siega. Cap. 15: triunfo anticipado de los elegidos. El preludio de la catástrofe final. Cap. 16: los siete cálices que son vertidos sobre la tierra y que traen consigo otras tantas calamidades. Cap. 17 s.: la lujuria de los paganos como mujer libertina. El juicio. Cap. 19: cantos triunfales en el cielo. Cap. 20: Satanás encadenado durante mil años, tiempo de la duración del período final. El día del juicio. Cap. 21: el Reino celestial. La Jerusalén celestial. Cap. 22, 12 s.: Jesús anuncia: "He aquí que yo vengo prontamente y traigo conmigo la recompensa para cada uno según haya

obrado. Yo soy el Alfa y el Omega, el principio y el fin..." 20, 20: Aquel que testifica estas cosas (profecías, o sea Jesús) dice: "Sí, vengo inmediatamente." Y la Comunidad exclama: "Amén, ven, Señor Jesús! ¡Que la gracia del Señor Jesús sea con todos los Santos, Amén!"

Esta obra ha sido editada por la Unión Tipográfica Editorial Hispano-Americana, de México, D. F., Av. de la Universidad, 767. Fue impresa en Talleres Gráficos Toledo, S. A., de México, D. F., calle Penitenciaría, 37, y se terminó el día 20 de junio de 1961. La edición estuvo al cuidado de Marín Civera, y consta de 4 000 ejemplares.

Precio de venta en México: $